LA FUENTE del FRANCÉS

Santander, 1891. Un insólito crimen
en un famoso balneario durante la visita de Sagasta.

ELENA BARGUES

Pàmies

ELENA BARGUES

LA FUENTE *del* FRANCÉS

Pàmies

Primera edición: septiembre de 2023

Copyright © 2023 Elena Bargues Capa
© de esta edición: 2023, ediciones Pàmies, S. L.
C/ Mesena, 18
28033 Madrid
editor@edicionespamies.com

ISBN: 978-84-19301-46-8
BIC: FV

Diseño e ilustración de cubierta: CalderónSTUDIO®
Fotografías de la modelo: rod_julian/depositphotos.com

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del Copyright, bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

ÍNDICE

1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11
12
13
14
15
16
17
18
19
20
21
22
23
24
25
26
27
28
29
30
31
32
33
34
Epílogo
Agradecimientos
Contenido especial

A Carmen Ruiz, que me inspiró esta novela.

1

Los norteamericanos

MADRID

VIERNES, 14 DE AGOSTO DE 1891

Charles se encontraba sentado en una tasca de la Cava Baja con una jarra de cerveza delante y de cara a la puerta de acceso. El local, con las paredes revestidas de azulejos con complicados dibujos vegetales en tonos azules y amarillos, resultaba agobiante tanto por el calor del día como por el humano. De aquella calle partían diligencias y coches de punto a cualquier parte de la Península, y el trasiego de viajeros y equipajes era constante. Se entretuvo contemplando las alegres bienvenidas y las tristes despedidas, los tipos de personas y sus dramas personales. Cada ciudad europea conservaba una zona castiza que guardaba el encanto de épocas pasadas, y el Madrid de los Austrias no se quedaba atrás. Aguardaba a un escribano de la secretaría del Ministerio de Estado. Pertenecía al tipo de empleados que pasaban muchas horas copiando documentos y se sentían mal pagados o muy necesitados por la carga familiar.

Charles, a sus cuarenta y dos años y con las sienes plateadas prematuramente, se consideraba un hombre atractivo y se aprovechaba de ello. Tras un fugaz matrimonio y un discreto divorcio sin hijos de por medio, no había vuelto a contraer nupcias: una circunstancia que aumentaba su valor a los ojos de las mujeres. Gozaba de un trabajo diplomático que lo obligaba a viajar y a relacionarse con la alta burguesía de cualquier país. Ese factor lo ayudaba a meterse en la cama de mujeres hastiadas y, lo más interesante para un hombre escaldado con el compromiso, con las que no volvería a cruzarse.

Por fin, su informante entró en la tasca. No hizo falta que le hiciera una seña. El muchacho lo localizó con una sola barrida por el local y se dejó caer en el banco, frente a él.

—¿Esto es seguro? —preguntó, inquieto.

—Cualquier sitio de trasiego de viajeros es seguro. La gente está más pendiente de los equipajes y de los avisos de llegada y salida que de la persona que tiene al lado. Por eso, también es el lugar preferido de los carteristas. ¿Qué quiere beber?

—¿Paga usted? —Charles asintió—. Pues lo mismo.

Charles levantó el jarro y se lo señaló al posadero, quien comprendió el mensaje.

—El jueves, día dos de septiembre, tendrá lugar la reunión del Gobierno con la reina regente en San Sebastián —soltó, nervioso, el joven.

Eso ya lo sabía Charles, era *vox populi*.

—Me interesan las decisiones internacionales —especificó Charles—, pero espere: viene el posadero.

El hombretón dejó el jarro de cerveza en la mesa y Charles pagó sobre la marcha para poder abandonar el local cuando le viniera en gana.

—Hay muchas decisiones: ¿Marruecos? ¿Cuba? —inquirió el joven. Dio un sorbo a su jarra.

—Italia. Han sido muy discretos, pero me ha llegado un soplo.

—¡Puf! —Se agobió el escribano—. Eso es alto secreto. Si se filtra algo, nos despedirán a todos, porque no habrá otra fuente posible.

—Lo imagino. Le aseguro que no se sabrá. A mi Gobierno sólo le interesa estar informado, pero no desea intervenir. No se preocupe, conservará su puesto de trabajo. Como usted comprenderá, no es rentable quemar a un informador tan valioso.

—El embajador, el conde de Maffei, ha firmado un acuerdo con el marqués de Tetuán en mayo, pero no se trata de la Triple Alianza. No sé qué está pasando en Europa, pero no nos aprecian como aliados.

Charles mantuvo su cara de póker y asintió como si aquella información fuera moneda corriente.

—Hay otro asunto más —continuó el escribano—, aunque no es del despacho y, por tanto, no es fiable al cien por cien. Se rumorea que Sagasta se desplazará a Santander para tomar unos baños, pero, bajo ese subterfugio, se comenta que la finalidad es otra: intentará ganarse a Germán Gamazo y a Silvela.

Disimuladamente, Charles sacó un abultado sobre de color sepia del bolsillo de la chaqueta, que había dejado a su lado, y se lo alargó por debajo de la mesa. La mano del joven actuó de forma presta y el sobre desapareció bajo su chaleco.

—Quédese un rato y disfrute de la cerveza —recomendó al informante.

Charles salió de la tasca con el sombrero ladeado y la chaqueta colgada a la espalda, cogida con una mano y con el bastón en la otra. Hacía demasiado calor a pesar de que el sol ya había caído. Se abrió

paso entre los viajeros que aspiraban a escapar del infierno en los últimos estertores del estío y avanzó hacia Cuchilleros. Los madrileños inundaban las calles, que habían permanecido vacías durante el día, ya que era la víspera de la Virgen de la Paloma, muy celebrada y querida por los ciudadanos, mientras que los vendedores ambulantes aprovechaban la posibilidad de aumentar las ganancias y anunciaban sus productos: buñuelos, churros, horchata. De la plaza Mayor, por el arco de Cuchilleros, le salió al encuentro su compañero de fortuna.

Andrew Malloy, o Drew para los allegados, era su asistente y quien le cubría las espaldas. Irlandés de nacimiento, había adquirido una buena formación delictiva en las calles de Nueva York, razón por la que había sido reclutado por la Policía. Moreno y joven, pues no llegaba a la treintena, destacaba por la nariz torcida y una brecha en una ceja que le daban un aspecto de matón, a pesar de que lo desmentían el traje caro y el cuidado que ponía en el acicalamiento. Actualmente, Andrew trabajaba para el Estado Federal, y le había sido asignado a Charles para ayudarlo en lo que hiciera falta. Se defendía con el español y el italiano, idiomas que había aprendido en las calles de Brooklyn, a los que había incorporado el francés durante su preparación para trabajar con el Gobierno. Andrew no pronunciaba con la corrección debida ni las expresiones se podían considerar de nivel culto; más bien, eran propias de un estibador de muelle, pero le habían servido para desenvolverse en las ciudades europeas que habían recorrido. A esto había que añadir una formación adicional y más refinada que había recibido para desempeñar el papel de ayuda de cámara de diplomáticos, una tapadera muy conveniente para pasar desapercibido.

Sus funciones eran, en realidad, de secretario, de guardaespaldas y de espía, según lo que fuera necesario. Mientras Charles trataba con los políticos y los empresarios, Andrew sonsacaba a los criados y a los empleados o se ocupaba de cuestiones como reserva de hoteles, compra de billetes para traslados o cualquier otra dificultad doméstica.

Se unió a Charles y se encaminaron hacia la calle Mayor para adentrarse en Bordadores. No hablaron durante el recorrido, y disfrutaron de la música de los organillos y de los vistosos colores de los mantones de seda con sus largos flecos que lucían las mujeres.

En la calle Mayor, se detuvieron en un mesón para cenar algo antes de retirarse. Se habían alojado en una fonda y no en un hotel porque Charles no deseaba que hubiera noticia de su presencia en Madrid, ya que cualquier funcionario, relacionado con la diplomacia, podía reconocerlo. Entraron en el vestíbulo sin entretenerse y subieron a la habitación antes de que la patrona les echara la vista encima, una mujer con muy buena disposición, pero con el inconveniente de ser

demasiado curiosa para su gusto. El olor a cocido y a puerro los acompañó hasta el cuarto. Charles arrojó la chaqueta y el sombrero en la desvencijada cama, buscó una cerilla y encendió la lámpara que había sobre la rústica mesa. Andrew cerró la puerta y se apoyó en ella a la espera de que el jefe se explicara.

Charles, sudoroso, se remangó y se dirigió al aguamanil, un lujo que le costó unos centavos más y una discusión con la patrona. Por la ventana que daba a un patio interior llegaba una voz femenina entonando una nana. El agua resultó un alivio. Con la cara chorreando, se miró al espejo. Se peinó con los dedos húmedos la abundante cabellera oscura, herencia de su madre californiana, al igual que las perfectas facciones de su rostro, más varoniles que las de su padre, que semejaba a un niño imberbe para la edad que tenía. De él Charles había heredado la corpulencia, la altura y unos ojos de color azul profundo que llamaban la atención por lo inusuales en un hombre con ese color de pelo. Es decir, su aspecto físico era el resultado de un perfecto mestizaje entre un norteamericano rubio como el maíz, de facciones infantiles y ojos azules, con una mujer española, menuda, de pelo largo y oscuro y ojos castaños, pero tan guapa que había encandilado al hombre anglosajón cuando éste se trasladó a California en busca de fortuna.

—¿Alguna novedad? —preguntó al fin Charles, doblando la toalla con la que se había secado.

—No —contestó Andrew—. Los españoles están más preocupados por su política interna que por la europea.

—Europa es un polvorín a punto de estallar —constató Charles—: alianzas, contraalianzas, servicios secretos, informaciones en venta… Bueno, el trabajo en Madrid ya ha terminado. El Gobierno de Cánovas está buscando aliados en Europa, pero no los encuentra. España no tiene nada que ofrecer y no pinta una mona en la expansión colonial actual. Ya tuvo su momento de gloria. Ahora teme el estallido de una nueva insurrección en Cuba y Puerto Rico.

—No va desencaminado —aseveró Andrew.

—Tampoco hace falta ser un lince. Lo que no entiendo es esa política económica suicida y obsoleta. En fin, no me corresponde juzgarlos, y menos cuando favorece a Estados Unidos. Nos vamos mañana. Espero que el clima sea más suave en el norte.

—¿Por qué ha escogido un balneario perdido en la provincia de Santander si el Gobierno se reúne en San Sebastián? —objetó Andrew.

—Cánovas carece de interés para los Estados Unidos. La razón es otra: una cuestión familiar. Mi padre quiere tener contentos a los directivos de la empresa Colt. Ya sabe: latón y armas van de la mano —explicó Charles—. El latón es anticorrosivo y, además de para piezas de barcos, se emplea para muchas más fabricaciones, como las armas.

El caso es que debo entrevistarme con un cliente potencial, que es quien ha fijado el balneario como punto de encuentro. Por otra parte, nos viene bien, pues el contacto de la Secretaría me ha ofrecido una información adicional: Sagasta tiene proyectada una escapada a Santander. Aparentemente es vacacional, pero ha escogido la ciudad en la que veranean Gamazo y los gerifaltes del cereal.

Andrew silbó.

—Ésos son los que rompieron con Sagasta por mantener una política económica librecambista —recordó Andrew.

—En efecto. Y la razón por la que Sagasta perdió las elecciones. Ahora va intentar que regresen al redil, y la única forma es prometerle a Gamazo una política proteccionista.

—Lo que favorece a los inversores estadounidenses. Los cubanos se quedarán sin líderes que defiendan sus intereses en la Península, pues los terratenientes de las haciendas de caña y los vegueros del tabaco son fieles a la metrópoli.

—Gamazo representa a la derecha liberal. Como todo político, antepone sus intereses por encima de la ideología de partido —explicó Charles—. Es vallisoletano y su clientela principal es cerealista, incluida su familia. ¿Usted cree que llegará a un entendimiento con Sagasta? Elucubraciones aparte, mañana visitaré al embajador de Estados Unidos y usted sacará los billetes para Santander.

—Es demasiado pronto —objetó Andrew—. Tenemos la reserva para el día diecisiete.

—Buscaremos una fonda en la ciudad. He de enterarme de dónde reside Gamazo, de qué actos han preparado para recibir a Sagasta, y hay que buscar hotel en el Sardinero para esos días. Y, si hubiera alguna fiesta o baile, conseguir invitación. Espero que el cónsul me facilite algún nombre santanderino que me pueda echar una mano en esas diligencias.

—Se suponía que iba a ser un trabajo relajado y fácil —se quejó Andrew.

—¿Cuándo no se han complicado los asuntos? —rebatió Charles—. De cualquier manera, nuestra labor concluirá allí, y luego, a casa. Yo también estoy cansado de hoteles, viajes y de tanto trajín.

Andrew se encargó de la ropa que abandonaba su jefe a medida que se desvestía y se retiró con los zapatos en la mano para limpiarlos en su habitación. Charles oyó el llanto de un niño, y, de nuevo, el canturreo de la nana por una voz bien entonada que aprovechó para perderse también en los brazos de Morfeo.

2

La familia Carvajal

Muelle de Santander

Lunes, 17 de agosto de 1891

Antonia permanecía de pie junto a la silla de ruedas de su tía Lina. Ambas sujetaban sendas sombrillas para protegerse del inclemente sol mañanero. Por suerte, no hacían falta los abanicos, pues la brisa marina, que rizaba la superficie del agua, los suplía con más eficacia. La marea estaba subiendo y, poco a poco, cubría la basa sobre la que se asentaba el estrecho muelle de madera verdinegra. Al otro lado de la bahía santanderina, el imponente monte de Peña Cabarga se erguía como un severo vigilante de las poblaciones aledañas. Aguardaban el vaporcito que iba a trasladarlos a Pedreña, al pie del hosco monte, y desde allí se desplazarían en coche de caballos al balneario. Antonia echó una mirada a su espalda: las doncellas, Estrella y Vicenta, vigilaban el voluminoso equipaje con la ropa veraniega que llevaban, mientras que Nemesio aguardaba a Rosendo, su ayuda de cámara, que había ido a comprar *El Boletín de Comercio*. Habían alquilado un pequeño espacio en uno de los almacenes del muelle, que disponía el consignatario de la naviera La Bandera Española, con la que viajarían de regreso a Cuba, para guardar los baúles que contenían la ropa de invierno.

—«Corconera» —leyó la tía Lina en voz alta el cartel que había a su lado con los horarios y los precios—. ¡Qué nombre tan extraño para una empresa!

—El hombre que me vendió los billetes me comentó que es un ave que abunda en estas costas —informó Antonia.

—¿Tú compraste los billetes? —bufó la tía Lina—. ¿Ni para eso sirve tu marido? Desde que empezamos el viaje, Estrella y tú sois sus sirvientes.

—Quiero tener la fiesta en paz —zanjó Antonia. No deseaba iniciar una discusión en un lugar tan expuesto a los oídos curiosos.

Para Antonia estaba resultando un *tour* extraño. El viaje había sido raro desde su planteamiento. La idea había partido de la tía Emelina, hermana de su padre, soltera por decisión propia y propietaria de un pequeño ingenio, que administraba con mucho acierto, entre otros negocios. Un día expresó su deseo de viajar a Europa, algo insólito para la familia Valdivia cuando la tía Lina, como todos la llamaban, no había viajado más allá de Florida; por el contrario, a Antonia, que llevaba la misma vida retirada, le había parecido de justicia y había apoyado el proyecto. Entre las dos habían elaborado una serie de razones para que Nemesio, el marido de Antonia, considerara el viaje como una oportunidad de inversión en la Península.

Nemesio Carvajal era el tercer hijo del vizconde de Tendilla y, por lo tanto, se encontraba lejos de que le tocara en suerte algo de la herencia. Sin embargo, a la muerte de su padre, habían descubierto que éste había adquirido una plantación de azúcar en Cuba, en el distrito de Aguacate. Como ningún familiar quería dejar su apacible existencia en la Península, habían decidido enviar como administrador a Nemesio; así alejaban un *«problema de difícil resolución»* y lo confinaban en una hacienda aislada: *La Ceiba,* se llamaba. Todo esto lo había deducido Antonia cuando ya no había marcha atrás, cuando ya estaba casada con *«el problema»*. Antonia reconocía que, en el asunto del matrimonio, Nemesio había desplegado una astucia inusual, pero, como decía la tía Lina, *«la necesidad agudiza el ingenio»*. Y se lo había agudizado a Nemesio. La hacienda de *La Ceiba,* que dirigía y que no había heredado como había hecho creer a la familia Valdivia, lindaba con un campo de caña de azúcar del padre de Antonia. Dicho campo contaba con las suficientes hectáreas como para producir ron en cantidad, por lo que le había propuesto a su futuro suegro un sustancial negocio: que Bernardo Valdivia gestionara tanto el fruto de *La Ceiba* como la obtención y refinado del azúcar y, como pago, Nemesio le cedía una parte de la producción. Al mismo tiempo, había cerrado un acuerdo matrimonial con Antonia, que tendría como dote el campo vecino, el que Nemesio deseaba para fabricar ron con el desecho de las cañas tras la obtención del azúcar.

Como Nemesio no había dado muestras de ser un lince en la administración de la hacienda, el padre de Antonia no había sospechado nada; y lo que era más, había comprendido que necesitara ayuda y aprovechó la ocasión, pues recibiría un azúcar ya cosechado a cambio de refinarlo y tramitar la venta del resto de la producción junto con la de la propia familia Valdivia. Es decir, se trataba de dinero fácil, obtenido con el mínimo esfuerzo y con el sacrificio de Antonia, pero eso último los hombres no lo tuvieron en cuenta.

Se habían casado, a pesar de la reticencia de Antonia, y, la misma noche de bodas, la sacrificada había comprendido *«el problema»,* pero

ya era tarde, y no podía levantar un escándalo que involucrara a su familia. Por otro lado, Nemesio, tras la horrible noche —desvirgada deprisa y sin ningún interés por parte de él—, la había dejado en paz. A pesar de su escasa estatura, el marido había heredado los finos rasgos de la familia nobiliaria, por lo que resultaba atractivo. No obstante, con el paso del tiempo, Antonia reconoció que Nemesio sacaba un rendimiento increíble a sus escasas luces. La familia Carvajal de la Península lo había olvidado y se limitaba a recibir lo que él enviaba de beneficios sin cuestionarlo. Entre la parte que correspondía al suegro y lo que él mismo sisaba, no quedaba mucho, pero no hubo queja. Así que, entre la sisa y los beneficios que obtenía del ron, había amasado una pequeña fortuna. Por esa razón, a Antonia y a su tía no les había costado mucho convencerlo de la conveniencia, ante los vaivenes que generaban los aires de independencia en Cuba, de asegurarse un rincón en el norte de la Península. Se había puesto de moda entre los indianos y las clases acomodadas madrileñas adquirir casas para pasar el verano, y la montaña contaba con el aliciente de que quedaba a desmano de las miradas censoras de la familia Carvajal, originaria de Guadalajara.

—Aquel es el vapor —indicó Nemesio—. El de la chimenea amarilla y negra. Es inconfundible.

Antonia se fijó en la corconera que se aproximaba, desplazando agua a los lados y rompiendo la tranquilidad de la rutilante superficie bajo los rayos del sol. Los pasajeros que la esperaban se aproximaron al borde del muelle para contemplar la maniobra de atraque y observar a los que la abandonaban: unos, con jaulas de gallinas y patos; otros, con canastos de verduras o productos elaborados en su casa que traían para vender en el mercado. Hombres y mujeres desfilaron, cargados y en orden, por el muelle de madera hasta la escollera de piedra, donde aguardaban los nuevos pasajeros. Durante unos minutos, se mezclaron los olores de la huerta y de las aves con los salobres del mar y el yodado de las algas.

—Rosendo —llamó Nemesio a su ayuda de cámara—, echa una mano a las mujeres con el equipaje.

En París, Antonia había mantenido una discusión con su marido acerca de la vagancia del apuesto y joven Rosendo. Se afanaba en el servicio de su señor, pero haraganeaba en lo demás. Se creía que por compartir la cama con el dueño de la hacienda estaba por encima del resto de sus habitantes, incluso de ella. Ronroneaba a su amo y bufaba a sus compañeras. La desenvoltura de la mulata con las lenguas lo había puesto en evidencia, y se vengaba dejando a Estrella y a Vicenta con el peso del trabajo y de relacionarse con el servicio en los hoteles. Y, claro, Antonia tuvo que bajarle los humos rápidamente. Aun así, Rosendo era un mulato rencoroso, y ella no se fiaba. En la hacienda

casi no se veían, pero el viaje los había obligado a compartir espacios estrechos, y el roce hacía saltar chispas.

—¡*Monsieur* Webster! —exclamó doña Lina, sonriente y con la mano levantada para llamar la atención del hombre en cuestión.

Antonia se volvió y distinguió la alta y fornida figura del señor Webster. El caballero acababa de descender de un coche de punto y se aseguraba de que su asistente, un irlandés tan elegante como él, se hiciera cargo del equipaje; luego, se acercó a ellas.

Antonia le calculaba unos cuarenta años, apuesto y con mucho mundo, pues no en vano era diplomático y recorría Europa al servicio de los Estados Unidos. Lo habían conocido en París porque se alojaba en el mismo hotel y, aunque en la familia Valdivia no había problema en hablar el inglés, habían descubierto encantadas que el señor Webster se desenvolvía en español como un nativo, ya que su madre era californiana, hija de españoles.

—¡Qué casualidad! —exclamó el señor Webster cuando llegó a su altura—. Encantado por el reencuentro. —Se tocó el ala del sombrero a la vez que inclinaba ligeramente la cabeza a modo de saludo—. ¿No iban ustedes a San Sebastián?

—Allí hemos estado —respondió Nemesio—. Ahora nos dirigimos a un balneario.

La orden de embarque por parte del encargado de la lancha corconera interrumpió la salutación, y cada uno fue a ocuparse de sus cosas. Antonia se colgó del hombro el inseparable maletín de madera de cedro, su tesoro más preciado, en el que guardaba lo necesario para escribir. Nemesio dirigió a los criados en el embarque del equipaje más delicado, en tanto que los mozos de cuerda se ocupaban de los pesados baúles. Antonia ayudó a la tía Lina, quien, tras recorrer el muelle en silla de ruedas, se puso de pie y se apoyó en la sobrina mientras un mozo subía la silla y buscaba acomodo para ella.

Doña Emelina no estaba paralítica. Desde hacía unos años arrastraba un problema de cadera que le impedía permanecer mucho tiempo de pie y había adquirido la costumbre de desplazarse en silla cuando salía de casa. Una vez sentadas bajo la lona que las resguardaba del sol, observaron cómo se iba llenando la corconera, que se balanceaba según aumentaba el peso por estribor o por babor. El señor Webster, en cuanto quedó libre, se sentó frente a ellas en el banco corrido.

—Yo también voy a un balneario —continuó la conversación, como si no hubieran sido interrumpidos—; se llama «La Fuente del Francés».

—¡Qué casualidad! —exclamó, alborozada, doña Lina—. Nosotros también. Fue sugerencia mía. A ver si las aguas mejoran las molestias digestivas y la hinchazón de las piernas.

—Parece que estamos destinados a compartir los hoteles de Europa

—expresó, galante, el señor Webster.

—Sí, cuánta casualidad —murmuró Antonia, perpleja, aunque la oyeron.

—Así es la vida: una casualidad —sentenció la buena señora.

—Su sobrina es como yo: piensa que nada sucede por azar, sino atendiendo a un plan secreto. Incrédulos hasta la médula —defendió el señor Webster.

—¿Has oído eso, Antonia? —Y repitió doña Lina con intención—: «Atendiendo a un plan secreto». Buena trama para una novela.

—Mi tía es muy imaginativa, señor Webster —aclaró Antonia, un poco molesta—. Demasiada novela de misterio.

—Están de moda en Norteamérica —informó el señor Webster—. Hay algunos autores muy buenos; puedo recomendarles alguno. A usted no le agradan, por lo que compruebo.

—Ya salimos —interrumpió Nemesio la conversación—. Si no fuera por los traslados y el abultado equipaje, viajar sería un placer.

Se hizo el silencio en la lancha, atentos los pasajeros a las maniobras que se realizaban para desatracar y alejarse del muelle una vez recobradas las estachas. El murmullo de voces se recuperó en cuanto la corconera tomó velocidad y enfiló hacia el interior de la bahía para cumplir con su itinerario: Pedreña y Astillero, dos poblaciones situadas en sus orillas.

Antonia bendijo la oportuna irrupción de su esposo. A la tía Lina le gustaba jugar con el filo de un cuchillo, amparada en la certeza de que los hombres eran estúpidos. Sin embargo, el señor Webster no era el tipo de hombre que acostumbraban a frecuentar. Su mirada era sagaz, inquieta; su sonrisa, mera pose diplomática que no alcanzaba a los ojos. El caballero se había enzarzado en una conversación con Nemesio, y ella hundió la mirada en la bahía, en tanto su mente analítica trabajaba a pleno rendimiento: todo en él sugería un estudio envuelto en una amabilidad y cortesía extremas, una puesta en escena que no dejaba entrever lo que había entre bastidores, lo que pensaba en realidad. Y eso la desconcertaba y, al mismo tiempo, ejercía el atractivo del misterio, del reto, a pesar de ser consciente de que era una pobre ingenua, apartada de la vida y de las complicadas relaciones sociales fuera de la hacienda azucarera y de los viajes imprescindibles a La Habana. Y lo lamentable del asunto era que había sido por decisión propia. Estaba harta de afrontar las miradas de sus amigas, las preguntas curiosas y malintencionadas, odiaba saber de los logros familiares y procreadores de las demás mujeres, quienes le pasaban los embarazos y los retoños por debajo de las narices. Cualquier rincón de La Habana hablaba de la vida, y ella estaba sentenciada a no formar parte de ella.

Gracias a su tía Lina, experta en esas lides, se había creado su

mundo, ajeno a la realidad, y, hasta el momento, le había funcionado. En la familia Valdivia era costumbre, conscientes de la importancia de la educación, enviar a los hijos a estudiar a San Agustín, en Florida, independientemente del sexo. Algunas mujeres cubanas habían contraído interesantes matrimonios con comerciantes ingleses o norteamericanos, por lo que había que preparar a las jovencitas para cualquier eventualidad. De ahí que hablara con fluidez el inglés y se defendiera con el francés. Antonia formaba parte de esas jóvenes afortunadas que habían sido favorecidas con una educación intelectual. Ya casada, con la excusa de acompañar a su padre a Nueva York, escapó unas semanas de la hacienda de su marido para llevar a cabo sus planes, urdidos junto a la tía Lina. A partir de entonces, se había convertido en una rutina el acompañar a su padre en los viajes a Estados Unidos. Nemesio no viajaba porque desconocía el idioma, cualquier idioma que no fuera el español. De hecho, en el viaje presente, su marido no había salido mucho de los hoteles, a no ser pegado a su falda para que le abriese el camino en los restaurantes y comercios. Le parecía patético. En más de una ocasión, se había replanteado si no se habría equivocado en la estrategia, pero luego analizaba el bienestar, la emoción que le reportaba su secreto, la esperanza de alcanzar algo mejor, y no se arrepentía de nada.

Desde La Habana habían salido en un vapor a Nueva York, donde habían pasado casi tres semanas. La ciudad había cambiado, pues hacía ya unos años desde la última vez que había estado con su padre. Actualmente, a Bernardo Valdivia la edad lo había vuelto más acomodaticio, y se mostraba reacio a abandonar la Isla. En su lugar, se desplazaba Arturo, uno de los hermanos de Antonia, quien se había deshecho de cualquier acompañante que le recordara las buenas costumbres. Para Arturo eran viajes tanto de negocios como de placeres nocturnos. En Nueva York embarcaron en un trasatlántico en el que habían navegado hasta Londres y, de allí, habían pasado a Francia, con destino a París. Llevaban cinco meses de trasiego y habían conocido a personas de lo más variopinto: simpáticas, amables, divertidas, interesantes; y otras, pesadas, chismosas, envidiosas, aburridas. Quien no había disfrutado tanto había sido su esposo, que se había limitado a visitar los monumentos al ser incapaz de mantener una conversación. En cuanto entraron en España, Nemesio revivió, y el humor regresó a su rostro mofletudo, porque, últimamente, se había abandonado a los placeres de la mesa y le habían engordado un poco la cara y la tripa.

El balneario representaba el último hito del viaje y la razón de iniciarlo: por un lado, la toma de aguas de la tía; por otro, la compra de la finca, por si las cosas se torcían demasiado en Cuba. Tras la guerra de los Diez Años o Guerra Grande, pensaron que ya habían

concluido los descontentos y se habían dado de narices con la Guerra Chiquita. Los revolucionarios andaban desperdigados, pero no habían abandonado la actividad, por lo que se temía que surgiera el conflicto de nuevo.

La lancha cabeceó al cruzar la estela de otra corconera, y Antonia agarró, en un acto reflejo, el maletín de madera de cedro que descansaba junto a ella. Comprobó que su tía mantenía la postura rígida, con las dos manos sobre el mango de la sombrilla, como si fuera la estaca que la inmovilizaba. La mujer era orgullosa, pero no como defecto, sino como persona que había vivido y había acumulado la sabiduría necesaria para conocer el alma de los demás y para estar por encima de lo superfluo. Había sufrido, aunque nadie mencionaba nada en concreto y, cuando Antonia se había interesado por su vida, su abuelo y su padre la habían despachado con la misma respuesta: *«Está soltera por elección»;* y asunto zanjado. La propia Lina se encerraba en idéntico discurso; sin embargo, Antonia había crecido lo suficiente para intuir que había algo mucho más grave detrás. Lo había comprendido cuando fue a quejarse de que su padre quería casarla con el necio de Carvajal y que prefería quedarse soltera como ella. La tía Lina le había quitado la romántica idea que había albergado sobre vivir a su aire, de ir en contra de las reglas establecidas. Más adelante, al conocer la realidad de Nemesio, la tía se desdijo, pero no quedaba otra: a lo hecho, pecho. Enseguida le había planteado las ventajas de la situación y el convenio al que debía llegar con su esposo. En eso, Antonia reconocía que había estado muy acertada en sus consejos. Al final, no le había ido tan mal, aunque habría podido irle mejor.

—Llegamos —constató Nemesio. No hizo falta impartir más órdenes, cada uno se afanó con su deber, como una maquinaria bien engrasada, después de tantos meses.

Antonia aguardó con su tía a que la lancha se vaciara para desembarcar con tranquilidad y un mínimo de seguridad. Doña Emelina, al igual que ella, era alta y esbelta, contrariando los cánones de belleza de la época. Ese detalle le facilitaba mucho la movilidad a la tía. El norteamericano, con un asistente habituado a los viajes y con menos bagaje, fue más rápido y se despidió hasta más tarde. Para cuando la tía recuperó su silla de ruedas, los carruajes las esperaban: una carreta larga, en la que cargarían el equipaje y transportarían al servicio, y un landó en el que viajarían ellos. Echaba de menos las calesas abiertas de la Isla.

—¡Cuánto coche! —se admiró Antonia. Una larga línea de carruajes oscuros aguardaba el desembarco de los pasajeros de las corconeras.

—Hay cerca otro balneario —respondió Nemesio—, en Solares, creo, y la gente acostumbra a trasladarse a la ciudad o a organizar

excursiones.

Vicenta les entregó una de las cestas con el almuerzo, pues les habían advertido que no llegarían a la hora de la comida, y se llevó con ella la otra para los servidores. Mientras daban cuenta de los emparedados y de la fruta, se deleitaron con el camino que transcurría entre plátanos frondosos y verdes prados.

—El clima será duro en invierno, pero en verano resulta muy agradable —observó Antonia—. ¿Cómo harás para saber qué lugar es el más propicio para comprar una finca?

—Lo he comentado con el señor Webster durante el trayecto en la lancha, y me ha sugerido que hable con los alojados en el balneario. Suelen pertenecer a la alta burguesía y, por tanto, tienen conocimiento de la zona. Creo que es una buena idea.

—Habrá que desplazarse a visitar las que te propongan —comentó doña Lina.

—Puedo ir solo, así será más rápido. Ustedes descansen y disfruten de las aguas. No pretendo molestarlas con mis asuntos.

—Muchas gracias. Muy considerado por tu parte —respondió la tía Lina. No fue una réplica mordaz, sino de alivio.

El resto del recorrido lo hicieron en silencio, contemplando los montes, los prados con el ganado desperdigado y los sembrados, hasta que llegaron a la finca que acogía el balneario de La Fuente del Francés. Traspasaron la portalada y se adentraron en un bosque y un vergel a la vez, que se extendía a lo largo del río Aguanaz. El camino lo trazaban altos plátanos que formaban una bóveda verdinegra sobre la tierra pisada. Rebasaron el edificio en el que se alojaba el servicio, la Fonda Varsoviana y la Hospedería del Trancar, que eran otros alojamientos más modestos. El cochero detuvo los caballos frente al Hotel Suizo, nombre que reflejaba el estilo arquitectónico en el que imperaba la madera. Salieron varios mozos con carretillas para hacerse cargo del equipaje y los criados lidiaron con ellos. Nemesio se adelantó para gestionar la llegada en recepción, y Antonia y su tía se lo tomaron con más calma.

—¡Es muy bonito y agradable el lugar! —exclamó Antonia. Admirada, recorrió con la vista el entorno—. ¿Cómo supo de este sitio?

—¡Oh! Me habló una amiga de él. Vino hace dos años y me lo recomendó —explicó la tía, sin extenderse mucho.

Sobre el río se erigía un molino bajo el cual pasaba el agua a un gran estanque. Una pasarela conducía a la otra orilla, en la que se encontraba la casa de baños de estilo neoárabe y montañés, un edificio que destacaba con personalidad propia por lo ecléctico de la construcción.

—Entremos —apremió la tía—. Estoy deseando llegar a la

habitación y ponerme cómoda.

Antonia empuñó la silla y la giró de cara al magnífico edificio de estilo alpino. Constaba de dos plantas, y la segunda estaba adornada por un balcón corrido de madera labrada. Finísimas columnas de hierro, que llegaban hasta el suelo, sustentaban el alero, del que pendía un trabajo de encaje realizado también en madera que resguardaba la balconada. Nemesio les salió al encuentro.

—El recepcionista me ha explicado que son tres habitaciones consecutivas e iguales: cama con dosel, escritorio, *chaise longue,* amplio armario ropero y un pequeño cuarto para el aseo. Les he entregado las llaves a sus doncellas. El servicio duerme en el ático: en el ala izquierda, los hombres; y en la derecha, con acceso independiente, las mujeres. Su habitación —se dirigió a la tía— cuenta con un camastro para su doncella, como de costumbre. ¿Alguna pregunta?

—¿Horarios de comidas, acceso a los baños…? —enumeró Antonia.

—Me han proporcionado estas hojas informativas. —Las distribuyó—. Si tienen alguna duda, ya saben dónde está la recepción. He reservado mesa para cenar a las nueve de la noche. El comedor y los salones se encuentran en esta planta.

—Perfecto, querido —alabó la tía Lina, con satisfacción. Nemesio había retomado las riendas de la organización, contento de hablar cristiano de nuevo—. Nos vemos a la hora de la cena.

Nemesio se adelantó y ellas aguardaron a que uno de los botones las ayudara con la silla. Antonia sujetó a la tía mientras ascendían lentamente al piso superior por unas amplias escaleras, que olían a cera y en las que destacaba un zócalo de madera oscura y labrada hasta la altura del hombro. No conseguía acostumbrarse a la lóbrega decoración europea, y eso que lo que no era madera lo habían pintado de blanco. Al menos, en ese hotel, no habían tenido la ocurrencia de entelar las paredes.

Las habitaciones se localizaban en el lateral derecho, según la entrada principal, y a la izquierda del corredor, según se subían las escaleras. No hizo falta fijarse en los números, ya que las puertas se hallaban abiertas. En esa ocasión, la habitación de en medio le había correspondido a la tía, reconocible por el camastro adicional oculto detrás de un biombo. La tía Lina se había negado a que Vicenta compartiera los terribles dormitorios acondicionados para la servidumbre en los hoteles.

—Ya me apaño sola. —La liberó la tía y se levantó de la silla para estirar un poco las piernas—. Ven a buscarme cuando bajes a cenar.

Antonia entró en su habitación y comprobó que, aunque no faltaba de nada, era bastante espartana: una cama ancha con dosel, un escritorio de madera rústica con una silla de brazos, un enorme y

pesado armario con espejo en una de sus puertas y una *chaise longue* tapizada con una cretona de flores, el único punto de color y de alegría para la vista. Los muebles españoles no destacaban por su comodidad ni por su ligereza. Para no estorbar la labor de Estrella, que se afanaba en vaciar los baúles y en ordenar la ropa en el amplio y profundo armario, salió al balcón por la ventana francesa. Sus pasos hicieron crujir el suelo de castaño. Aunque fuera un lateral, la vista era agradable, y el cantarín sonido de las aguas del río refrescaba el ambiente. En medio de tanto verdor, había una pequeña capilla y, junto a ella, un jardín cuajado de rosas con una fuente renacentista en el centro. Auguraba ser un lugar discreto al quedar aislado del camino por un seto alto y tupido. Más al fondo, cerraba el espacio el molino sobre el río. A pesar de lo apartado que se encontraba el balneario, se hallaba muy concurrido: en parejas o en grupo, paseaban hombres y mujeres por los senderos.

Aprovechó para echar un vistazo a la hoja informativa y descubrió que, independientemente de los baños, se podía adquirir cada semana un programa con los festejos y diversiones que se organizaban para el entretenimiento de los agüistas. También había un sencillo plano del complejo, en el que situaba el Hotel Suizo junto al molino y la Hostería del Trancar y, en la misma orilla, más cerca de la portalada de entrada, se hallaba la Fonda Varsoviana. En la otra orilla, la pasarela conducía al interior de la casa de baños y, cerca de la entrada, se situaba el edificio en el que se alojaba el servicio de las termas, como había observado a su llegada. Independientemente de las construcciones principales, una serie de chalets unifamiliares salpicaban la finca, que se prolongaba, siguiendo el curso del río, hasta la población de Villaverde.

—¡Um! No hay mucha intimidad en el balcón. —La observación de su tía la obligó a fijarse. Una pequeña valla, de la misma madera troquelada que la balaustrada, separaba los espacios, pero permitía la comunicación entre los que se asomaran en ese momento.

—Cierto. Sin embargo, no creo que los alojados pasen mucho tiempo en sus habitaciones. Entre los paseos, los baños y los entretenimientos, no debe de quedar mucho tiempo libre.

—Suena divertido —se animó doña Lina. Había salido al balcón sirviéndose del bastón como apoyo.

—Señora, he encontrado el vestido —anunció Vicenta desde dentro.

Vicenta era una mulata espectacular. A sus treinta y cinco años conservaba las curvas de un cuerpo joven y una piel morena tersa y mostraba unos atractivos rasgos europeos. Hacía veinte años esa belleza cubana le había costado un mes de abusos. Había llegado a la hacienda de la tía Emelina traumatizada por el suicidio de su madre y

las exigencias sexuales de su padre. Había oído hablar de la señora que recogía y amparaba a mujeres con problemas. La tía la había socorrido y había escuchado la triste historia, una que se repetía con demasiada frecuencia: el abuso de los hacendados blancos, amparados en su derecho sobre los esclavos; o bien se aprovechaban de la situación de pobreza a la que el ostracismo condenaba a los liberados. El caso de Vicenta era más sangrante. Sus abuelos, africanos libertos, habían amasado una pequeña fortuna con el negocio de maderas preciosas. No habían sido los únicos nuevos ricos, y las voces antiesclavistas habían comenzado a oírse. Se habían producido algunas insurrecciones de negros en los años 40, pero de escasa repercusión. Sin embargo, habían sido el germen del miedo a los negros de los cubanos peninsulares. Leopoldo O'Donnell había llegado a la Isla como gobernador y se había manifestado como un acérrimo defensor de la esclavitud, con cuyo comercio había obtenido pingües beneficios. En 1844 se descubrió una nueva conspiración: hubo más de mil detenciones y, a causa del sistema de tortura que se empleó, se llamó «el Proceso de la Escalera». Se sucedieron los encarcelamientos, expulsiones y fusilamientos, según el grado de participación. Los abuelos de Vicenta no tuvieron suerte y murieron ante un pelotón de fusilamiento.

Su madre, sola en el mundo, entró a servir y pronto quedó embarazada del señor. Vicenta había crecido en la hacienda de tabaco y había aprendido a seleccionar las hojas más adecuadas para la tripa, el capote y la capa del cigarro, hasta que le llegó la primera sangre: había terminado su niñez, y comenzó su calvario con los hombres. Aprendió a vivir en estado de alerta, a desconfiar de los requiebros, fuera el hombre de la raza que fuera; aun así, no pudo escapar de su propio padre, el señor de la hacienda, quien, aburrido de su madre, se había fijado en la potrilla tan linda de doce años que entraba y salía de su cocina. Un mes. Sólo duró un mes, pero en la mente de Vicenta se había convertido en una vida. Un alma noble del secadero de tabaco le susurró un nombre: *Manzanillo,* la hacienda de la mujer sin hombre. Allí, Vicenta había destacado por una inteligencia despierta y la tía Lina se había preocupado de su educación.

Con ese aire caritativo, doña Lina había conseguido la mayor parte de sus empleadas, abnegadas y fieles, por una deuda de gratitud. Incluso la doncella que le había proporcionado a Antonia, la pequeña Estrella, había sido sustraída a un futuro de prostitución en uno de los burdeles de La Habana.

—Vístete también y nos quitaremos de en medio para que trabajen más cómodas —aconsejó la tía a Antonia—. En media hora te aguardo en el pasillo.

3

En el balneario de La Fuente del Francés

Andrew colgaba la ropa mientras Charles, sentado al escritorio, revisaba las fechas de los hoteles, de los viajes y los gastos que habría de justificar.

El cónsul había hecho bien sus deberes y le había facilitado el contacto con la familia Hoppe. Karl Hoppe era alemán, pero muy bien introducido en la clase alta santanderina por ser consignatario y naviero. Nada de indianos ni de españoles: así quedaba la política aparte y no resultaba llamativa su presencia. No sólo le había conseguido una invitación a la fiesta que estaba preparando el señor Gamazo en su quinta *Altamira* para agasajar a Sagasta, sino también una habitación en el Gran Hotel del Sardinero para los días del 29 de agosto al 1 de septiembre incluido, el tiempo que iba a estar Sagasta en Santander. Había pasado tres días reconociendo la ciudad y le había agradado el ambiente veraniego y sofisticado que impregnaba sus calles, con tantas personalidades empresariales, políticas y títulos nobiliarios paseando por los arenales.

—He terminado. Le dejo un traje sobre la cama para la cena. Voy a instalarme y a reconocer las dependencias del servicio si no me necesita el resto del día.

—Yo también saldré un rato a explorar el lugar, antes de la cena. Nos vemos sobre las once de la noche aquí mismo para cambiar impresiones y planificar el día de mañana.

Por lo poco que había observado, en el balneario se respiraba un ambiente familiar, y su presencia atraería la atención. ¿Qué hacía un soltero allí cuando había mayores distracciones en el Sardinero? Así que el providencial encuentro con la familia Carvajal podía servirle de apoyo.

—Entérate de cuáles son las habitaciones de la familia Carvajal —ordenó a Andrew antes de que se ausentara.

—En París ya averiguamos que ese hombre es un conservador, a pesar de su inclinación sexual. ¿Qué más necesita de él?

—Tapadera. Y nunca se sabe. Lo cierto es que lo único interesante de la familia son las mujeres.

A Charles no se le escapó la sonrisa de Andrew. El irlandés llevaba

tres años a su servicio y sabía de qué pie cojeaba su jefe. No habían hablado de ello, ya que era libre y nunca seducía a mujeres ingenuas; por el contrario, Charles era bastante cuidadoso y discreto a la hora de escoger sus aventuras.

En cuanto Andrew desapareció de la escena, Charles se levantó y salió al balcón. Era un cambio agradable: el ruido, el calor y el olor de las grandes ciudades por el sonido constante y relajante del agua, el hipnótico color de la naturaleza y el olor a campo. Decidió aprovechar para descansar y dormir, y, quizá, se apuntara a un baño termal.

La habitación se situaba en un lateral, a mano izquierda de la entrada principal y a la derecha según se subía la escalera. Paralelo a la corriente cristalina discurría un sendero de tierra pisada que invitaba al paseo. No era el primero al que se le había ocurrido la idea; la tía y la sobrina Carvajal se alejaban por él en dirección a Villaverde, la población que se encontraba en el extremo opuesto de la finca.

Se apresuró para unirse a la expedición y sondear los planes de la familia; después, podía decidir la estrategia. Había pocos huéspedes a esa hora del día en el hotel, a excepción del servicio en la planta de abajo. No tuvo que correr mucho para darles alcance: una pareja de mediana edad las había detenido y charlaban apaciblemente bajo la sombra de un roble.

Según iba acercándose, repasó la figura de la sobrina, que se movía con la indolencia y la sensualidad caribeñas. *¡Qué pena que esté casada con alguien que no la aprecia!,* pensó. Si algo había aprendido en sus viajes era a no caer en la trampa de acceder a un matrimonio concertado; la mayor parte de ellos estaban abocados a la infidelidad y a la infelicidad.

—Buenas tardes. Compruebo que han llegado indemnes desde el embarcadero —les dijo a ellas; y luego, se volvió a la pareja—: Charles Webster, para servirlos. ¿Con quién tengo el placer?

—Sixto Trueba y mi esposa, doña Lucía.

Realizó un ligero besamanos a la señora y estrechó la mano del caballero, que se mostraba a la moda en el rasurado de la cara: patillas y barba bien recortadas.

—¿Viene usted también de Cuba? —indagó don Sixto.

—Me temo que no tengo relación con la Isla, excepto estas dos agradables damas con las que tuve el placer de coincidir en un hotel de París. Soy norteamericano, me gusta viajar y estoy a punto de finalizar un *tour* por Europa.

Si notó el estupor de las damas por cómo había evitado hablar de la naturaleza de su trabajo, no se dio por enterado, y se mantuvo imperturbable.

—Es usted lo que hoy se considera un cosmopolita —dedujo la

señora de Trueba.

—El señor Webster es muy versado en política mundial —informó doña Emelina, con un brillo retador en los ojos.

—Nada fuera de lo común. Acostumbro a leer la prensa de cada país para mantener el idioma vivo; en caso contrario, temo perder agilidad y vocabulario al dejarle criar telarañas.

Le satisfizo que las damas superasen el aturdimiento y se avinieran al juego. Deseaba olvidarse durante su estancia en el balneario de la agotadora exigencia de la diplomacia. En cuanto se enteraban de cuál era su dedicación, las conversaciones se centraban en política y le pedían su opinión sobre los asuntos más dispares, como si fuera su obligación conocer lo que sucedía en cualquier lugar remoto de la geografía mundial; incluso las mujeres habían llegado a preguntarle por la moda en tal o cual país.

Doña Emelina disfrutaba con la mentira y la señora de Carvajal… era un misterio para él: alta, esbelta, elegante en las formas y en el vestir, pero despegada, poco proclive a compartir su pensamiento. No había sido agraciada con la belleza rutilante que Charles estaba acostumbrado a encontrarse en los salones de las embajadas que frecuentaba, pero tampoco la consideraba fea. Se habría atrevido a considerarla aburrida si no hubiera sido por ese brillo inquieto en la mirada. En París, había comprobado que el matrimonio Carvajal dormía en habitaciones separadas. Estaba seguro de que la mujer conocía la tendencia sexual de su marido. ¿Cómo hacía frente a la situación? No daba la sensación de amargura o resentimiento ni su gesto era avinagrado. Había mujeres con matrimonios parecidos o bien que compartían el marido con una amante, y el cinismo, el desencanto y el rencor rezumaban en los caracteres. Sin embargo, la señora de Carvajal, por lo que había comprobado en las escasas ocasiones en las que habían conversado, estaba por encima de esos sentimientos. La idea de un amante más solícito que su marido cruzó por la mente de Charles.

—La política europea no es la que nos preocupa a los españoles actualmente —replicó don Sixto—. Les comentaba a las señoras que soy abogado y que mi bufete lleva los asuntos de propietarios cubanos en la Península, y viceversa.

—¡Qué extraño! —exclamó la señora de Carvajal, sorprendiéndolos —. Un abogado al que no le suscita interés la política…

—He señalado la europea —recalcó don Sixto, sonriendo y en absoluto incómodo—. Colaboro estrechamente con el señor Gamazo: de ahí mi especialización y la relación con Cuba.

Aquella confesión, dicha como de pasada, captó la atención de Charles, quien lo observó con mayor detenimiento. Ningún colaborador de Germán Gamazo era un don nadie. El terno color

tabaco era de lino, de buena confección, y ofrecía un aspecto impecable y discreto, como el vestido de su esposa.

—Tía Lina, si necesita un abogado en la Península, ya sabe a quién acudir —señaló la señora de Carvajal.

—No los entretenemos más —dijo don Sixto—. ¿Cenarán en el hotel?

—Sí; mi sobrino ha reservado mesa —contestó doña Emelina.

—Pues allí nos vemos. Hoy no hay función ni baile, así que, después de la cena, habrá charla en el salón del piano. Resultará agradable, y podrán conocer a otros huéspedes que se acercarán de la Hostería del Trancar y de la Fonda Varsoviana.

Se despidieron y el matrimonio retomó el camino hacia el hotel. La sobrina se disponía a empujar la silla de su tía cuando Charles se lo impidió.

—Permítame, por favor. Les debo una explicación.

—No nos debe nada —replicó la señora de Carvajal, aunque le dejó hacer—. Usted tendrá sus motivos, y yo no los voy a cuestionar.

—¡No seas aguafiestas, Antonia! —se quejó la tía, menos cohibida y por encima de las conveniencias sociales—. Me gustaría escuchar esa explicación.

—No hay nada morboso, doña Emelina. Si espera un secreto inconfesable, la voy a decepcionar. He venido a descansar y no deseo hallarme en medio de manifestaciones políticas a favor o en contra de las intenciones norteamericanas.

—¡Vaya! —exclamó, desencantada, la señorita Valdivia—. Pues me debe algo más sustancioso como por qué pronuncia el español como si fuera un nativo.

—Mi madre es californiana, hija de españoles. Tampoco hay ningún misterio. A pesar de la fuerte colonización anglosajona, el español se mantiene vigente en muchos estados norteamericanos.

—Pues qué pena, don Carlos —bromeó, españolizando el nombre —. Le ha restado brillo a la armadura de caballero.

—¿En qué lid me había metido?

—Últimamente me aburro mucho, y la intriga mantiene vivo el ingenio. A mis años debo buscarme otros entretenimientos.

—No sea absurda, tía —reprendió la sobrina, con escasa convicción y sin dejar de caminar—. Usted no deja de enredar y sólo tiene cincuenta y dos años.

—Sus sobrinos la mantienen ocupada —adujo Charles.

Las dos mujeres rompieron a reír y Charles se detuvo, extrañado.

—Perdone. Entendí que era usted soltera —se excusó.

—Y lo es —confirmó la señora de Carvajal. Retomaron la marcha —. Pero es una mujer independiente en el más amplio sentido de la palabra. Dirige su propio ingenio y no permite que nadie se inmiscuya

en su vida, aunque ella tiene la mala costumbre de irrumpir en la de los demás.

El camino se estrechó y la señora de Carvajal se adelantó a la silla. Charles observó que no llevaba muy ceñido el vestido de algodón floreado. La moda consideraba que cuanto más estrecha fuera la cintura, más hermosa era la mujer. Había visto cuerpos desnudos de mujeres hermosas que habían quedado deformados, mujeres que a él, particularmente, no le parecían tan hermosas: ofrecían una apariencia escuálida y débil. La señora de Carvajal se giró para contemplar la barca que avanzaba por el río y le ofreció el perfil de su rostro: largo y anguloso, con una nariz igual de prolongada para cubrir la longitud de la cara. Los ojos eran su mayor atractivo: pardos, vivos, inteligentes, curiosos y misteriosos, del tamaño exacto, algo sesgados, rodeados de espesas pestañas que los sombreaban. ¿Qué escondía detrás de esa perfecta fachada de acomodo a un matrimonio imposible?

—¡Hay paseos en barca! —Señaló una embarcación alargada que se deslizaba al impulso del barquero.

—¿Le llaman la atención viviendo en una isla? —se extrañó Charles.

—Vivimos en Aguacate, en el interior, a treinta kilómetros de Matanzas y a sesenta y cuatro de La Habana —explicó doña Emelina —. Salimos poco de la hacienda.

Charles detectó un dejo amargo en el comentario que lo inclinó a indagar más.

—Ahora mismo no se encuentran en la hacienda y ustedes se mueven con soltura por el mundo como para haber sido educadas en casa.

—Es tradición en la familia estudiar en San Agustín, en Florida —informó doña Emelina.

—Independientemente del sexo —añadió la señora de Carvajal, con un dejo de orgullo—. Fueron años felices.

—Los de la inocencia siempre lo son —filosofó la tía—. En cuanto creces, se fastidia.

—Usted permanece soltera —recordó Charles—. ¿Por una decepción?

—Si en la vida no hubiera decepciones, no sabríamos valorar los aciertos: mi soltería fue un acierto, pero siempre se echa de menos algo. ¿Conoce usted a alguien completamente feliz con lo que tiene? Los humanos no porque somos insaciables.

—Tiene razón —aseveró Charles—. La vida en la hacienda debe de ser dura; sin embargo, siempre había oído hablar de la relajada sociedad de la Isla.

—¡Ah! Le llegan las noticias agradables: el juego, las peleas de gallos, las fiestas, los bailes, los teatros. —En esa ocasión fue la señora

de Carvajal la que intervino—. La Habana, Matanzas y Santiago son los principales puertos por donde salen y entran las mercancías y allí la vida es alegre y disipada. Por el contrario, en el interior, las haciendas están separadas, aisladas, y requieren de mucho esfuerzo: estar pendientes de las siembras, las cosechas y del funcionamiento de los ingenios, así como de reparar los destrozos causados por los huracanes.

—Es la visión que ofrecen las ciudades de cualquier parte del mundo. Nunca se corresponde con la realidad del interior, donde se genera esa riqueza. ¿Regresamos? —propuso Charles.

—Sí —secundó doña Emelina—. Los días son más cortos. Anuncian el final del verano.

—Y del viaje —añadió la sobrina con tono melancólico.

Según se iban aproximando al hotel, el sendero se hallaba más concurrido y los gritos de los niños que jugaban rompían la tranquilidad. Los huéspedes regresaban para descansar y prepararse para la cena. Entraron en el vestíbulo y Charles llamó a un botones para que se hiciera cargo de la silla.

—Señor Webster, ¿cena solo? —se interesó doña Emelina mientras subían la escalera.

—No creo que permitan a mi ayuda de cámara que se siente conmigo —bromeó.

—Si no le resultamos aburridas, lo invitamos a que comparta nuestra mesa.

—Sabe usted bien que no. Será un placer. Le quedo agradecido.

—A las nueve, entonces —zanjó la tía.

Una vez arriba, Charles se retiró hacia la derecha del corredor y ellas tomaron la izquierda. Entró en su habitación satisfecho de cómo se había desarrollado la tarde. Bajo el amparo de la familia conservadora, podía enterarse de quiénes eran las familias cubanas más afines a la Península y de sus inclinaciones. Cuba era un manantial de interés para los inversores norteamericanos y los comerciantes. Cualquier tipo de información fiable era bien pagada. Martí, Maceo y Máximo Castrejón vivían exiliados desde la Guerra Chiquita en Nueva York, donde habían formado el Partido Revolucionario Cubano. Se desplazaban por Florida y Luisiana recaudando fondos y armas, pero no era suficiente para mantener una guerra. A los norteamericanos no les interesaba que consiguieran sus objetivos y, mucho menos, que se iniciase de nuevo una guerra que iba a afectar desfavorablemente a las inversiones. La guerra sólo suponía riqueza a los traficantes de armas o a quien proporcionase alguno de los componentes para su fabricación, como su padre. Ya que se hallaba en aquel balneario perdido, aunque no estaba tan perdido a juzgar por el hecho de que se reunieran en Santander los liberales,

aprovecharía para informarse sobre las decisiones que se tomaran al respecto y prevenir a sus paisanos si se producía la debacle. La política proteccionista de Cánovas no les preocupaba, pues la Isla mostraba una fuerte dependencia del comercio con Estados Unidos. Le gustara o no al Gobierno de Madrid, se trataba de una realidad desde mediados de siglo, cuando la empresa inglesa había demostrado su ineficacia en la construcción del ferrocarril, tan necesario para acercar los productos de las haciendas a los puertos de La Habana o de Matanzas. Al principio, los ingleses habían contratado a irlandeses, pero les habían afectado las fiebres y habían tenido que recurrir a los inmigrantes canarios, porque los negros no infundían confianza. Ante la inflación de los precios del hierro inglés y otros abusos, las autoridades cubanas se volvieron hacia Estados Unidos, a quienes habían comprado las locomotoras de la casa Baldwin. A partir de entonces, el capital norteamericano había fluido por la Isla, originando una fuerte dependencia del dólar por parte de los isleños. A la ideología conservadora de los latifundistas cubanos se imponía la necesidad de amasar una fortuna por parte de los más desfavorecidos. Los hacendados más pequeños aspiraban al mercado norteamericano, más amable que el peninsular, que los asfixiaba con impuestos. Al final, todo se resumía en una cuestión de dinero.

Se desnudó y se acercó al palanganero para afeitarse y asearse antes de vestirse para la cena.

4

Valentín Castrejón

El comedor seguía la línea arquitectónica alpina con grandes vigas de madera cruzándose en el techo y altos zócalos del mismo material. A Antonia le costaba acostumbrarse a esa falta de luminosidad. La forma rectangular de la estancia no permitía una imaginativa distribución de las mesas: en dos filas. El toque exótico y de color lo ofrecían las palmeras del paraíso, estratégicamente colocadas. El número máximo de comensales en cada mesa era de cuatro, y quedaban asignadas para el resto de los días a las horas de las comidas y de las cenas. En cuanto a la cocina, era refinada e internacional para adaptarse al paladar exigente de las familias pudientes y de los extranjeros que se alojaban en el hotel.

El complejo termal resultaba atractivo, aunque no tanto como para pasar allí tres semanas. Lo mejor hasta ese momento había sido la presencia del señor Webster. Nunca había conocido a un hombre como él, acostumbrada a la condescendencia de los señores de las haciendas y a su limitada conversación sobre la producción, el rendimiento, las exportaciones e importaciones. El señor Webster era un caballero refinado en los modales, versado en arte, en arquitectura, en literatura o en música, hablaba idiomas y viajaba con desenvoltura por el mundo y, lo más importante, no se sentía estúpida a su lado. Ese hombre reunía las aspiraciones de una mujer como ella y que, por una extraña jugarreta del destino, le estaban vedadas.

Afortunadamente, su mesa se encontraba cerca de la puerta de acceso, así escapaban al escrutinio del resto de los comensales. La sensación de desfilar por el pasillo estrecho y alargado entre las mesas resultaba desagradable. Se habían sentado alternados, de manera que a su izquierda quedaba el señor Webster, a quien el frac, de corte impecable, le sentaba como un guante; a la derecha, su marido, cuyos botones del blanco chaleco denunciaban que había engordado un poco, y enfrente, la tía Lina, que, a pesar de su aparente indiferencia, escrutaba el entorno. La hermana de su padre siempre había estado revestida de un halo de misterio. Aunque afable y parlanchina, doña Lina guardaba silencio sobre su vida y sobre otras muchas cosas más de las que se enteraba por la fiel servidumbre. Sin salir de la hacienda,

sin relacionarse con la sociedad cubana, estaba mejor informada que la propia prensa. Habría sido una buena periodista. El peso de la conversación recayó en Nemesio, quien los informó sobre el balneario.

—Son cuatro los manantiales: Virgen de los Remedios, Santa Lucía, San Roque y La Gruta. Manan a la agradable temperatura de veintitrés grados centígrados. El manantial de Solares es demasiado caluroso, casi a treinta grados.

—Has estado ocupado, querido —constató la tía, sin retirar la mirada del tarjetón del menú—. Soy más de ostras —eligió.

—He hablado con el director del hotel, el señor Laso —aclaró Nemesio, mientras se decantaba por la lubina en salsa—. También me ha comentado que hay una gruta, a la que llaman del Diablo, ¿o era el puente? —Frunció el ceño, confuso—. Es igual. A la gruta se accede por una estrecha grieta, y la mantienen iluminada para disfrute de los huéspedes.

—¡Oh! No falta de nada —exclamó Antonia.

La presencia de la camarera los interrumpió; pidieron sus preferencias, les sirvieron el vino y Antonia retomó la conversación cuando el servicio se retiró.

—Durante el pequeño paseo de esta tarde hemos descubierto que se puede recorrer el río en barca y que hay isletas y remansos. ¡Y ahora una gruta! ¡Qué romántico!

—Recuerda, querida —Nemesio nunca olvidaba el apelativo en público—, que debes reservar hora en los baños. El señor Laso me ha advertido de que están muy solicitados.

—No es algo que me atraiga —declinó Antonia.

—He encargado a Vicenta que haga las reservas más convenientes —replicó la tía—. ¿Por qué no llegan estos vinos a Cuba?

—Llegan, pero se estropean —explicó Nemesio.

—Yo tampoco soy un entusiasta de las duchas ni de las irrigaciones —dijo el señor Webster—. Me recuerdan a las instalaciones de un hospital. Sin embargo, me gustan las piscinas comunales. He visitado las de Bath, Vichy, Aix-les-bains y Baden-Baden, muy similares a las termas romanas, donde se discutía de política, filosofía o literatura.

—¿No es usted muy joven para pasarse media vida en los balnearios? —se extrañó Nemesio.

—Querido, no escuchas —reprendió la tía—. Los baños son centros de cotilleos políticos, entre otras cosas que no nos atañen —dejó caer con picardía.

—¡Tía, por favor! —se escandalizó Antonia—. El que sea la de mayor edad en la mesa no la exime de comportarse con educación.

Llegaron los platos y, con ellos, un nuevo receso de la conversación.

—La presentación es buena —ponderó la tía, echando un vistazo al servicio en general—. Veamos cómo sabe.

—Se ha convertido en una *gourmet* —comentó jocoso Nemesio—. Mi lubina está deliciosa.

—La señorita Valdivia tiene razón —acudió el señor Webster en su auxilio—. La educación es un barniz que oculta lo desagradable.

—No lo niego —retrucó Antonia, dedicada a aderezar su ensalada —; no obstante, sin esa educación sería imposible formar parte de una sociedad.

—¡Ah! Usted se refiere al orden —contradijo el señor Webster mientras rellenaba las copas de vino—. La educación es el disimulo, el eufemismo.

—¡Oh! Esta conversación es muy manida —se quejó la tía, entre ostra y ostra—. Todos sabemos lo que es la educación, pero estoy de acuerdo en que es necesaria para soportar la convivencia. Estoy pensando que no voy a tomar postre; no me conviene después del atracón en París.

—Se puso mala después de probar un montón de tartas. —Sonrió Antonia ante el recuerdo—. No hay mal que por bien no venga.

—Ignoraba tu vena de maestra. Es la segunda vez que me reprendes —notó la tía, en absoluto molesta. Se conocían ambas muy bien, y doña Emelina no era ajena a la encorsetada educación que había recibido Antonia por parte de su padre.

La cena concluyó junto con la apacible conversación, y la camarera los informó de que los licores se servían en el salón del piano y, si alguien deseaba fumar, se recomendaba el exterior para no molestar a las damas y a los enfermos de los pulmones. Se levantaron y atravesaron el vestíbulo con parsimonia, observando el ir y venir de los alojados, que se desplazaban hacia el salón o al exterior para encender un puro.

Bajo el imponente techo, que dejaba a la vista el armazón de madera que lo sustentaba, los huéspedes habían formado círculos de butacas en torno a las mesas bajas y departían amigablemente: los caballeros con una copa en la mano y las damas con un licor espirituoso. Al igual que en el resto del hotel, las plantas decorativas —diferentes tipos de dacenas, ficus y monsteras— se alternaban en la misión estética y acentuaban la sensación de bienestar. Los señores Trueba les hicieron una seña para que los acompañasen, y hacia ellos se encaminaron.

—Los señores Gea también comparten intereses en Cuba —presentó don Sixto—. Doña Felisa y don Primitivo. Los señores Carvajal, doña Antonia y don Nemesio; la señorita Valdivia, doña Emelina, tía de la señora, y el señor Webster, *voyageur du monde*.

Tras las frases de cortesía, la familia encargó sus bebidas al camarero más cercano. Los señores Gea regentaban tiendas de coloniales en Gijón, desde donde abastecían a los valles interiores. Él

lucía bigote y largas patillas, moda que perduraba en las provincias; ella vestía seda azul oscuro para disimular la suciedad de la ropa, pues resultaba costoso lavarla. Sólo las economías holgadas podían costear un amplio vestuario de prendas ligeras en tonos pastel. Don Primitivo, de origen asturiano, les contó que había emigrado a Cuba muy joven junto con su hermano; se habían iniciado en el cultivo del tabaco y habían trabajado duro, incluso habían llegado a levantar un taller de tabaco torcido en La Habana, cuya instalación se había incendiado. La familia de la esposa de su hermano era propietaria de una tienda de abarrotes en La Habana y se quedó con ellos, mientras que don Primitivo, con lo poco que había podido salvar, regresó a la Península y abrió una pequeña tienda de coloniales en Gijón que, con el tiempo, había ido creciendo. Entre los dos hermanos se había establecido una relación comercial que les había favorecido a ambos y les había procurado una vida asentada dentro de la pequeña burguesía. Don Primitivo contrajo matrimonio con doña Felisa, cuyo padre era militar, y ambos eran dos personas discretas, educadas y anodinas, y, a qué negarlo, fuera de su ambiente, como revelaba la inseguridad con la que se comportaban.

La historia no ofrecía nada peculiar, como ellos había otros muchos, así que Antonia no prestó mucha atención. De vez en cuando, con discreción, observaba cómo la sala se iba llenando con la llegada de más personas de los otros edificios o chalets que abrigaba el recinto del balneario, aunque, en realidad, por el rabillo de ojo, no perdía de vista al señor Webster, quien la tenía hechizada. No comprendía qué poder emanaba de su sonrisa, de su apostura o de su conversación que tanto la inquietaba. No era la primera vez que se cruzaba con un hombre guapo o interesante, y que, al final, siempre la defraudaba de una forma o de otra.

—Mi hermano —explicaba don Primitivo— es quien nos envía los cargamentos para abastecer nuestras tiendas, y nosotros le remitimos los productos de la Península para aprovisionar las suyas. De esta forma, nos ahorramos el sueldo de los intermediarios y abultamos el beneficio en lo que cabe, pues él paga derechos de aduana como si fuera extranjero.

—Muy inteligente —alabó Nemesio—. Es una manera de rentabilizar el proteccionismo. Por mi parte, me siento amarrado por lealtad a la familia. Pero lo cierto es que comencé un negocio propio, fuera del control familiar, una destilería de ron que me ofrece pingües beneficios, aunque reconozco, como todos, que vendo la mayor parte a los norteamericanos. Al fin y al cabo, pago los mismos aranceles que si lo vendiera en la Península, con la ventaja de la cercanía y de que puedo aumentar la producción sin temor a la falta de mercado. No obstante, el señor Gamazo —se dirigió a don Sixto— me merece

respeto por su oposición al impuesto de alcoholes, el que intentó llevar adelante Puigcerver, quien, por aquel entonces, era ministro de Hacienda.

—Me satisface que reconozcan su labor: primero, como ministro de Ultramar y, después, como presidente del Consejo de Ultramar. ¿Ustedes ejercen el derecho al voto? —se interesó don Sixto.

—Aunque es muy caro y no me sirve de nada, sí —se lamentó Nemesio—. No me queda más remedio si no deseo entorpecer a la familia. Actualmente, es muy importante que votemos para apoyar al partido conservador los que dependemos del comercio con la Península, pero, personalmente, no me reporta ningún beneficio.

—Por supuesto —contestó don Primitivo—. Mi hermano está afiliado a la Unión Constitucional. Sin embargo, estamos estudiando el mercado norteamericano. Coincido con el señor Carvajal: el Gobierno peninsular está ahogando a los cubanos con impuestos absurdos y no les permite participar como ciudadanos de pleno derecho.

—Pretenden mantener su política con el esfuerzo isleño —intervino doña Emelina—. Nos ordeñan como a las vacas. El problema es que la alternativa que proponen los revolucionarios no es viable. Cuba no es como las otras naciones que han logrado su independencia. Es un territorio muy pequeño en comparación y depende del transporte marítimo. Los mambises no son realistas.

—¿Usted cree? —dudó don Sixto—. Pensé que los mambises luchaban por una sociedad igualitaria. Por lo que he alcanzado a ver, a través de los negocios de mis clientes, la Isla genera riqueza.

—Riqueza que nos arrebata la Península —recordó la tía—, y, en cuanto a la sociedad igualitaria, resulta bastante utópica —rebatió la creencia del señor Trueba—. El problema étnico está muy arraigado, a pesar de haberse aprobado la ley antiesclavista. Los blancos no están por la labor de permitir el acceso al poder a otras razas, y no olvidemos el peligro de la política expansionista norteamericana.

—Por esa parte, no deben temer —se lanzó el señor Webster a la palestra—. A los Estados Unidos no les interesa la revolución porque influye de forma negativa en el comercio. Admitirán ustedes que ya están bajo el yugo económico de Estados Unidos. Acaban de exponer con bastante acierto las ventajas que obtienen con el comercio norteamericano y, por tanto, su dependencia de él. La Península no les ofrece precios competitivos, sino que les roba en lo posible y, además, no los reconoce como ciudadanos de primera clase cuando se trata de participar en las decisiones importantes. Eso es un error lamentable por parte del presidente Cánovas.

—Tampoco los norteamericanos nos ofrecerían un trato equiparable —contradijo don Primitivo—. No ignoramos lo que ha ocurrido en los estados anexionados, como California, y el despego

con el que tratan a los estados confederados, tan semejantes a nuestra cultura.

—El origen español o francés que emanan es innegable, a pesar de haber sido vencidos por los unionistas —se atrevió a intervenir Antonia—, y choca con el carácter anglosajón, más supremacista, por mucho que nos critiquen a los españoles por haber mantenido el esclavismo hasta hace pocos años.

—Nadie mejor que yo para ponderar las diferencias culturales —recordó el señor Webster—. Soy el resultado del cruce anglosajón y español.

—No presuma tanto —lo amonestó la tía Lina—, mi querido amigo. Usted es un norteamericano perfectamente integrado. Es la segunda generación que ha nacido allí. Nada lo ata al Viejo Continente. Y son, precisamente, esas generaciones las que están cortando las amarras con las metrópolis: ley de vida —sentenció Emelina—. Por eso Cuba es diferente. Sigue recibiendo sangre fresca de la Península. La inmigración de gallegos y canarios ha aumentado desde que se abolió la esclavitud.

La conversación siguió sin Antonia, que se perdió en la observación de los huéspedes que se movían por el salón. Llevaban años con la política a cuestas y con las arengas independentistas, por lo que estaba hastiada del tema. Le pareció mucho más interesante la visión que le ofrecía la sala. La mayor parte de los presentes pertenecían a la burguesía acomodada. Lo había deducido por las conversaciones que captaba aquí y allá de empresarios, ingenieros, abogados, que hablaban sobre sus negocios mientras las damas demostraban sus conocimientos sobre la moda de París, sobre las modistas o sobre la dificultad de adquirir sedas: el comercio con las Filipinas había sufrido un pequeño percance a causa de un enfrentamiento con Alemania, que había ocupado las Marianas cinco años atrás. Aquel conflicto había sido una muestra más del debilitamiento del Gobierno español. El vaticinio de su tía sobre los malos vientos que corrían para España se iba cumpliendo inexorablemente, por desgracia.

Su mirada se detuvo sobre un hombre que observaba con curiosidad a las personas que la rodeaban. No se habría fijado en él si no hubiera sido por ese detalle. Sentado en una butaca, apoyaba los codos en los brazos de ésta y las manos se entrelazaban a medio camino. Los nudillos le servían de soporte a la barbilla y entrecerraba los ojos, fijos en el grupo de Antonia, con aire pensativo. El frac, común en el salón, no le revelaba nada sobre el dueño, un defecto de la uniformidad protocolaria de la sociedad. Había entrado en la cincuentena hacía tiempo, si no había cumplido ya los sesenta, y el abundante cabello tendía más al blanco que al gris; aun así, conservaba cierto atractivo, pues contrastaba con el tostado de una

piel acostumbrada a las inclemencias del sol caribeño. El hombre se movió y esbozó una sonrisa poco natural: se acercaba más a ladina y a estudiada, como si enviara un mensaje. Antonia siguió la trayectoria de la mirada y se sorprendió al descubrir a la señora de Trueba, pálida y atemorizada, que bajó los ojos en ese instante y se dedicó a contemplar la copita que sujetaba entre las manos. ¿Se conocían? ¿Y por qué el hombre no se acercaba?

—Antonia, no estás en lo que celebras —susurró la tía a su lado.

La tía Lina la escrutaba en un intento de descubrir sus pensamientos. Sonrió y contestó, enigmática:

—A veces, lo importante se encuentra en otra parte.

—Tú y tus novelas —rezongó la tía, en voz baja.

—Señor Webster. —Un hombre de mediana edad se había aproximado al norteamericano y le tendía la mano—. El marqués de Sanabria —se presentó—. Nos conocimos hace un año en Roma.

El señor Webster se levantó, le estrechó la mano y se apartó del grupo para no molestar a los demás con asuntos que no les concernían. Mantuvieron una breve conversación y se despidieron.

—Nosotros, con el permiso de ustedes, nos retiramos —anunció el señor Gea—. Hemos reservado habitación en los baños.

—¡Qué coincidencia! Yo también he reservado por la mañana —dijo la tía Lina.

—Querida tía, no hay tal coincidencia si se piensa que se viene a un balneario para tomar los baños —corrigió Nemesio. Era muy puntilloso en cuestiones lingüísticas.

—Avisad a Vicenta —ordenó la tía Lina—. El viaje me ha agotado, y es hora de retirarme también. Quedan más días para departir con personas tan amables.

Comenzaron las despedidas, y el señor Webster se dirigió a los caballeros.

—¿Se recogen tan pronto? El marqués de Sanabria me ha retado a una partida de billar.

Ante el gesto negativo de los señores Gea y Trueba, lo intentó con Nemesio.

—¿Quiere unirse, señor Carvajal?

—Gracias. Otro día será. Lo cierto es que el viaje me ha resentido el cuerpo. —Se asomó al vestíbulo e hizo una seña a Vicenta, que aguardaba una indicación para hacerse cargo de su señora.

—Quédate, Antonia —la animó la tía—. Ya viene Vicenta a recogerme.

La doncella se hizo cargo de doña Emelina, y Antonia se vio sola con el señor Webster.

—Aún falta un rato para que nos dejen un billar libre. Acompáñeme con una copa —invitó, galante.

No bien habían iniciado el paso en busca de la bebida prometida cuando los interceptó el hombre que había captado la atención de Antonia y al que ya había olvidado.

—Permítanme que me presente: Valentín Castrejón, para servirles.

El señor Webster correspondió presentando a la señora de Carvajal y a sí mismo.

—¡Ah! Norteamericano —exclamó, sorprendido, el señor Castrejón —. He pensado que también era cubano, como el resto del grupo.

—Por su acento, usted sí que lo es —observó el señor Webster, mientras que Antonia se limitaba a escrutar al hombre que había despertado su intriga—. ¿Cómo no se ha acercado?

Al verlo de pie, la percepción de Antonia sobre su persona cambió. Era alto y corpulento y, lejos de mostrar el declive físico de la edad, se mantenía fuerte y erguido. De ojos pequeños e inquietos y de mirada insolente, propia del rico hecho a sí mismo, ofrecía una imagen inquietante que suscitaba el recelo de Antonia, a pesar de sus palabras afables.

—Me encuentro de viaje de novios y sólo había bajado un rato a fumar un puro y eso llevó a una copa. Y, por otra parte, no me desenvuelvo bien en sociedad. La razón por la que me he atrevido a abordarlos ha sido la señora. —Ante la mirada interrogativa, continuó —: ¿Es usted hija de la señora que va en silla de ruedas?

—¡Oh, no! Soy hija de Bernardo Valdivia. La tía Emelina es soltera.

El hombre esbozó una media sonrisa, como si aceptara la explicación.

—Lamento el error. Sin duda, a eso se debe el parecido —se disculpó.

—Un error muy común cuando hay lazos consanguíneos de por medio —aligeró el señor Webster.

—¿De qué parte de Cuba procede para conocer a mi familia? —se interesó Antonia.

—Los grandes terratenientes coincidimos tarde o tempano en La Habana, bien en los cafés, bien en los casinos, bien en el Hotel Inglaterra. Conozco de vista a su padre, a quien he visto acompañado por un joven, aunque a usted no tenía el gusto hasta hoy, de ahí mi despiste. Soy de la Vega de Pinar del Río, en Vuelta Abajo, razón por la que no le suena mi nombre si no se dedica al cultivo del tabaco.

—Toda la familia nos dedicamos a la explotación azucarera. Mi marido, además, es dueño de una destilería de ron. Y el joven es mi hermano, a quien mi padre enseña la dirección de los negocios para el futuro.

—Sí, ése es el motivo por el que he decidido contraer nupcias a mi edad: es necesario un retoño que tome el relevo. No les entretengo más. Les deseo una feliz estancia.

—Igualmente —respondió el señor Webster por los dos—. Ha sido un placer conocerlo.

El hombre se retiró, erguido y satisfecho. Antonia y Webster lo siguieron hasta el vestíbulo y le vieron subir las escaleras con la agilidad propia de un joven.

—No lo recuerdo del comedor —comentó Antonia—, y, durante la tertulia, no nos ha quitado la vista de encima.

—No estaba en el comedor —aseguró el señor Webster—. Tengo un pequeño defecto, y es el de observar. Aunque usted no se queda atrás con ese problemilla. —Antonia sonrió—. Yo también me he percatado de su escrutinio, por eso me han sorprendido sus palabras. Creo que conoce a su familia mejor de lo que ha declarado.

—¿Y por qué no se ha acercado a saludar?

—Buena pregunta —replicó el señor Webster—. Me temo que he de dejar la copa para otro momento. El marqués me ha hecho una seña. La mesa de billar ha quedado a nuestra disposición.

—No se disculpe. Me viene bien dejarlo. El día ha sido largo.

5

El contacto de París

La velada nocturna se había prolongado más de lo debido. Cuando entró en la habitación, Andrew roncaba sobre la *chaise longue,* pero se despertó al instante. Era de los que dormían con un ojo abierto y otro cerrado. Sacó el reloj de bolsillo, todavía soñoliento, y miró la hora.

—Espero que la velada haya sido provechosa. —Fue una forma indirecta de preguntar mientras guardaba el reloj y se aprestaba a ayudar a desvestirse a Charles.

—Yo la definiría como tranquila. Aunque hay un individuo que ha despertado mi curiosidad: un tal Valentín Castrejón, tabacalero de Cuba. Un hombre que ronda los sesenta y está de viaje de novios. Podría ser el cliente de la Colt's Manufacturing Company con el que tenemos que contactar.

—Prestaré atención —prometió Andrew.

Charles se quedó en paños menores mientras Andrew describía sus andanzas, camelando a las camareras del hotel e iniciando una amistad con la gallega, la doncella de Antonia. Le apuntó los números de las habitaciones que ocupaba la familia Carvajal y señaló su extrañeza ante el hecho de que la tía ocupara la de en medio.

—Bonita muchacha. ¿Cómo se llama? —cambió de tema Charles. No quería que las circunstancias personales de la señora de Carvajal lo distrajeran.

—Estrella, pero engaña —constató Andrew. Sacudió la chaqueta y la colgó—. Bajo una apariencia sonriente y charlatana, esconde una mujer lista y fiel a sus señores. Intenté sonsacarle y, al punto, receló de mí y se cerró en banda.

—Creo que por ese camino no conseguirá nada. De la familia Valdivia ya me encargo yo. Estoy en una posición de ventaja. Céntrate en conocer quiénes son los señores Gea y averigua algo sobre el hermano que vive en Cuba: Ramiro Gea. Valentín Castrejón puede ser importante para nuestros clientes del estado de Carolina: están deseosos de expandir la industria tabacalera a Cuba. Al ser norteamericanos, evitarían los aranceles y venderían más barato que los propios cubanos. Hacen bien en no fiarse de los estadounidenses

—¿No se fían de nosotros? Me llevo la camisa para que la laven.

—No. El comercio es una guerra sin cuartel. Es un alivio ser un intermediario y no un inversor.

—Su padre…

—Mi padre está loco —interrumpió—, aunque he de reconocer que su locura es de lo más rentable. Averigüe dónde se aloja ese Valentín. —Charles desapareció en el cuarto de baño en busca de alivio.

—Mañana me acerco a Santander —Andrew elevó la voz para que lo oyera desde la otra estancia— y envío unos cables al secretario del cónsul en La Habana para que indague sobre los hermanos Gea y el señor Castrejón. Prefiero evitar el chismorreo en el hotel.

—No olvide la prensa —recordó Charles, ya de regreso.

—Que pase buena noche, señor —deseó el irlandés de retirada.

—Igualmente, Malloy.

Charles madrugó con la intención de escoger un buen sitio en el comedor desde el que pudiera controlar a los huéspedes. Necesitaba conocer los rostros de los que se alojaban en el hotel. Como le había explicado a la señora de Carvajal, era un defecto muy arraigado, pero que le había dado más alegrías que disgustos en sus misiones para el Estado o para los empresarios norteamericanos que requerían informes sobre industrias, inventos o comercio. El desayuno era el mejor momento, ya que los huéspedes desfilaban en diferentes horarios y le daba tiempo a inspeccionarlos. Además, era la única ocasión en la que las mesas no estaban designadas. Frente a la puerta de acceso había una mesa libre; se acercó y dejó el sombrero colgando de la silla para señalar la ocupación. Se dirigió al bufé, cogió un plato y contempló, indeciso, huevos en diversas preparaciones, embutidos, ostras y otras lindezas por el estilo. Meneó la cabeza y se decantó por los dulces: tartas, bollos y churros. Se había acostumbrado al desayuno continental en detrimento de su salud. Las camareras iban y venían con jarras en la mano y ofrecían infusiones, leche, café o chocolate. Los huéspedes madrugadores eran la clase de veraneantes que se inclinaban por el deporte: excursiones a las playas, al monte o a montar a caballo. Los mayores se levantaban más tarde y no se movían del balneario, pendientes de los horarios reservados para las inhalaciones y los baños, muchos de ellos con problemas de movilidad.

Comprobó que los marqueses de Sanabria no se alojaban en el hotel. Seguramente habrían alquilado una villa. Entró el matrimonio Gea y, detrás, una joven pareja vestida deportivamente que, a juzgar por la risa tonta de felicidad que llevaban en la cara, se encontraban de luna de miel. El verano era una fecha típica, y los balnearios, un destino económico muy solicitado por las clases medias. La tía y la sobrina, que empujaba la silla, fueron las siguientes en asomar, pero sin el señor Carvajal, detalle que lo alegró sobremanera.

—Buenos días. —Se levantó y, sin palabras, ofreció que lo acompañaran a la mesa. Era una oportunidad de indagar un poco más sobre el señor Castrejón.

—¡Qué madrugador! —observó doña Emelina—. Déjame aquí, Antonia, sería un estorbo. Ya conoces mis preferencias. Una no siempre tiene ocasión de quedarse a solas con un hombre tan atractivo.

—Se toma usted demasiadas confianzas —regañó Antonia, con suavidad.

—Ya salió la maestra. ¡Anda, ve! Que me suenan las tripas.

Charles observó lo bien que le sentaba el vestido celeste a la señora de Carvajal. Se había recogido el cabello en un moño veneciano que dejaba despejado el largo cuello. Todo en ella era largo, pero se movía con tanta gracia y con tan marcada cadencia caribeña que lograba convencer al espectador de que poseía una belleza exótica.

—¿Cuánto valen sus pensamientos en este momento?

Charles se percató de que se había quedado mirando a la sobrina más tiempo de lo que se consideraba cortés y, lejos de cohibirse, como hombre de mundo, lo afrentó con soltura:

—No se le escapa nada. Me llama la atención lo bien que se compenetran ustedes.

—Por fin encuentro un defecto en usted —celebró con una sonrisa doña Emelina—. Debe mejorar su táctica disuasoria. A cierta edad, para los caballeros la belleza pierde encanto, y entran en juego otras virtudes.

—El encanto siempre está presente, doña Emelina —contradijo—, pero pierde relevancia frente al misterio y el reto.

—Ha llegado a ese momento de la vida en el que ya ha probado de todo y se aburre —resumió doña Emelina—. ¿Está casado?

—Divorciado. Su sobrina regresa y, si se entera del interrogatorio al que me está sometiendo, recibirá otra reprimenda.

—Es usted cruel: dejarme con la miel en los labios…

—No había bollos de leche —anunció la sobrina, a la vez que dejaba un plato con pastas en el centro y ponía delante de la tía un huevo pasado por agua.

—¿Qué plato ha roto, señor Webster, para que mi tía esté contrariada? —Tomó asiento y una camarera, que la seguía a la zaga, dejó unos huevos revueltos delante de ella—. Un té para mí y un vaso de leche para la señora, por favor —ordenó.

—Él no ha roto nada, estaba siendo muy amable; has sido tú la que has interrumpido las confidencias con tu presencia.

—Disculpe la impertinencia de mi tía.

Antonia lo dijo con tal naturalidad que Charles se preguntó cuántas veces cruzarían ese tipo de acusaciones a lo largo del día.

—No lo he considerado una impertinencia, así que no hay nada que disculpar. No sea tan severa. Sin embargo, me tomaré yo la revancha. Ofrece una imagen de mujer mayor y banal, pero a mí no me engaña. Una mujer que dirige un ingenio en un mundo de hombres encierra esos misterios de los que hablábamos antes. —Charles sintió la agudeza de la mirada de doña Emelina. El rostro de la mujer se arrugó un poco más al esbozar una sonrisa—. Dígame, ¿cómo consiguió que le permitieran quedarse soltera?

—Envidio la sociedad norteamericana —suspiró la mujer—. Fue complicado, pero no hay nada de raro. Mi padre intentó casarme, por supuesto, pero yo fui más porfiada que él. También conté con la colaboración de mi hermano mayor, el padre de Antonia.

—Es la hermana preferida de mi padre —interrumpió Antonia.

Doña Emelina hizo oídos sordos y continuó:

—Conseguí que me dejara ese pequeño ingenio para que pudiera mantenerme. No crea que fue generoso. Me lo regaló porque estaba en una situación ruinosa, y porque esperaba que yo me rindiera al fracasar en la gerencia, algo que dio por hecho.

—Pero usted sacó adelante el negocio.

—Antonia, me gusta este hombre —comentó, y siguió—: Fue tan fácil que casi me da vergüenza contarlo. En Cuba existe un régimen de explotación que se llama colonato. No sé si ha oído hablar de ello. —Ante la negativa de Charles, explicó—: Es una especie de régimen feudal. El señor arrienda las tierras y los labriegos acuden a la central para refinar y comercializar el azúcar, y pagan por ello. Eso impide que se enriquezcan: pagan por las tierras y pagan por los servicios. Desde la abolición de la esclavitud, el sistema ha cobrado fuerza por la llegada masiva de gallegos y canarios. Yo carecía de tierras, pero convertí mi ingenio en una central de refinamiento de los sobrantes, es decir, aquella parte de la cosecha que se pudiera escaquear al arrendador, y refinaba a un precio más barato que la central del hacendado. Para la venta utilicé los conductos de mi familia. Evidentemente, una mujer no puede asomar la nariz en las lonjas o en los almacenes.

—Imagino que funcionó, pero con un alto coste de trabajo, pues tendría que refinar el doble para conseguir los beneficios de un ingenio normal.

—No sólo está ahí el beneficio, señor Webster —intervino la señora de Carvajal, y no ocultó el orgullo que sentía por su tía—, sino también en el bagazo, el residuo que queda después de extraer el jugo azucarado: con él, fabrica papel. Su última aventura ha sido abrir un taller de linotipia en Matanzas, y los fabricantes de cigarros ya hacen cola para que les diseñen e impriman anuncios, vitolas para los puros, las tapas de las cajas en las que los venden y emblemas para las

propias empresas tabacaleras. Y el as en la manga es la mano de obra: son mujeres.

—¿Las explota? —se extrañó Charles, sin esconder su desagrado.

—Las recoge —corrigió su percepción la sobrina—. Las mujeres que trabajan en el ingenio y en la papelera han acudido allí para huir de abusos y maltratos, bastante generalizados en la Isla, por desgracia, perpetrados tanto por amos como por maridos o compañeros.

—Doy refugio y devuelvo la dignidad a esas pobres mujeres —explicó doña Emelina—. Los beneficios se invierten en el mantenimiento del ingenio y de la fábrica de papel y en la construcción de pequeñas estancias, espaciosas, limpias y luminosas, en las que esas mujeres puedan vivir y criar a sus hijos. También hemos organizado una escuela para enseñar a leer y escribir.

—Cobran en especie —dedujo Charles.

—Al principio lo establecí así, pero, cuando la hacienda floreció y conseguimos una clientela numerosa, estipulé los salarios en función del trabajo y de la destreza. Debo añadir que permito que realicen otras labores de forma particular para obtener dinero, como la costura, objetos artísticos o jabones, que venden por su cuenta en los mercados. Para entonces, mi padre se comió su orgullo y abandonó los planes con respecto a mí. No nos llevamos bien, tampoco mal: simplemente, nos ignoramos. Ahora se ha convertido en un indefenso nonagenario y vive con la familia de mi hermano.

—No siempre se gana en todo —manifestó con pesar Charles. Le había caído bien la señorita Valdivia.

—Para las mujeres, la vida es una constante elección entre lo que tienen que dejar atrás y la meta que se han propuesto; los hombres lo tienen más fácil: sólo los necios se pierden por el camino y desaprovechan las ventajas que les ofrece el mero hecho de ser hombres.

—¿A qué hora tiene reservado el baño? —inquirió Antonia.

—¡Aguafiestas!

—Es que va de agua un balneario. —La sobrina jugó con las palabras, sin molestarse por el exabrupto de la tía.

—Ya viene la carcelera. —Vicenta se asomó a la puerta para advertir de su presencia—. Si hacéis planes juntos, llévate a Estrella.

—Ya soy mayorcita —recordó Antonia, sin cambiar el gesto y concentrada en untar la tostada.

—Por eso mismo. Si fueras adolescente, te arrojaría a sus brazos yo misma.

Charles no pudo evitar el sonreír ante semejante declaración de intenciones para cazar a un soltero, y su compañera de mesa perdió la compostura al lanzar una breve carcajada. En cuanto doña Emelina los dejó solos, la abordó:

—¿Son ustedes siempre así o es una puesta en escena?

—Somos así. El actor de teatro es usted —denunció, sin malicia.

—¿Lo dice por mi profesión? Nos acusan a los diplomáticos de mostrar cara de póker.

—Quizá eso sea lo de menos. ¿Qué encuentra un hombre de mundo de interesante en gentes tan provincianas como nosotras? Por no mencionar lo bien que se lleva con Nemesio.

Charles se sonrió ante la agudeza de la mujer. Quedaba claro que no se engañaba respecto a su marido.

—¿Qué fue? ¿Un matrimonio concertado?

—Uno de esos escollos que ni la sociedad ni la familia permiten que una evite.

—Sin embargo, lleva en su interior el secreto de la felicidad —arriesgó Charles.

—¿Usted cree? Me ve con buenos ojos. ¿Es una nueva táctica para ganarse mi confianza?

—Es como su tía: una dura contrincante. Y, para su tranquilidad, le aseguro que no las encuentro provincianas. La opinión sobre su marido me concederá que me la reserve.

—La diplomacia y el fingimiento van de la mano. ¿Cómo consigue que confíen en usted?

—No lo consigo, es más bien un tema de intereses. Todo el mundo quiere algo, y yo propongo un intercambio. ¿Cuál es su deseo?

—¡Ja! No se lo voy a poner tan fácil. Yo he terminado mi desayuno, si me permite excusarme.

Charles se levantó también. Hacía un rato que había dado cuenta del suyo, pero la señora de Carvajal lo atraía, y la ausencia de una razón factible suponía para él un reto el averiguarla.

—Tengo un compromiso previo, pero sobre las doce quedaré libre. ¿Puedo invitarla a un paseo? La visita de la gruta o del puente del Diablo serían las propuestas ideales con la ausencia de su tía. Me ha comentado el recepcionista que no se puede acceder con silla.

—¡La gruta! Me agrada el plan, pero no se haga ilusiones. Ya ha oído la recomendación de mi tía, y, si anda por allí el diablo, con más razón deberé ir acompañada.

—A las doce en el vestíbulo —citó Charles, divertido porque lo hubiera considerado una tentación.

La señora de Carvajal subió a las habitaciones y él salió al exterior. La tarde anterior había descubierto el punto de reunión que le había señalado el hombre que venía con noticias de Francia. Al igual que en Madrid, Charles había sobornado a varios empleados en los ministerios del Interior y del Exterior franceses, ya que llevaban a cabo una política colonial agresiva y Estados Unidos necesitaba información. Había empleado a uno de los muchos espías

norteamericanos que recorrían Europa, para que recogiera más información sobre las cuestiones territoriales que estaban candentes, y habían quedado allí.

Tomó el sendero hacia el molino y se desvió hacia unos rosales rodeados de altos setos, junto a la capilla. En el centro de la rosaleda, un amorcillo de piedra vertía su cántara de agua sobre la fuente octogonal. En un banco, leyendo el *Correo de Cantabria,* aguardaba su hombre. Vestía como cualquier trabajador, con los pantalones arrugados y zapatillas de esparto y tela. Se sentó en el otro extremo del banco.

—Me alojo en una fonda de San Sebastián. Ha sido fácil localizar a los líderes de los obreros socialistas. Andan muy revueltos con la negativa de Zorrilla a volver a España mientras los radicales carezcan del apoyo de Sagasta, a pesar de la amplia amnistía que Cánovas ha concedido. Por el contrario, el regreso del teniente general Asensio Vega ha exacerbado a la izquierda, ya sea moderada o revolucionaria. Marx y Engels siguen haciendo de las suyas. El encrespamiento de los obreros en las industrias es palpable.

—El socialismo es una lacra en Europa y a nosotros no nos afecta por el momento —contestó Charles—. Imagino que acudirá a la convocatoria de Pablo Iglesias y a escuchar el discurso que pronunciará en el mismo San Sebastián.

—¿De verdad no le inquieta? —inquirió el contacto francés—. España es un semillero del descontento, tanto en el interior, con los anarquistas o el movimiento catalanista, como en el exterior, que, quieran o no, afecta a la vida de la clase obrera a causa de los reclutamientos para mantener el orden en Cuba o del envío de mano de obra para la fortificación de Sidi Aguariach en Marruecos.

—Nos interesa que España siga siendo ineficaz en lo que a las colonias se refiere. Sagasta va a venir a finales de agosto, y se han organizado algunos festejos en su honor, pero, en realidad, viene para entrevistarse con Gamazo. A raíz del resultado en el último sufragio, se ha dado cuenta de que precisa a los gamacistas.

—Un giro al liberalismo más conservador —dedujo al vuelo el joven espía.

—Sí, pero la política clientelista de Gamazo defiende una economía proteccionista y ésa ya está instalada en el poder. ¿Qué me cuenta de lo que me interesa de verdad?

—Aunque la actividad en el canal de Panamá ha cesado totalmente, las cuentas siguen siendo una maraña. Llevará más de un año liquidar la compañía de Lesseps. El juicio del padre y del hijo prosigue. Están reuniendo pruebas y tomando declaración a testigos. Vaya empecinamiento el de ese hombre, ¡y ni siquiera es ingeniero!

—Cierto. Ha sido un desastre para su país. ¿Alguien ha escuchado

la propuesta de Eiffel de realizar el canal por medio de esclusas?

—Sí. Un ingeniero que ya trabajaba para Lesseps, un tal Bunau-Varilla, pero no hay peligro. Lo he investigado, y carece de capital.

—El dinero viene y va. No dé nada por sentado —aconsejó Charles.

—¿Qué opina sobre el proyecto que ha presentado el ingeniero cubano, don Aniceto García Menocal?

—¿Trazar el canal a través de Nicaragua? —Ante el asentimiento del otro, Charles meneó la cabeza, dubitativo—. No me ofrece ninguna garantía. El proyecto más viable es el de Eiffel, pero sigue pareciéndome una obra faraónica. No pierda los contactos que establecí. Si por cualquier casualidad deciden retomar las obras, el presidente Harrison será el primero que desee saberlo. Me quedaré por aquí hasta el veinte de septiembre, fecha en la que zarpará mi barco a Nueva York.

—Directo a casa.

—Con escala en La Habana. Ya tengo ganas. Llevo un año viviendo en hoteles y dando tumbos de la ceca a la meca —alegó Charles.

—¡Quéjese! Usted disfruta de una calidad de vida que ya quisiera yo: pensiones y fondas de mala muerte llenas de chinches, y viajes en condiciones infrahumanas.

—¿Tan mal le paga el Gobierno? —indagó Charles. El otro meneó la cabeza y se levantó, por lo que se quedó con la intriga.

Charles aguardó a que el individuo desapareciera de la vista. Permaneció un rato gozando del sol, del rumor del río y del agua de la fuente, así como del zumbido de los insectos, que libaban entre las rosas. Echaba de menos New Haven; sin embargo, fuera de la familia, no lo esperaba nadie. Se le vino a la mente la señora de Carvajal y suspiró. Necesitaba una compañera que no fuera aburrida ni exigente, que compartiera sus aficiones y llenara la soledad, pero sin revolucionar su estilo de vida. Buscaba una mujer que se ajustara como un guante a su carácter: el ideal de cualquier hombre, y eso no existía. Cuando terminaba por conocer a una persona a fondo, acababa sumido en una rutina doméstica, y eso lo espantaba. Entonces volvía al punto de partida: reconsideraba que la soledad, al fin y al cabo, no resultaba tan deprimente.

Se levantó y se encaminó al hotel, a por el nuevo reto: la señora de Carvajal. ¿Sucumbiría a su encanto? El marido no suponía ningún problema, pero ¿y la tía? Bromeaba mucho, pero no creía que viera con buen talante un desliz de su sobrina. Las personas que presumían de abiertas se mostraban las más conservadoras: una auténtica e incomprensible paradoja, a su entender. Por otro lado, el desafío añadía un poco de sal a la estancia en el balneario.

Entró en el vestíbulo y, al comprobar que la señora de Carvajal no había bajado todavía, tomó asiento en una butaca. Cogió una hoja de

la mesa cercana en el que figuraban las características de los baños y sus beneficios. Afortunadamente, había gozado siempre de buena salud, aunque reconocía que, con tanto viaje y comida extraña, se hallaba muy expuesto al cólera o el tifus, por eso tomaba sus precauciones, como no beber agua que no hubiera sido previamente hervida, de ahí su afición al té y a otras infusiones.

Escuchó unos pasos precipitados y alzó la vista; se trataba de la señora de Trueba, Lucía se llamaba, quien, con paso apresurado y la vista baja, cruzó el vestíbulo, esquivando las plantas y sin percatarse de su presencia. Era una mujer menuda, de rostro agradable y que no ocultaba la admiración que sentía por su marido. Le pareció preocupada de tan concentrada como iba. En cuanto divisó a la señora de Carvajal en lo alto de la escalera, se olvidó de la señora de Trueba y de su cintura de avispa. La seguía la fiel gallega. ¿Fiel? Le hacía gracia que las señoras confiaran en sus doncellas o damas de compañía, pues, en más de una ocasión, las habían traicionado o las habían chantajeado. Eran un arma de doble filo: poseían demasiada información, y la tentación siempre salía al encuentro.

—¿Le parece que voy demasiado deportiva? —preguntó cuando llegó a su lado—. La camarera de planta, Rafaela, me ha aconsejado calzado cómodo para visitar la gruta y bajar al río.

Llevaba un vestido de algodón de color liso poco ajustado a la cintura y falda amplia por encima de los tobillos. Calzaba las típicas zapatillas blancas que se usaban para jugar al tenis: cómodas y frescas. Un sombrero de paja, estrecho y con una buena visera por delante, completaba el conjunto.

—Sabe usted que va perfecta.

—Me he permitido una pequeña licencia. —Bajó la voz la señora de Carvajal y se acercó para compartir la confidencia—. Estrella lleva una cesta para almorzar en el río.

—Excelente idea. Lo que en Norteamérica llamamos un pícnic. Lamento que no se me haya ocurrido a mí.

Y no lo dijo por decir. La entrevista de esa mañana había ocupado su mente, aunque el asunto de Lesseps no había variado sustancialmente como para llegar a ser una noticia relevante para los inversores norteamericanos. Así que le agradó la iniciativa de la cubana. Igual sí había posibilidad de una aventura.

6

El puente del Diablo

Martes, 18 de septiembre de 1891

Antonia estaba dispuesta a disfrutar de esa escapada con el señor Webster. Era la primera ocasión en la que lo tendría para ella sola, aunque los acompañara la doncella. Tampoco iba a suceder nada fuera de lo común, pero le permitiría indagar sobre la vida del caballero. Partieron hacia el molino en silencio, inmersos en deleitarse con la visión de los jardines, lo rebasaron y continuaron hasta que el camino se bifurcaba. Un letrero de madera indicaba el sendero que ascendía.

—¡Qué extraño! —Charles se giró para abarcar el terreno con la mirada—. El río está abajo.

—Es un puente —recordó Antonia—. No hay que bajar necesariamente.

—Me explicaron que por la gruta se accedía al mismo lecho del río —insistió el norteamericano.

—Se supone que somos exploradores, así que sigamos —animó Antonia.

El sendero los condujo hasta otro cartel que indicaba el puente camino adelante y la bajada al río por el interior de una estrecha grieta en la piedra caliza.

—Nunca se me habría ocurrido entrar por este resquicio —se admiró el señor Webster—. Si me permite, iré delante para tantear el camino.

Antonia, impaciente, se introdujo detrás de él y comprobó que el interior estaba iluminado con lámparas de carburo. Se podía caminar erguido y era amplio, por lo que no resultaba angustioso, una vez superada la angosta entrada. No habían avanzado más de dos pasos cuando escucharon el grito de pánico de una mujer y una voz destemplada de hombre que instaba al silencio.

El tono que siguió era amenazador, aunque no llegaron las palabras.

El señor Webster fue el primero en reaccionar y, alzando la voz para que los oyeran quienes ocupaban la cueva, las animó a continuar.

—¡Es por aquí! ¡Está iluminado!

—¡Oh, qué emocionante, señor Webster! —dijo Antonia en voz alta. Había comprendido la estrategia, y lo secundó.

Las voces callaron, y ellos siguieron adelante sin dejar de hablar más alto de lo necesario sobre los obstáculos que presentaba la gruta.

—Hay desvíos. No se pierdan. Sigan las luces —recomendaba el señor Webster innecesariamente.

La cueva presentaba numerosos recovecos oscuros que creaban confusión; incluso, descendieron unos peldaños tallados en la roca. Del techo, pendían estalactitas y, en el suelo, se formaban las estalagmitas, por lo que había que prestar atención para no tropezar y avanzar despacio.

—Con una mano en la pared podrán mantener el equilibrio —aconsejó el señor Webster.

Al final de la escalera, la cueva se ensanchaba y, en uno de los huecos que quedaban en penumbra, Antonia distinguió el vuelo de una falda. Antes de que abriera la boca, el señor Webster, que andaba igual de pendiente que ella, dio la espalda al refugio de la mujer, y ofreció:

—Permítanme que las ayude. —Indicó con un leve movimiento de cabeza a su espalda.

—Es usted muy atento. —Asintió para verificar que ella también la había descubierto. Se volvió hacia Estrella con un dedo en los labios para que guardase silencio.

Rebasaron el escondite de la mujer y siguieron adelante, siempre descendiendo. Superaron un segundo tramo de escaleras antes de salir a la luz exterior. Del hombre, ni rastro. Escudriñaron el lugar en su búsqueda.

—Está familiarizado con el terreno mejor que nosotros —concluyó el señor Webster, contrariado.

—¡Impresionante! —La exclamación de Antonia lo distrajo, y abandonó su inspección—. Me encantaría tentar al diablo.

—¡Señora! —exclamó Estrella, escandalizada, y se santiguó dos veces seguidas para conjurar el mal.

Se había formado una pequeña playa con el limo depositado por el agua fluvial. Desde allí, se contemplaba el imponente arco natural del puente del Diablo, cuyo ojo había horadado el río en la misma roca y bajo el que se precipitaba el agua para salvar un pequeño desnivel. La vegetación impedía la vista fuera del cauce.

—Me temo que no podremos pasar por debajo del arco —planteó el señor Webster, y se acercó a explorar.

—Yo espero aquí, señora —dijo Estrella. Buscó una piedra grande, dejó el cesto sobre la tierra y se sentó de cara al río.

Antonia siguió los pasos del norteamericano. Más que caminar fue

una cuestión de mantener el equilibrio sobre las piedras. La situación la obligó a aceptar la mano del caballero ante el peligro de acabar dentro del río. El fragor del agua al precipitarse llenaba los oídos. Lo más que les permitió la orografía fue asomarse al interior del gran arco horadado, pues las aguas inundaban la oquedad sin dejar una ribera. El sol incidía en el trasparente líquido, que devolvía destellos verdes a una bóveda vegetal más verde si cabía.

—Me extraña que le sorprenda. Usted vive en una isla caribeña —opinó Charles, sin dejar de mirarla mientras ella contemplaba absorta el paisaje.

—Allí es todo más voluptuoso, caliente, polvoriento y húmedo a la vez: los bosques resultan agobiantes, y los campos de caña son impenetrables. Aquí se respira frescor, el aire está limpio a pesar de ser verano, los árboles son diferentes. No se parece en absoluto a Cuba. ¿Ha reconocido a la dama?

—He reconocido el vestido. Si me hubiera detenido para fijarme, la dama se habría percatado. Ha salido del hotel delante de nosotros. Estaba nerviosa. Me habría gustado descubrir con quién había quedado.

—Evidentemente, no se trataba de una cita amorosa —constató Antonia—. Ha estado usted muy acertado. Ha sido más sutil que sorprenderlos, y el honor de la señora…

—¿No he dicho el nombre? —El señor Webster esbozó una sonrisa traviesa.

—Sabe muy bien que no. No voy a destrozar su reputación. No soy de ésas, pero sí que soy curiosa.

—La señora de Trueba. ¿Qué me decía sobre su honor?

—Estima, orgullo, llámelo como quiera.

—Si no ha sido una cita, ¿qué cree que ha sido? Porque estoy seguro de que habían quedado en encontrarse ahí, fuera de la vista de cualquier ocioso. Ha salido muy decidida del hotel y sola. —El señor Webster apretó su mano para iniciar el regreso.

—Ha comentado que estaba nerviosa. ¿Y si ha terminado con el amante y éste no lo ha soportado?

—¿Y ha intentado forzar la situación? Disiento. Me parece más lógico que hubiera suplicado o que la hubiera amenazado.

—El grito se identificaba con una situación violenta, no con un disgusto —recapacitó en voz alta Antonia—. Tiene usted razón.

Llegaron adonde aguardaba Estrella y ésta los informó de que había visto al caballero de espaldas: un hombre alto, con el cabello blanco, aunque se movía con agilidad. Indicó el lugar por el que había desaparecido, y se acercaron a investigar. Una puerta conducía al interior de un edificio que daba servicio al balneario. Desistieron de su empeño y decidieron buscar un sitio para disfrutar del almuerzo.

Estrella descubrió un pequeño entrante de hierba y tierra sobre el pedregal que limitaba el cauce.

—Me temo que no somos los primeros que hemos tenido esta idea, a juzgar por el estado de la hierba —dijo el señor Webster, tras examinar el lugar y dar el visto bueno.

Estrella extendió una manta de viaje y dejó los emparedados y la fruta en medio. Sacó dos vasos y una botella de agua, cuyas propiedades digestivas anunciaba el balneario, y se retiró. En una piedra apartada, para dejar un poco de intimidad a la pareja, extendió una pañoleta y se dispuso a dar cuenta de su emparedado. El señor Webster se quitó la chaqueta para estar más cómodo y se quedó en mangas de camisa.

—A pesar de la cantidad de gente que se aloja, esto es muy tranquilo —observó Antonia, ya sentada. Sirvió los vasos de agua—. Pensaba que resultaría más agobiante.

—Durante el día hay muchas excursiones, y los mismos baños mantienen a los huéspedes ocupados. Me han dicho que al caer la tarde y por la noche son los momentos más populosos. Ayer lo comprobamos.

—¡Qué situación tan peculiar! —reflexionó Antonia—. Anoche pensé que entre la señora de Trueba y el señor Castrejón había algún tipo de entendimiento, por las miradas de él y por cómo desviaba ella la suya. Ahora que lo recuerdo, no se sonrojaba, por el contrario, estaba pálida. Y hoy la sorprendemos envuelta en una desagradable escena. —Examinó los emparedados—. Son de pollo con lechuga y de fiambre con queso.

—De pollo, por favor. ¿Piensa que guarda relación?

—¿Cree usted en las casualidades? —retrucó Antonia, a la vez que le ofrecía el emparedado.

—Cuando me enfrento a una situación extraña, mi filosofía es observar. El papel de espectador es de lo más interesante.

—Sí. Ver, oír y callar.

Antonia recordó que llevaba unos cuantos días sin escribir. Se había excusado con la complicación del desplazamiento desde París, pero la realidad era que había perdido interés en el tema que llevaba entre manos. Sin embargo, acababa de descubrir que allí se le ofrecía una trama muy interesante. Se sonrió y los dedos le hormiguearon ante la nueva perspectiva.

—¿Y esa sonrisa de absoluto placer? —indagó el señor Webster, entre bocado y bocado.

—¡Oh! Cosas mías —eludió, y se increpó por ser tan descuidada—. ¿Qué ciudad de Europa ha encontrado más interesante?

—París. Imagino que por la urbanización tan revolucionaria y polémica que llevó a cabo Haussmann. ¿Sabía que ha fallecido a

primeros de año?

Charlaron durante un rato sobre viajes, ciudades y arquitectura, de lo ancestrales que resultaban las costumbres en la vieja Europa y de cómo ellos, a pesar de su educación europea, se habían adaptado al nuevo mundo, el americano.

—Nueva York me fascina —reconoció Antonia. Se levantó ayudada por el señor Webster—. También me gustó el ambiente de San Agustín; sin embargo, en Cuba se mantienen de una forma exagerada las costumbres de la Península. Socialmente, somos más encorsetados que los norteamericanos.

—La religión es un factor determinante —replicó el señor Webster. Se apartó para dejar espacio a la doncella, que recogía la manta—. La alta sociedad neoyorquina mantiene esa rigidez formal, como la bostoniana, pero, afortunadamente, es la tierra de las oportunidades y cualquiera puede hacer fortuna. Allí, manda el dinero; en Europa, la longevidad de la familia.

—Lamento ser tan prosaica, pero me inclino por el dinero —resumió Antonia, consciente de que para ella la independencia económica significaba la libertad.

—Algún día me revelará qué le ha pasado por la cabeza hace un rato. —El señor Webster no se había dejado engañar—. Y también lo que encierran sus palabras en más de una ocasión, y lo que hay detrás de esa mirada soñadora. ¿Cuántos secretos guarda, señora de Carvajal?

Antonia se agarró al brazo que le ofrecía el hombre para ayudarla a conservar la estabilidad por el pedregal de la ribera hasta la boca de la gruta.

—Así que me considera un misterio… —Sonrió con la diversión reflejada en los ojos—. Ya somos dos misterios que hay que resolver. Será interesante la estancia en el balneario.

—¿Es un reto? Algo así como quién será el primero en descubrir al otro —propuso el señor Webster.

—¿No es divertido?

—Siempre y cuando ninguno se queme —sentenció el señor Webster.

En el regreso se cruzaron con clientes de la casa de baños, que iban o venían por la pasarela situada frente al molino. En el estanque, en el que se remansaban las aguas tras el salto en el Puente del Diablo, había varios barqueros que ofrecían sus servicios y los jardines se hallaban más concurridos de lo habitual.

—No sé si debo seguir abusando de su hospitalidad o reservar una mesa aparte —planteó el señor Webster en el vestíbulo. Estrella se había acercado a la recepción para devolver la cesta de la excursión.

—No sea ridículo. Nosotras estaremos encantadas con su compañía.

Mi marido no es un conversador interesante: carece de ingenio y de interés cultural. Estamos cansadas de escuchar sus monólogos sobre la hacienda, el ron y las exportaciones. A no ser que sea usted quien desee volar en solitario.

—La soledad es aburrida —confesó el hombre mientras subían por la escalera.

—Pues no se hable más. A las nueve en la mesa. Me han comentado que tocará después un cuarteto de cuerda.

—Cuenten con mi compañía —prometió el señor Webster. Se desvió a la derecha, y Antonia tomó la izquierda. Estrella se unió a ella cuando abría la puerta.

—Rápido, mi blusa y mi falda de estar cómoda —exigió. Tiró el sombrero sobre la cama y procedió a desabrocharse el vestido—. Quiero ponerme a escribir ya. Recoja luego, con tranquilidad, y me prepara el vestido de noche.

La gallega estaba acostumbrada a la impaciencia de su señora cuando llevaba alguna idea en la cabeza y no hizo preguntas. Por el contrario, se movió con eficiencia: la ayudó a cambiarse y a colocar el escritorio frente a la puerta de salida a la terraza, donde había más luz.

Antonia sacó del armario su maletín de cedro, lo dejó sobre la mesa y lo abrió. En un lado se apilaba una resma de papel, y en el otro había tinteros y varios palilleros con una colección de plumas de acero bastante gastadas. A éstas no les prestó atención. Levantó una tapa lateral y dejó al descubierto tres magníficas plumas estilográficas sobre un lecho de terciopelo. Suspiró de satisfacción. La estancia en Nueva York había sido de lo más provechosa: había comprobado el estado de sus cuentas en el banco —e incluso se había animado a invertir— y, además, había adquirido las famosas plumas estilográficas de la casa Waterman, que le había recomendado su editor, Jacob Taylor, con quien había estrechado la amistad en esa última visita. No se llamaba a engaño, la apreciaba por las ventas. Ella había comprado dos Waterman y la tía Lina le había regalado otra de oro con el nombre grabado. Pasó la mano por encima y sus dedos se aferraron a la negra con incrustaciones en plata que imitaban motivos vegetales. Sacó un tintero, papel secante y un par de hojas para empezar. Retiró el maletín y se sentó. Procedió a cargar la pluma con cuidado. Todavía no se había acostumbrado al mecanismo, pero era sencillo. Su único temor era estropear un artilugio tan sofisticado. Culminó la tarea con éxito y miró por la ventana antes de iniciar el bosquejo de la que iba a ser su próxima novela.

Asesinato en La Fuente del Francés. ¿En inglés o en español? El planteamiento bien podía redactarlo en español: estaba demasiado cansada para centrarse en otro idioma. Además, en el hotel su secreto

no corría peligro con Estrella. En la hacienda, la servidumbre entraba y salía de las habitaciones a cualquier hora bajo el pretexto de cualquier menester, y no le inspiraba confianza, pues los criados dependían del salario de Nemesio.

«Planteamiento:

El matrimonio de detectives Pokefinger se aloja en el Hotel Suizo, dentro del complejo termal. Realiza un tour *por Europa y elige el balneario para esperar el día en el que se embarcarán de regreso a Nueva York. El lugar se encuentra agitado ante la perspectiva de recibir al señor Sagasta, el temible rival político del actual presidente de España, el señor Cánovas del Castillo.*

Tras la primera cena, se mezclan en el salón con los otros huéspedes y entablan conversación con un grupo de cubanos: los señores Montes y su tía, dueños de ingenios azucareros en Cuba; los señores Ríos, él comerciante indiano, que residen en Gijón; y los señores Camino, él abogado y ella ha vivido en Cuba.

Reginald Pokefinger descubre que el señor Camino trabaja para Sagasta, que está involucrado en la política y tiene un futuro brillante, mientras que Ada se fija en un hombre entrado en años, pero con buena planta, que los observa desde lejos. La señora de Camino palidece bajo ese escrutinio.

Ada investiga en recepción y se entera de que es cubano, posee una plantación de tabaco y responde al nombre de Nicanor Barrios.

Al día siguiente, Ada y Reginald realizan una excursión a la gruta que conduce al Puente del Diablo y allí sorprenden al señor Barrios con la señora de Camino. El grito asustado de ella pone en fuga al caballero.

Ada y Reginald discuten sobre la intencionalidad del encuentro: ¿extorsión? ¿Amante despechado?».

Bien, pensó Antonia, *la inquietud está servida. Es un buen comienzo para una novela.* Nunca había escrito nada tan cercano a la realidad, y semejante travesura la animaba.

—Señora, es la hora —advirtió Estrella, conocedora de la ausencia del tiempo cuando Antonia se ponía a escribir.

—¡Oh! Si acabo de sentarme —se quejó esta última.

—Le aseguro que han pasado dos horas —porfió la gallega—. Le ha vuelto a coger el gusto. Hacía días que no la veía tan concentrada.

—La que empecé en Nueva York la dejo por imposible. He tenido una idea genial que va a funcionar mucho mejor.

—Lo que ha escrito hasta el día de hoy se ha vendido muy bien. No entiendo cómo pierde la confianza en usted misma. —No era la primera vez que la doncella la hallaba decaída para luego florecer al ritmo que la novela avanzaba y la magia se producía.

—Le agradezco su fe en mí. Me estimula.

Se aseó y se vistió con ayuda de Estrella, quien la peinó con un moño alto con esmero y, siguiendo la moda, dejó el cabello cardado como si fuera una aureola que enmarcaba el rostro. El vestido era de seda, color marfil con los bordados en lila, a juego con el encaje de

gasa que cubría los brazos hasta debajo del codo. Un fajín de seda del mismo tono lila acentuaba la cintura de avispa, aunque sin exagerar. Le disgustaba sentirse incómoda y dolorida por seguir la moda. Como cualquier vestido de noche, dejaba a la vista un amplio escote de porcelana.

—¿No voy demasiado elegante para un balneario? —evaluó ante su imagen reflejada en el espejo.

—Lo importante es que él la encuentre atractiva —opinó la gallega, sin recato alguno.

—¡Chist! ¿Tan evidente es? —se alarmó Antonia.

—Porque la conozco. No tema a que los demás se den cuenta. Pasa el día encerrada en la hacienda, escribiendo sin parar. Disfrute lo que pueda del viaje —aconsejó la doncella.

—¿Y usted? —inquirió Antonia.

—Yo también aprovecho. Nunca había compartido habitación con otras mujeres de servicio ni había escuchado chismorreos tan sabrosos: es toda una experiencia. Y me han mirado con buenos ojos algunos hombres.

—¡Tenga cuidado! Van a lo que van, y, después, si te he visto no me acuerdo —recomendó Antonia.

Llamaron a la puerta, y Estrella abrió.

—Doña Emelina la aguarda —anunció.

Antonia ayudó a su tía a bajar en tanto Vicenta se ocupaba de la silla, que dejó preparada al pie de la escalinata.

—¡Qué elegante te has puesto! —observó la tía Lina.

—Ya sabía yo que no era el adecuado para un balneario. Ha sido esa bruja de gallega —acusó Antonia, sin sonrojo, a su doncella.

—Al contrario, lo encuentro de lo más adecuado, querida. —Y, en voz baja, añadió—: Sedúcelo y exprime la vida.

Antonia se ruborizó hasta la raíz del pelo. Aguardó a que la tía se sentara y Vicenta se alejara. Empujó la silla hacia el restaurante.

—¡Qué cosas dice, tía Lina! —exclamó.

—No estoy hablando por hablar —replicó en el mismo tono—. Te apoyaré en lo que decidas. Tienes derecho a una aventura, incluso a fugarte con él.

A Antonia le temblaban las piernas. ¿Había perdido el juicio la buena señora? Se detuvo en medio del vestíbulo, inspiró hondo y se inclinó para que no la escuchara nadie más que doña Lina.

—Tía Lina, le ruego que deje de decir tonterías. El señor Webster no está interesado en mí, tan sólo se aburre. Por otra parte, yo no me voy a fugar con nadie. ¿No corre usted mucho? Haga el favor de no organizar mi vida, y menos alentarme a semejante escándalo. Voy a pensar que sufre de demencia senil.

—Creí que estabas preparada. Aun así, no olvides mis palabras —

porfió la señora.

Antonia iba a reanudar el camino cuando el señor Webster se puso a su lado. Dio un respingo ante la sorpresa. Ya fuera con un terno veraniego o con el frac, el señor Webster resultaba tan seductor como la miel para las moscas.

—Permítame que sea yo quien empuje. Buenas noches, doña Emelina.

La tía había conseguido enfadarla y, al mismo tiempo, la había colocado en un estado de nervios delicado. ¡Por supuesto que el norteamericano le atraía! No era ciega ni insensible, pero de ahí a fugarse con él mediaba un abismo. No estaba tan loca de pasión ni tan necesitada de amor. La realidad se había encargado de destruir cualquier posibilidad de enamoramiento. Sin ir más lejos, recordaba la experiencia de su amiga Leonor. Todas la envidiaban porque se había casado con el hombre de su vida, y a los seis años de matrimonio ya estaba renegando de él. Por el contrario, Luisa y Guadalupe, que habían protestado de las parejas que les habían buscado sus padres, se habían adaptado a sus matrimonios concertados. Tal vez fuera porque no esperaban gran cosa de ellos, pero en la actualidad vivían tranquilas y seguras, con unos hogares harmoniosos y sólidos. Su propio hogar era estable, un tanto aburrido ¡qué duda cabía!, pero cada uno hacía su vida, lo que era una ventaja. Nemesio, fuera de las apariciones junto a él en sociedad, no le exigía nada. ¿Por qué iba a alterar su cómoda vida? Conservaba una idea romántica del amor, pero era consciente de la utopía. El romance le convenía para sus novelas de misterio, pues aumentaba las ventas, pero, en la vida real, se trataba de un espejismo. Y si de algo presumía Antonia, era de mantener los pies sobre la tierra.

Nemesio los aguardaba sentado a la mesa con un vino de aperitivo. La conversación transcurrió sobre las actividades y descubrimientos de cada uno. Nemesio había conocido a un caballero que lo había puesto sobre la pista de un palacete en venta en Alceda, una zona vinculada con el descanso por la presencia del balneario, pero también en la que residía y veraneaba gente de alcurnia. La tía Lina les relató su experiencia y les describió la casa de baños. El puente conducía directamente a la entrada a la galería de baños y chorros. En esa planta se hallaban los despachos y la sala de inhalaciones. En el piso de abajo, además del corredor de chorros, había doce habitaciones con ventanas particulares, bañera de mármol orientada a la ventana, desde la que se contemplaba el cielo y la vegetación, y un aparato de ducha.

—Ha sido muy placentero —decía la tía con satisfacción—. En la recepción me habían facilitado el traje y el gorro de baño y me habían presentado a la mujer que se encargaría de mi cuidado, Rebeca, de mediana edad, fuerte y lozana. Creo que es de la zona. Ha sido muy

amable, y ha permitido a Vicenta que me acompañara, aunque luego la ha despachado. Lo que sí me gustaría es comprar esos mosaicos tan bonitos que cubren las paredes y el suelo de los baños. Me han dicho que los fabrican en Valencia: mosaicos de Nolla.

—¿Qué tienen de diferente? —se interesó Nemesio.

—Son teselas geométricas de diferentes colores —explicó doña Lina— que encajan como en un rompecabezas. La señora de Gea me ha explicado que los diseños son de encargo, exclusivos: grecas, como si fueran una alfombra, rosetones de colores vívidos. Lo mejor es verlo.

—He reservado para la piscina general y los chorros —informó Nemesio—, mañana por la mañana.

—Un poco incómodo —opinó doña Lina—. La piscina general tiene entrada independiente.

El señor Webster y Antonia narraron su aventura por la gruta y el Puente del Diablo, lo que suscitó numerosas preguntas. No obstante, sin ponerse de acuerdo, ambos guardaron silencio sobre la presencia de la señora de Trueba y el extraño suceso.

7

El baile

Charles admiró a placer la esbelta figura de la señora de Carvajal. El elegante y costoso vestido suplía la falta de una llamativa belleza, aunque esa carencia se iba diluyendo con el trato, que resultaba de lo más atractivo y estimulante. Estaban tan concentradas en sus cuchicheos, tía y sobrina, que no se percataron de su presencia en el vestíbulo. Se aproximó a ellas y, a juzgar por el sobresalto de la señora de Carvajal, había interrumpido una confidencia importante. Actuó como si no se hubiera dado cuenta y empujó la silla hasta el restaurante.

La conversación durante la cena no aportó ninguna información notable para él. Los perfumados y engalanados huéspedes fueron llegando y ocuparon sus respectivas mesas entre saludos y risas. El aire festivo de la noche flotaba en el ambiente. El descubrimiento del señor Trueba, sentado solo a su mesa, despertó su curiosidad. Intuía que lo que había sucedido en la gruta era más relevante de lo que parecía. La señora de Carvajal ganó en su estima cuando no mencionó el incidente. La discreción en una mujer era una rara cualidad que apreciaba en lo que valía.

La cena concluyó y se dirigieron al salón principal. La espaciosa estancia se hallaba iluminada por grandes quinqués de petróleo en las paredes y enormes lámparas que pendían del techo. El gas era un lujo que no había llegado a los pueblos. Habían situado el cuarteto de cuerda sobre una tarima y las sillas y butacas se distribuían alrededor de un gran espacio libre. A juzgar por cómo se había dispuesto el salón, Charles dedujo que la señora de Carvajal no se había informado bien; no se trataba de un concierto, como había supuesto, sino de un baile. Barrió con la mirada a los concurrentes, muchos de ellos desconocidos que se alojaban en otras dependencias del balneario.

Descubrió a Valentín Castrejón, quien conversaba con un matrimonio y su hija, aunque rápidamente se corrigió: la joven iba aferrada al brazo del hacendado cubano. Comprendió que aquélla era la pareja de recién casados que andaba en boca de todos. No era la primera vez que se enfrentaba a un matrimonio con tanta diferencia de edad; aun así, le chocaba. Él mismo buscaba la juventud, pero tenía

la delicadeza de medirse con mujeres con conocimiento del mundo. No entendía qué encontraban los carcamales en la compañía de mujeres que acababan de abandonar la pubertad: estaba demostrado que la juventud no se transmitía.

El caballero estaba acostumbrado al frac y a la sociedad; sin embargo, la joven esposa ofrecía un aspecto demasiado rígido y una mirada inquieta. Se movía como si fuera una muñeca a la que el marido llevaba a rastras por el salón a voluntad. Charles se percató de que los ojos oscuros, pequeños y agudos como alfileres del señor Castrejón recorrían a los congregados en busca de alguien. Y lo encontró. Intrigado, siguió la dirección de su mirada hasta los señores Trueba y Gea, quienes entraban en ese momento seguidos por doña Felisa, que charlaba animadamente con otra mujer. Ajenos al escrutinio al que estaban siendo sometidos, se encaminaron hacia la familia Carvajal. Hubo nuevas presentaciones, y atendió cuando le llegó el turno: era la esposa del hombre que había informado a Carvajal de la venta de una casona en Alceda. Charles se mantuvo en un segundo plano, pendiente de los movimientos de Valentín Castrejón. Era un hombre que lo inquietaba, y su recelo se avivó cuando reparó en el momento en que aquellos ojos se posaron sobre la señora de Carvajal y se volvieron libidinosos. Le produjo un profundo desagrado, aunque no le correspondía a él ponerlo en su sitio. Al parecer, el cervatillo que colgaba de su brazo no cubría sus expectativas, y necesitaba salir de caza mayor. Sin embargo, el acercamiento no se produjo, sino que se mantuvo a distancia, pero pendiente del ir y venir del grupo.

Entretanto, el cuarteto había empezado a tocar, y algunas parejas llenaban la pista. El señor Carvajal sacó a bailar a su esposa y Charles se quedó junto a la silla de doña Emelina.

—Es lo único que hace bien Nemesio —elogió doña Emelina. Él se inclinó con la interrogación pintada en la cara—. Bailar —reveló la señora.

Charles siguió las circunvoluciones de la pareja al son del vals y comprobó el atinado juicio de la tía. El hombre, lento en movimientos y un poco barrigudo a causa de los excesos, flotaba por la pista con gracia y agilidad.

—No tiene mérito —siguió doña Emelina—. Nació en el seno de una familia aristocrática y lo educaron para una vida de salón.

—¿Y cómo acabó en Cuba? —se interesó Charles, sin perder de vista a la pareja. Era una delicia verlos en los giros, aunque su atención se centraba en ella, en el talle cimbreante y el ángulo de la cabeza, como si la música corriera por sus venas. Su mirada chocó con la de Valentín Castrejón, quien tampoco perdía detalle de la pareja, para su disgusto.

—Es el tercero de tres hermanos varones, y no lo querían cerca de ellos. Temían que los pusiera en un compromiso, y Cuba se hallaba lo suficientemente lejos.

Charles se quedó perplejo ante una confidencia tan delicada. ¿La familia al completo conocía la tendencia sexual del señor Carvajal?

—¿Lo escandalizo?

Se enfrentó a la mirada especulativa de la tía.

—No. Me sorprende que se alentara el matrimonio.

—¡Ah! Es que lo ignorábamos en aquellos días. Fue muy listo al conseguir engañar a mi hermano. Y ahora no tiene remedio. Me consuelo con que la deje en paz.

—¿No le parece indiscreto contar estas intimidades a un desconocido? —reprochó Charles a la señora, molesto por cuanto concernía a la intimidad de la señora de Carvajal.

—Usted no es un desconocido, aunque lo piense, y, además, ya lo había descubierto.

—Es usted muy perspicaz —acusó, un tanto receloso—. ¿Conoce al caballero que está delante de la ventana junto a una mujer muy joven?

—¡Um! ¿Su hija?

—No, su esposa. Están de luna de miel —informó Charles.

—¡Pobrecilla! La sociedad defiende la libertad de los negros, pero permite la compraventa de mujeres —ironizó doña Emelina, con el gesto torcido.

—En esta ocasión, la secundo. También es cierto que estas mujeres aprenden a sacar las uñas pronto y, en cuanto se quedan viudas y con una fortuna en sus manos, se olvidan del calvario que les ha supuesto —criticó Charles.

—No sea cruel con ellas —defendió doña Emelina—. Se toman la revancha de una juventud y unos ideales muertos apenas nacidos. Mis sobrinos han despertado su interés.

—Es de Cuba. Valentín Castrejón, tabacalero. ¿Le suena? Él parece conocerlos muy bien.

—De nombre. Posee un latifundio de tabaco con el que ha hecho una fortuna, aunque no es una persona fiable en los negocios. Allí los llamamos tiburones, porque atacan a todo el que se les pone por delante. No juegan limpio.

—Conozco la especie. Son inevitables, por más que se los intente esquivar.

—Por desgracia, Cuba está lleno de ellos. Nadie consigue hacer fortuna con buenas intenciones —sentenció doña Emelina.

—Eso no deja en buen lugar a su familia —observó Charles.

—¿En la suya no guardan esqueletos en los armarios? ¡Qué aburridos!

Charles se sonrió. Por supuesto que nadie estaba libre de haber cometido alguna tropelía, pero admiraba la sinceridad con la que la señorita Valdivia exponía la realidad, sin subterfugios. A su propio padre lo llevaban los diablos ante el despilfarro público del actual presidente, Benjamín Harrison. Era un político frío y reservado, carente de carisma y de conocimientos económicos, que estaba a punto de llevar al país a la bancarrota con su estúpida compra de plata. La única virtud que lo salvaba, a ojos de Charles, era la honradez y, egoístamente, que su defensa del comercio libre con naciones extranjeras le llenaba los bolsillos, independientemente de su trabajo como diplomático.

—La señora de Trueba reside en la Península, pero su acento la delata —recordó Charles.

—¿Cambiamos de tema? —Las cejas de la señorita Valdivia se dispararon hacia arriba—. Los esqueletos son esqueletos, no tienen el poder de hacer daño a nadie. Sí, nació en Cuba, pero su familia no fue de las afortunadas y regresaron a la Península, por lo que he colegido de las escasas confidencias que ha hecho al respecto. Sólo los prósperos airean el pasado y, a veces, ni siquiera éstos, pues están ansiosos en enterrar su origen.

El vals terminó y los danzantes se retiraron de la pista. Los señores Carvajal se detuvieron junto a los señores Castrejón, con quienes intercambiaron unas palabras y unas sonrisas. Por la atención que Antonia prestó al cervatillo, Charles dedujo que le había sido presentada.

—Dese prisa —acució doña Emelina, nerviosa—. Vaya y saque a bailar a mi sobrina antes de que lo haga el señor Castrejón. No me gusta ese hombre.

El que compartieran la misma inquietud fue suficiente acicate para Charles, y, sin pensarlo dos veces, recorrió la distancia que los separaba. Llegó a tiempo de escuchar una conversación que distaba de ser amable y distendida.

—No maldiga usted tanto, señor Carvajal —decía el señor Castrejón, sin perder la sonrisa—. Se le ha visto en varias ocasiones entrar en el café Louvre. ¿O no fue por una cuestión de simpatía ideológica?

A Charles no se le escapó la alusión a algo más grave si no admitía una predilección por las ideas liberales, que nunca había defendido, y era conocido por ello. La palidez del señor Carvajal y su falta de reacción obligaron a la señora de Carvajal a replicar, pero, antes de que abriera la boca, Charles decidió intervenir.

—Señores, la orquesta vuelve a tocar. ¿No se animan?—El señor Carvajal no reaccionaba, y Charles insistió—: ¿Le importa que baile con su esposa? Su tía lo aguarda.

—¡Ah! Sí, claro. Yo me ocupo —reaccionó al fin el señor Carvajal, bajo la sonrisa burlona del señor Castrejón.

Charles esperó a que el señor Carvajal se alejara hacia doña Emelina y se volvió hacia la señora de Carvajal para ofrecerle el brazo, ignorando la presencia del indiano al no dirigirle palabra.

Fue tal la premura de la acción que, hasta que no sintió la presencia de la señora de Carvajal entre los brazos y siguiendo el ritmo del cuarteto, no cayó en la cuenta del repentino interés de doña Emelina en que rescatara a su sobrina. La turbación y la irritación en Charles aumentaron un grado. ¿Cuánto habría averiguado la señorita Valdivia sobre él? El enfado no duró mucho bajo el efecto del aroma a hierbaluisa y del susurro de la seda del vestido de la señora de Carvajal.

—Ha llegado justo a tiempo —comentó Antonia—. El señor Castrejón comenzaba a ponerse bastante desagradable.

—¿Por alguna razón en concreto? —se interesó Charles.

—Imagino que serán prejuicios, pero me incomodan los matrimonios tan desiguales, y reconozco que no he estado muy acertada en una observación.

—¿Le incomoda mi edad? —aventuró Charles.

—Es distinto. Soy una mujer con conocimiento y, por tanto, a la altura del mundo tan exigente. A esa chica le han arrancado el cascarón a mordiscos.

—Una metáfora despiadada, pero efectiva. Si le sirve de alivio, estoy de acuerdo con usted. A pesar de haber presenciado otras situaciones semejantes, no consigo acostumbrarme.

—El drama de esos matrimonios es que son legales —resopló Antonia.

—No frunza el ceño; no mientras esté bailando entre mis brazos. Déjese llevar por la música.

—Es usted un romántico —constató Antonia. Lo miró a los ojos y se adentró en ellos, y Charles se lo permitió.

Se obligó a disfrutar del baile y a mantener a raya la curiosidad. El marido era un buen bailarín; sin embargo, la señora de Carvajal no se quedaba atrás. Y sus ojos, rutilantes por el efecto de las luces, allí estaban cada vez que los buscaba, sonrientes y con un sinfín de misterios por descubrir. ¿Era un reto o algo más? Nunca se había mostrado tan indeciso en asuntos de sexo. ¿Por qué no reconocerlo? Tan perdido. Terminó la pieza, e invitó a la señora de Carvajal a un refresco. El acto de acercarse a la mesa le concedía unos minutos más de intimidad para saciar la curiosidad contenida.

—A su tía le sonaba el nombre de Castrejón, y lo llamó «tiburón».

—La tía Lina no ignora nada de lo que suceda en la Isla. Y él tampoco, por lo que he deducido hace un momento.

—Un hombre así habrá acumulado mucho lodo, por lo que no tiene objeto remover las aguas.

—El problema es que la maldad no habita en todas las almas —sentenció la señora de Carvajal—. ¡Cuánto lamento que haya escuchado esas acusaciones! —La mirada de la señora de Carvajal reflejaba humillación y tristeza—. Aunque no parece sorprendido.

—Me di cuenta en París. Pero no se venga abajo. Lo que más aprecio en usted es la entereza con la que hace frente a la vida. No permita que las acciones ajenas la humillen; sólo las propias tienen ese poder. ¿Quién le enseñó a bailar? Su sentido del ritmo es admirable.

—¡Es usted increíble! —Por primera vez la señora de Carvajal se sonrojó—. Cuba es sinónimo de ritmo. —Cambió de nuevo de tema—: Lo echaré de menos el día que nuestros caminos se separen.

—No piense en el futuro. Garcilaso de la Vega, poeta muy inteligente, nos exhortó a aprovechar el tiempo: «Coged de vuestra alegre primavera *el dulce fruto antes de que el tiempo airado* cubra de nieve la hermosa cumbre».

—¡Qué extraño me resulta que un hombre recite! No es la actividad preferida de los varones de mi familia, más entregados a los mercados y a los números. Por otra parte, creo que se han puesto de acuerdo usted y mi tía, porque, justo antes de cenar, me aconsejaba algo similar.

—Una mujer muy peculiar, su tía.

—Una forma muy discreta de caracterizarla. Estoy acostumbrada a sus desconcertantes observaciones.

—¿Viven cerca? —indagó Charles. Cogió las dos copas de limonada que le tendía el camarero.

—A unos quince kilómetros.

—¿Y hace caso de esos consejos, digamos, descabellados?

—Está usted muy preguntón. Me ha cogido en un momento bajo. —La misma evasiva le contestó a Charles: la tía ejercía una fuerte influencia en la sobrina.

—¿Qué fue lo que ha encorajinado al señor Castrejón?

—Le he preguntado a su esposa de dónde era, por iniciar la conversación —explicó—. De Valladolid. De una familia conocida y bien relacionada con Gamazo. Y esto es lo que se me escapaba: si la familia está bien situada, ¿qué necesidad hay de sacrificar a la criatura? Entonces recordé que algunas familias fingen cuando, en realidad, están ahogadas en deudas. El asunto estaba tan claro que no he podido evitar el mirar con reproche al tabacalero. Éste se ha percatado, pues no es tonto, y ha sonreído con maldad. ¿Sabía que se puede sonreír así? Es la primera vez que me ha sonreído un demonio, y de eso sabemos mucho en Cuba, donde flota el vudú como una bruma sobre la Isla. Y ha atacado a Nemesio. Usted ha llegado en ese

momento.

En el salón se notaban las deserciones, entre ellas la del señor Carvajal y doña Emelina. La señora de Carvajal expresó su deseo de retirarse, la acompañó al pie de la escalera y se despidieron hasta el día siguiente. Charles se encaminó a la sala de billares, donde tropezó con los señores Gea y Trueba, quienes disputaban una partida a la luz engañosa de los quinqués. De Castrejón no había rastro. Se entretuvo con ellos para sonsacarlos, pero no consiguió más información. Se limitaron a mantener la charla en el ámbito político, es decir, las presiones sobre los votantes de los dos partidos fuertes de la Isla: la Unión Constitucional Española, un partido fundado por los peninsulares para mantener las riendas políticas de Cuba, y el partido Liberal, que había cambiado el nombre a «Revolucionario» porque defendía la independencia. Pero el problema cubano era más complejo, porque también abarcaba la cuestión de clases sociales y de razas.

—Cuba es un crisol de razas —explicaba el señor Gea—. Hay nombres según la tonalidad de la piel, incluso para cruces entre negros y asiáticos. A pesar de la legislación y de la intervención del Tribunal Supremo, sigue habiendo limitaciones en el acceso a los servicios y lugares públicos según el color. Hay que vivir allí para entenderlo.

—Es un mal común en todo el continente. A pesar de la guerra antiesclavista, en Estados Unidos no se tolera a los negros en sociedad —admitió Charles.

—No hay que olvidar la limitación que también se hace en razón de los ingresos —añadió el señor Trueba, como abogado—. He atendido reclamaciones a causa de la cantidad exorbitada que se exige a los cubanos para ejercer el derecho al voto. Quedan excluidos los colonos y la mayor parte de las clases medias, independientemente del color de su piel, porque muchos son gallegos y canarios que han llegado engañados cuando se abolió la esclavitud. Entre los aranceles, el precio del voto, el arriendo de tierras o el pago a los molinos, trapiches o centrales, como ellos los denominan, les es imposible medrar. Se sienten explotados y el malestar con los peninsulares aumenta. Es un tema que conozco bien, no sólo por la familia de mi esposa; sino también por el trabajo que desarrollo junto a don Germán Gamero. No veo solución al conflicto si el Gobierno se mantiene en sus trece.

La conversación siguió enredada sobre el mismo tema, y Charles se retiró.

Andrew lo aguardaba en la habitación, tirado, como la otra vez, sobre la *chaise longue,* y lo informó de sus avances. Por un lado, le entregó un croquis del hotel en el que se señalaban con una marca las habitaciones de los señores Gea, junto a la habitación de la señora de

Carvajal; y la de los señores Trueba en el mismo corredor que la de Charles. Valentín Castrejón ocupaba una de las habitaciones principales que daban al frente del hotel. El hacendado comenzaba a representar un serio problema, y así se lo expuso a su subordinado y compañero.

—Está buscando que le rompan las narices —coincidió Andrew—. Es pronto para ganarme la confianza del servicio, pero intuyo que no están contentos con ese señor. La compasión por la muchacha no se limita a la señora de Carvajal.

—Lo imagino. Si se tratara de un viejecito amable, la compasión iría en dirección contraria y la tomarían contra la joven —corroboró Charles. Se sentó ante la puerta de la terraza, en mangas de camisa y con un cigarro, que había cogido de encima de la mesa, entre los dedos—. En este caso, yo mismo lo estrangularía.

Charles procedió a cortar la tapa del cigarro con la navaja y encendió una cerilla para prenderlo. Lo giró para que ardiera bien la tripa.

—El resto del encargo tendrá que esperar —se disculpó Andrew—. He telegrafiado pidiendo datos sobre Valentín Castrejón, los señores Carvajal, la familia Valdivia, Ramiro Gea y la familia Gómara, que es cómo se apellida la señora de Trueba, pero tardará un par de días en haber noticias.

—Valentín Castrejón no es trigo limpio. Conoce demasiados datos sobre la familia Carvajal o Valdivia, aunque ignoro sobre cuál de las dos centra su interés. —Pasó a contarle el desagradable suceso de la gruta—. Es una intuición, pero creo que era él. La doncella de la señora de Carvajal, Estrella, lo vio de espaldas, pero encaja con la descripción. Es una chica espabilada, la gallega. —Exhaló el humo del cigarro y cambió de tema—. Mañana estrenaré los chorros, pues no había plazas para la piscina común. Si atendemos a lo que nos cuentan los romanos, es un lugar de tertulia, de acuerdos políticos y mercantiles. Investiga en Valladolid. Sixto Trueba es de allí, trabaja con Gamazo y, ¡mira qué casualidad!, la joven esposa es de allí. Averigua el nombre de soltera.

—¿Qué espera sacar de todo esto? —curioseó Andrew.

—En Cuba, contactos comerciales; en Valladolid y aquí, información sobre un hombre que es capaz de obligar a Sagasta a trasladarse a Santander. Nunca se sabe. Y está el asuntillo de las armas.

—¿Ni una idea de quién pueda ser el comprador? ¿Cómo han quedado? —se interesó Andrew.

—Yo soy el extranjero, el norteamericano, el más visible. Si el comprador desea seguir adelante con el asunto de las armas, contactará conmigo en este balneario.

—Pues a esperar. No depende de usted —dijo el irlandés.

Andrew se retiró y dejó a Charles sumido en sus pensamientos. Era el primer día que había pasado prácticamente a solas con la señora de Carvajal y no había avanzado mucho más en su conocimiento. Corría el riesgo de que cualquier pregunta sobre su vida en la Isla revirtiera en que le contara él algo de la suya. ¿Estaba preparado para ese intercambio de confidencias? Le interesaba la señora de Carvajal. El marido no le suponía un obstáculo; era un pánfilo y estaba más ocupado en escurrir el bulto para llevar a cabo sus asuntos que en vigilar a su esposa. Quien sí le preocupaba era la tía Emelina. Lo había calado de todas las formas posibles: desde su dedicación hasta sus intenciones. ¿A qué había venido si no el recordar a su sobrina que aprovechase el momento, como se le había escapado durante el baile a la señora de Carvajal?

No tenía sueño. Apagó el puro, se puso de nuevo la chaqueta del frac y bajó. Todavía quedaban algunos caballeros en los billares y en la sala de juego. Cruzó el vestíbulo vacío y salió al exterior. Lo recibieron la helada de la noche despejada y el rumor refrescante de las aguas. No había brisa y los árboles semejaban presencias oscuras, quietas y silenciosas. Las farolas, rodeadas de un enjambre de mosquitos, permanecían toda la noche encendidas y serpeaban desde el hotel a las fondas del Trancar y de la Varsoviana, alumbrando el camino a los trasnochadores y los insomnes. Tomó esa dirección sin la intención de alejarse mucho. Le estimulaba congraciarse con la intimidad que ofrecía la noche. En el fondo, era un romántico, tal y como había descubierto la señora de Carvajal. Se dio la vuelta para regresar y apreció el contraste que ofrecía la planta baja del hotel, iluminada y rutilante, con la oscuridad que envolvía a los pisos altos; excepto de una ventana: la habitación de la señora de Carvajal. ¿Tampoco podía dormir?

Se detuvo, desafiando la humedad del ambiente, y observó con atención: las contraventanas estaban abiertas, adosadas a la pared, por lo que se podía intuir el interior a través de los traslúcidos visillos, y la luz era muy potente, no la tenue que se dejaba encendida para no tropezar con los muebles. Salió del sendero y se internó por el césped para situarse más cerca. Distinguió dos quinqués colocados cerca de la ventana, cerrada para que no entraran los insectos atraídos por la luz. La silueta de la señora de Carvajal iba y venía en un corto recorrido, con la cabeza ladeada; tras unos minutos, se sentó y se inclinó sobre la mesa y así se mantuvo, sin volver a erguirse. ¿Qué estaría haciendo? ¿Atendería la correspondencia a esas horas? ¿Y a quién escribiría? Cayó en la cuenta de que sólo había hablado de familia, pero no había mencionado a ninguna amistad. Claro, que él tampoco. ¿De qué se extrañaba?

8

Un muerto en la bañera

Miércoles, 19 de agosto de 1891

Antonia se había tomado la mañana para escribir. Se había puesto un vestido sencillo de algodón en tonos crudos para estar cómoda. Durante el desayuno, los demás habían manifestado su deseo de acudir a los baños, incluido el señor Webster, que se había inclinado por el corredor de chorros, como Nemesio, mientras que la tía Lina repetía la sesión en una habitación particular.

Se había entretenido en el vestíbulo, observando el trasiego de los huéspedes a la salida del comedor: unos se iban a la ciudad, otros habían planeado una visita a algún pueblo cercano y la mayor parte se disponía a tomar los baños terapéuticos, tenía consulta o tratamiento en la sala de inhalaciones. Pasado un tiempo prudencial para que el servicio aseara la habitación, subió. Se cruzó con Estrella, que venía de cerciorarse de que todo estaba en orden, y le dio la mañana libre. Las limpiadoras habían devuelto el escritorio a su sitio y habían dejado la ventana francesa ligeramente abierta para que no se recalentara el cuarto. Como siempre que se decidía a escribir, le costaba sentarse y empezar.

Esa vez no movió el escritorio, pues disponía de luz suficiente. Abrió el maletín y sacó lo necesario para retomar su afición. Releyó lo que había escrito últimamente y corrigió algún vocablo y varias puntuaciones. Debía seguir adelante con la trama, por lo que repasó el apunte que había redactado. Se quedó mirando a la pared con el pliego en la mano. ¿Cómo debía seguir? Evidentemente, la intriga giraría en torno a la señora de Camino y a don Nicanor. La víctima sería el odioso Nicanor Barrios. ¿Cómo lo ejecutaría? La cuestión requería la planificación de un crimen: seleccionar a los sospechosos y su situación y lograr engañar al lector sobre la pista del verdadero delincuente con una señora de Camino a la que apuntarían todas las evidencias. Ya lo había conseguido en otras novelas; sin embargo, había agotado todos los recursos: veneno, estrangulamiento, puñalada. La aterrorizaba no ser original, ya que el éxito de la novela dependía

de ello. Siguió mirando a la pared, se fijó en los reflejos de la luz sobre el zócalo de madera y sobre la pintura blanca. La musa se mostraba esquiva. Había adquirido la suficiente experiencia como para no forzar la imaginación. Las ideas llegaban y fluían cuando les daba la gana y en el momento más inesperado. Suspiró, decepcionada, pues le hacía ilusión hallarse motivada. Giró la cabeza y observó cómo el aire inflaba el visillo que flanqueaba el acceso al balcón. Se levantó, se acercó y recibió la refrescante brisa de la mañana. Salió al exterior en busca de inspiración.

El trino alborotado de los pajarillos y el rumor del río le hablaban de vida; la hierba recién segada y los parterres de flores le sugerían esperanza. El lugar no contribuía mucho a planificar un crimen. El balcón era corrido, tan sólo unas endebles mamparas de madera pintada separaban los espacios de las habitaciones y una profusión de macetas con pelargonios y geranios alegraban la vista. Donde la vida rezumaba, la muerte sobraba. Desde allí, se divisaba el camino que conducía al Molino del Trancar y a la Fonda Varsoviana; se contemplaban la capilla y los cuidados jardines de rosales en torno a la fuente, en los que descubrió a Estrella sentada al sol; y, si se asomaba un poco, distinguía la pasarela que partía de la orilla en la que se encontraban los alojamientos y conducía a la misma puerta de la casa de baños. Reconoció, en la figura que la recorría con cierta precipitación, a la señora de Trueba, que se perdió en el interior del edificio de inspiración oriental. Ante la afluencia de veraneantes, se exigía puntualidad. Suspiró. Tendría que esperar a un día lluvioso o a la noche. La oscuridad siempre atraía pensamientos lóbregos e inspiraba a las mentes criminales. Pero no estaba en casa. En Cuba no importaba si se pasaba una noche en vela, mientras que, desde que había iniciado el periplo, las visitas y las nuevas amistades requerían que estuviera en forma y no dormida. Aunque no pensaba en las nuevas amistades en general, sino en una muy concreta: el señor Webster.

Desde el día en el que habían coincidido en el embarcadero de Santander, su presencia había sido continua, no sólo de forma física, sino también en sus pensamientos. Intempestivamente, recordaba una frase, una opinión, un gesto o algo más grave y sutil como el despertar de un apetito sexual que había dado por perdido. Cuba era una isla lujuriosa, no ocultaba los placeres de la cama; sin embargo, desde la horrible experiencia de su noche de bodas, no había vuelto a sentir interés por esa parte de la vida. No obstante, esas mariposas en el estómago, esa sonrisa boba, esos ojos que no podían apartarse de la persona del norteamericano, esa mente traicionera con imágenes prohibidas anunciaban que no estaba muerta su libido, tan sólo dormida. Lejos de afligirla por tratarse de un hombre inalcanzable

para ella, se animó. Había necesitado cruzar el Atlántico para descubrir que estaba viva, que a sus treinta años había esperanza. Pero el viaje llegaba a su fin en unas semanas, por lo que debía tomar una decisión pronto: ¿volver a casa o iniciar una vida por su cuenta? Estaba segura de que su tía le daría el empujón necesario en el caso de que se amedrentara en el último momento. Igual conocía a otro señor Webster.

Un grito. Se inclinó de nuevo sobre la barandilla para alcanzar a ver la pasarela por la que corrían un par de hombres en dirección a la casa de baños. Estrella también se había sumado a los curiosos, y se dirigía hacia allí. Más gritos. Algo grave había ocurrido, y Antonia decidió averiguarlo. Entró en la habitación, se colocó el sombrero de ala ancha para que la protegiera del sol, cogió los guantes de encaje de algodón, una sombrilla, y salió precipitadamente. En el vestíbulo se habían congregado algunos huéspedes rezagados y personal del hotel; se interrogaban los unos a los otros, y sus rostros reflejaban la incertidumbre. En cuanto Antonia comprobó que no habían llegado las noticias, se encaminó al origen del escándalo. Al otro lado de la pasarela se habían quedado atascados los curiosos, pues no permitían el acceso al interior de los baños. Logró abrirse paso hasta Estrella.

—¿Qué ha sucedido?

—Una desgracia, señora, pero no he conseguido enterarme. Cuando he llegado aquí, una de las empleadas cerraba la puerta a instancias de una orden superior.

Al hallarse tan cerca de la puerta, los lamentos y la histeria de los agüistas en el interior llegaron a sus oídos.

—¿Y si a…? —No terminó la frase. Estrella se le adelantó.

—No lo creo. Vicenta está con ella. Si le hubiera sucedido algo, nos habría avisado. La esperaba en los jardines. Doña Lina está asistida por el personal del balneario durante el baño y Vicenta no es necesaria; pero no se ha presentado, luego la señora Lina no habrá entrado en el baño todavía.

La tranquilizó un poco. Prestaron atención cuando se abrió una puerta lateral y salió corriendo un hombre en dirección a la entrada del balneario. Oyeron voces dentro y pasos de gente que iba y venía, pero nadie daba noticia. Un caballero bien vestido y entrado en años pidió paso y se acercó a la puerta, que golpeó sin piedad.

—¡Abran! ¡Soy Genaro Cagigal! —gritó.

Por los susurros de asombro, Antonia se enteró de que era el dueño del complejo termal. A su voz, se abrieron las puertas de Jericó y apareció una mujer de mediana edad con el uniforme de la casa de baños. El estado nervioso era evidente, como los ojos desorbitados y la respiración desacompasada.

—¡Ay, señor! ¡Ay, señor! —se atascó la mujer en su letanía, incapaz

de explicarse.

—¿Qué ha ocurrido? ¿Un accidente? —indagó el dueño, intranquilo.

—¡Ay, señor! ¡Ay, señor!

—¡Aparte, mujer! —exigió una voz desde el interior. Asomó un hombre con bata blanca.

—¡Ah! ¡Menos mal! —exclamó el señor Cagigal, algo más aliviado —. ¿Qué ha sucedido, doctor Pedraja?

—Un asunto muy feo, don Genaro: un asesinato.

—¿Está seguro? —inquirió el dueño, incrédulo.

—Sé reconocer un orificio de bala, don Genaro —replicó, molesto, el doctor Pedraja. Antonia no tardó en enterarse, por los comentarios de la gente que la rodeaba, de que era uno de los médicos más reconocidos del lugar—. La Guardia Civil ha sido avisada —informó el médico.

—Vamos a esperar en la orilla —susurró Antonia—. Aquí no podemos hacer nada. —Cogió del brazo a Estrella y tiró de ella.

Algunos de los apiñados en la pasarela las imitaron, pues preveían que la espera se prolongaría. Tuvieron suerte de que los curiosos formasen grupos para comentar lo acaecido y dejasen libre un banco. Tomaron asiento con la leve esperanza de que la tía Lina apareciera y les regalara con una jugosa descripción. Pero no salió, y Antonia empezó a impacientarse. Abrió la sombrilla y la empuñó como símbolo de la aceptación de la demora.

—No significa nada —la tranquilizó Estrella—. Me he fijado, y no ha salido nadie. También está allí su señor esposo.

Cierto. Se había olvidado de Nemesio y sólo había mostrado inquietud por su tía. Su mente le jugó una mala pasada, y deseó que el muerto hubiera sido Nemesio. No bien acababa de cruzarse esa idea y ya se había arrepentido. Se mordió el labio inferior e inspiró hondo. En realidad, no lo deseaba: su sueño era que desapareciera, que no existiera, que no formara parte de su vida, ya que le impedía volar, realizarse como mujer. Doce años de su existencia se le habían escurrido entre los dedos como la arena de un reloj, doce años irrecuperables en los que había vivido adormecida, sin sentir. Hasta este viaje por Europa, había creído que era feliz, a su manera, y que estaba contenta con su existencia. Pero ya nada volvería a ser igual: había abierto los ojos, se había sacudido la modorra de la Isla.

—¡Ahí están! —La advertencia de Estrella la sacó de su meditación.

Los uniformes denunciaban la presencia de la Guardia Civil y de algunos hombres de paisano que debían de pertenecer al juzgado. Habían salido por la puerta que daba a la pasarela y observaban el entorno mientras hablaban entre ellos. Para entonces, más personas se habían alineado en esa parte de la orilla, pendientes de lo que sucedía

al otro lado.

—Nos tienen en ascuas —se quejó Antonia.

Y acto seguido abrió los ojos: ¡ya tenía su asesinato! ¡Y a plena luz del sol! Como buena cubana, era supersticiosa, y tocó la madera del banco por si acaso se establecía alguna conexión entre desear algo y que ocurriera.

—Estrella, en cuanto empiece a salir la gente de la casa de baños, tome nota de quiénes son y de si los conocemos. Me interesan mucho los detalles de la muerte que se ha producido.

—¡Usted y sus libros! —suspiró la muchacha.

—¡Chist! —se apuró Antonia, y miró alrededor.

—No se preocupe. Andan más pendientes de lo que pasa allí enfrente.

Transcurría el tiempo, y se entretuvo en observar los cisnes y en cómo las barcas, abarloadas, chocaban unas con otras por efecto de la corriente. El sordo rumor de los que aguardaban en la orilla las alertó de que se había abierto la puerta. Salieron una serie de personas, entre las que reconoció a la señora de Trueba, atravesaron la pasarela y se encontraron asediadas por los más curiosos. Sin embargo, la señora de Trueba, visiblemente alterada, los eludió y se encaminó, con paso apresurado y cabeza baja, hacia el hotel y desapareció en su interior. Para los curiosos no debieron de resultar muy satisfactorias las respuestas, pues regresaron a ocupar sus puestos de vigías. Antonia mantuvo los oídos atentos a los comentarios.

—No han contado nada nuevo —decía uno.

—Por eso les han dejado salir, porque no sabían nada ni han visto nada —resumió otro.

—Al menos nos han informado de quién es el muerto —comentó el primero.

—¿Lo conocía? —preguntó un tercero.

—Ni idea. Era cubano, eso sí lo sé, de viaje de novios con una joven que podía ser su hija.

Cuando escuchó la procedencia se le cortó la respiración y, cuando se dio cuenta de quién era, espiró, aliviada. ¿Dónde había leído eso de *«Ten cuidado con lo que deseas»*?

—¡Un cubano! ¿Quién será? —se preguntó Estrella, sin apartar la vista del estanque.

—¡Um! Uno que no lamento perder de vista. ¡Oh! La muchacha es ya viuda. La vida ha sido clemente.

—¡Qué cosas tan extrañas dice! —se quejó Estrella.

—Estaba de luna de miel con una chiquilla y él le triplicaba la edad —informó Antonia.

—¡Ah! Ése es el muerto. Me alegro por ella. Era la comidilla del hotel.

—¿Qué sabe al respecto?

—Él no es…, bueno, era —se corrigió— muy apreciado. El servicio de habitaciones lo evitaba porque tenía la mano larga, incluso delante de la esposa. Y ésta se pasaba el día en la habitación, más asustada que una rata.

Antonia se quedó pensativa, recordando la noche del baile. Los rumores encajaban con lo que ella había deducido. Después, pasó a una reflexión más incómoda: la discusión con Nemesio había sido pública, lo que podía acarrearles muchos inconvenientes si no detenían al asesino en breve. Y la señora de Trueba, a su juicio, llevaba las de perder si se desvelaba el encuentro en la gruta, siempre y cuando se demostrara que era el tabaquero quien estaba con ella. No obstante, debía evitar las conclusiones precipitadas.

—Cuando se oyeron los primeros gritos, ¿vio salir a alguien con prisa? —indagó Antonia.

—No. Me hallaba en los jardines, y los parterres son muy altos para mí. No soy fiable como testigo —aclaró la gallega, acostumbrada a seguir los vericuetos de la mente de su señora.

Volvieron a sumirse en el silencio bajo las sombrillas. El calor, a pesar de la presencia del río, apretaba. Los curiosos se revolvieron en cuanto asomaron por la puerta varios hombres, y detrás salieron la tía Lina y Vicenta, que empujaba la silla.

—¡Loado sea el Señor! —exclamó Antonia, enfatizando que el aburrimiento había concluido—. Ahora sabremos a qué atenernos.

Esquivaron el revuelo, en torno a los hombres que precedían a la tía, y la aguardaron a un lado. En cuanto llegaron a su altura, Antonia indicó con la mano a Vicenta que continuara adelante, se puso al frente de la pequeña comitiva, entraron en el hotel y sugirió que subieran a la habitación para tener un poco de privacidad.

—No —objetó la tía—. Pronto será la hora de comer, y me canso de subir y bajar las dichosas escaleras. Mejor, a la sala de lectura. Vicenta, suba la bolsa a la habitación —ordenó doña Lina. La doncella cogió la bolsa con las cosas personales de aseo y se retiró.

Estrella se hizo cargo de la silla, y Antonia tomó asiento cerca de la puerta para vigilar quién entraba y salía del hotel. La tía aprobó su decisión; no quería perderse nada.

—No sea cruel y empiece a contar —exigió Antonia, anhelante.

—Más que ver, he oído; y luego, por las preguntas que me han realizado, he deducido. Así que no es información de primera mano —explicó la tía Lina—. Vicenta me condujo hasta la cabina de baño que me habían asignado, la número siete, y me ayudó a entrar en la bañera. Pero, antes de retirarse, se percató de que no había albornoz, así que fue a pedir uno a la gobernanta de los baños. Vicenta regresó con el albornoz y con la mujer que se encargaría de mi baño: un cielo

de chica, Rebeca, ya os hablé de ella. Detrás de ellas, llegó Isidro, el bañero de los hombres, y golpeó la puerta de al lado como advertencia para que abandonara la estancia, pues había agotado el tiempo. Llamó varias veces y, ante la falta de respuesta, alarmado, abrió la puerta. Y no era para menos. Yo no lo vi, pero el grito de Rebeca, que todavía permanecía en el pasillo a la espera de que Vicenta se retirara, lo escuché.

—Se ha oído por todo el balneario —corroboró Antonia.

—Se había organizado tal escándalo que le dije a Vicenta que me vistiera. Cuando salíamos, la puerta de al lado estaba cerrada, e Isidro obligaba a los clientes a permanecer en las cabinas hasta que llegara la Guardia Civil. Así que hemos pasado un buen rato mano sobre mano. Mientras tanto, Vicenta ha conseguido enterarse de que el muerto era ese cubano: Valentín Castrejón.

—¿Sabe lo que eso significa? Ya le conté lo que le dijo a Nemesio —interrumpió Antonia, con tono premonitorio.

—Molestias. —La tía restó importancia con un meneo de mano, por si no fueran suficientes las palabras—. Nada comparable con soportar a ese individuo todas las noches. Quien se alegrará será la joven viuda.

—¡Tía! No se tome esto a la ligera. Será grave si no encuentran al culpable rápido. Seremos sospechosos todos los que hemos discutido con él.

—No dramatices. La discusión, si es que puede llamarse así, fue privada. Sí, en un sitio público, pero privada. Nadie es tan obtuso como para inculparnos. Nos interrogarán, pero nada más. Por cierto, allí estaba el señor Webster. Creo que tendrá más suerte que yo para enterarse de qué ha pasado, porque se ha pegado al oficial de la Guardia Civil. Habrá que esperar a la comida.

—Si es que acude a comer. ¿Y Nemesio? —se preocupó Antonia.

—No lo he visto. El pasillo de las habitaciones no coincide con el del baño general, que tiene entrada independiente, aunque están conectados por los excusados —recordó doña Lina—. Lo que sí he escuchado, al estar en la habitación de al lado, es que lo han matado de un tiro.

—¿Nadie ha oído el disparo? —se extrañó Antonia.

—¿Sabes el ruido que hacen las tuberías con la presión del agua? Eso por no mencionar la propia agua cuando se llena la pila o se abre la ducha. Y si alguien lo ha escuchado, igual ahora lo relaciona, pero, en el momento, a nadie se le ocurre que haya sido un disparo. No presumo de oído, pero no recuerdo un ruido similar, y así lo he declarado ante el guardia.

—Claro, no había pensado en la cantidad de ruidos que se producen dentro de los baños —reconoció Antonia—. Y por esa

circunstancia, se ignora el momento en el que se habrá producido el crimen.

—Cualquiera puede ser sospechoso con tanta gente entrando y saliendo —alegó doña Lina.

—Habrá un registro de reservas —sugirió Antonia.

—En el que figurará medio hotel —objetó doña Lina de nuevo—. Los alojados vienen a tomar los baños, querida.

—¡Oh! ¡Qué bien planificado! Es una idea maravillosa —se ilusionó Antonia.

—¿Perdona?

Antonia cayó en la cuenta de sus palabras y en la expresión de perplejidad de la tía y se apresuró a explicarse.

—Me refiero a la novela que estoy escribiendo —susurró.

—¡Ah! Creía que te había afectado el juicio —suspiró la señora, más tranquila.

—Deberían entrar en el comedor —interrumpió Vicenta, ya de regreso—. Nosotras también hemos de retirarnos si queremos el potaje caliente.

—No me he dado cuenta de la hora. Yo me encargo de la tía —se ofreció Antonia, consciente de los problemas del servicio para acompasar sus colaciones con las exigencias de los señores.

Las dos doncellas se marcharon con paso apresurado, y Antonia empujó la silla hacia el comedor. Algunas mesas ya estaban ocupadas y las conversaciones eran animadas. No hacía falta mucha imaginación para conocer el tema que los distraía. El servicio, en cambio, se movía con la misma eficiencia bajo la supervisión del encargado de sala, como si no les hubiera afectado el asesinato.

—¡Ya están aquí! —exclamó doña Lina.

Antonia dirigió la mirada a la puerta del comedor y se llevó una desilusión cuando descubrió que eran su marido y el señor Gea. ¿Qué entretenía al señor Webster? Nemesio se desvió a su encuentro y el señor Gea, atusándose el bigote, siguió adelante para ocupar la mesa donde lo aguardaba su esposa.

—¿Qué noticias traes? —preguntó Antonia en cuanto Nemesio se sentó.

—Un disparo certero en la frente. No he conseguido enterarme de más —contestó, e hizo una indicación al camarero—. Vamos a encargar primero la comida: el baño abre el apetito.

El muchacho les tomó nota, y, en cuanto se retiró, Nemesio retomó el tema.

—El señor Gea estaba en la cabina cinco, al lado de la de Castrejón, y no ha oído nada que lo alertase. Estaba delante cuando ha declarado, y lo más que ha llegado a decir es que había escuchado un ruido parecido, pero que no aseguraba que fuera el pistoletazo, ya que

el chirrido de la tubería de la ducha sonaba similar.

—Sí, como si escupiera el agua —confirmó doña Lina—. Me encontraba en la siete.

—Nuestro amigo Webster nos podrá ilustrar más, aunque no creo que llegue a comer —añadió Nemesio—. No sé cómo se las ha apañado para convertirse en la sombra del oficial a cargo de la investigación.

9

Los sospechosos

El máximo de admisión en el baño general era de diez personas. A primera hora estaba reservado para los hombres y, a media mañana, para las mujeres. Sin embargo, ese día, las mujeres no llegaron a bañarse. Charles se hallaba disfrutando de los chorros de agua con otros bañistas cuando Nemesio abandonó el corredor, se puso el albornoz y se dirigió a la zona de los excusados. Lo perdió de vista durante un rato hasta que regresó y se detuvo a hablar con un hombre del servicio.

Charles miró el reloj que colgaba de la pared y comprobó que le quedaba un cuarto de hora más; sin embargo, decidió concluir el baño para no tener que hacer cola en las duchas. Fue entonces cuando llegó un grito desde el pasillo en el que se encontraban las habitaciones de baño individuales. Al principio, nadie prestó atención, pero el revuelo y la alarma entre las personas del servicio termal presagiaron algo terrible. A Charles rara vez le fallaba la intuición, así que, con el albornoz en la mano, se dirigió a la cabina en la que había dejado la ropa y se vistió con premura mientras oía el jaleo y las exclamaciones de horror. Salió y buscó al responsable de los baños, quien le comentó que habían enviado aviso al cuartelillo de la Guardia Civil y, en tanto que llegaban, había dado orden de que nadie abandonara las instalaciones.

Divisó al señor Carvajal, que hablaba con otros agüistas, envueltos en sus albornoces y encharcando el suelo. Aun así, se acercó, ya vestido, con cuidado de no resbalar sobre la superficie mojada. No había transcurrido un minuto cuando el calor húmedo comenzó a hacer mella en él.

—¡Ah! Señor Webster —lo reconoció Carvajal—. Una tragedia. ¿Quién lo iba a imaginar en un lugar de recreo?

—Me estaba cambiando y, aparte del revuelo, no me he enterado de nada —animó Charles a que las lenguas se desataran.

—Un indiano, procedente de Cuba, ha sido asesinado —adelantó uno de los reunidos.

—Sí, Valentín Castrejón —confirmó el señor Carvajal—. Cruzamos unas palabras la otra noche con él y fue muy desagradable. —Los

golpes y los gritos en la puerta de arriba distrajeron a los caballeros, pendientes de lo que sucedía en la planta superior, y Nemesio continuó, dirigiéndose a Charles—: No me sorprende el final. Estoy seguro de que se lo ha buscado.

—Tenga cuidado con lo que opina en voz alta, señor Carvajal —previno en voz baja Charles, alarmado por la indiscreción—. Estamos a las puertas de una investigación por asesinato.

—¿Cree que el asesino es alguno de los alojados en el balneario? —receló el señor Carvajal, y miró a su alrededor suspicaz.

—Evidentemente —aseguró Charles.

Enseguida se extendió el rumor de que era el dueño del establecimiento quien llamaba a la puerta del piso superior, la que se abría a la pasarela. Poco después, llegaba la Guardia Civil por la entrada principal. Charles dejó solo al torpe e ingenuo señor Carvajal, sin dejar de admirarse de que gente tan obtusa para unas cosas mostrase una mente preclara para otras, como en el comercio del ron.

Charles decidió actuar con premura y tacto. Ignoraba si la muerte del señor Castrejón estaba relacionada con la familia Carvajal. Nemesio se había ausentado por breve tiempo; sin embargo, le pareció demasiado indiscreto para ser el asesino. Lo más inteligente era seguir la investigación de cerca. Subió al piso principal y agradeció el frescor, que entraba a través de las ventanas de estilo oriental, después de la sauna de los baños de abajo. Incluso respiraba con mayor ligereza. Se aproximó a los recién llegados, un sargento y un guardia bisoño, quienes estaban siendo informados por el médico. El dueño del balneario, don Genaro Cagigal, escuchaba, trastornado, las explicaciones del doctor Pedraja. Se dirigió al sargento.

—Disculpen, ¿puedo ofrecerles mi ayuda?

—¿Con quién tengo el gusto? —preguntó el oficial, entrecerrando los ojos.

—Mis credenciales. —Alargó un carné diplomático—. Trabajo en el cuerpo de seguridad de los consulados norteamericanos en Europa y conozco el procedimiento. No pretendo inmiscuirme, tan sólo echar una mano en las pesquisas preliminares, hasta que les llegue ayuda.

—¿Cómo sugiere que procedamos? —se interesó el sargento, de lo que Charles dedujo que carecía de experiencia en este campo, y, acto seguido, se lo confirmó—: Verá usted, por aquí nos dedicamos a buscar ladrones de ganado, contrabando con las Vascongadas, furtivos. Los escasos homicidios se producen en reyertas entre vecinos y ante testigos. Intuyo, por lo que me cuenta el doctor Pedraja, que esto ha sido planeado.

—Han hecho bien en no dejar salir a nadie. Ordene que cada persona ocupe el lugar en el que se hallaba cuando escucharon el primer grito; mientras tanto, examinemos el escenario del crimen.

El señor Cagigal se apresuró a dar las órdenes pertinentes al personal de servicio para que los agüistas se mantuvieran en el sitio que ocupaban en el instante en que se había producido la alarma. Los dos guardias civiles y Charles siguieron al doctor Pedraja y descendieron al piso inferior. Encontraron a la encargada en la recepción; tropezaron con la señora de Trueba en el pasillo, pavimentado de mosaico, a la altura de la cabina 3; el señor Gea asomaba la cabeza en la cabina 5, con la esperanza de enterarse de algo; y los dos bañeros, Rebeca e Isidro, aguardaban delante de la cabina 6. Charles reconoció a Vicenta, apoyada en la jamba de la cabina 7, quien volvió la cabeza hacia el interior e informó de la llegada de las autoridades a doña Emelina, que aguardaba dentro, aunque él no la vio.

Entraron en la cabina 6 y, en tanto el sargento observaba el cadáver que continuaba sumergido en la bañera de mármol, Charles paseó la vista por el cuarto de estrechas dimensiones, en el que las tuberías eran las protagonistas. Se acercó a la ventana, que se abría en el otro extremo, y se asomó. Cualquiera podía haber accedido por allí, aunque habría corrido el riesgo de ser visto desde la pasarela, desde una de las barcas del río o desde la otra orilla. Demasiado expuesto, concluyó, pero no imposible, porque no habría llamado la atención si hubiera ido vestido como un trabajador más. Se sumaba la dificultad de dar con la ventana exacta: había doce. Por otra parte, no había llovido y no había huellas significativas.

—Un disparo a quemarropa —dictaminó el sargento—. Martínez, observe la herida circular, la piel quemada por efecto del fogonazo y ennegrecida por los restos de pólvora. El disparo se ha efectuado a unos diez centímetros. —Puso el dedo a la distancia citada como si fuera el arma—. Por la trayectoria de la bala, el médico forense calculará la altura del asesino. A simple vista parece alto, pero es aventurado llegar a esa conclusión cuando la víctima se halla en una posición tan baja.

El compañero asentía interesado a la lección del sargento. Charles escuchaba a la vez que registraba las ropas del finado, por si encontraba algo de interés. Aparte de la llave del cuarto del hotel, sólo halló un par de habanos y un monedero.

—No lleva nada de valor, sólo tiene la llave del Hotel Suizo, habitación tres —informó a los guardias civiles—. Les recuerdo, señores, que disfrutaba de su luna de miel, y habrá que informar a la esposa.

—Cierto. ¿Se ocupa usted, don Genaro? Es su establecimiento. —Charles disimuló una sonrisa ante la rapidez del guardia civil para eludir la enojosa tarea—. Nosotros interrogaremos al personal del pasillo y a los bañistas colindantes —decidió el sargento—. Si no gritó

para alarmar de la presencia de un intruso es porque conocía a su asesino.

Lo anecdótico fue que nadie había escuchado nada. Comprobaron la sonoridad de las conducciones de agua y el ruido que provenía del exterior por la proximidad del río. En la habitación del señor Gea, que era contigua, abrieron la ducha y el sargento efectuó un disparo en el cuarto del muerto. Costó identificarlo como tal, por lo que resultaba imposible de reconocer para quien no estaba preparado para escucharlo. Charles se percató de que el asesino no sólo había sido hábil, sino que también conocía el lugar y lo había planificado de acuerdo con las características que ofrecía la terma. La mañana fue avanzando; al contrario que los interrogatorios, que arrojaron poca luz. Todos los que se hallaban en el balneario tenían que estar allí, incluso la señora de Trueba, que era quien iba a ocupar la cabina 6 en cuanto la limpiaran. Ninguno contradijo la declaración de otro, es decir, nadie vio al posible asesino. Isidro y Rebeca eran los encargados de las cabinas individuales: cuidaban de que estuvieran limpias, de que hubiera un albornoz dispuesto y las sales o el jabón correspondientes. Ayudaban a entrar o a salir de las pilas a la gente mayor para evitar accidentes y avisaban el fin de la hora, momento en el que se había descubierto el cadáver.

Cuando finalizaron, se le había pasado la hora de la comida, pero no podía abandonar la investigación hasta que apareciera Andrew. El médico forense y el juez de instrucción ya se habían personado y habían sacado el cuerpo de la pila de mármol y lo habían depositado, en medio de un charco de agua, sobre unas parihuelas para trasladarlo en cuanto la joven viuda diera su consentimiento. Don Genaro la había dejado en uno de los despachos hasta que fueran a buscarla las autoridades. Charles, consciente de que, en cuanto se realizara el reconocimiento y se concediera el permiso, se dirigirían al hotel, se excusó, pues su presencia ya no era necesaria con el juez de instrucción presente, y se marchó.

A paso vivo, pero sin correr para no llamar la atención, cruzó la pasarela y se encaminó al hotel. Era la hora de la siesta, por lo que el vestíbulo y la escalera se hallaban despejados. Recordaba el número que había en la llave y localizó la puerta sin dificultad. Sacó una carterita del bolsillo interior de la chaqueta, extrajo un punzón y hurgó en la cerradura; no tardó en abrir, era una corriente. Entró y cerró sin hacer ruido.

El servicio había dejado la ventana abierta, por lo que estaba plenamente iluminada. Era una *suite,* muy superior a su alojamiento: un saloncito, donde habían dejado olvidada la bandeja de la comida, daba paso a través de un arco al ancho lecho. Se descalzó y se asomó a un costado de la ventana para comprobar que nadie había salido aún

del edificio de los baños termales. Se apresuró a registrar la habitación de forma metódica y sin revolver, para que no quedara constancia de la inspección. Se movió como un gato, con precisión y con los oídos puestos en el corredor. No halló nada comprometedor, excepto un arma, pagarés y el contrato matrimonial. Lo ojeó por encima y se le escapó un silbido: aquello valía su peso en oro. Lo releyó con la intención de memorizar lo fundamental.

Las autoridades no fueron discretas, y le llegó el parloteo por la ventana abierta. Se asomó con cuidado para asegurarse y se dispuso a dejar la habitación. Abrió la puerta un poco y comprobó que el corredor permanecía despejado y en silencio por parte de los alojados. En lugar de dirigirse a las escaleras, con los zapatos todavía en la mano, se apresuró en dirección a su habitación. No acababa de dar un par de pasos cuando la señora de Carvajal lo interceptó.

—¿Qué hace aquí? —se extrañó Charles—. ¿Me esperaba?

—Lo he visto llegar desde mi cuarto y, como Nemesio me había contado que usted se hallaba en medio de los interrogatorios, he ido a su habitación para que me informara. Sin embargo, nadie me ha abierto. Y como tampoco era cuestión de organizar un escándalo, regresaba cuando lo he sorprendido saliendo de esa habitación. ¿Es la de los señores Castrejón? ¿Qué hace descalzo?

—Me ha pillado en una acción poco caballerosa. —La entrada de las autoridades en el hotel lo obligó a tomar una decisión precipitada —. Ya suben; si se dirige a su cuarto, la descubrirán en el rellano. ¡Sígame!

Se apresuraron por el pasillo de la derecha, y Charles abrió la puerta de su estancia, se hizo a un lado para dejar paso a la señora de Carvajal y la siguió al interior. Cerró la puerta con la precaución de no hacer ruido.

—Si intenta hacerme creer que ha ido a consolar a la pobre viuda, le advierto que sé que no estaba. Don Genaro no ha sido muy silencioso. ¿Qué buscaba? ¿Ha encontrado algo interesante?

Charles se admiró de la rápida respuesta por parte de la cubana para echarle un cable en tan crítica situación y de que no opusiera resistencia a introducirse en la habitación de un hombre que no era su marido. Se preguntó cuánto sabría acerca del finado. No olvidaba que la tía ocupaba la cabina 7 y que Nemesio había desaparecido un rato en los excusados, que comunicaban con el pasillo de las habitaciones individuales.

—Pues no. Y eso me desconcierta, créame.

—No me había hecho ilusiones de que me lo contara —replicó ella —. Lo que me importa es si hay algún sospechoso en ciernes.

—La respuesta ha sido sincera por mi parte. ¿Por qué le interesa esta muerte?

—¿Usted también? —se quejó la señora de Carvajal—. Si no dan con el asesino pronto, considerarán sospechoso a Nemesio. La tía Lina dice que nadie se percató del pequeño altercado, pero no se puede estar seguro de ello. Siempre hay algún chismoso pendiente de lo que sucede alrededor.

—Es cierto que su marido fue un tanto indiscreto en los baños, pero la probabilidad de que alguien haya prestado atención a sus palabras es casi nula. De momento, la más sospechosa es la señora de Trueba, que se encontraba en el pasillo de los baños individuales, si, efectivamente, era el señor Castrejón quien se hallaba en la gruta aquel día.

—Para los guardias no sirve. Verán a una mujer, sin un arma y sin motivo. El asunto de la gruta sólo lo conocemos usted y yo.

—Y su doncella —puntualizó Charles—. ¿Quiere sentarse? Me haría un favor, no me gustaría que me encontraran descalzo.

—Estrella es una tumba —aseveró la señora, accediendo a su petición. Se sentó en el borde de la *chaise longue,* como si así fuera más decente la situación—. Trabaja desde hace cuatro años para mí, y se lo dejé muy claro: ni una palabra acerca de mi vida, de la hacienda ni de si subo o bajo; en caso contrario, a la calle. Le aseguro que es fiable.

Charles no lo pensó dos veces y se sentó a su lado para calzarse, mejor que hacerlo en la cama. Recordó el balance que había hecho Andrew de la gallega: muy parlanchina, pero no soltaba prenda ni de las cosas más elementales. Decidió resumirle la posición de los sospechosos en los baños.

—La víctima estaba en la cabina seis; su tía, en la siete, y el señor Gea, en la cinco. La señora de Trueba en el pasillo, a la altura de la cabina tres, según ha declarado. La doncella de su tía ha recorrido tres veces el pasillo: llegada con su tía, vuelta al mostrador para pedir un albornoz y regreso a la cabina acompañada por Rebeca, quien debía ocuparse de su tía. Isidro las ha seguido porque el señor de la cabina número seis no había salido todavía, y la señora de Trueba reclamaba su derecho.

—Las puertas no tenían llave, según me ha dicho la tía —constató Antonia—, luego cualquiera ha podido acceder.

—No sólo por la puerta, sino también por la ventana —puntualizó Charles.

Entretanto oían a las autoridades en el pasillo. Los acompañaba la señora de Castrejón, quien debía de encontrarse en una posición de desventaja.

—He de avisar a la tía Lina. Ella sabrá cómo ayudar a esa chiquilla —reflexionó la señora de Carvajal.

—Dudo que la chiquilla necesite la ayuda de doña Emelina —cuestionó Charles—. No está tan desvalida como parece.

—Y eso me recuerda a mí que no me ha dicho qué buscaba —insistió, infatigable.

—Ha sido una cuestión de negocios. Hay empresas estadounidenses que pagarían bien ciertas informaciones. He pensado que la flamante viuda sería la heredera de un latifundio tabaquero del cual querría desprenderse. Buscaba información sobre ese aspecto.

—Ya —comprendió la señora de Carvajal—. Empresas tabaqueras de Virginia o de Carolina que quieren hacerse con las vegas cubanas para introducirse en la Isla.

—No parece preocuparle el qué dirán —cambió la conversación.

—Esto no es Cuba. No, no me preocupa.

—Deja un poco magullado mi halo de conquistador —bromeó Charles.

—No sufra. Sus admiradoras lo comprenderán. No temo por mi virtud, porque no reúno la sofisticación de las damas con las que se relaciona.

—¡Gracias a Dios! —suspiró Charles—. Reúne otras cualidades mucho más interesantes y atractivas que la elevan por encima de cualquier vulgar conquista.

—¡Vaya! Pues sí que es usted un seductor. Y de los buenos.

—Lo ha malinterpretado. La aprecio lo suficiente como para no rebajarla con un mero interés lascivo. ¿Por qué ha traído a colación a su tía?

Charles sintió que había revelado mucho, demasiado para como era él. Advirtió el suave color que adquirieron las mejillas de la señora de Carvajal. No se había propuesto seducirla y, sin embargo, era lo que estaba haciendo. Ni él se entendía. Con un requiebro burdo, que no engañaba a nadie y que mostraba su malestar, había desviado la conversación.

—Siempre acude al rescate de las mujeres desvalidas, como usted mismo ha denominado a la viuda de Castrejón. La tía Lina está muy comprometida con sus ideas: los derechos de las mujeres. En su hacienda sólo admite a mujeres que huyen por alguna circunstancia grave y les ofrece un trabajo y un lugar en el que vivir con dignidad.

—¿Y usted?

—¿Yo? Apruebo lo que hace, pero no estoy en posición de imitarla. Soy una mujer casada.

—Ya sé que el divorcio no es la opción deseada, pero cabe la posibilidad —recordó Charles.

—¿Y por qué iba a divorciarme? —se sorprendió la señora de Carvajal.

Y eso mismo se preguntó él: ¿por qué iba a divorciarse? ¿De dónde había venido esa estúpida idea?

—Por ninguna razón especial. Era un simple planteamiento —

eludió, un tanto agobiado y enfadado consigo mismo.

—Nemesio vive su vida y yo, la mía. No me molesta —declaró ella—. Y volviendo al tema que me preocupa: ¿ha surgido algún sospechoso en esa investigación preliminar?

—¡Vaya obsesión con los sospechosos! ¿Qué teme? ¿Que se aireen las preferencias de su marido? Es cierto que se remueve mucho lodo en una investigación; pero una desavenencia no es suficiente motivo para planificar un asesinato y cometerlo. Porque si de algo estoy seguro es de que se trata de un crimen muy bien planeado.

—No se me aparta de la mente la señora de Trueba —confesó la señora de Carvajal.

—La señora de Trueba es la que más posibilidades ha tenido. Aunque la encargada la ha apoyado en la declaración sobre el momento de la entrada, no ha tenido en cuenta que se había visto obligada a abandonar su puesto cada dos por tres por diversas razones del servicio.

—Es decir, que ha podido entrar sin ser vista y hacer que entraba de nuevo —dijo Antonia, en un intento de visualizar la acción—. Móvil y oportunidad.

—Pero no poseía el arma con la que se ha cometido el crimen —objetó Charles.

—Ha podido esconderla en algún sitio. Igual sigue allí o ha podido sacarla después del registro con el revuelo que los agüistas han producido al salir —aventuró Antonia.

—Demasiado arriesgado, pues todo el mundo andaba pendiente de lo que sucedía. Pero tiene razón: el arma puede seguir allí. —Charles se rindió ante la evidencia—. Y usted ¿dónde estaba?

Lo miró sorprendida y, tras pensarlo unos segundos, esbozó una sonrisa.

—Hay un montón de testigos que declararán que me encontraba en la pasarela, además de mi doncella, Estrella.

—Estaba en la pasarela cuando se dio la alarma, pero ¿desde cuándo llevaba muerto? Ha podido acceder por la ventana, dispararle y volver a salir. Cruzaría la pasarela y fingiría… ¿qué? ¿Dónde se hallaba? El testimonio de su doncella no serviría, usted misma lo ha invalidado al defender su lealtad.

—¡Ah! Así que se trataba de un interrogatorio trampa… —Fingió ofenderse, pero Charles descubrió una chispa de divertimento en su mirada. Se alegró del humor del que hacía gala la mujer—. Estaba en mi habitación, exactamente en el balcón, bien visible para todo el mundo, cuando he oído el primer grito. Desde allí, he observado a mi doncella, que salía de los jardines junto a la capilla, en los que aguardaba a Vicenta. La doncella de mi tía se toma un descanso mientras su señora se relaja en el baño, ya que la asiste Rebeca, la

empleada de la terma. He decidido bajar y unirme a Estrella, preocupada por mi tía. ¿Lo he hecho bien, señor detective?

—Inmejorable. Y también inútil. Si se aviene a escucharme, se lo volveré a repetir: el móvil es muy importante, porque el asesino dedicó mucho tiempo a estudiar el escenario del crimen, y ni su marido ni la señora de Trueba dispusieron de tiempo para planificarlo.

—Nemesio no, pero ¿cuándo llegó la señora de Trueba?

—Una semana antes —respondió Charles—. Lo comprobé en el registro, pero el señor Castrejón llegó después que nosotros, por la tarde. No creo que ella supiera que iba a coincidir aquí con él. —Frunció el ceño al recordar algo—. Aunque no estoy tan seguro de esa ignorancia.

—Aun así, nos faltaría el dichoso motivo, que podría ser la razón por la que se reunió con él en la gruta —concluyó la señora de Carvajal—. El siguiente paso sería estudiar a la víctima.

—¿Quiere que emulemos a Reginald y Ada Pokefinger? —propuso en broma Charles.

—¡No me diga que lee a Adam Fullerton!

—¿Por qué no iba a hacerlo? Tiene mucho éxito, y no me extraña. —Charles se animó ante el giro inesperado que había tomado la conversación—. Los protagonistas son una pareja extravagante y divertida, y los casos que plantea Fullerton son muy ingeniosos. Sus novelas atrapan desde el principio. ¿No le agradan las novelas de misterio? Están de moda.

—Me encantan. Mi favorita es Anna Katherine Green. No imaginaba que un hombre tan ocupado y tan viajero se entretuviera con este tipo de lectura.

—Precisamente, porque viajo mucho y me aburro en los desplazamientos, es cuando más disfruto de la lectura. ¿No ha leído a los autores franceses? Gaboriau, Boisgobey. Son también muy buenos. —Las tripas de Charles sonaron escandalosamente, y se removió, avergonzado.

—¿No ha comido nada desde el desayuno? Seguro que en el café le sirven algún pastel o algún bollo.

La señora de Carvajal se levantó y se acercó a la puerta. Charles la siguió.

—Nada de dulce —desechó Charles—. He de mantenerme en forma. Me horroriza la imagen de una voluminosa barriga; la asocio con la vejez.

—Y luego dicen que somos las mujeres las que envejecemos mal —ironizó la señora de Carvajal.

A Charles no le pasó por alto la reflexión de la mujer. Que no le importase que un hombre rechazase a una mujer mayor por una más joven, pues esa era la ley de vida que flotaba en la sociedad europea,

denunciaba a gritos la falta de amor. La señora de Carvajal vivía aislada en una hacienda, con un marido que no ejercía como tal y sin posibilidad de conocer a un amante. Sólo se desplazaba a la hacienda de su tía, llena de mujeres recogidas, que huían de malos tratos y de abusos de sus señores. Charles sintió el vacío emocional de la mujer que caminaba a su lado: no había conocido el amor. No había tenido la más mínima oportunidad de gozarlo. Ahora comprendía la falta de coquetería, las prioridades fuera de su sexo, la sensación de seguridad que respiraba junto a ella. Sí, seguridad y tranquilidad, porque no lo obligaba a adorarla como lo hacían otras mujeres. El ser consciente de que despertaba en las féminas el deseo de atraparlo, de hacerlo suyo, de que les jurara amor eterno lo había convertido en un juego de elusión que empezaba a pesarle. Sin embargo, la señora de Carvajal no lo miraba como si fuera un premio: con la idea de posesión o de rendirlo a sus pies. Y en ese instante en que había conseguido desentrañar el misterio, la razón por la que lo atraía, lo embargaron la serenidad y una cierta felicidad que había perdido no sabía en qué momento de su vida. Hacía mucho que no estaba en paz con el mundo y consigo mismo, y era una novedad para él.

Esbozó una sonrisa mientras se acercaba a ella y la observó de reojo: había abierto la puerta, dejando tan sólo una rendija para observar si el pasillo estaba libre.

—Bien. Me retiro. Lo dicho, meriende algo si no desea morir antes de la noche.

10

Y la novela sigue

Antonia recorrió el pasillo en un suspiro. Tras la ruidosa aparición de la Guardia Civil y del juez de instrucción, la calma había vuelto a reinar en el piso de arriba. El corazón le palpitaba ante la emoción de haber encontrado una historia muy buena, y los dedos se movían impacientes por enfrentarse al papel. Le había impresionado que el norteamericano hubiera leído sus novelas y lo sacase en la conversación. La tentación de desvelarle la autoría había sido muy fuerte; pero se estaba divirtiendo tanto que lo había dejado correr. Además, era un secreto y no debía precipitarse en confiárselo a un desconocido, por muy atractivo y simpático que fuera el hombre en cuestión. Su secreto representaba la libertad, la esperanza, el futuro y la seguridad. Demasiado importante para revelarlo a la primera oportunidad.

Estrella no estaba. Arrojó el sombrero sobre la cama y repitió la operación del día anterior: corrió el escritorio hacia la puerta francesa sin importarle el ruido. En esa ocasión, la preparación fue rápida, pues la idea bullía incontrolable. El empleo de la estilográfica también representaba un ahorro de tiempo considerable. En un abrir y cerrar de ojos se hallaba con las manos sobre el papel.

«Desarrollo:
Nuestros protagonistas londinenses, Ada y Reginald Pokefinger, han decidido pasar unos días de descanso en un balneario en el norte de España. Para los ingleses, tanto Italia como España representan el epítome del romanticismo. El primer día, el matrimonio conoce a un grupo de cubanos que han venido a tomar los baños. Coinciden en la recepción del edificio de baños con la tía y la doncella de los señores Montes, con quien Ada, de lengua floja, entabla conversación y se entera de que el señor Montes ha preferido el corredor de chorros; por el contrario, la tía ha escogido relajarse en las cabinas particulares, y le enseña el número de la suya, el 7. El señor Ríos ocupa la 5 y Ada y Reginald la 11 y la 12, al final del pasillo. Desaparecen en el interior de sus respectivas cabinas hasta que alguien del servicio del balneario da la voz de alarma: hay un muerto en la cabina número 6, justo la que se encuentra en medio entre las que ocupan el señor Ríos y la tía de los Montes. La señora de Camino es sorprendida en el pasillo. (Pensar una buena excusa. Guarda un secreto. Elaborar la vida pasada). Reginald y Ada, en cuanto conocen la identidad de la víctima, Nicanor Barrios, tras una breve discusión sobre las prioridades del viaje, no pueden

evitar que su pasión por los enigmas los desborde y se sumergen en la atractiva búsqueda del cómo, el porqué y el quién. Toman las riendas de la investigación e interrogan a los clientes y a los empleados, aunque no encuentran el arma del crimen. (Buscar datos técnicos y calibre de bala)».

Se mordió el labio inferior, pensativa: antes de seguir necesitaba más datos sobre la muerte del señor Castrejón. Con el señor Webster había hablado sobre los sospechosos y había olvidado interesarse por los detalles. La tía Lina sólo sabía lo que había oído: que le habían disparado. No dudaba de que sería el tema de conversación durante la cena en el comedor, y, después, continuarían las hipótesis en el salón o en el billar: no había nada más sugestivo que un crimen para que las mentes febriles trazaran las teorías más peregrinas, cuando la ejecución de un asesinato era tan simple como el disparo de una pistola. El interés se centraba en lo que se iba destapando durante la investigación en persecución del motivo: los trapos sucios de los sospechosos. ¿Cuál era el motivo de la señora de Trueba? Para conocerlo debía indagar, y la indagación llevaba aparejado un enorme riesgo, ya que, supuestamente, había matado para que siguiera siendo un secreto. ¿Habría alguien más interesado en esa muerte que se les hubiera escapado? ¿No habría que investigar la vida de la víctima para descubrir qué lo había provocado? Y ahí radicaba el primer escollo: ¿quién conocía a la víctima? Su esposa quedaba descartada, aunque se había quedado con la intriga de por qué el señor Webster no la consideraba tan desvalida. ¿No debería empezar por ella? Seguro que necesitaría consuelo en unos momentos tan complicados.

11

Una visita inesperada

Emelina dormitaba cuando Vicenta entró en la habitación desde la terraza.

—Ya se han ido. La viuda de Castrejón se halla sola en este momento.

—Ayúdeme. Debemos darnos prisa antes de que alguien se nos adelante.

Vicenta le acercó la silla a la cama. Emelina se incorporó y se levantó por sus propios medios para sentarse a continuación en la silla. Vicenta la aguardaba con el peine en la mano para retocarle el peinado.

—¡Venga, venga! —apremió Emelina, y Vicenta lo dejó.

Recorrieron el pasillo en un suspiro hasta la puerta número 3. Vicenta llamó suavemente con los nudillos y, en escasos segundos, les abrió la señora de Castrejón en persona.

—¡Oh! Pensaba que era de nuevo la Guardia Civil. Mi doncella ha ido a poner un telegrama a mi familia —explicó. Era un recibimiento frío con el que intentaba evitar una visita inoportuna. Pero Emelina había aprendido a ser porfiada.

—Lamentamos su pérdida. —Presentarle las condolencias era preceptivo, antes de pasar a lo que verdaderamente interesaba—. No soy insensible a su deseo de tranquilidad e intimidad en un momento de dolor, pero he de comunicarle algo importante. Si me permitiera la entrada… Lo que deseo trasmitirle no le interesa a nadie más.

La joven tardó en reaccionar, pero terminó por apartarse y franquearles el acceso. Emelina era consciente del poder de la curiosidad y no dudaba en utilizarlo. Vicenta la dejó cerca de una silla con brazos y se retiró hasta la pared más próxima, donde se quedó de pie. La joven viuda se sentó en la silla y aguardó. Emelina, durante ese tiempo, la había observado con disimulo, tratando de dilucidar el temple de la mujer.

—¿Conoce a don Sixto Trueba? —Decidió no andarse por las ramas.

—No personalmente. ¿No es acerca de mi marido de quien quería contarme algo?

—No. He venido a ofrecerle mi ayuda. Entiendo que su situación es apurada, pues su padre ejercerá de nuevo la tutoría y la dejará sin acceso a un dinero que, permítame que le diga, se ha ganado largamente. No ha debido de ser fácil un matrimonio tan desproporcionado en edad —planteó lo más suavemente que pudo; el tema no era agradable—. A estas alturas, se habrá percatado de que ha sido la mercancía que aseguraba un acuerdo político o económico. La razón da igual.

—¿Quién es usted? ¿Qué le importan mis problemas? ¿Qué sabe de mí?

—Es normal que recele, por eso he mencionado el nombre de su tío. Soy cubana, me llamo Emelina Valdivia y regento un ingenio azucarero, dirigido y llevado por mujeres que se encontraban en situaciones complicadas, como es su posición actual. Sobre usted, sé poco; excepto su nombre: doña María Trueba, viuda de Castrejón. Antes de que su padre entre por esa puerta, quería mostrarle que hay una forma de conseguir la independencia, siempre y cuando, sea la heredera de su marido, como sería lo lógico; pero con Valentín Castrejón nunca se está seguro de cómo va a proceder.

—¿Conocía a mi marido? —Por un instante, brilló el interés en sus ojos.

—Por desgracia. ¿Qué sabe de él? —preguntó a su vez Emelina.

—En esta conversación soy yo la que se encuentra en desventaja. ¿No le parece lógico que sea usted quien se explique primero?

Emelina esbozó una sonrisa con los ojos que no llegó a los labios. La chica tenía temple; había esperanza.

—Está en su derecho —admitió—. Valentín Castrejón es un próspero tabaquero del Pinar del Río. No lo juzgo por los métodos empleados para enriquecerse, que incluyen la extorsión, el acoso y el abuso, sino por la persecución y el uso que hace de las mujeres. Sí, he dicho uso. No se ruborice. Las mujeres somos objetos creados para su placer. ¿Sabía que es dueño de uno de los burdeles más famosos de La Habana? Le encanta forzar y desflorar a jovencitas.

—¡Por favor! —gimió, y se llevó las manos a la cara—. ¡Cállese y salga de la habitación!

Cuando retiró las manos, el rostro de la joven viuda había adquirido el color de la grana y las lágrimas amenazaban con derramarse. Se puso de pie violentamente, con el pecho agitado y el dolor y la vergüenza en los ojos. Lejos de alarmarse o de iniciar algún movimiento, Emelina intentó retomar las riendas de la conversación.

—Tranquilícese. Está entre amigas. Mi intención no ha sido ofenderla o traerle el recuerdo de desagradables experiencias. Usted me ha pedido una prueba de hasta qué punto conocía a su marido y yo se la he ofrecido.

—¿Usted lo ha matado?

—¡Qué estupidez! Con lo revuelta que está Cuba, habría sido más fácil deshacerse de él allí. Recuerde que, cuando me he presentado, le he dicho que regento un ingenio llevado por mujeres que se habían encontrado en su situación. Imagino que estaba tan nerviosa que no ha entendido el mensaje, o bien no ha creído que me refiriera a esas experiencias que tanto la humillan.

—El mal ya está hecho. Ya no me puede ayudar.

La muchacha retorcía un pañuelo que había sacado del bolsillo y con el que se había enjugado unas lágrimas traidoras. Era valiente y orgullosa.

—Se equivoca. La puedo ayudar a recobrar su dignidad y su libertad. Ahora mismo está usted a punto de volver bajo la tutela de su padre. ¿De verdad piensa que no se va a repetir la historia cuando liquide su fortuna en las salas de juego? Usted es preciosa y joven. Ya no es virgen, pero sigue siendo apetecible.

—¡Oh, por favor! ¡Cállese! —exclamó horrorizada. Escondió de nuevo la cara entre las manos.

—Sí, la realidad expresada con palabras y sin tapujos es cruel y ofensiva, le concedo la razón, pero no deja de ser la realidad.

—¿Y qué sugiere? —preguntó, con la desesperanza en el rostro.

—¿Conoce el contenido del testamento? Si su marido ha nombrado un tutor, será más complicado.

—Iba a hacerlo, pero el abogado se ha retrasado. Lo sé porque le oí hablar por teléfono en la recepción. Le alteraba que, en la Península, las personas no reaccionaran como en Cuba ante su presencia; no cumplían a una voz suya.

—Comprendo. Se habrá dado cuenta de que ha descrito al tirano que domina por el miedo que infunde a sus víctimas, ya sean mujeres o subordinados.

—Yo estoy asustada de verdad —declaró la joven—. Por las preguntas que ha realizado la Guardia Civil, creen que he sido yo y, si saliera a relucir el terror que me producía mi marido…

—En absoluto. Puede que tuviera motivos, pero no se encontraba en el lugar del crimen. Esas preguntas las hemos contestado todos los que nos hallábamos cerca. No se preocupe por la investigación. Volverán a molestarla, no lo dude, pero cumplen con su obligación. No era un hombre que fuera haciendo amigos, así que pudo ser cualquiera. Si está usted en lo cierto y no hay designado un tutor, le correspondería a su padre o, en su defecto, a un bufete de abogados. Le sugiero que se ponga en manos de su tío, don Sixto Trueba.

—No sabe lo que dice. Por su culpa me han casado con Valentín. —En el fondo de la voz rezumaba la amargura.

—La única culpa es la de su tutor, es decir, su padre, que es quien

tiene la potestad y quien disfruta ejerciendo de oveja negra de la familia. Don Sixto no estaba por la labor de que arrastrase al resto de la familia a la ignominia. Usted no ignora la vida que lleva su padre y la necesidad de cubrir las crecientes deudas que contrae sin freno, así que no se equivoque de culpable. Don Sixto estará encantado de ejercer la tutoría. A usted le conviene, su tío se halla en una situación económica, política y social inmejorable, trabaja junto a Germán Gamazo.

—Lo sé. Ésa ha sido otra de las razones por las que le resultó atractivo el enlace a Valentín.

—Por supuesto —confirmó Emelina—, emparentar con la oligarquía política del país. Don Sixto está aguardando noticias de esta entrevista. He venido como heraldo, pues él no confiaba en que le permitiera pasar del umbral. Su tío es la persona más conveniente para hacer frente a la frustración de su padre, quien intentará presionarla para que se pliegue a sus demandas.

—Ahora lamento haberle escrito. El telegrama ya debe de estar en curso.

—Si no quiere verlo, podemos buscarle otro alojamiento y dejar que don Sixto bregue con él. Al menos, hasta que todo se haya solucionado. Pero antes, insisto, debería hablar con su tío.

—Hay mucho dinero de por medio. ¿Cómo sabré que puedo confiar en él?

—Hay unas leyes que también lo atan. Usted podrá exigirle las cuentas de los negocios. ¿Sabe algo acerca de contabilidad?

Emelina no aguardaba otra respuesta que la consabida negativa; y el movimiento de cabeza y la mirada de aflicción de la joven se lo confirmaron.

—No se preocupe. Don Sixto es honrado. Si decide seguir adelante con los negocios de su marido, tendrá que ir a Cuba. Le facilitaré mi dirección. Me gustaría enseñarle mi hacienda, *Manzanillo,* y la escuela para mujeres, donde enseñamos a leer, a escribir y las cuatro operaciones matemáticas a las más ignorantes; y contabilidad y algunos conocimientos sobre derecho mercantil a las más avanzadas.

—¿Seguir con los negocios de mi marido? Ni siquiera me lo había planteado. —De pronto, mostró una expresión alarmada—. ¿No ha mencionado usted que era dueño de un burdel?

12

El servicio murmura

La habitación del servicio femenino, situada en el ático del hotel, era un horno en las horas centrales del día y, si se agregaba el que fuera compartido por seis mujeres que dormían en literas, resultaba imposible hallar un poco de tranquilidad. Así que Estrella había buscado un rincón en los extensos jardines que los rodeaban para echar la siesta de forma discreta. Los caminos que bordeaban el río y el sendero que llevaba a las otras fondas y a la salida estaban demasiado concurridos. Exploró la zona arbolada, que se extendía en la parte trasera del hotel, y descubrió un cobertizo en el que los jardineros guardaban los aperos. Aparte de una tranca de madera, no lo cerraban con candado, por lo que decidió dejar un cesto con una manta para no ir cargada cada día.

Hacia allí se encaminó, recuperó el cesto del cobertizo y escogió una frondosa cajiga bajo la cual extendió la manta y se echó. Empleó el cesto para apoyar la cabeza y a los pocos minutos se quedó amodorrada. No estaba acostumbrada a compartir su existencia con otras personas. Desde que vivía en *La Ceiba,* poseía habitación propia, y la añoraba. Era lo único que echaba de menos porque, en realidad, se aburría mucho en la hacienda. Comprendía que su señora se encerrara, pero ella había cumplido dieciséis años y, una vez superada la tristeza, la incertidumbre y el miedo por el futuro, anhelaba incorporarse a la vida. El viaje le había abierto los ojos y no sólo le había mostrado lo grande que era el mundo, sino también la barrera que representaban la educación y las lenguas, a pesar de que el español se hablaba en infinidad de sitios.

No se quejaba de su destino; por el contrario, se alegraba de que la señorita Valdivia la hubiese encontrado en aquel tugurio y la hubiera rescatado. Desde entonces, había aprendido mucho en su escuela: a leer, a escribir y a calcular; además de quién era, de por qué se hallaba en Cuba, de qué podía esperar de la vida. Lo esperaba todo. Vicenta era un buen ejemplo de progreso, aunque la mulata había descartado a los hombres de su vida. Lo comprendía, ella misma había estado a punto de sucumbir de pavor cuando la habían atrapado para subastarla entre aquellos señores. Todavía sufría pesadillas, y eso que

doña Emelina la había salvado de semejante degradación y violencia, por lo que no se hacía una idea de lo que habría sido experimentarlo.

Sintió que alguien se acercaba y tomaba asiento a su lado, en la manta. Abrió los ojos para entablar conversación con Vicenta y se sorprendió y se asustó al descubrir su error. El ayuda de cámara de no sabía qué marqués se había tomado la licencia de tumbarse a su lado. Traía a sus compañeras de ático de cabeza, porque, además de apuesto, era un seductor nato, muy pagado de sí mismo, aunque al mozo no le faltaba motivo si las tontas de las mujeres le daban lo que pedía.

—¿Cómo se atreve? —lo reprendió, a la vez que se incorporaba—. No le he dado permiso.

—¿No es usted demasiado formal? No quería despertarla, estaba usted tan bella…

—Por favor, levántese y dedique esas zalamerías a otras.

—¡No lo dirá en serio! No tiene por qué fingir tanto escándalo. Sólo estamos compartiendo una manta. Usted viene de Cuba, ¿verdad? ¿Cómo es aquello?

—Depende de la situación en la que se encuentre: puede ser un infierno o un paraíso —dijo, e intentó levantarse para poner distancia entre los dos, pero el chico la sujetó por un brazo y la mantuvo sentada.

—Como ayuda de cámara, digo. Imagino que allí habrá muchos ricos que deseen un buen servicio. Dicen que la vida es barata, las mujeres muy sensuales y que son fiesta todos los días.

—La gente cuenta lo que le interesa. Yo le puedo hablar de los mosquitos, del calor, de los huracanes, del trabajo agotador de sol a sol en los campos. Y allí el servicio no está bien considerado, lo desempeña gente de color y está mal pagado. Haga el favor de soltarme.

—Si fuera así, ¿por qué trabaja usted de doncella?

—No voy a repetírselo. —Intentó zafarse, pero consiguió el efecto contrario. En la porfía, el chico tiró y ella se inclinó hacia él.

—En la habitación de los hombres se deshacen en lenguas sobre la dulzura de las cubanas, así que no se muestre tan arisca.

A Estrella se le aceleró el pulso en cuanto el chico se acercó a sus labios y la mano libre salió disparada. El chasquido del bofetón se oyó a pesar del rumor de las hojas de los árboles, movidas por el aire, y de los gorjeos de los pájaros. Aprovechó el momento de la sorpresa para desasirse y ponerse de pie.

—¡Levántese! Me llevo la manta. Y no soy cubana, soy gallega.

—Es una incitadora —murmuró con rencor el chico. Se puso de pie y Estrella comprobó que era más alto y más fuerte que ella—. Va por ahí contoneándose, sonriendo a todo el mundo, pidiendo que la

adoren, y luego se hace la digna.

—¿Es frustración eso que oigo? —Estrella se volvió al reconocer la voz a su espalda y se encontró con la mirada torva del irlandés, el ayudante de cámara del señor Webster—. ¿Si una mujer no cae rendida a sus pies, la insulta?

—¿Quién le ha dado vela en este entierro?

El irlandés se quedó desconcertado ante una frase cuyo significado se le escapaba, pero Estrella acudió en su ayuda.

—Es mi novio. —Afortunadamente, el irlandés no pestañeó.

—¿Este viejo? Pues sí que es usted rara.

—Rara o no, si lo vuelvo a sorprender cerca de ella, va a probar los puños de este viejo. —Y se los mostró para que no hubiera duda.

El chico retrocedió un paso, se sacudió una brizna de hierba del pantalón y se retiró sin abandonar la mirada de soberbia.

—Hoy le ha dejado sin una conquista de la que hablar —dijo el irlandés—. Todos los días se pavonea ante el resto del servicio masculino de lo que hace con unas y con otras.

—¡Oh! ¡Qué asqueroso! Me ha pillado desprevenida. No creía que aquí corriera peligro.

—Y no lo corre. ¿Puedo sentarme?

—Sí. A usted se lo permito. —Estrella se sentó en el otro extremo.

—Porque soy viejo —se burló.

—Porque es mi caballero andante. Y no es viejo; un poco mayor, pero no viejo.

—Puedo representar el peligro que sustituye al anterior.

—¿Intenta asustarme? A pesar de su aspecto pendenciero, me transmite confianza —aseguró Estrella—. ¿Es cierto que voy incitando a los hombres?

—En absoluto. Ha intentado herirla porque es sonriente, se mueve con confianza y porque lo ha rechazado. ¡No querrá parecerse a la señora Vinagre! Ésa que padece dolor de tripa permanente y escupe las palabras.

Estrella soltó una carcajada ante la descripción de la doncella de la señora Hoffman. Le caía bien el ayudante de cámara del señor Webster, a pesar de que era muy preguntón. La trataba con cortesía, no había superioridad en su mirada y la hacía reír. Y acababa de descubrir otra función: espantamoscardones.

—Creía que este sitio estaba suficientemente apartado para pasar desapercibida, pero parece la Quinta Avenida de Nueva York. —Era una frase de doña Emelina que a ella le había gustado porque le parecía muy cosmopolita.

—La vi ayer deambular por aquí con el cesto y, ahora, cuando llegaba de la ciudad, he observado que el seductor de pacotilla se deslizaba como una serpiente en su busca. Sólo he sumado dos y dos

para imaginarme el resultado.

—Es usted muy listo.

—No tanto; más bien, conocedor de las bajezas de los hombres —corrigió Andrew—, y a este individuo ya lo había calado.

—Pues que se ande con cuidado —advirtió Estrella—. Ya han asesinado a un manos largas.

—¿De quién habla? —se interesó Andrew.

—¡Ah! Que usted ha estado ausente —cayó en la cuenta Estrella—. Pues le cuento.

Se explayó a gusto sobre lo que había averiguado del asesinato del señor Castrejón, contenta del interés que había despertado en el hombre, quien no perdía sílaba. Y, como cabía esperar, el irlandés sucumbió al morbo de los detalles.

—No le puedo decir más si no quiero mentir. Me encontraba en los jardines junto a la capilla; lo que he contado lo sé de oído.

—La ayudo a recoger —se ofreció el irlandés, poniéndose de pie de un salto. Para lo corpulento que era se mostraba muy ágil—. Lo mejor es buscar la fuente de información.

—¿Adónde vamos con tanta prisa? —indagó Estrella mientras secundaba al hombre sin dudar.

—A la casa de baños. Estoy seguro de que los empleados se deshacen en lenguas sobre lo ocurrido: el servicio siempre murmura. A ver de qué nos enteramos.

—Como cotillas o como si fuéramos detectives —aventuró Estrella.

—Como detectives. Somos gente con clase —explicó, sonriente.

Estrella le devolvió la sonrisa, pero por otra razón que él no podía sospechar: *Si supiera a qué se dedica mi señora…,* pensó, con un brillo de diversión en los ojos. Dejaron la cesta con la manta en el chamizo de jardinería y se dirigieron a la pasarela. El sol estaba alto y reverberaba sobre la superficie del agua embalsada, donde aguardaban las barcas a futuros excursionistas, nadaban patos y peces y flotaban las hojas que caían de los árboles: una imagen muy bucólica. A Estrella le parecía un escenario muy elaborado, falto de la exuberancia y de lo impredecible de lo salvaje.

—En cuanto tenga un rato libre, la invito a un paseo en barca —dijo Andrew, sin detenerse. Sus pasos resonaban sobre la pasarela.

—¿Qué busca en una joven como yo? Podría ser su hija —receló Estrella.

—No exagere, que no he cumplido los treinta. Compañía. Y no olvide que soy irlandés y católico. —A Estrella le bastó como explicación hasta que oyó la siguiente observación—. Si me considera un viejo, ¿qué pensará de los hombres de cuarenta y cincuenta?

Pero ya estaban entrando, y dejó la réplica para otro momento. Bajaron las escaleras y hallaron la recepción vacía. El pasillo en el que

se encontraban las cabinas individuales estaba cerrado con un pesado cordón. Sin embargo, por el pasillo que daba al corredor de chorros llegaban voces de bañistas.

—Sólo han clausurado esta zona. Voy a pasar. Quédese aquí y, si aparece alguien, le da conversación. No creo que hoy sea muy difícil.

—¿Qué va a hacer? —preguntó Estrella, con los ojos dilatados de susto.

—Investigar. Tranquila, no me va a pasar nada. Los fantasmas no existen.

—Pensaba en la Guardia Civil —replicó, con una ceja alzada en actitud ofendida.

Pero el irlandés ya había saltado el cordón y, con un gesto de la mano, restó importancia a su miedo. Se adentró en el pasillo y las sombras lo engulleron. Estrella se quedó junto al mostrador, escuchando inquieta. Quiso la mala suerte que la recepcionista regresase a ocupar su puesto.

—¿A qué nombre está la reserva? —Era una joven un poco mayor que ella, pero Estrella no se amilanó.

—Con todo el jaleo de hoy, mi señora no recuerda si reservó la cabina para mañana.

—¡Oh! ¡Cuánto sentimos el incidente! El caso es que la Policía Judicial nos impide hacer uso de estas instalaciones hasta nueva orden. ¿Se aloja en el balneario?

—Sí, en el Hotel Suizo.

—Transmítale a su señora nuestras disculpas. Los dueños del balneario están apremiando a las autoridades para que reabran la zona de las cabinas. En cuanto sea un hecho, en la misma recepción del hotel lo anunciarán.

—¿Estaba usted de servicio esta mañana? —Bajó la voz al realizar la pregunta.

—¡Sí! —Le brillaron los ojos a la recepcionista—. Ha sido terrible. La pobre Rebeca se ha llevado un susto de muerte. Se hallaba junto a Isidro en el momento del descubrimiento. Todavía está trastornada por la visión del cadáver: tan pálido, tan mojado, con esa fea herida en la frente, los ojos de besugo abiertos y sin vida.

—¿Mojado? Había oído que lo descubrieron porque había terminado su hora.

—Cierto, pero se hallaba dentro de la bañera y como Dios lo trajo al mundo. Vaya usted a saber cuándo lo asesinaron.

—He oído que tenía la mano larga con el servicio femenino —prosiguió Estrella con el disimulado interrogatorio.

—¡A mí me lo va a decir! Si no hubiera sido por Isidro, me las habría visto morenas. No puedo decir que sienta su muerte. Es de esos hombres que se creen con derecho a todo por el mero hecho de poseer

dinero. No sé si es usted muy joven para entenderme…

—Perfectamente. Yo también me he visto en alguna situación comprometida. En el hotel tampoco era bien recibido, y las doncellas de servicio lo esquivábamos como podíamos —se incluyó, aunque no había sido su caso, por fortuna.

—¡Puf! Lo dicho: mejor está muerto, y yo premiaría al asesino.

—O a la asesina —matizó Estrella, y la recepcionista abrió la boca y los ojos ante aquella nueva idea—. ¿Por qué siempre pensamos que el asesino es un hombre? —Estrella repetía los argumentos de las novelas de su señora—. ¿No se le ocurre alguna posibilidad? Si usted estaba aquí esta mañana, sabrá quién iba y venía.

—Había una señora que salió de la nada. Sí, la señora de Trueba, aunque tenía reserva. Yo estaba ocupada en conseguir un albornoz. ¡Ah! Esto me recuerda que he de echar un buen rapapolvo a la encargada de limpiar las cabinas y de dejarlas en perfecto uso para el siguiente cliente. Se había olvidado de dejar un albornoz seco y limpio en una de ellas, y la doncella de la señora vino para que le facilitara uno. Durante unos minutos, hube de ausentarme y, al parecer, esa señora se paseó por el pasillo. Sin embargo, ha declarado que no se había tropezado con nadie.

—Puede que parezca sospechosa, pero, como muy bien ha apuntado usted antes, ¿quién sabe a qué hora se produjo el asesinato? —reflexionó Estrella.

—¡Eh! ¿Qué hace usted ahí? —interrogó la recepcionista, con el ceño fruncido.

—Policía —contestó el irlandés con aplomo. Saltó el cordón policial —. ¿Siguen sin encontrar el arma?

—¡Oh! No lo había reconocido. ¿No ha estado por la mañana?

—No. Me han enviado a revisar de nuevo el lugar.

—Hemos seguido sus instrucciones, pero no hemos encontrado la pistola en el cesto de los albornoces y las toallas usadas. Lo único fuera de lugar, por lo que me ha comunicado la lavandera, ha sido que ha localizado el albornoz perdido dentro de otro, como si fuera una sola prenda en lugar de dos. Pero eso es una cuestión de organización interna que a usted no le incumbe.

—Perfecto. Las dejo a ustedes. Buenas tardes.

—Buenas tardes tenga usted —replicó la recepcionista, y guardó silencio hasta que se perdió escaleras arriba—. ¿Lo ve? Estamos así todo el día. Una locura.

—¿Y esa historia del albornoz? —se interesó Estrella—. ¿Era el que faltaba?

—Así es, porque el cómputo ha cuadrado. Como es verano, los albornoces son más finos y, en algún momento, uno se ha introducido en otro, como si fuera de doble capa. En fin, cosas más raras se han

visto.

—He de irme. La señora se preguntará por qué tardo tanto. Ha sido un placer.

Estrella siguió la estela del irlandés, que la aguardaba sentado en un banco al otro lado de la pasarela.

—¿Policía? —se burló con una medio sonrisa.

—No sé qué tiene la gente contra el brazo de la ley, pero, con sólo mencionarlo, se olvida de pensar y abre su casa.

—Pues por eso, porque representan a la ley. —Estrella se sentó a su lado—. ¿Y quién tiene la conciencia tranquila?

—Usted es muy joven para no tenerla —analizó Andrew.

—Sí, soy joven, pero he vivido diecisiete vidas: la mía y las de mis compañeras.

—¿Sus compañeras? No la comprendo.

—Es igual, déjelo. —Se levantó, molesta por su desliz. Aquel hombre conseguía que bajara la guardia—. He de ir a vestir a la señora para la cena.

El sol comenzaba a declinar. La tarde había pasado en un agradable suspiro con su nuevo novio, y estaba segura de que el joven cretino habría narrado la aventura a su manera, de forma que lo favoreciera a él y a ella la dejara en ridículo. No le importaba; eran personas de miras estrechas, y pronto regresaría a Cuba. Había aprendido a desarrollar un pragmatismo existencial, un modo de capear los contratiempos con inteligencia. Sólo importaba lo que de verdad pudiera afectar a su vida: una cuestión de prioridades.

13

La cena de sospechosos

—Señora, ¿la ayudo a vestirse?

Antonia salió de su ensimismamiento. Se percató de que el color del cielo había cambiado y se había tornado rosáceo. Ahora que la inspiración había llegado, se le escapaba el tiempo.

—No la he oído entrar —se disculpó.

—Estoy habituada a sus ausencias —replicó Estrella sin acritud.

—¿Ha oído algo nuevo sobre el asesinato?

Estrella le mostró un vestido de tarde de color melocotón y ella asintió: esa noche no había baile y los huéspedes se relajaban en cuanto al vestuario. ¡Cómo le gustaba esa fruta! Echaba de menos algunas cosas de su tierra, pero había descubierto otras igual de placenteras.

—Que estaba metido en la bañera, con los ojos abiertos como un pez y el rosetón del disparo en medio de la frente. Que era un hombre desagradable en su trato con el servicio y que tenía la mano muy larga. Nadie lo ha lamentado.

—Entiendo: un tipo despreciable. Los zapatos crema —indicó a la doncella, que se apresuró a buscarlos—. Si se entera de algo más, me cuenta. Me interesan los pormenores para mi novela o las teorías esperpénticas que generen los más atrevidos. Si resultan divertidas, igual las utilizo.

—Cuente conmigo —se confabuló Estrella, feliz por la misión tan agradable que le había encargado. ¿Quién se resistía a los rumores jugosos?—. Le comento que he entablado amistad con el ayuda de cámara del señor Webster.

—Los irlandeses tienen fama de conquistadores. —Antonia cerró el maletín y la miró.

—Amistad —matizó la doncella, divertida—. No amor. Ha quedado claro. Tampoco él ha mostrado interés más allá. Se lo cuento porque ha dado la casualidad de que esta misma tarde hemos estado investigando en la casa de baños.

—¿Investigando el qué? ¿Y desde cuando ese hombre cuenta con usted para esos menesteres?

—Venía de la ciudad y no se había enterado de nada. Se lo he

contado todo, y, enseguida, se ha puesto a buscar el arma. —De pronto, se detuvo y se quedó pensativa—. Se me ha olvidado preguntarle cómo sabía que los guardias civiles no habían encontrado la pistola —se reprochó a sí misma, pero le duró poco la decepción, y continuó—: Yo, mientras tanto, distraía a la recepcionista. Hemos trabajado en equipo, como los protagonistas de sus novelas. —Se mostró ufana por su participación.

—Si sigue así, tendré que tomarla como ejemplo —alabó Antonia la iniciativa de la chica, y se quedó pensativa mientras se dejaba vestir. Ella y el señor Webster no eran muy originales. El servicio les tomaba la delantera.

Ante la tardanza de su tía, fue Antonia en su busca y la halló revoloteando como pollo sin cabeza por la habitación. Había tal desorden que parecía que la hubiera asolado un huracán, sólo que se encontraban muy lejos del Caribe.

—Lo lamento, querida, nos hemos retrasado. He engordado durante el viaje. ¡Quién lo iba imaginar! Con tanto vete y ven, sube y baja escaleras, pensé que adelgazaría; pero no, he engordado —declaró, acongojada.

—Hemos tenido que cambiar de vestido —aclaró Vicenta—. Mañana lo tendrá listo, doñita. —Era el apelativo por el que la llamaba en la intimidad—. Ya conoce las manos de Estrella. Lo dejará perfecto.

—Se lo vengo diciendo y usted no me hace caso: no perdona un dulce —reprochó Antonia sin acritud.

—Tú tampoco te privas de nada en la mesa y no se te nota como a mí —acusó desolada la tía Lina—. Tu padre tampoco engorda. ¿Cuál es vuestro secreto?

Antonia le ofreció el brazo y le palmeó la mano para transmitirle consuelo, y salieron al pasillo. Vicenta las siguió con la silla, después de cerrar la puerta al desastre que dejaban para arreglarlo más tarde.

En el vestíbulo había un gran revuelo. Los huéspedes se habían congregado en grupos y discutían los avances de la Guardia Civil. Divisó al señor Webster junto al marqués de Sanabria y buscó a su marido entre las enormes plantas decorativas y la gente.

—Allí está Nemesio —indicó la tía Lina. Tomó asiento y despidió a Vicenta—. ¡Qué aburrido! Está con esos cubanos.

—¿Ahora los cubanos le aburren?

—Sí, cuando ya no tienen qué ofrecer. ¡Oh! La señora de Genaro Cagigal. Vamos hacia allí, querida.

—¿La conoce?

—No, pero qué mejor momento que éste —replicó la tía.

La señora, visiblemente trastornada, se abanicaba y ofrecía disculpas a la marquesa de Cilleruelo y a la condesa de San Martín de

Hoyos. Antonia y la tía se aproximaron, se presentaron y se mostraron preocupadas por los siguientes días de su estancia.

—¡Oh! Lamento la suspensión de los baños —exclamó la buena mujer, compungida—, pero mi marido logrará que la rutina se restablezca lo más pronto posible. Comprendo su disgusto y que, después de un viaje tan largo, sus expectativas se trastoquen por semejante contratiempo.

—Ha sido un crimen de lo más inoportuno —redundó la marquesa de Cilleruelo—. Espero que el señor Maura no se arrepienta de haber escogido La Fuente del Francés para ofrecer la comida al señor Sagasta.

—¡No lo permita el Cielo! —invocó, horrorizada, doña Matilde Cagigal, y el abanico se movió con fuerza renovada—. Con el esfuerzo que le ha costado a mi marido disponer la visita…, incluso ha contratado a la afamada restauradora, doña Francisca Gómez.

—¡Oh! ¡Qué delicia! —alabó la condesa—. El éxito está asegurado.

—Espero que ustedes, como huéspedes, disfruten de la presencia de tantos políticos preeminentes. Es lo menos que puedo hacer para endulzarles la estancia.

—Le quedamos muy reconocidas, doña Matilde —aceptó doña Emelina—. Nos desharemos en lenguas sobre el balneario a nuestro regreso a La Habana.

Las palabras de la tía surtieron el efecto de un bálsamo para la atribulada señora Cagigal. El vestíbulo comenzó a despejarse, y Antonia empujó la silla hacia el comedor, adonde se habían desplazado los conversadores. Fueron las primeras en tomar posesión de la mesa y, a los pocos minutos, se unieron los caballeros.

—¿Alguna noticia interesante sobre el asesinato de esta mañana? —sondeó doña Emelina en cuanto se sentaron.

—Querida tía, primero, la cena —se adelantó Nemesio—. Estoy famélico.

—Imagino que será muy pronto para que se sepa algo —comentó Antonia, sin tener en cuenta el estómago de su marido.

—Pues si no se sabe enseguida, no se sabrá nunca, según mi experiencia —incidió doña Lina.

—Es complicado sorprender a un asesino, excepto si se trata de un crimen pasional —opinó el señor Webster.

—A juzgar por lo que he oído —continuó doña Lina—, el señor Castrejón despertaba de todo menos pasión. ¡Pobre flamante esposa!

—Perseguía al servicio femenino del balneario —se avino a participar Nemesio, al convencerse de que las camareras no daban abasto ante la afluencia de comensales a un mismo tiempo—. Me lo ha contado Rosendo, mi ayuda de cámara.

—¿Y qué se sabe del arma? —indagó Antonia.

—Aún no se ha encontrado —contestó el señor Webster—, aunque sí se ha identificado ésta: una Remington Derringer de diez milímetros.

—O Remington o Derringer, señor Webster, ¿en qué quedamos? —exigió confusa la tía.

—Las dos cosas, doña Emelina —informó el norteamericano—. Es un modelo Derringer modificado por Remington, de doble cañón.

—¡Ah! Me he quedado un poco anticuada. Mi padre tenía una de ésas para cuando se desplazaba a un sitio elegante, pero sólo recuerdo un cañón. En el campo usamos revólver o fusil. Andan los tiempos muy revueltos en Cuba.

—Cualquier caballero esconde un arma de bolsillo… —adujo Nemesio—. No creo que eso aporte una pista definitiva.

—No —convino el señor Webster—, sólo si las estrías de la bala extraída coinciden con el cañón.

—Tecnicismos de tribunal —puntualizó Antonia—. Lo importante para dar con el asesino es el motivo.

—Disiento, querida —intervino doña Lina—, lo que sobran son motivos, mientras que el tecnicismo reduce el campo de sospechosos.

—Muy inteligente, doña Emelina —alabó el señor Webster—. Los tres pilares de cualquier investigación son los tecnicismos, el motivo y la oportunidad.

—Siendo así —caviló Nemesio—, el señor Gea, la señora de Trueba, la tía y el servicio del balneario reúnen alguno de esos pilares.

—¡Um! Nosotras no tenemos pistola —objetó la tía.

—Pero Nemesio sí —recordó Antonia—. Lo había olvidado.

—Porque no voy con ella encima constantemente. La tengo por si acaso, como muchos caballeros. Estoy seguro de que, si preguntas, salen unas cuantas armas a relucir.

—Estoy de acuerdo con el señor Carvajal —apoyó el señor Webster—. Aquí, en el balneario, no son necesarias, y dudo de que alguno acuda a los baños con ella. Yo también tengo una, pero sólo para cuando me aventuro por zonas poco recomendables.

—Perdonen si mi pregunta parece frívola —interrumpió doña Lina—, pero ¿en qué nos atañe este asesinato?, es decir, ¿acaso nos importa? Personalmente, siento un tremendo alivio al saber que no voy a tropezármelo, y no creo equivocarme al decir que hay más gente que piensa como yo.

—Tiene usted razón, tía, y, precisamente, ése es el escollo, como usted muy bien ha apuntado antes: demasiados motivos. Para el poco tiempo que llevaba alojado, no era muy popular. ¿Cómo ha reaccionado la joven viuda? —se interesó Antonia.

—Lo enterrará aquí —respondió la tía—. No me la imagino como a la reina Juana de Castilla, viajando en el barco con el cadáver de su

amantísimo marido. —La ironía que destiló no pasó desapercibida, y se sonrieron—. Hoy no tomaré postre. Antonia no me lo permite.

—Tía Lina, a mí no me implique en sus decisiones. —La sobrina negó su participación con una media sonrisa por el embuste de su tía.

—Pero estoy segura de que te alegras —insistió, terca, la tía. Una mueca burlona reveló que se divertía con su sobrina.

—Es usted imposible —se rindió Antonia.

—¿Qué más me puede decir sobre el finado, doña Emelina? —se interesó el señor Webster.

—Nada que no sea *vox populi*. Se llama así a las murmuraciones, ¿verdad? —Ante el asentimiento general, prosiguió—: Cuando lo mencionó la otra noche le dije lo que sabía. En los negocios era agresivo e implacable y frecuentaba los burdeles de Pinar del Río y de La Habana. Pero, como muy bien sabes, mi querida sobrina, no acaba ahí la historia, pues era dueño de uno muy concurrido, y, sinceramente, no me parece un tema apropiado para mis labios.

—¿Qué relación tiene Antonia con ese tema? —inquirió Nemesio, con el ceño fruncido.

—Nada que afecte a tu honor —replicó Antonia, irónica, y se dirigió a su tía—: ¡No me diga que es el proxeneta con el que mantuvo el trato!

—¿Proxeneta? ¿Que trató con quién? —El tono de Nemesio había subido. Afortunadamente, en el comedor, los comensales mantenían un apasionado debate sobre los hechos del día y no prestaban atención a lo que acontecía alrededor.

—Baja el tono, imprudente —regañó Antonia—. Se trata de mi doncella, y, efectivamente, no es un tema para la mesa.

—¿Esa gallega? —indagó Nemesio, en voz baja—. ¿A quién has metido en casa?

—No seas tan imaginativo, Nemesio —restó importancia Antonia—. No llegó a suceder nada irreprochable gracias a la intervención de la tía. Pero hay algo que no me queda claro, tía Lina: ¿no relacionó el nombre o no lo reconoció?

—No traté con él. ¡No pensarás que estaba personalmente al frente del burdel! De cara a la sociedad, es un irreprochable hacendado. Traté con un subalterno y no relacioné el nombre porque fue meses después de aquel desagradable lance cuando me enteré de que, detrás de aquella subasta, se hallaban sinvergüenzas de mucho dinero.

—¡Esto es demasiado! Creo que he sido bastante benévolo al dejar que mi esposa frecuentase su compañía sin ningún control. —Nemesio se había enfadado, y Antonia arqueó una ceja—. A partir de ahora, le ruego que se mantenga alejada de mi esposa. Me parece encomiable su actividad salvadora de almas perdidas, pero el nombre de mi esposa, como muy bien comprenderá, no puede verse arrastrado por el

lodo de los bajos fondos habaneros. Sería un escándalo poco recomendable para la familia.

—¿Cuáles son sus planes para mañana? —El señor Webster cambió la conversación ante el giro imprevisto que había tomado.

Los tres se volvieron hacia él, mudos. Antonia se mordió la lengua para no replicar, pues no era el lugar adecuado y, por el rabillo de ojo, apreció la ira contenida de su tía. Nemesio había roto una tregua de años apacibles con un arranque, inconsciente y absurdo, de falso puritanismo.

14

Buscando al asesino

Charles encontró a Andrew tendido y dormido, como era su costumbre. Hizo ruido al entrar para espabilarlo y cerró la puerta. El quinqué sobre el escritorio ofrecía una luz mortecina, se acercó y abrió la llave.

—«“¡Hágase la luz!”, dijo el Señor, y creó el día».

La voz soñolienta de Andrew, parafraseando el Génesis, le arrancó una sonrisa.

—Deduzco que ha tenido un buen día —comentó Charles.

—Por aquí tampoco se han aburrido. —El irlandés se incorporó, ya despierto y alerta—. La gallega me lo ha contado todo, y nos ha dado tiempo para investigar por nuestra cuenta.

—He participado en la pesquisa preliminar. Los guardias civiles me han parecido desentrenados en casos de asesinatos perpetrados por una mente con dos dedos de frente.

—Pero no han encontrado el arma del crimen. No, no abra los ojos, no se precipite, nosotros tampoco. Aquí no es costumbre el ir armado, así que he pensado en un arma de bolsillo. Me he colado en el pasillo de las cabinas con ayuda de Estrella, que ha entretenido a la encargada. He revisado a conciencia no sólo la cabina seis, sino también las cercanas y las tuberías que recorren el pasillo. Lo cierto es que no había muchos escondites. Me he acordado de la recogida de los albornoces y las toallas, pero la recepcionista nos ha indicado que ya lo habían mirado. La otra opción es que el asesino la haya lanzado al río desde la ventana.

—Lo he pensado. Tendría que haber sido un buen lanzador —ponderó Charles—. He calculado la distancia y el peso del arma. Aunque no hay terraplén de tierra por esa parte, sino de mampostería, se arriesgaba a que no cayera dentro del estanque o que lo viera cualquier barquero desocupado. A excepción del bañero y de don Primitivo, el resto de los sospechosos son mujeres: doña Emelina, Vicenta, Rebeca, la señora de Trueba, la propia encargada…

—No descarta a nadie —interrumpió el irlandés.

—¿Por qué habría de hacerlo? Estaban allí y tuvieron la oportunidad. ¿Por qué, cuando hablamos de un crimen, pensamos en

un hombre? Por lo que he escuchado sobre el muerto, podría ser cualquiera.

—¡El muerto! Sobre eso tengo noticias de allende los mares —se animó Andrew—. ¡Vaya un pájaro! No era un personaje muy querido.

—Algo de eso nos ha contado doña Emelina en la cena.

—Pues bien, se dedicaba a adquirir los campos vecinos al suyo con muy malas artes: ahogando las expectativas de venta de los pequeños tabaqueros de la zona del Pinar del Río y obligándolos a endeudarse. Y ahora viene lo mejor, le va a interesar: una de esas familias era la de la señora de Trueba. En aquellos años era una adolescente que se apellidaba Gómara. Su caso llamó la atención porque, de la noche a la mañana, el padre de la señora vendió las tierras a un terrateniente rival de Castrejón y desapareció de la Isla. Cuando éste quiso vengarse, la familia navegaba de regreso a la Península. Otros colonos no tuvieron tanta suerte y acabaron muy mal.

—No me parece tan grave la historia, desde el punto de vista de que se trata de una práctica habitual y afecta a unos pocos —dijo Charles, desde un frío análisis—. Lo único que nos confirma es que la señora de Trueba, efectivamente, ya lo conocía. ¿Por qué se reunió con él en la gruta? ¿La amenazó con algún tipo de escándalo sobre sus orígenes? Ahora es una mujer importante por su matrimonio y… ¡Oh! ¡Ahora caigo!

—¿Qué sucede? —se inquietó Andrew.

—Yo sí he encontrado una noticia de mucho interés, por lo que el señor Castrejón ha despertado más mi curiosidad. He entrado en su habitación y he descubierto que su inconsolable viuda es la hija de un hermano del señor Trueba. Si a eso añadimos que el señor Trueba trabaja con el bufete de Germán Gamero, la cuestión que me planteo es la siguiente: ¿cómo ha conseguido contraer matrimonio con una mujer a la que le saca casi cuarenta años? Y no olvidemos lo que significa emparentar con esa familia y el acceso al poder que implica.

—El asunto se vuelve más turbio si piensa que se ha convertido en el ¿yerno de su cuñado? —apuntó Andrew—. ¡Vaya drama para la señora de Trueba!

—De ahí su inquietud —caviló Charles—. Si ese hombre conocía algún secreto de ella o de su familia durante su estancia en Cuba, la acosaría y la pondría en una situación delicada. Es la persona que tiene un motivo tangible y fuerte como para desear su muerte.

—El interés, por parte del indiano, está claro: si vive en la Península y está emparentado con una familia bien situada e informada, podrá mejorar los costes de aduana y participar en los monopolios de transporte. La jugada es maestra —especuló Andrew, retomando el hilo conductor.

—Conozco los negocios. Demasiado perfecta. Queda en el aire el

matrimonio. He tenido en las manos el contrato matrimonial, y ha pagado una fortuna a la chica en calidad de dote, ya que el padre la entregaba limpia de polvo y paja.

—Le bastaba con su virgo y su juventud —replicó Andrew irónico—. ¿Y cómo accede el padre a la dote de la hija?

—Imagino que en calidad de auxilio o hay otro contrato por ahí, de tipo personal, con el padre de la novia. Lo que más me intriga es de qué pie cojea el padre. Emparentar con un individuo con unos antecedentes tan oscuros y tan mala reputación no le interesa a una familia tan bien posicionada y que se encuentra en la mira de la prensa, por mucho dinero que tenga el cubano.

—¿Al señor Carvajal no lo apartaron de la familia? —planteó Andrew.

—Cierto. Una oveja negra es una posibilidad, pero, entonces, ¿qué servicio le puede ofrecer al señor Castrejón?

—¿Y qué me dice del señor Trueba, el abogado? ¿No ha reconocido a su sobrina? —señaló Andrew.

—Eso apoyaría la teoría de la oveja negra —convino Charles—, y el que no reconociera a su sobrina. El abogado me interesa menos, porque no se encontraba en los baños. La clave es su esposa.

—¿Va a hablar con la viuda? Igual le desvela algún secretillo —tanteó el irlandés.

—Si me surgiera la ocasión, no la desaprovecharía, pero sólo por curiosidad.

—¿Y no por interés comercial? —planteó Andrew—. ¿No ha caído en la cuenta de que cabe la posibilidad de que quieran deshacerse de sus posesiones en Cuba?

—Por supuesto —confirmó Charles—, aunque poco probable. Aun sí, me ofrece un motivo de acercamiento. Hay más. Según la señorita Valdivia no tenía suficiente con las dulces mulatas de su elegante prostíbulo habanero.

—«De su elegante»… Luego era el dueño —encajó la pieza Andrew.

—Sí. Esa mujer es una caja de sorpresas, y sospecho que tiene más peso en la Isla de lo que revela. Hablando de prostíbulos, ¿qué sabe sobre la gallega? Por lo que se ha comentado durante la cena, está relacionada con el prostíbulo del señor Castrejón. Por esa razón doña Emelina conocía el nombre.

—¿La pequeña Estrella? ¡Si es una niña! —exclamó, entre asombrado y ofendido, el irlandés.

—No aventure algo que no he dicho. No se ha especificado más en la mesa y, por el tono de la conversación, no he podido profundizar más en la información. —Ante la aflicción de su subordinado, sintió que debía añadir algo más—: Según las palabras de la señora de Carvajal, doña Emelina llegó a tiempo y consiguió su liberación.

—Me cae bien —dijo el irlandés.

Sí, a mí también me cae bien la señora de Carvajal, ¿no te fastidia? A otro perro con ese hueso, pensó Charles.

—¿Quién? ¿Doña Emelina o la señora de Carvajal? —La mirada torva que le dirigió Andrew le indicó a Charles que la broma sobraba, así que siguió—: ¿Alguna noticia más?

—No. La familia Valdivia es conocida y la señorita Valdivia es famosa por resultar molesta a causa de su apoyo a las mujeres maltratadas o abandonadas, independientemente de la raza. Seguirá investigando. Le he aconsejado que no olvide la prensa. La mayor parte de las veces es la más indiscreta cuando se quiere echar tierra sobre algún asunto. Confirma que Ramón Gea es el propietario de un colmado, pero, como él, hay otros muchos.

—¡Lo había olvidado! —exclamó Charles—. La cena en casa del señor Gamazo. Estoy seguro de que el tema saldrá a colación por lo reciente y por la proximidad a una familia conocida, aunque se trate de un proscrito. Incluso puede que el padre de la joven viuda esté presente, porque vendrá a recoger los frutos del matrimonio.

—Si lo han proscrito, dudo que le permitan aparecer en público —objetó Andrew—, pero, si asoma la nariz por el balneario, cuente conmigo. Mientras tanto, seguimos sin respuesta para el asunto del asesinato.

—Nos faltan datos —resolvió Charles—. Hemos pensado en Cuba porque el hombre es de allí, pero ahora se ha abierto una puerta aquí, con implicaciones políticas incluidas.

—Demasiado ruido para tratarse de un crimen político —puso en duda Andrew.

—Sagasta viene para sellar un pacto con Gamazo que le permita formar gobierno en las próximas elecciones. ¿Y si buscan un escándalo para que no se realice?

—¿Una distracción? ¡Pobre señor Trueba! Decapitado antes de asomar la cabeza por la senda de la política —se compadeció—. Por hoy he pensado mucho. Si no me necesita, me retiro. Mañana madrugaré para ir a la ciudad: pasaré por la oficina de telégrafos y por la hemeroteca. Echaré un vistazo a ver si se menciona la boda o cualquier otra cosa al respecto. Nunca se sabe lo que se puede encontrar uno. Estaré de regreso para el mediodía.

—Perfecto. Reconozco que no nos concierne, pero los días en el balneario son muy aburridos. Pienso que doña Emelina tiene razón y que no van a encontrar al asesino. Cuantos más días pasen, más se enfriará el escenario. Dentro de una semana, vendrá Sagasta con todo su séquito, y el señor Cagigal está apelando a sus amistades de las altas instancias para que se eche tierra sobre el muerto y se olvide lo más pronto posible.

—Disfrutemos de unas cortas vacaciones hasta el día veinte, en el que zarpará nuestro vapor rumbo a Nueva York —aconsejó Andrew—. A usted le ha entrado la cubana por el ojo.

—Está casada. —Charles adujo la letanía que se repetía él mismo.

—Ya. ¿Y cuándo eso ha sido un problema?

Charles no contestó. Y sí, se había convertido en un problema, porque, por primera vez en la vida, una mujer le importaba.

—La gallega es una cría, pero la mulata es despampanante —opinó Charles. Intentaba alejar a la señora de Carvajal de la conversación.

—Estoy de acuerdo. Sin embargo, me guardaré de acercarme a ella. Echa unas miradas que petrifican al más audaz. Ni el más osado seductor se ha atrevido a insinuarse.

—Doña Emelina recoge en su hacienda a mujeres heridas por la vida. No sólo les da cobijo, sino que también las instruye y las emplea para que se labren un futuro. Al parecer, se trata de una hacienda llevada por mujeres.

—¡Qué singular! —se admiró Andrew.

—Puede. Pero no me cabe en la cabeza tanto altruismo sin una razón —planteó Charles—. Hasta los actos más generosos son egoístas.

—Caminamos por el lado oscuro del hombre y eso nos impide apreciar a la gente que se desliga de ese patrón —razonó Andrew—. ¿Por qué no puede haber gente buena?

—Y la hay. Le damos un nombre: persona simple. Y le aseguro que doña Emelina de simple tiene lo que yo de rubio.

Andrew se despidió hasta el día siguiente, y Charles salió de nuevo para comprobar lo que le intrigaba. Una vez en el exterior, se dirigió a los jardines de la capilla. Al igual que la otra noche, la ventana de la habitación de Antonia se hallaba iluminada. La silueta a través de los visillos sugería de nuevo la escritura; sin embargo, le había comentado que vivía aislada. Entonces, ¿a quién escribía con tanta dedicación?

Al día siguiente, a pesar de haberse perdido el interés sobre el asesinato, el hecho de que la Guardia Civil siguiera husmeando por el balneario evitaba que los huéspedes lo olvidasen. Ante el cierre de los baños termales, muchos optaron por cambiarlos por los baños de ola y se acercaron a la playa más cercana, la de Somo. Todos los coches disponibles fueron asaltados y, en fila, siguieron el curso del río Aguanaz hasta más allá de Villaverde y de Suesa.

Charles, en cuanto escuchó los planes de la familia Carvajal, trazó los suyos. El señor Carvajal iba a pasar el día en el balneario de Solares, acompañado de su ayuda de cámara. Si a alguien le pareció una excusa endeble, nadie lo expresó, mientras que la señorita Valdivia y Vicenta pasearían por la ribera del río hasta Villaverde de

Pontones para disfrutar de cada jardín. Una alojada, aficionada a la floricultura, les había hablado maravillas sobre los numerosos rincones con parterres, jardincillos de rosales y otras especies florales aromáticas y vistosas.

En cuanto se levantaron de la mesa, Charles retuvo a la señora de Carvajal.

—Su tía no la ha incluido en su paseo. Si no tiene una alternativa en mente, ¿me acompañaría a explorar el río desde una barca?

No llegó a contestar. El vestíbulo se alborotó con la llegada de la Guardia Civil y del dueño del complejo termal. Se dirigieron al mostrador de recepción, donde se les unió el director, y se perdieron en su despacho.

—¿Qué sucede? —se interesó la señora de Carvajal—. Iban muy serios y decididos.

—O han encontrado el arma del crimen o al asesino —elucubró Charles.

El señor Gea entró en ese instante en el hotel y se encaminó hacia ellos en cuanto los vio. Se le notaba nervioso y miraba en todas las direcciones.

—¿Ya se han enterado? —preguntó.

—No. ¿Qué novedades hay? —inquirió Charles.

—Isidro, el ayudante de los baños, el que encontró el cadáver, ha desaparecido. Han venido para consultar la ficha de empleado.

—No me parece suficiente para colgarle el cartel de asesino —opinó la señora de Carvajal.

—O puede que viera algo que no debería haber visto y lo han quitado de en medio —conjeturó Charles.

—¡Oh! El paseo en barca —recordó la señora de Carvajal—. Igual lo encontramos flotando por el río.

—¡Señores! —se escandalizó el señor Gea—. Sí que tienen ustedes imaginación. Esto es muy serio.

—Pero estoy segura de que la realidad será más prosaica. ¡Miren! Ahí salen —alertó la señora de Carvajal.

—Esperen aquí —ordenó Charles, y se acercó a los guardias civiles, con quienes conversó mientras don Genaro se quitaba el sudor de la frente con un pañuelo.

Charles regresó caviloso adonde había dejado a sus compañeros de alojamiento. Buscaba un asesinato meditado y retorcido cuando la realidad era mucho más simple. Andrew lo había dejado caer la noche anterior, y en ese momento descubría que estaba en lo cierto. Un aviso más de que debía retirarse y dejar paso a otros más jóvenes y despiertos.

—El mentado Isidro es un hombre buscado por los policías. Se le ha visto reunirse con gente sospechosa: anarquistas, para ser más

precisos. Me han explicado que los dejan reunirse para tenerlos controlados, excepto cuando hay alguien muy buscado; entonces los detienen a todos. Dicen que muchos de ellos no llegan a nada, se rajan a la hora de la verdad; pero, hay veces, cuando piensan que no van a seguir adelante y que se han reformado, surge una sorpresa como ésta. El tal Isidro llevaba meses apartado de esa gente, o eso pensaron ellos, porque no lo volvieron a detectar entre esos grupos.

—¿Y qué pinta en todo esto un anarquista? —se extrañó el señor Gea—. Era cubano.

—Pero su esposa no —replicó la señora de Carvajal—. Parece ser que está emparentada con el señor Trueba. Me lo ha contado mi tía, que fue a darle el pésame a la joven viuda y charló un rato con ella. —Se adelantó a la pregunta no formulada—: Y el señor Trueba trabaja para Gamazo. Los hilos de la política son muy retorcidos —dedujo la señora de Carvajal—. ¡Adivina qué se le metió entre ceja y ceja al anarquista!

—Creo que sabotear el encuentro de Sagasta con Gamazo —aventuró Charles—, pero le ha salido el tiro por la culata: lleva sobre sus hombros un asesinato y no ha logrado su objetivo. Don Genaro es muy pertinaz y no va a permitir que le agüen la fiesta. Acudirá la prensa siguiendo la visita de Sagasta, y será propaganda para el balneario.

—Bueno, pues asunto resuelto —concluyó el señor Gea, aunque su rostro no perdió el gesto de preocupación—. No pensé que lo conseguirían tan rápido.

—No cante victoria —intervino la señora de Carvajal—. A mi juicio, no hay nada demostrado: tienen que encontrar al individuo y el arma. Y si el sospechoso no confiesa, se queda en sospechoso.

—Eso a mí no me interesa —dijo el señor Gea—. Es asunto de las autoridades. Lo que me intranquilizaba era que hubiera un asesino suelto por el balneario. Cuando hay una explicación, el sol vuelve a brillar. ¡Ah! Ahí viene mi esposa. Los dejo.

—Nuestro plan detectivesco se ha estropeado —constató Charles.

—Siempre queda un paseo en barca. ¡Quién sabe lo que podemos encontrar en el río! —planteó, sonriente.

—Es lo que me atrae de usted: ¡que no decaiga el ánimo! Hoy me encargo yo de la cesta. ¿Le parece bien a las doce y media en el embarcadero? ¡Ah! Y no son barcas, sino canoas de fondo plano.

15

Un paseo en barca accidentado

Allí estaban: puntuales y ansiosas; sin embargo, no había rastro del señor Webster. Estrella, más preocupada por los aspectos de seguridad de la excursión, inspeccionaba con disimulo el estado de las canoas, no fueran a molestarse los barqueros. El día se mantenía soleado, por lo que el rumor del agua resultaba refrescante.

—La que más seguridad me ofrece es ésa —señaló Estrella—. Las demás parecen muy dañadas y algunas tienen agua en el fondo.

—Es porque las limpian. Allí viene. —Antonia lo divisó en cuanto salió del hotel cargado con unas mantas—. Lo acompaña el irlandés con dos cestas. ¡Cuántas cosas! ¿Sabrán lo que es un pícnic?

—Mientras sea el irlandés quien cargue con todo, no me importa —comentó Estrella a su lado.

—No sea malvada —reprendió Antonia sin convicción—. El hombre parece buena persona.

No hubo réplica, porque la pareja casi había llegado hasta ellas.

—Perdonen el retraso —se disculpó el señor Webster—. El personal de la cocina no había completado el pedido, y el señor Malloy acaba de llegar de la ciudad.

—No creo que sea tan complicado preparar unos emparedados, pero lo disculpo.

—No, ésa no. Mejor la otra —indicó Estrella al irlandés, que se disponía a ocupar una de las canoas.

—Necesitamos dos —explicó el hombre—. Juntos, pero no revueltos. —Nada más decirlo, esbozó una sonrisa cómplice.

—Más que excursionistas, parecemos exploradores —observó Antonia, con satisfacción. El señor Webster se confirmaba como un buen estratega.

Entre los dos hombres, ayudados por los barqueros, subieron las mantas y las cestas a las canoas. Cada uno en su barca cubrió el banco con la manta, y luego ayudaron a las mujeres a subir y a sentarse cómodamente. Los hombres se quitaron la chaqueta y se quedaron en mangas de camisa. La canoa del irlandés se separó primero y se situó en el centro del estanque, con Estrella a bordo, bajo la sombrilla. Antonia comprobó que los barqueros empleaban una pértiga para el

impulso, a uno o a otro lado, según la dirección. Enseguida se incorporaron a la corriente del río, y comenzó la aventura.

—Ahora es fácil, pues vamos a favor de corriente. El regreso será otro cantar, contracorriente —explicó el señor Webster.

—No creo que sea muy largo el trayecto navegable —planteó Antonia—. Es un río estrecho y no muy caudaloso —se asomó por encima de la regala— y poco profundo. Igual encallamos —vaticinó, no muy convencida del éxito de la expedición.

—Encallar es el menor de los problemas. Me preocupa volcar. ¿Sabe usted nadar?

—Es usted un optimista. Si volcamos, espero no romperme la crisma contra las rocas por falta de agua.

El señor Webster se rio. Después guardaron silencio y se limitaron a escuchar la naturaleza y a admirar los jardines desde el centro de la corriente. Los árboles de la ribera se cerraban sobre el cauce y creaban una bóveda verde que los protegía del sol.

—Han tenido la misma idea y han coincidido en el camino —rompió el mutismo el señor Webster.

Antonia miró en la dirección indicada y divisó a su tía con Vicenta. Charlaban con los señores Trueba y la sobrina de éstos. Frunció las cejas pensativa. La expresión corporal revelaba que no se trataba de una charla apacible, sino de una discusión. La joven viuda parecía alterada, y el señor Trueba movía negativamente la cabeza; mientras tanto, la voz cantante la tenía la tía Lina. Sabía Dios qué barbaridades estaría diciendo.

—¿Usted también lo ha notado? ¿No ha sido sólo impresión mía? —indagó el señor Webster.

—Es usted muy observador. La tía puede exasperar al hombre más paciente. Lo sé porque mi abuelo y mi padre no hacen más que echarse las manos a la cabeza con cada ocurrencia de ella.

—¿Su abuelo vive?

—Sí, aunque es muy viejito. Vive con mis padres, pero se limita a ver transcurrir los días desde la terraza de la casa. Muchas veces me he preguntado si quiero llegar a ser tan viejita. A partir de cierta edad, sólo queda esperar a la señora de la guadaña.

—Curiosa reflexión para alguien tan joven —comentó, a la vez que espantaba una nube de mosquitas con la mano—. Yo no me he planteado todavía cómo va a ser mi vejez. Disfruto de la vida y aprovecho lo que me ofrece al paso.

El fondo de la canoa, por plano que fuera, rozó con alguna roca del lecho, y Antonia se agarró al banco en un instante de aprensión. El señor Webster miró hacia la proa y más allá.

—No se preocupen —avisó el barquero—. Se producirán más roces.

—A muchos roces, se quedará sin canoa —comentó el señor

Webster.

—Las canoas corren por cuenta del balneario. Ya conocen el riesgo, pero prefieren no prescindir de ofrecer este placer —explicó el hombre, sacando de nuevo la pértiga del agua para hundirla más adelante.

Antonia se quitó el guante de encaje y metió la mano en el agua transparente, llena de reflejos verdosos. Distinguió pececillos y algunas carpas que se apartaban de su paso. Volvió el rostro hacia el señor Webster y tropezó con el azul de sus ojos, que la observaban sonrientes.

—Es una delicia sentir el frescor del agua deslizarse entre los dedos —fue capaz de articular. Turbada, se refugió en la contemplación.

Al cabo de un rato, el río se estrechaba más y el fondo se llenaba de hierbas subacuáticas que la canoa peinaba a su paso. Nada más rebasar un meandro, el cauce perdía profundidad y una roca grande sobresalía a su derecha, cubierta de musgo. El barquero maniobró con destreza, conocedor de los obstáculos que ofrecía el río. El grito de Estrella se debió de escuchar hasta en el hotel, y, después, se oyó el chapoteo de un cuerpo al caer al agua.

—¿Qué ha pasado? ¡Es Estrella!

El señor Webster señaló la orilla, por donde corría un hombre.

—Creo que se trata del bañero —dijo.

—Sí, señor —ratificó el barquero y, a la vista de la maniobra de la primera canoa, preguntó—: ¿Me acerco a la orilla?

Mientras tanto, Antonia comprobó que Estrella estaba bien. El irlandés había saltado de la canoa y la había hecho zozobrar. El agua le llegaba a la rodilla y, en cuanto salió del río, se lanzó en persecución del bañero.

—¡Será imbécil, el irlandés! —exclamó Estrella, agarrada al banco para aguantar la inestabilidad de la canoa. El barquero se había agarrado a la pértiga y no había caído al río de milagro—. ¡Me ha empapado, el muy inepto! —Se oía la indignación de Estrella en varios metros a la redonda.

—¿No le parece que debería ser la Guardia Civil quien lo apresara y no el señor Malloy? —se preocupó Antonia.

—Muy cierto. No sé qué mosca le habrá picado. —El tono del norteamericano reveló su malestar. A la muda pregunta del barquero, contestó—: Sí, por favor, desembarcaremos y organizaremos aquí el pícnic si ese testarudo irlandés no sigue fastidiando.

—No se lo tome tan a pecho —observó Antonia—. Comprendo a Estrella. Ha estado a punto de acabar dentro del agua, pero usted está seco.

El señor Webster se sonrió y meneó la cabeza, una forma de comunicar la incredulidad por el humor con el que ella se tomaba la

situación. Se inclinó sobre el agua y atrapó la sombrilla de la doncella, que flotaba a merced de la corriente. Se le había escapado con el susto por la zambullida del irlandés. Sobre el pedregal del remanso la chica se sacudía las faldas y el barquero, que había asegurado la canoa con un cabo atado a una piedra, ayudaba a su compañero a abarloar la canoa en la que iban. Una vez quedó bien fijada a la otra, el hombre los invitó a pasar de una canoa a otra para descender a tierra.

—El señor Malloy va detrás del bañero del balneario —informó Antonia a Estrella.

—¿Y por qué ha ido tras él? Puede estar armado. No se ha encontrado el arma —recordó Estrella.

—No se preocupen —intervino el señor Webster, cogiendo una de las cestas de la canoa—. Seguramente, Andrew también vaya armado.

Acostumbrada a los hábitos americanos, a Antonia no le extrañó que llevara una pistola encima. Se afanó en ayudar al norteamericano e hizo una seña a su doncella, quien se apresuró con las mantas. Mientras los barqueros se quedaban en las canoas, ellas avanzaron detrás del señor Webster hacia el interior del jardín inglés, que estaba formado por una sucesión de setos que separaba amplias extensiones de hierba del camino. Se detuvo en uno de esos pequeños prados, sombreado por la arboleda, y las aguardó. El señor Webster se ocupó de establecer el campamento, y Estrella se ocupó del contenido de las cestas.

—Y si le da caza, ¿qué pasará? —indagó Estrella.

—Pues más estropeada que ahora no quedará la excursión —contestó el señor Webster, que andaba pendiente de la conversación entre las dos mujeres—. Habrá que entregarlo a la policía.

—Parece muy tranquilo —intervino Antonia—. ¿Y si fuera el señor Malloy el que estuviera en un aprieto?

—¡Ah! No se preocupen por él: es perro viejo. Ese muchacho es un novato; en caso contrario, no seguiría por aquí, y mucho menos se habría delatado saliendo de su escondrijo. Hay pocos profesionales entre los anarquistas y éstos, más listos, se mantienen en la sombra mientras envían a pobres imberbes al patíbulo.

—Sus palabras destilan no sólo desprecio, sino también conocimiento —arguyó Antonia.

—No guardo mis simpatías para los unos, por cobardes, ni para los otros, por tontos. Ambos pierden la fuerza y la sangre de la forma más ineficaz y estúpida.

—¡Ya salió el espíritu americano! —exclamó Antonia con marcado sarcasmo—: Ahorro y eficacia con un buen planteamiento de antemano.

—Y nos ha ido bien. Estamos unificando un continente, nos hemos sacudido el yugo europeo y somos una república libre, con un futuro

por delante.

—Sí, ése es el mensaje que llega a esos pobres de los que usted se burla.

—No me malinterprete —se defendió el señor Webster—. Me burlo de su método estéril. Los que hacen las maletas y se arriesgan a lo desconocido, detrás de una vida mejor y de una reconocida libertad, merecen mi mayor respeto. Son personas con agallas, que dejan la estupidez de los gobiernos y de la sociedad corta de miras y buscan su lugar en otra parte, con mejores perspectivas.

—Es muy bonito su discurso —alabó Estrella—. Se lo agradezco, porque mis padres fueron de ésos; sin embargo, les salió mal su perspectiva de futuro y casi también la mía. Si no hubiera sido por la señorita Valdivia… —No terminó la frase, perdida en el recuerdo. No hubo réplica, porque regresó el señor Malloy, solo y sudoroso.

16

Una conversación de negocios

Después de la accidentada excursión en barca, el balneario recuperó su rutina habitual y los agüistas retornaron a tomar sus baños. La conmoción del asesinato fue restituida por la identificación del asesino: *«¡Quién lo iba a decir! Isidro, ese joven tan agradable que los atendía a diario»* era la frase más pronunciada en los salones. Y, como siempre sucedía en vacaciones, enseguida se echó al olvido el suceso, sepultado por otros más importantes, como la reunión del gabinete de Gobierno con la reina regente en San Sebastián, la inminente llegada de Sagasta a la provincia, el vestido que iban a lucir en el próximo baile de la noche, las arruguitas prematuras o la incipiente barriga. Pasear, hacer ejercicio y seguir una dieta saludable eran las máximas a las que se entregaban ciegamente, en medio de aquel paraje bucólico y artificial.

—Diletantes de la vida saludable —sentenció la señorita Valdivia. Sentada en un banco a la sombra de un plátano, contemplaba la variedad de ánades que poblaba el estanque—. ¿No cree, señor Webster?

El sarcasmo de la señorita Valdivia corría parejo con el de Charles, sólo que él no se atrevía a expresarlo abiertamente. Su vida diplomática lo había entrenado para refrenar la lengua: los pensamientos iban por un lado y la lengua, por otro.

—Depende de lo que cada uno entienda por saludable. A mí me parece aburrida, soy más de acción.

—La acción la lleva a cabo su ayuda de cámara, por lo que tengo entendido. Aunque nadie es infalible —insistió la señorita Valdivia en aquel desagradable punto.

Habían pasado tres días desde la excursión en canoa. El encuentro con el supuesto asesino había conducido a una ruptura con la señora de Carvajal, aunque Charles seguía sentándose a la mesa con la familia. Trataba de convencerse de que no le importaba, pero no era cierto. Doña Antonia le había calado más hondo de lo que esperaba, y todavía estaba aturdido por el descubrimiento. Se había quedado solo con la tía porque el matrimonio había planificado una escapada a Solares.

—No desespere —continuó la señorita Valdivia—. Mi yerno casi tiene cerrada la compra de ese caserón en Alceda y tendrá que irse.

—¿Qué tiene que ver la compra conmigo?

—No se equivoque al juzgarme: «señorita» no es sinónimo de «ingenua». A usted le gusta mi sobrina y a mi sobrina le gusta usted: tengo ojos en la cara. Que el asunto de la excursión estuviera en boca de todos por el extraño suceso del asesino no me escandaliza ni me dice nada. Las comadres del balneario tienen mentes calenturientas a falta de hallar ese calor en sus camas. En caso contrario, sólo tendrían tiempo para ellas y no para lo que ocurre alrededor.

—¡Por Dios! ¿Me está diciendo que creen que tenemos un *affaire* su sobrina y yo? No íbamos solos, y estaban los barqueros. Es ridículo.

—No es su culpa, sino la de mi sobrino. La deja tirada en cualquier esquina para él hacer su santa voluntad y luego pide explicaciones cuando es Nemesio quien debe darlas.

—¡Vaya cinismo! —exclamó Charles, contrariado. Sentado al lado de doña Emelina, hurgaba con un trozo de rama la tierra entre sus pies—. Estoy por seducir a cada insatisfecha que haya abierto la boca y, después, restregárselo por la cara.

—¡Eso sí que animaría la sencilla vida del balneario! —se entusiasmó doña Emelina—. Aunque mi sobrina no lo encontraría gracioso. Su sentido del humor no está tan desarrollado.

—Le encanta a usted el ir contracorriente, pero me gustaría descubrir el límite entre las palabras y las acciones. —Charles expuso lo que le venía rondando la mente desde días atrás.

—Hay mucho de pose, lo reconozco; es necesario para levantar una leyenda. Pero también lo acompaña la acción; de no ser así, quedaría como una mera charlatana chiflada.

Charles suspiró ante su fracaso. Como caballero, debía admitir la derrota ante doña Emelina.

—Ha sido un placer charlar con usted, como siempre. ¿La acerco al vestíbulo? —ofreció a la vez que se levantaba.

—Estoy bien aquí. Esperaré a Vicenta. —Antes de que diera un paso, doña Emelina atacó—: Así que se ha rendido. Vamos, reconozca que se muere de la intriga.

—Es usted demasiado… hábil para mí —corrigió a tiempo el adjetivo.

—¡Ah! El diplomático que vive dentro de usted lo retiene. Me cae simpático, así que no le haré sufrir más. Vuelva a sentarse. Eso sí, exijo justa correspondencia de información.

—Ya decía yo: tardaba en aflorar la razón de su predisposición —comentó Charles, satisfecho, y obedeció.

—¿Tan predecible soy? Seguramente, para alguien como usted —justificó doña Emelina—. Mientras ustedes estaban ocupados en

escandalizar a los huéspedes del balneario con su paseo en canoa, yo envié a Vicenta con una nota a la habitación de la joven viuda, quien aceptó recibirme —mintió con descaro—. Tras expresar mis condolencias, mantuvimos una conversación banal con el objeto de ganarme su confianza. Cuando lo consideré oportuno, abordé el tema que realmente me preocupaba. He de decir que la muchacha es bastante ingenua, pero no tonta: comprende muy bien la situación tan delicada en la que se halla, pero carece de experiencia y de apoyo para salir adelante sola. Así que una vez que expuse la realidad a la que debía hacer frente…

—¿Podría precisar qué realidad es ésa? —inquirió Charles.

—Pues la propia de una mujer: estar bajo la tutela de su padre o de su marido. Si el marido fallece, pueden acaecer dos cosas: ha nombrado un tutor para su esposa e hijos, en caso de que los hubiera, o regresa bajo la potestad del padre.

—¿Y dónde interviene usted?

—En la tercera opción, que desconocen la mayoría de las jovencitas, porque ya se preocupan de que sigan desinformadas: escoger un tutor. Aunque esto sólo es posible si el marido no ha dejado ninguno nombrado de antemano. El tutor que le he propuesto es el señor Trueba, por ser abogado y conocedor de las leyes en Cuba. Es quien mejor defenderá sus intereses, como viuda independiente, y sus negocios a ambos lados del Atlántico.

—Muy hábil, pero deberán esperar a que se abra el testamento —objetó Charles—. ¿Y qué opina el padre?

—Nada, por el momento. Esta joven, dentro de su desdicha, ha sido afortunada. El sacrificio de soportar las acometidas y las humillaciones de un libidinoso durante una semana le ha reportado una riqueza no soñada y, posiblemente, la libertad.

—¿Ella está de acuerdo con su visión? Si de ella hubiese dependido, dudo de que hubiera escogido ese camino. No me pareció una muchacha con ese temple.

—Por supuesto que carece de él —afirmó con vehemencia doña Emelina—, por eso he mencionado primero su desdicha. Pero, cuando ya ha pasado, hay que reaccionar, rehacerse y tomar las riendas de la vida para no volver a encontrarse como al principio. Eso es lo que le he explicado, y ella lo ha comprendido. Ya ha tenido un encuentro con su tío, el día de su aventura en canoa, y han hecho las paces, aunque debe esperar a la apertura del testamento para tomar decisiones.

—La admiro —reconoció Charles—. Ha sido rápida y eficiente. ¿Ha conseguido alguna información de las razones de ese matrimonio tan desigual?

—¡No formará parte de las personas de mente calenturienta que hemos mencionado antes! —acusó doña Emelina.

—En absoluto. Me inclino por razones políticas por parte del señor Castrejón y pecuniarias por parte del padre. Igual de obsceno.

—Sí, indecente —corroboró doña Emelina—, aunque me alegro de que su avaricia de poder lo haya llevado a la muerte. ¡Un anarquista! Paradojas de la vida. Desde ese punto de vista, es divertida la existencia.

—¿Cree que ha sido ese hombre, Isidro? —indagó Charles. Andrew no había alcanzado al fugitivo, por lo que no habían podido averiguar si se había equivocado de objetivo.

—La política está muy revuelta. En Cuba, dormimos con un ojo abierto, a causa de los mambises. Aquí no están mucho mejor. La inseguridad coarta la libertad y ésa es la finalidad de los anarquistas: crear el caos. ¿Quién iba a ser si no un anarquista? El que el señor Castrejón no fuera muy apreciado no implica un asesinato. Piénselo bien: si asesinásemos a cada individuo que nos cayera mal, quedaríamos muy pocos, aunque estoy de acuerdo con usted en que viviríamos mucho mejor. Estoy convencida de que se trata de un asesinato político —concluyó doña Emelina.

Sí, la señorita Valdivia no iba desencaminada. Era la única opción aceptable. Después de tres días, no habían dado con el hombre, que seguía huido, pero habían registrado su cuarto y habían localizado una bomba dentro de un balón de cuero. Una discrepancia, a su juicio, pues ¿cómo pensaba cometer un segundo atentado si se descubría la tapadera con el primero?

—Ahora bien, no hemos entrado en harina sobre otra cuestión, joven —cambió doña Emelina la dirección de la conversación—. Si dejamos a un lado la presencia de mi sobrina, ¿qué interés le une a nosotros en este balneario?

Charles se sonrió una vez más ante la percepción de la señorita Valdivia. Era un hueso duro de roer.

—El más viejo de todos. Usted lo ha dicho: el interés. Necesito enlaces en la Isla, personas que me tengan al corriente y me comuniquen los avatares políticos y, sobre todo, económicos, para transmitirlos a mi cartera de clientes. Digamos que es un sobresueldo que tengo, aparte de servir a mi Gobierno.

—Algo sospechaba —asintió, pensativa, doña Emelina—. Puede contar conmigo, pero yo también quiero la contrapartida: me gustaría invertir en San Agustín. Es una zona que conozco bien y sé las posibilidades que ofrece. Necesito un testaferro norteamericano. Siendo mujer y española, las oportunidades se esfuman.

—Comprendo. Llevará unos meses el que pueda hacerle alguna oferta. Soy del norte, de New Haven.

—No se me ha olvidado su origen. Los negocios se cocinan a fuego lento, no pretendía una respuesta rápida. El hecho de que sondee

posibles candidatos me sirve.

Continuaron elucubrando un rato más hasta que se acercaron los señores Gea.

—Buenos días tengan ustedes —deseó doña Felisa—. Venimos a comunicarles que es nuestro último día de estancia en el balneario. Regresamos a Gijón; el deber nos requiere.

—Ha sido una suerte el haber disfrutado de unos días de asueto —incidió don Primitivo—. Hacía años que no habíamos podido ausentarnos.

—El comercio es muy exigente —corroboró doña Emelina—. Ha sido un placer el conocerlos, y me pasaré por el colmado de su hermano a llevarle sus recuerdos. Por favor, me encantaría escribirles, si les parece bien.

—Si me disculpan… —interrumpió Charles—. Debo retirarme; tengo un compromiso —se excusó—. Ha sido un placer disfrutar de su compañía. Les deseo un feliz regreso a casa.

Tras la despedida, entró en el hotel. Había divisado a Andrew, que había salido al amanecer hacia la capital, y se apresuró a su encuentro para enterarse de las nuevas. El irlandés se había quitado la chaqueta y se estaba descalzando cuando Charles entró en la habitación.

—He mantenido una conversación muy interesante con doña Emelina —anunció Charles—, pero primero sus noticias.

—Robert Fisher, el secretario del cónsul en La Habana, se ha empleado a fondo. Habrá que recompensarlo. Los Valdivia son una familia sólida, sin escándalos, a excepción de doña Emelina, que la consideran una excéntrica, pero de carácter generoso y amable en el trato con las mujeres que trabajan para ella. En La Habana, la opinión es más diversa, pero la consideran inofensiva y no perjudica a nadie.

—Eso es importante. Si no molestas, pasas desapercibido —puntualizó Charles—, aunque me cuesta creerlo cuando está ayudando a mujeres que tienen problemas con hombres de posición.

—Sí, pero no son tantas a las que puede echar una mano, y siempre de forma discreta, sin señalar al culpable, por lo que la dejan en paz.

Aun así, Charles pensó que una mujer con esa filosofía debía de tragarse el orgullo constantemente y, con el tiempo, te doblegas o te rompes: una lucha entre David y Goliat, sólo que David, en esa ocasión, no llevaba las de ganar y había de conformarse con pequeños triunfos.

—En la Isla —continuó Andrew—, la familia Valdivia viene a ser una burguesía bien posicionada y con un reconocimiento social bien cimentado por las generaciones que llevan viviendo allí, la educación que han recibido y la buena administración.

—¿Sin un escándalo ni oveja negra en generaciones? —se extrañó Charles.

—La señorita Valdivia —reiteró Andrew— y, por lo que sabemos, el señor Carvajal. Sin embargo, la discreción es un lema que llevan a rajatabla, y funciona. Sigo. Ahora viene lo interesante: la familia Gea; para ser más precisos, los hermanos, pues don Primitivo conoció a su esposa en Gijón. Primitivo y Ramiro emigraron a Cuba en el momento en el que proliferaban los talleres de tabaco torcido en La Habana. Mano de obra barata y sin horario: cada operario se fija su propio horario por lo que participan muchas mujeres. Los hermanos se ponen en contacto con otros asturianos a través de la Sociedad Asturiana de Beneficencia, que les conceden un préstamo para montar un taller, y no sólo devuelven el préstamo, sino que empiezan a hacer dinero. El mayor, Primitivo, se echa novia, hija de emigrantes asturianos. La vida les sonríe hasta que entra en escena Valentín Castrejón. Adquiere una buena casa en el centro de la ciudad y la transforma en un prostíbulo de lujo, pero carece de espacio alrededor por lo que compra casas y talleres para despejar aquello y crear un jardín propicio para sus meretrices y fiestas. Los hermanos se niegan a vender y tienen un altercado con Castrejón. Un día, a última hora de la tarde, cuando los trabajadores abandonaron el local, se declaró un incendio, con la mala fortuna de que la novia de Primitivo se encontraba dentro. Lo extraño del caso, pues hubo testigos, fue que el local empezó a arder desde dos puntos distintos y que nadie gritó ni pidió auxilio, por lo que los viandantes y los que acudieron a apagarlo pensaron que no había nadie dentro. Robert me comentó que esos talleres son endebles y están bien ventilados, por lo que es fácil escapar de ellos, así que no entiende cómo pudo quedar atrapada la muchacha. Corrieron rumores sobre una venganza por no avenirse a los deseos de don Valentín.

—¿Sugiere un asesinato? —preguntó Charles, vivamente interesado.

—El desenlace fue que Primitivo quedó muy impresionado y abandonó Cuba, mientras que su hermano decidió quedarse y contrajo matrimonio con otra asturiana, cuyos padres regentaban una tienda de abarrotes. Con tesón y cabeza, la convirtió en un gran colmado, donde se pueden adquirir artículos importados, no sólo de España, sino también del resto de Europa. Aquí es donde entra Primitivo de nuevo.

—Sí. Han sido inteligentes y se han labrado una posición holgada, pero… ¿han olvidado? Hay una muerte muy personal de por medio, y don Primitivo ocupaba la cabina de al lado —caviló Charles.

—¿No ha sido el anarquista? ¿No habíamos dejado de lado el asesinato? Creí que buscaba contactos para sus inversores. Ramiro es un buen candidato. Estará abierto a cualquier oferta que provenga de Norteamérica.

—Sí, y también doña Emelina. Está más que dispuesta y cobra en especie: busca un testaferro en San Agustín. Desea diversificar. Muy

inteligente cuando la Isla está que arde con los mambises. Y no es por nada, pero doña Emelina está mejor situada socialmente. En cuanto al asesinato, ahora tenemos un anarquista, la señora de Trueba y el señor Gea, y éste último mañana regresa a Gijón.

—Si no ha sido el anarquista, el crimen se queda sin resolver. La aparición de la bomba en el cuarto del bañero ha sido determinante para la Guardia Civil y para el resto del personal del balneario —resumió Andrew—. ¿Por qué cree que no es el asesino?

—Es una impresión —replicó Charles—. El guardar la bomba en la propia habitación refleja un carácter falto de iniciativa, de empuje. De hecho, sabiendo que lo buscan, permanece en los alrededores. Me va a decir que los anarquistas se ufanan de su arrojo y le restan importancia a la muerte; aun así, no me convence. ¿Se puede ser más estúpido? Sin descartar al anarquista, me inclino por la señora de Trueba —insistió en el tema Charles—. Han pasado muchos años para planear una venganza, ¿y cómo se habría enterado el señor Gea de que el señor Castrejón iba a pasar unos días en este balneario? Sin embargo, la señora de Trueba ha podido recibir noticias del enlace y del sitio donde pasarían la luna de miel por el lazo familiar, aunque no se tratasen.

—Sí, es factible —admitió Andrew—, pero, además de los años transcurridos, me parece demasiado nerviosa para apretar un gatillo a quemarropa.

—Que no se le olvide el detalle de la gruta —advirtió Charles—. Era una mujer presionada por un chantaje; puede que de ahí proviniera el nerviosismo. La desesperación proporciona fuerza para llegar adonde nunca te habrías atrevido ni en sueños.

—Sigue empeñado en buscarle tres pies al gato —suspiró Andrew.

Se quedaron pensativos, sumidos en recuerdos de sus propias historias, hasta que empezó a declinar el sol y se espabilaron para cenar.

17

Nemesio se va a Alceda

MIÉRCOLES, 26 DE AGOSTO DE 1891

La vida de Antonia se había alterado; su organizada y tranquila existencia se había roto; su seguridad se había aventurado por una tierra ignota: ¿el amor? Algo había sucedido cuando su mirada se hundió en el profundo azul de los ojos del norteamericano. Desde el día de la excursión en canoa, se había mantenido al resguardo de la sombra de Nemesio; no por obediencia, sino por necesidad de un tiempo, de una pausa para aclararse ella misma, para acostumbrarse a la presencia de esa extraña que había aflorado intempestivamente sin haber sido convocada. ¡A sus treinta años! Cuando ya estaba convencida de que nada nuevo turbaría su vida; cuando se había acostumbrado a la idea de una existencia plana y monótona; cuando había ocultado su frustración detrás de Ada Pokefinger, la protagonista de sus novelas y el reflejo de la mujer que soñaba ser.

Suspiró, tamborileó con los dedos sobre la superficie de la mesa y se concentró en la hoja que tenía ante sí, aguardando a que su imaginación se trastocara en palabras escritas. Ya quedaban pocas semanas para regresar al pasado, a Cuba, a su antigua vida, y nada de lo que le afectaba en ese momento tendría importancia. Su existencia se perdería de nuevo en la selva tropical, entre los campos de caña de azúcar. Empuñó la estilográfica y decidió llenar la hoja.

«Se inicia la investigación.
Mientras Reginald sondeaba a la policía, Ada decidió investigar por su cuenta y se introdujo en el balneario en busca de respuestas. La recepcionista, una muchacha muy dicharachera, la informó del ir y venir de los empleados y de los clientes esa mañana. La única sospechosa, por el lugar en el que se encontraba, era la señora de Camino, y quien más motivos reunía para cometer el asesinato. Por otro lado, la frialdad que requería un disparo a quemarropa restaba fuerza a la convicción. Cuando Ada y Reginald se reunieron y estudiaron el caso, comprendieron que el siguiente paso consistía en hurgar en el pasado del señor Barrios y del resto de los sospechosos, antes de descartarlos. Y, sobre todo, hallar el arma».

Estrella, como siempre, la sacó de su actividad preferida y de su refugio mental, pues la evadía de aquello que la molestaba y turbaba. La chica se dirigió al armario y sacó uno de los vestidos de noche.

—Hay concierto —recordó a su señora como explicación a su elección.

—¡Qué aburrido! Aunque igual es mejor —corrigió su percepción—. ¿Puede leer esto mientras estoy en el aseo? Me gustaría su opinión, ya que me estoy basando en hechos reales. Es la primera vez que lo hago, y carezco de perspectiva.

Entró en el tocador y se acercó a la palangana, vertió un poco de agua y la mezcló con agua de rosas, un aroma más adecuado para la noche que el azahar. Se limpió el *cold cream* que se extendía por la cara en los ratos de descanso para que el cutis se hidratara y suavizara. Durante el día empleaba una receta muy famosa en Cuba para prevenir la quemadura del sol, aunque en Europa no era tan maligno como en el Caribe. Se sentó delante del espejo y se repasó las cejas, pero estaban perfectamente delineadas, así que se dedicó a untarse un poco de cera en los labios para que resaltaran y, con un pompón, esparció ligeramente unos polvos de arroz por la cara y el cuello. No le gustaba abusar de ellos, porque el efecto era terrible con el sudor. En ese instante, entró Estrella para peinarla.

—Está bien, pero le falta un poco más de intriga. ¿No va a utilizar el asunto de los albornoces, por ejemplo? —sugirió Estrella.

—¿Qué pasa con los albornoces? No lo recuerdo.

—No es importante, pero en la novela puede darle juego. En la cabina de doña Lina se olvidaron de restituir el albornoz y, por esa razón, Vicenta se acercó a la recepción a pedir otro. Sin embargo, cuando regresé por la tarde con el señor Malloy, la recepcionista me contó que apareció el albornoz dentro de otro albornoz, como si fuera un forro.

—¡Qué extraño! —habló Antonia al espejo en el que se reflejaban mientras Estrella evaluaba la colocación de los adornos en el cabello para que no resultaran excesivos.

—Algún friolero al que le parecería poco un albornoz —restó importancia la gallega.

—Tengo que pensar cómo podría emplear ese detalle. Estaría bien y resaltaría mi ingenio —evaluó Antonia. Se levantó y Estrella se acercó a la cama para coger el corsé—. ¿No deberíamos estrechar un poco más la cintura?

—¿Desde cuándo se preocupa por su cintura? ¿Quiere parecer más estrecha de lo que es? Tiene razón su tía, es un misterio dónde mete lo que come.

Antonia notó que Estrella se ruborizaba al darse cuenta de que había hablado de más. Calló y se acercó a su espalda, pero ella había

cambiado de opinión.

—Déjalo, así está bien. No puedo resaltar unas curvas que no tengo por mucho que apriete el corsé.

Variar de hábitos era un síntoma de que algo había cambiado en ella, y no deseaba que se notara. Su tía era un lince para esos detalles insignificantes. Todos sus corsés eran blancos para que no se trasparentaran, ya que los vestidos eran algodones y muselinas de colores crudos o pasteles. Los usaba de ballenas, a pesar de que eran más costosos, y evitaba los metálicos por rígidos; sólo el broche delantero era metálico y facilitaba el poder valerse por una misma.

Salió a buscar a su tía y encontró la habitación vacía, así que bajó. La halló en un rincón del vestíbulo, acompañada de los señores Trueba y de la reciente viuda de Castrejón, vestida de luto, como si fuera una sombra. Intrigada, se acercó y se la presentaron por segunda vez: doña Catalina Trueba, viuda de Castrejón.

—He pedido a nuestra sobrina que nos acompañe a la mesa —explicó su presencia la señora de Trueba—. No es bueno que permanezca todo el día encerrada y aislada: debilita el cuerpo y la mente.

—Estoy de acuerdo con usted. ¿Se sabe algo sobre la investigación? —se interesó Antonia.

—No han localizado al bañero —informó el señor Trueba—, pero el médico forense nos ha comunicado que podemos disponer del cuerpo de don Valentín. Me he ocupado de realizar los trámites pertinentes para que pueda ser enterrado mañana en Solares. Creemos que es lo más conveniente, ya que no hay familia que lo reclame en Cuba.

—Cuente con nuestra asistencia —ofreció la tía Lina—. No la dejaremos sola en semejantes circunstancias.

—Mi padre ha anunciado su llegada para el día de hoy; sin embargo, es ya la hora de la cena y no ha aparecido —comunicó la viuda, contrariada.

—Ya que menciona la cena, ¿no deberíamos ir entrando en el comedor? —observó la tía.

—Nemesio y el señor Webster ya estarán sentados —dijo Antonia —. Iban muy concentrados en la conversación.

Se despidieron hasta la hora del concierto y enfilaron hacia el comedor. Antonia condujo a la tía hacia su mesa, los caballeros se levantaron en cuanto se acercaron, Nemesio la ayudó con la silla y luego se concentraron en leer la carta.

—No sé qué tienen estas aguas que abren el apetito. —El balneario había recobrado la rutina y doña Lina acudía con regularidad a los baños—. Mirad, pollo a la cazadora. Seguro que está más sabroso que ese salteado de pollo a la Lyonnaise que nos sirvieron en París.

—Comprendo que le cueste adaptarse a otro estilo de cocina —

comentó Nemesio, dejando la carta sobre la mesa—, pero no deja de ser una aventura probar sabores nuevos.

—Coincido con usted —intervino el señor Webster—; sin embargo, me decanto por la comida mediterránea, ya sea española, francesa o italiana. Les aseguro que la británica es muy aburrida y sin sabor. Mi madre ha alcanzado un equilibrio entre las dos, aunque, poco a poco, ha conseguido arrastrar a mi padre al paladar californiano: una mezcla de español y mexicano. Los colonos adaptan las recetas tradicionales a los alimentos que les proporciona la zona.

—Es decir —concluyó Antonia—, que excepto el pavo y la carne de bisonte, los norteamericanos no han logrado desarrollar un recetario propio.

El que las camareras tomaran la mesa al asalto y les sirvieran las bebidas y el primer plato produjo el cambio de conversación.

—Ya he establecido contacto con el dueño del palacete de Alceda —anunció Nemesio—. He reservado una habitación en la Fonda y Café de La Iberia, así que, tal y como habíamos quedado, me iré solo.

—¿Dejas a Rosendo aquí? —se extrañó Antonia.

—Creo que el vino no te sienta bien, querida —indicó Nemesio sin perturbarse—. ¿Adónde voy a ir sin mi ayuda de cámara? Me quedaré unos días para conocer la zona y examinar con más detenimiento la propiedad. Es bastante probable que llegue a un acuerdo, pero no quiero precipitarme. Se trata de una inversión importante. Aunque lo que en realidad me inquieta es la visita de mi hermano, el vizconde de Tendilla. Se detendrá en Alceda para hablar conmigo y, después, seguirá su camino a San Sebastián. Parece ser que el ministro de Ultramar, el señor Fabié, despachará con la reina, y celebrará varias conferencias: con el señor Cánovas y con el conde de Galarza, senador por la provincia de Santa Clara.

—¿Y qué interés tiene su hermano en esas reuniones? —curioseó doña Lina—. Cualquier cubano que se halle en la Península conoce el contenido de esas conversaciones: serán sobre asuntos antillanos y, especialmente, sobre los aranceles.

—Lo sé, doña Emelina —suspiró Nemesio—, por eso me preocupa.

—Sí, no está de más ser cauteloso —aprobó la tía Lina—. Nosotras deberíamos aprovechar y hacer alguna excursión. Hablan maravillas del Sardinero.

—Ya he estado, y les adelanto que no ofrece nada mejor que La Habana o Matanzas. Santander es una población muy provinciana —opinó Nemesio.

—No creo que se pueda establecer una comparación justa —prosiguió doña Lina— si nos basamos en los adelantos. En Cuba disfrutamos de elevadores hidráulicos, de más líneas de ferrocarril que en la Península. En Cuba se construyó el primero en territorio español,

en 1837.

—Que concluimos los norteamericanos. Creo que nuestras locomotoras Baldwin todavía funcionan —recordó el señor Webster.

—Y sus compatriotas aprovecharon bien la coyuntura —acusó doña Lina—. A raíz de aquella colaboración, las inversiones norteamericanas han sido goteo constante, hasta el punto de que prácticamente dependemos de ustedes.

—No sea injusta. No sería caballeroso recordarle su propuesta —contratacó el señor Webster.

—¿Qué propuesta? —curioseó Nemesio.

—La de matrimonio —respondió rauda la tía, y Antonia se sonrió. A la tía no le gustaba que husmearan en sus asuntos—. Es muy español cerrar los negocios con un lazo de sangre —zanjó, para mayor incomodidad de Nemesio, quien se lo tomó como una alusión personal, pero la tía cambió de tema antes de que replicara—: ¿Habrá alguna guía en la recepción del hotel sobre Santander?

Terminó la cena y se dirigieron al salón principal para asistir al concierto; sin embargo, los señores Trueba y la joven viuda no se reunieron con ellos.

18

Una violenta discusión en la habitación de la viuda

Estrella cenó en la sala anexa a las cocinas, junto al resto de los criados. Con Vicenta se llevaba bien, como todas las mujeres de la hacienda *Manzanillo,* pero era demasiado seria y parca en palabras para ella. Además, la mulata hacía sus comidas en la habitación y prefería quedarse sentada en el vestíbulo y entretenerse contemplando el ir y venir de los huéspedes hasta que doña Emelina la llamase. La noche, como las anteriores, iba a ser larga, ya que los señores se quedaban hasta tarde después de la cena, así que aprovechó para dar un paseo por el exterior. Se arrebujó en su chal para protegerse de la humedad y siguió el sendero hacia el molino, alejado del bullicio del hotel, que refulgía como si fuera de día. Se adentró en la rosaleda, rodeada por un alto seto de boj, y se sentó en uno de los bancos que rodeaban la fuente. Desde allí, veía las estrellas que cuajaban la bóveda celeste, y el silencio, roto por algún grillo impertinente o alguna risa esporádica, la envolvió de serenidad. ¿Qué tenían el agua y la noche de mágicas?

—¿Interrumpo? —preguntó una voz con fuerte acento extranjero.

—¿El qué? —preguntó, desorientada por la sorpresa.

—Su conversación con las estrellas.

—Creía que había quedado claro que no trataría de seducirme —resopló Estrella.

—Yo he sido amable; usted se ha delatado. Así que le gustan las palabras bonitas… ¿Puedo sentarme?

—El banco no es mío. ¿A quién no le agrada un requiebro o una frase ingeniosa?

—¿Sabe que los gallegos y los irlandeses no nos diferenciamos tanto? —planteó Andrew, tomando asiento—. Para nosotros, los celtas, la noche es mágica, llena de historias sobre seres feéricos. Me gusta lo que sugiere su nombre. Sus padres debieron de ser unas buenas personas.

—Ahora pretende ablandarme con los recuerdos. Fueron los mejores padres, aunque sin suerte.

—Por fortuna, a usted le ha ido bien. La señora de Carvajal no me

parece una dueña muy exigente.

—La fortuna no ha intervenido en mi vida. A doña Emelina le debo lo que soy —contradijo Estrella—. Todavía tengo pesadillas: imagino que la señorita Valdivia no llega a tiempo.

—Soy un desconocido, pero ¿me confiaría su historia? Le aseguro discreción y un rato de desahogo.

Sí, por qué no soltar aquello que se le agarraba al pecho con tanta inquina, pensó Estrella. ¡Qué difíciles de arrancar eran los acasos! Y si acaso esto, y si acaso lo otro… ¡Qué más daba si no había sucedido! ¿Por qué la acosaban si carecían de poder para ello?

—Recuerdo la aldea de donde salimos. Yo tenía ocho años, pero las brumas, la lluvia pertinaz y el eterno frío metido en los huesos son inolvidables. Una vez superada la emoción y la novedad del barco que nos transportaba a Cuba, el viaje se convirtió en una pesadilla por la comida y por el hacinamiento. No éramos los únicos emigrantes y, en la tercera clase del vapor, imperaba la incertidumbre en los rostros y en el ánimo. Cuando arribamos a La Habana, nos estaban esperando los grandes hacendados. Ya en el barco nos contaron que los campos de tabaco eran más benignos que los de caña: la constante exposición al bagazo produce lesiones respiratorias y pulmonares. En eso tuvieron suerte, y los contrató un tabaquero catalán. Aquellos años los recuerdo con alegría. La esperanza renació en los rostros de mis padres: teníamos una casita propia, que mi madre mantenía limpia y acogedora, y el frío había abandonado nuestros huesos. Dicen que la felicidad no dura mucho. Creo que es verdad.

»Durante unas lluvias torrenciales, mis padres contrajeron el cólera. Sucedió tan rápido que no fui consciente de que los perdía. El párroco del lugar se encargó de las cuestiones burocráticas y de enterrarlos. Yo viví unos días sola, hasta que el dueño de la tabaquera vino a echarme. Me dijo que no podía ocupar la casa, que era para familias trabajadoras y que tenía que irme. Me ofrecí para trabajar y le expliqué que no tenía adónde ir. Yo era muy ingenua y no me percaté de lo que significaba la mirada con la que recorrió mi figura: casi era una mujer. Me dijo que me vistiera con las mejores galas y que a primera hora de la mañana me recogería para ir a La Habana. Así lo hice, sin cuestionarme más. Cuando pienso en ello, creo que estaba bajo el estupor de la pérdida.

»Llegamos a La Habana y me condujo a una casa muy bonita por fuera. Deduje que me llevaba para servir a unos señores y no me pareció mal. Salió a nuestro encuentro otro hombre que me revisó de arriba abajo; lo justo sería reconocer que me desnudó con la mirada. Mantuvieron una discusión por dinero, el hombre pagó y el tabaquero se fue con el bolsillo lleno y sin una mirada atrás. Fue entonces cuando empezó a desperezarse mi instinto, pero ya era tarde. El

hombre me cogió del brazo y tiró de mí hacia el interior. Me condujo al sótano a trompicones, abrió una puerta metálica, que estaba cerrada con llave, y me arrojó dentro. Tras de mí, volvió a cerrarse la puerta. Yo estaba anonadada, ni siquiera había gritado o suplicado. Cuando la vista se acostumbró a la penumbra, descubrí que no estaba sola. Había otras chicas de mi edad, todas negras o chinas: sentadas en el suelo, silenciosas y con la mirada perdida. Me senté al lado de una de ellas y le pregunté si hablaba mi idioma. Habían nacido en Cuba y las habían vendido sus dueños. Aguardaban la subasta. *«Pero yo no soy negra, y soy libre; no pueden subastarme»,* razoné, y ellas se rieron. Era mujer, doncella y sin familia, correría la misma suerte que las demás. Me describieron la subasta con toda suerte de detalles: desnudas ante la mirada de los hombres que pujarían, y luego… Creí enloquecer de vergüenza y humillación, incluso me planteé el suicidio, pero es un contratiempo que contemplan los captores y no había con qué.

»El día de la subasta se acercaba inexorablemente, y yo no podía impedirlo. ¡Una tortura! Llegó el maldito día, y nos pusieron en fila. Una mujer nos vigilaba mientras otras dos nos bañaban y nos ponían presentables. Vomité dos veces ante la diversión de aquellas prostitutas. Me aseguraron que enseguida me acostumbraría, que no era para tanto, y entonces, el milagro sucedió: la señorita Emelina llegó a un acuerdo comercial con el proxeneta y me adquirió. Me sacaron de allí, y el hombre, nervioso, me empujó hacia ella. Recuerdo sus palabras: *«Llévesela cuanto antes. Que no las vea. Está a punto de llegar. Yo sellaré las bocas».* Doña Emelina, por aquellos días, caminaba por su propio pie. Fuera la aguardaba Vicenta, con las riendas del calesín en la mano. Me llevaron a *Manzanillo,* la hacienda, y allí comenzó mi nueva vida: aprendí a leer, a escribir, a calcular y a coser. Después, entré a servir a la señora de Carvajal. Dispongo de cierta libertad, de habitación propia y de sueldo —enumeró orgullosa—. Estoy deseando regresar para recuperar mi independencia. Los criados en Europa no gozan de muchas comodidades.

—Una historia muy triste y muy dura. Me alegro de que saliese indemne —espiró el irlandés, como si hubiese contenido en aire.

—Físicamente, sí. Pero me hice mayor de la noche a la mañana. Abrí los ojos a la realidad de ser mujer. Si doña Emelina no hubiera llegado a tiempo…

—Pero llegó, y doy gracias al Señor por ello. Es una mujer admirable.

—En más de un sentido. Me gustaría ser tan fuerte como ella.

—Y lo es: una mujer con la alegría de vivir en los ojos, con la sonrisa pronta, sincera, con genio y orgullo. No han conseguido arrebatárselo.

—¿Se ha enterado de algo más sobre el asesinato? —Estrella

decidió que necesitaba sacudirse de la mente esa intempestiva desnudez de su vida. Todavía se preguntaba por qué se había expuesto tanto, aunque se sentía bien.

—Ni yo ni nadie —replicó el irlandés—, aunque tampoco se muestran muy interesados. La llegada de Sagasta llena la prensa y las cabezas de los santanderinos y, en especial, la de los dueños del balneario.

—Sí. Lo he notado en la actividad de los empleados, y hay operarios por toda la finca para dejar los jardines como si se presentaran a un concurso floral. —Estrella necesitaba ideas para la novela de su señora y continuó—: Imagino que, si no se ha encontrado ya la pistola, ésta no aparecerá. Sin embargo, me he quedado con una intriga. ¿Recuerda que la recepcionista nos contó que había aparecido un albornoz dentro de otro albornoz?

—¡Um! Sí, pero no creo que tenga importancia.

Estrella expuso como propio el hilo del relato de Antonia.

—Imaginemos que uno de los sospechosos fue descartado porque se encontraba tomando el baño en ese instante.

—¿Cuál sería la razón del descarte?

—El reguero de agua que dejaría de una cabina a otra —explicó Estrella.

—Entiendo. —Se quedó pensativo el señor Malloy—. Las dos personas vecinas de la cabina de la víctima eran la señorita Valdivia y el señor Gea. En la cabina de la señorita Valdivia faltaba el albornoz y, luego, fue hallado un albornoz dentro de otro. Eso nos conduce a pensar que el asesino sería el señor Gea, pero hay un problema: la señora de Trueba aguardaba en el pasillo a que le indicaran su cabina. Lo habría visto.

—O no —planteó satisfecha Estrella—. Se ignora el momento exacto del asesinato: se sabe cuándo entró y cuándo se lo encontró y que, en ese espacio de tiempo, se cometió el delito.

—Así que el señor Gea —repitió el irlandés.

—¡Oh! No se lo tome en serio —se alarmó Estrella—. Se trata de un juego. El asunto de los albornoces puede tener cualquier explicación ajena al crimen. Y el señor Gea no encaja en el perfil de un asesino.

—¿Y cuál es el perfil de un asesino, según usted? —retó el hombre.

—Pues, alguien con malas intenciones, mal encarado y furioso; o al menos, irascible.

—Y si además tiene aspecto de sucio y abulta el arma debajo de la chaqueta, mejor —puntualizó el señor Malloy.

—¡Oh! ¡Vamos! No se ría de mí de una forma tan descarada —exclamó Estrella, a la vez que soltaba una carcajada.

—Creo que ha leído muchas novelas de detectives. —La acompañó en la risa—. Están muy de moda en Estados Unidos.

—Me ha pillado —se acusó Estrella, lejos de descubrir a su señora —. No me negará que es divertido. Pero Dios me libre de acusar, por una mera especulación, a nadie de algo tan grave. ¡Pobre señor Gea! Se van mañana a primera hora, por eso no han bajado a cenar. Supongo que habrán adelantado la hora y la habrán tomado en la habitación. Se hace tarde, he de regresar, no vaya a ser que la señora se retire pronto. —Encadenó las ideas en voz alta.

—La acompaño. No puedo dejar que una mujer con una imaginación tan viva deambule sola por la noche. Igual se tropieza con el asesino o con un ladrón de guante blanco.

Estrella iba a replicar que era pobre y que carecía de algo con suficiente valor como para despertar la avaricia, pero se mordió la lengua a tiempo. Acababa de relatar una historia en la que a ella le habían puesto un precio. Caminó del brazo del hombre y se sintió segura. Era importante sentirse así, y rogó por que nunca más se viera en una posición de fragilidad. Llegaron al vestíbulo y comprobaron que el concierto continuaba.

—Subiré con usted. La imitaré y aguardaré en la habitación al señor Webster.

Las escaleras desembocaban en el pasillo frente a las puertas de las habitaciones principales y, de ahí, éste se bifurcaba a la derecha y a la izquierda; sin embargo, los dos quedaron clavados cuando oyeron las voces alteradas que traspasaban el grosor de la puerta de madera.

—Es la habitación de la viuda de Castrejón —susurró el señor Malloy en cuanto se fijó en el número 3.

Estrella, lejos de cohibirse, se acercó a la puerta para escuchar mejor, y el irlandés no se quedó atrás. Allí, con la oreja pegada y con la vista puesta en el pasillo para que no los sorprendieran, siguieron la discusión.

19

El padre de la viuda

Charles subió por las escaleras, junto a otros huéspedes que se retiraban una vez terminado el concierto. La señora de Carvajal estuvo ocurrente, como era habitual, y él lamentaba hallarse fuera cuando el marido estuviera en Alceda: coincidía la fecha con la llegada de Sagasta a la ciudad. En el pasillo se dispersaron y él tomó a la derecha, hacia su habitación.

Por una vez, Andrew no estaba dormido: aguardaba con la pipa en una mano y apoyado en la jamba de la puerta que daba al balcón. Un signo inequívoco que no transmitía tranquilidad precisamente. Andrew sólo sacaba la pipa de su padre cuando se encontraba ansioso o tenía que tomar una decisión importante.

—¿Ha sucedido algo? —indagó, inquieto.

—Muchas cosas —dijo, y dio una larga chupada a la pipa—. Será mejor que me aleje de la ventana, y hablaré a media voz. Nunca se sabe quién puede escuchar.

Si pretendía que su curiosidad se despertara, había acertado con la forma. Charles tomó asiento en el sofá, mientras que Andrew se quedó de pie; necesitaba espacio para dar rienda suelta al nerviosismo.

—Empezaré por lo que hemos oído en la habitación de la viuda de Castrejón.

—¿«Hemos oído»? —repitió Charles.

—Estaba con la gallega. Regresábamos del jardín hacia las habitaciones, pero la discusión de la número tres nos ha llamado la atención. Admito sin rubor que hemos pegado la oreja a la puerta y, antes de que me lo pregunte, no, no nos ha visto nadie. No había terminado el concierto, y no había un alma en el pasillo durante el rato de escucha.

—Luego, ya lo sabrá la familia Carvajal —dedujo Charles.

—No habrá forma de impedirlo, aunque no creo que tengan interés en hacer uso de esa información.

—Desembuche de una vez. Me tiene en ascuas —exigió Charles, contagiado de la ansiedad.

—Durante la cena (lo he comprobado en recepción) ha llegado solo el padre de la viuda: se ha registrado como Pedro Trueba; es hermano

de Sixto Trueba, como habíamos averiguado. La discusión estaba empezada y tenía lugar entre los dos hermanos, aunque tanto la viuda como su tía, doña Lucía, estaban presentes. Don Pedro acusaba a su hermano de entremeterse entre su hija y él; le ha echado en cara que nunca había querido saber de ellos hasta ahora, cuando había olfateado la herencia de su sobrina. Don Sixto lo ha rebatido y le ha devuelto la acusación: lo ha llamado oportunista, lo ha acusado de sacrificar a su hija a un matrimonio de tanta diferencia de edad y de ponerla en boca de todos. No voy a repetir todos los trapos sucios de la familia, le transmitiré los más jugosos. Uno de ellos se refiere a la posición política del señor Trueba, quien se sirve de su clientela en Cuba para trepar puestos dentro del círculo de confianza de Germán Gamazo. Por lo que ha dicho don Pedro, son prestamistas, y la gente les debe muchos favores.

—Así son los negocios. No encuentro nada vergonzoso.

—Otro se refería al pasado de la señora de Trueba. El finado conocía algo sobre ella con lo que trató de chantajearla. Don Pedro ha explicado que era algo muy turbio y vergonzoso, aunque, al negarse a revelarlo, pienso que ignora en qué consiste el secreto. Y su hermano también ha llegado a esa conclusión; mejor dicho, cree que no existe tal secreto y que su hermano lo ha inventado para atemorizarlo. La señora de Trueba lo ha negado indignadísima, pero don Pedro ha insistido, de lo que deduzco que la señora de Trueba llevaba la mentira escrita en la cara. Una lástima que no pudiese verla.

—Por el asunto de la gruta, es fácil pensar que ese secreto existe —corroboró Charles—. ¿Y la viuda?

—Lloraba. Aunque ha debido de ser el desencadenante del altercado por las palabras acusatorias del padre. La señora de Trueba ha sido quien ha puesto fin a la discusión. Ha negado todas las acusaciones y ha alegado que carecían de sentido. Ha exigido que, si sabía algo, lo dijera; en caso contrario, si insistía, lo acusaría de difamación. Ha añadido que era un triste intento de socavar la confianza de su sólido matrimonio por envidia y por venganza al no conseguir lo que buscaba.

—Es valiente e inteligente —ponderó Charles.

—¡Un peligro en el póker! —coincidió Andrew—. Como la joven no dejaba de gimotear, doña Lucía se ha quedado a dormir con ella. La excusa perfecta para mantener el control sobre la sobrina y al padre alejado.

—Y para evitar una confrontación con el marido. Es imposible que el señor Trueba no esté con la mosca detrás de la oreja. Lo que me queda claro es que el secreto de la señora de Trueba puede costarle al marido muchos años de esfuerzo para formar parte de la élite vallisoletana. Ésa era el arma con la que contaba el señor Castrejón y

que debió esgrimir con su suegro, pero no fue tan estúpido como para compartirla con alguien tan imprevisible y egoísta como don Pedro. Por eso mismo, me pregunto: ¿cómo pensaba controlarlo en el futuro? Un hombre de esa calaña siempre origina problemas, y no me imagino al señor Castrejón, por lo poco que he podido vislumbrar, con la paciencia de aguantarlo.

—Seguimos sin descubrir el secreto de la señora de Trueba— se lamentó Andrew.

—¿La considera con suficiente temple como para apretar un gatillo? Cumple los requisitos de un asesino —analizó Charles.

—¡Ah! En cuanto a eso, hay algo que hemos pasado por alto. El asunto de los albornoces. La joven Estrella ha desarrollado una curiosa teoría en torno a los albornoces: el que había desaparecido de la cabina de doña Emelina y que luego apareció uno metido en otro. El asesino necesitaba un albornoz para secarse y no dejar un reguero de agua.

—¿Y no le servía una toalla? —objetó Charles.

—Para secarse, sí, pero ¿para pasearse por el pasillo? Si fuera así, sólo encaja el señor Gea, siempre y cuando no lo vieran la señora de Trueba ni Vicenta, que salió a reclamar otro albornoz.

—Es una teoría alambicada, aunque el caso es retorcido. Cada vez estoy más convencido de que responde a un plan muy bien elaborado y, al mismo tiempo, más sencillo de lo que parece. No hay cabos sueltos y sí muchos obstáculos para esclarecerlo.

—Habíamos decidido dejarlo —se disculpó Andrew—, pero resulta muy atractivo el misterio.

—Está bien pensado el tema de los albornoces. Es complicado que aparezcan de esa forma, y demasiada casualidad que suceda algo así cuando se ha cometido un crimen, que tampoco se comete todos los días. Coincidencias que son como alarmas, pero ¿cómo las relacionamos para que nos despejen el camino hacia el asesino? Y la solución a los albornoces de su amiga no me convence. Habrá que buscar otro motivo.

—Los señores Gea regresan mañana a Gijón —recordó Andrew—, así que ya será imposible averiguar la verdad. Aunque me inclino por esa apuesta, el señor Gea.

—Porque es el único hombre, si exceptuamos al bañero —dedujo Charles—. Perdería. Tengo el pálpito de que fue la señora de Trueba: ocasión en ese pasillo no vigilado y motivos poderosos, como el secreto que guarda y el peligro que corría la carrera política de su marido.

—Vayamos a lo práctico —propuso Andrew—. ¿Cuándo nos trasladamos a Santander?

—Pasado mañana, el día veintiocho, viernes. El sábado a mediodía

llegará Sagasta y, por la tarde, el señor Gamazo recibirá en su casa, la quinta *Altamira,* que construyó su segunda esposa, doña Regina Abarca, antes su cuñada. *My God!* —exclamó, molesto—. Ya son enrevesadas las relaciones entre las familias acomodadas en Europa.

—Endogámicas —puntualizó Andrew—. Prefiero ser pobre y elegir con quién casarme.

—No hace falta llegar a ese extremo para casarse por amor —contradijo Charles.

—No sea tan ingenuo —advirtió Andrew—. Si tiene dinero, nunca sabrá hasta dónde llega el amor de ella.

—No sea tan pesimista —retrucó Charles—. ¿Recuerda a la baronesa de Annecy? Creo que el amor llama la atención.

—Y despierta la envidia, por eso se encontraban en ese aprieto.

—Salieron bien de ello. Me enteré en París. Me alegro por ellos, merecen ser felices. No me importaría caer bajo la flecha de Cupido, siempre y cuando fuera correspondido —se sinceró Charles.

—Creo que es la aspiración desde que nacemos: la felicidad —corroboró Andrew.

—Es muy tarde para filosofar, pero la felicidad no está relacionada con el amor. Se puede alcanzar de otras formas, como tampoco es un estado permanente, sino fugaz, intermitente a lo largo de la vida, y de lo que eres consciente sólo cuando dejas de ser feliz.

—Le doy la razón: es muy tarde para filosofar. Mañana preparo las maletas y contrato el medio de transporte.

20

Las maquinaciones de doña Lina

Doña Lina se despertó y sintió la presencia de Vicenta. Incorporó la cabeza y la vio enfrascada en el escritorio. Se sonrió. Había elegido bien a su sucesora: una mujer que continuaría su trabajo no sólo en la hacienda y en los negocios, sino también en la labor de ayudar a otras mujeres.

—¿Ya ha despertado, doñita? —preguntó la mulata innecesariamente, pues ya se había percatado.

—Tiene buen oído. Creía que estaba muy concentrada… ¿haciendo qué? —indagó doña Lina. Retiró las sábanas y se sentó. Vicenta se apresuró a buscar las zapatillas.

—Cálculos y previsiones. Según la zona que escojamos en San Agustín, será más caro o más barato. Debemos saber hasta dónde podemos llegar.

—He pensado —dijo doña Lina, ya de pie— que primero abriremos un comercio en el centro. Nos valdremos de un gestor inmobiliario para escogerlo, pero luego prescindiremos de él para lo demás. No deseo que corra la voz de que hay un inversor buscando tierras y que las suban de precio. San Agustín es todavía una ciudad provinciana, por lo que el comercio será elemental: gaseosa, tejidos, jabones, papel, preferentemente productos que elaboremos en *Manzanillo*.

—¿Venderá allí los tejidos parisinos?

—¡No! —exclamó—. En absoluto. Son telas exquisitas por las que pagarán bien en La Habana. Serán tejidos de algodón, más corrientes y convenientes para el clima. Lo que me atrae de San Agustín es el clima y las tierras. ¿Ha visto cómo los europeos corren a los balnearios y a los baños de ola en los tiempos estivales? Los norteamericanos son muy influenciables y copiarán la costumbre; de hecho, las clases más pudientes ya acuden a la costa, pero no se desplazan tan abajo, todavía —remarcó el adverbio temporal con el tono—. Al otro lado del río Matanzas, frente a la ciudad fortificada, se extienden arenales y palmeras. Ahora valen poco, por lo que habrá que adquirirlos sin levantar sospechas, como he dicho, para evitar la inflación. De ahí la necesidad de un testaferro, de un abogado que lleve a cabo las diligencias sin levantar la liebre. Quiero un Biarritz, un San Juan de

Luz, un San Sebastián o un Santander. Pero allí será todo el año. Quiero construir hoteles pequeños, elegantes, casas individuales para alquilar, con embarcaderos.

—¡Pare, pare, doñita! Pues sí que se ha levantado regenerada. Lo que quiere es que nos convirtamos en una inmobiliaria. No sabemos nada al respecto —objetó Vicenta, revolviendo en el armario. En tanto, Emelina se había escapado al aseo y, desde allí, siguió con su sueño.

—Ya lo he hablado con el señor Webster; él entiende de eso.

—¿El señor Webster? Tampoco es el campo de ese hombre —rechazó Vicenta. Extendió sobre la cama las prendas que había elegido.

—Lo será —aseguró doña Lina, desde la otra habitación—. Es una cuestión de dinero.

—¿Qué está tramando, doñita? Mire que me tiene en vilo todo el viaje —se quejó Vicenta.

—Algo muy indecente —reconoció doña Lina, regresando a la habitación—. Hoy se va Nemesio a Alceda y mañana se va el señor Webster a Santander. Pretendo que se lleve a Antonia con él. Con un poco de suerte Nemesio ni se entera, ya que se quedará varios días y se llevará al incordio de Rosendo.

—Pero ¿usted se escucha? ¡Va a poner en peligro el buen nombre de la niña!

—Ya no es tan niña, Vicenta. Y no creo que su honor peligre mucho. No la conoce nadie, y las murmuraciones no saldrán de aquí. Está enterrada en vida en aquella hacienda, y el norteamericano le gusta. —Pronunció la última afirmación como si fuera una bandera que corroboraba su plan. Dejó que Vicenta le pasara por la cabeza el vestido.

—¿Y qué dice ella? —Por la expresión de doña Lina, Vicenta dedujo—: ¡Ah! No lo sabe. Pues lamento decirle que es igual de obcecada que usted y, si califica su plan de locura, lo cual ratificaré, no habrá nada que hacer, de lo que me congratularía.

—No sea aguafiestas. Conseguiré convencerla.

—¿Y por qué tanto interés? —repitió la pregunta la cubana.

—Ya se lo he explicado: deseo que viva una experiencia de verdad, no sobre un papel. Y el señor Webster me parece el hombre idóneo. Está interesado en mantener el contacto, porque los productos cubanos están en alza en Norteamérica. Y tiene en cartera muchos empresarios que están deseando meter la zarpa en las empresas españolas, mucho más rentables que las de ellos.

—Para eso no necesita que le meta a la niña en la cama; ya lo ha camelado —justificó.

—¿Y si se enamora? ¿Y si se enamoran los dos? —planteó doña

Lina.

—¿De qué habla?

—Me gustaría que se divorciara de Nemesio, aunque eso significara perderla. Viviría en Estados Unidos.

—¿Tiene calentura, doñita?

—En absoluto. Nunca he estado tan segura de algo, Vicenta.

—¿Y ha pensado en su hermano y en su cuñada? Son creyentes.

—Mi hermano es creyente a conveniencia, como yo.

Su hermano la apoyaba porque se sentía en deuda con ella, no porque creyera en ella. Aunque, ante el éxito económico de *Manzanillo,* había notado cómo crecían en Bernardo el respeto y la admiración. Sin embargo, su padre vivía todavía y compartía la casa con su hermano y su esposa, por lo que evitaba aparecer por allí: seguían sin hablarse. Su padre consideraba que ella arrastraba el nombre de la familia por el fango, al estar en boca de la buena sociedad. No apreciaba que hubiera aprendido a valerse por ella misma, algo intolerable para su entendimiento, y, dolido por su actitud independiente, la distancia afectiva había ido aumentando hasta llegar a la inexistencia. Su familia residía en *Manzanillo,* en esas mujeres que dependían de ella y en Vicenta, la única que podía cuestionar sus métodos. Eran muchos años de lucha juntas, desde 1867, que había llegado a la hacienda siendo una chiquilla de doce años, con el miedo pintado en la cara. Le había costado a Emelina que confiara en ella, y a esas alturas se compenetraban, se entendían y se respetaban.

Doña Emelina salió de la habitación agarrada al brazo de Vicenta para ir a desayunar, y en la escalera se encontraron con Nemesio, que bajaba con más soltura los escalones. Se detuvo cuando llegó a su altura.

—Buenos días, doña Emelina. Hoy he madrugado, he desayunado y me voy ahora. Rosendo está subiendo el equipaje al coche de postas —explicó.

—¿Y esa cartera? ¿Está decidido a cerrar la adquisición de la finca?

—Son los papeles y los libros de *La Ceiba*. Le comenté que me reuniría con mi hermano. Imagino que querrá informes más detallados. De paso, veré si puede acercarse por la Fuente del Francés, después de entrevistarse con el ministro de Ultramar, el señor Fabié, y con el conde Galarza, el senador por la provincia de Santa Clara. Imagino que usted también tendrá interés en ello.

—Buena idea. Nada como estar al corriente antes que los periodistas, que lo distorsionan todo —alabó doña Lina—. ¡Ande, vaya! No lo entretengo más.

Nemesio se adelantó y se perdió en el vestíbulo. Quienes estaban ya sentados a la mesa era la pareja de infelices sobre los que iba a tejer

su tela de araña. Tras las salutaciones, le sirvieron el chocolate y unos churros.

—Así que nos abandona mañana —comenzó la conversación doña Lina.

—Tía, no dramatice —la regañó Antonia.

—El deber obliga. No puedo desperdiciar la oportunidad de conocer a los oponentes al Gobierno; quién sabe si volverán a gobernar tras las próximas elecciones —explicó el señor Webster.

—Corre usted mucho. Acabamos de celebrar unas —puntualizó doña Lina—. Ahora que no tienes que estar pendiente de tu marido —lo dijo con cierto sarcasmo, pues cada uno hacía su vida—, ¿no te apetecería conocer la capital? El Sardinero debe de estar en plena ebullición de gente importante y de aristócratas.

—Por supuesto, pero será muy cansado para usted ir y venir en el día —objetó Antonia.

—Pernoctaremos allí, por supuesto —declaró doña Lina.

—Con la llegada de Sagasta, no hay alojamiento en ninguna parte. Fue algo que se nos escapó cuando planificamos el viaje.

—Si se tienen las amistades apropiadas, consigues lo imposible —sentenció doña Lina. Antonia la miró con los ojos como platos—. Hay una habitación reservada en el Gran Hotel Sardinero, por cortesía del señor Trueba.

—Eso sí que es una sorpresa —aprobó el señor Webster con una sonrisa—. Es el mismo hotel en el que me alojaré. ¿Para qué noche lo han reservado?

—Del día veintiocho al día uno, ambos incluidos. He oído que Sagasta irá hacia Alceda a partir de ese día —respondió doña Lina, contenta por cómo se iba desarrollando su plan. Esperaba que cuatro noches fueran suficientes para que un hombre experto, como el norteamericano, desmoronase la reticencia de Antonia.

—Será una experiencia nueva compartir habitación con usted. ¿Vicenta y Estrella tendrán alojamiento?

En lugar de contestar a Antonia, doña Lina se volvió al señor Webster.

—Imagino que habrá contratado un medio de transporte. ¿Le importaría compartirlo?

Antonia iba a protestar por el descaro, pero el señor Webster se le adelantó.

—Estaré encantado de compartir el viaje. ¿A qué hora les parece bien?

—Decide tú, querida —ofreció la tía Lina.

—Lo ideal sería llegar pronto para comer allí —sugirió Antonia—, y así poder descansar antes de salir por la tarde.

—A las nueve en el vestíbulo —citó el señor Webster, y doña Lina

sonrió satisfecha.

21

Un amante para Antonia

El Sardinero

Viernes, 28 de agosto de 1891

Antonia no apartaba la mirada de la ventana del landó que los trasladaba desde el balneario hasta la misma puerta del Gran Hotel del Sardinero. De esta forma, se evitaban trasbordos que, aunque fueran más pintorescos por alternar con las corconeras, retrasaban el viaje. No se atrevía a mirar a la cara al señor Webster, que se hallaba sentado enfrente, por temor a lo que se encontrara reflejado en ella. En la vida había pasado tanto bochorno como cuando la tía Lina había manifestado que ella no se movía del balneario porque se encontraba mal; pero Antonia la conocía lo suficiente como para intuir la excusa. Cuando intentó desistir del viaje, la tía había fingido un enfado desmesurado delante del señor Webster, y Antonia no se había atrevido a llevarle la contraria para no ahondar en su humillación, porque aquello parecía lo que era: una trampa tendida al señor Webster a través de su persona; un comercio de intereses que le recordaba el día de su boda y le revolvía las entrañas.

El silencio en el coche se volvió más pesado al rato de estar en ruta. Ni Estrella ni el señor Malloy, que estaban sentados al lado de sus señores, intercambiaron una palabra, sensibles a lo insólito de las circunstancias del viaje. Sintió que, aunque se muriese de vergüenza, debía decir algo al respecto, pero no se le ocurría nada.

—No voy a negarle que su tía la ha colocado en una posición difícil. —Fue el señor Webster, todo un caballero a sus ojos, quien rompió ese injurioso silencio—. Lo que me pregunto es por qué lo ha hecho. Su tía es una persona afable.

—Y la maniobra, de lo más burda —confesó Antonia, sofocada—. ¿Qué pensará de mí?

—Tranquilícese. —El hombre no parecía molesto—. El lado bueno es que nos conocemos, y que estoy convencido de que usted es tan

víctima como yo, por lo tanto, no se reproche nada. Yo no lo hago.

—Es usted demasiado indulgente. Se desplaza por razones de trabajo, y, además, tiene que aguantar a un par de cubanas locas de atar.

—Otra vez. Dígalo en singular, no se incluya. ¿Nunca se ha visto en una situación forzada? Mi filosofía, en esos casos, es no hacer aprecio y disfrutar. Le propongo comer en el hotel y, a última hora de la tarde, quedamos en el vestíbulo para distraernos con una velada musical en el Casino. Siempre hay algún baile o algún concierto.

—Un concierto —intervino el señor Malloy, dejando constancia de su presencia junto a Estrella—. Lo he leído en *El Atlántico*.

—Mejor, menos comprometido —se alegró el señor Webster—, aunque más aburrido.

—Le agradezco su amabilidad, pero no me parece adecuado…

—Para su tía es algo irrelevante si es adecuado o no —interrumpió el señor Webster—. Creo que no ha alcanzado a descifrar su intención: desea que se lo pase bien, que viva la vida.

—¿Está usted aliado con ella? —Antonia se alarmó ante la idea.

—No. En absoluto, pero sería una tontería no sacar partido una vez metida de lleno en la aventura.

—Ya. Y eso me lo dice un hombre que no tiene nada que perder. —A Antonia no le importó expresar en voz alta lo que opinaba, le pareciera cortés o no al señor Webster.

—No voy a cometer el error de negar la realidad, pero sí le diré que es una pena que se muestre tan correcta y se niegue una vida que su marido disfruta sin tanto remordimiento.

Antonia clavó la mirada en los ojos azules del norteamericano. Si había algo que apreciaba, era la sinceridad, porque implicaba respeto. Y le había tocado una fibra sensible: Nemesio. ¿Por qué él podía hacer lo que quisiera sin privarse de nada? Ella había terminado encerrada en la hacienda ante la vergüenza de la infertilidad y de no poder compartir confidencias con sus amigas del alma.

—Acepto su oferta por hoy. Mañana, decidiré según las circunstancias.

—Perfecto. Me alegro de su resolución. ¿Puedo saber qué la ha inclinado a mi favor?

—Su sinceridad.

—Gracias. Lo tendré en cuenta en adelante —aseguró el señor Webster.

—La valoro cuando no es premeditada, como en esta ocasión. —Antonia lo sacó de su error y el señor Webster, lejos de molestarse, se sonrió.

Antonia reconoció en su fuero interno que, si no fuera por la incomodidad que sentía, cuya causa no era el traqueteo del coche, se

habría arrojado a sus brazos. Cuando se hallaba a su lado, se le alborotaba la sangre y brotaban unas ganas indefinidas de que la abrazara un hombre, porque Nemesio no contaba: sólo la tocaba en público y cuando lo exigía la ocasión y, en lugar de confortarla, la escalofriaba. Pero el señor Webster era diferente; ella deseaba ese contacto.

El señor Webster y el señor Malloy se enzarzaron en una conversación sobre teatro y ópera, distracciones a las que solían acudir en las diferentes capitales europeas. De vez en cuando, Estrella se atrevía a intervenir; mientras tanto, ella se limitaba a escuchar. No se encontraba ese día particularmente habladora, necesitaba tiempo para superar el mal trago.

Llegaron al hotel y le encantó el paraje: una mezcla entre agreste y refinado. La parte agreste correspondía al paisaje de prados verdes, playas y montículos rocosos y el mar, el protagonista del verano; por la otra parte, la majestuosidad del Casino y de los hoteles y fondas que lo flanqueaban denotaba la mano civilizada del hombre, no por ello menos hermosa, aunque le concedía cierta razón a Nemesio: no llegaba al lujo que exudaba La Habana.

—Mientras yo me ocupo de las reservas, el señor Malloy se encargará del equipaje —se ofreció el señor Webster.

Antonia le pasó su billete y lo acompañó al interior. Aguardó en el vestíbulo, más sobrio y funcional que el del Hotel Suizo en el balneario, pero agradable. El olor salobre impregnaba el ambiente y, de pronto, pensó que le habría gustado vivir cerca del mar. Sí, vivía en una isla, pero en el interior, a treinta kilómetros de Matanzas, una ciudad con exceso de población. Ella deseaba algo más tranquilo, que le permitiera escribir. Y una idea encadenaba otra: no conseguía retomar su afición. Había cargado con su maletín de cedro, por si surgía la ocasión, pero no estaba segura de que pudiera concentrarse con el enfado que la embargaba.

—Ésta es su habitación —dijo el señor Webster al tiempo que le entregaba la llave con el número.

—Se ha equivocado: en mi billete ponía la habitación número cuatrocientos diez.

—Buena memoria —alabó el señor Webster, pero sin cambiar de llave.

—Deduzco que su habitación es mejor y le agradezco la atención, pero prefiero la que me corresponde —insistió Antonia.

—Es usted obcecada. Me plegaré a sus deseos por respeto al difícil día que está sufriendo, aunque le repito que no conceda mayor importancia a algo que, si lo analiza desapasionadamente, no es tan relevante.

—Muchas gracias por su comprensión. —Tomó la llave que le

correspondía—. ¿Le parece bien dentro de media hora aquí mismo?

—Perfecto. Me encargo de la mesa.

A pesar de la sobriedad ornamental, el hotel contaba con un elevador hidráulico. Accedió sola y le indicó el piso al encargado, quien cerró la cancela e inició el ascenso. Era la última planta y, por tanto, la más austera y menos señorial, y, por las palabras de la tía, dedujo que había sido una suerte que estuviera libre. Avanzó por el pasillo y comprobó que los materiales empleados en la construcción eran de calidad. Por primera vez se dio cuenta de que el exceso de ornamentación no significaba lujo: el lujo era la comodidad. Delante de la puerta aguardaba Estrella junto a los botones del hotel que habían cargado con el equipaje. Entregó la llave y, mientras introducían el baúl y las sombrereras, rebuscó en el bolsillo de mano la propina.

En cuanto los chicos abandonaron la habitación, Estrella se abalanzó hacia el armario para inspeccionarlo. Antonia prefirió asomarse a la ventana. El deseo de vivir junto al mar se perfiló ante ella, y su vista se perdió en la unión entre el cielo y el océano, del mismo color. Se apoyó en el alféizar y se quedó contemplando cómo los bañistas disfrutaban de las olas y del sol. Detrás, Estrella trasteaba y luchaba con el equipaje.

—Saque las cosas de aseo y vaya a comer. Deje para después lo demás —ordenó—. ¿Ya sabe dónde duerme?

—Sí. Me lo explicó el señor Malloy. La planta de encima está dedicada al servicio. No figura entre los mejores alojamientos, a excepción de aquella posada en el camino, en Francia.

—Hay mucha diferencia —corrigió Antonia—. Ésta cuenta con todas las comodidades —evaluó, asomando la cabeza al pequeño receptáculo para el aseo—, aunque no sea la planta noble. No me quejo.

Se retiró de la puerta del aseo y se tropezó con Estrella, quien la miraba con cierta aprensión.

—¿Qué sucede?

—Después de la trifulca con su tía y por cómo se lo ha tomado, no sé si dárselo. Recuerde que mi deuda con doña Emelina es grande y no puedo negarme.

—¡Ay, Dios! ¿Qué le ha encomendado esa vieja entrometida? —replicó con el ceño fruncido. La quería y la respetaba, pero, a veces se extralimitaba, la sobrepasaba.

—Que le diera esto. Me dijo que usted ya sabe para qué es. —Alargó la mano en la que sostenía una cajita de cedro pulcramente barnizada.

A Antonia se le demudó el rostro. ¿Cómo se atrevía la tía Lina? Ante la cara de espanto de Estrella, corrigió el gesto e inspiró para

tranquilizarse. La chica no tenía la culpa, como le había recordado.

—Gracias —dijo, y la cogió para guardarla en el primer cajón que encontró—. ¿Cómo tengo el pelo? Voy a refrescarme y me lo retoca. He de bajar en breve a comer.

El señor Webster la aguardaba cuando bajó y la condujo al restaurante del hotel. Ella trató de componer su mejor gesto, pero no resultaba una buena actriz, como no tardó en ponerlo en su conocimiento el norteamericano.

—¿No le gusta el menú? Creo que será más satisfactorio que el del balneario, más propio para enfermos que para sanos.

La observación le arrancó una sonrisa.

—Aunque haya pasado unos años encerrada en una hacienda, no soy tan obtusa como para no reconocer la valía de un hombre de su talla: siempre con el ánimo alto, presto a simplificar la vida de los demás, con una paciencia que sería la envidia del santo Job. ¿Cómo lo consigue? Y eso que yo no me tengo por una mujer de carácter difícil; por el contrario, procuro amoldarme y extraer lo mejor del momento, pero hay ocasiones…

—… en que el carácter aflora —terminó el señor Webster—. Y no es nada que deba reprocharse. Si fuéramos tan permisivos, nos comerían vivos. Yo también tengo mis arranques. ¿Y quién no? Su tía se ha extralimitado, coincido con usted; pero no permitamos que ese detalle nos estropee la estancia. ¿Cómo es su habitación?

—Cómoda —respondió, y su boca trazó una amplia sonrisa. ¿Quién podía resistirse al encanto del señor Webster?

Esa tarde rompió la primera norma y, mientras Estrella deshacía el equipaje y preparaba uno de sus vestidos para la noche, Antonia, con un sencillo vestido de algodón de estar por casa y una pamela de paja, bajó a la playa y paseó por la orilla con los pies dentro del agua, cuando el resto de los mortales paseaba calzado o se mantenía dentro de los asientos de mimbre para no exponerse en demasía al viento y al sol. Nadie la conocía, ni a ella ni a su familia, y se sintió libre. Incluso se atrevió a concederle un poco de razón a la tía Lina, aunque no aprobaba el método tan comprometido que había empleado y que la había dejado en una posición tan poco airosa.

Cuando bajó al vestíbulo a encontrarse con el señor Webster, había recuperado su fuerza, el humor y las ganas de hacer algo distinto. Estrella le comentó que el señor Malloy la había invitado a cenar en una fonda cercana y, más tarde, a un paseo mientras se tomaban un helado. Envidió un plan tan sencillo, al aire libre, sin compromisos y sin censura.

El señor Webster se adelantó a recibirla en cuanto salió de la cabina del elevador. Le ofreció el brazo sin intercambiar una palabra y se encaminaron a la salida.

—Voy a tener que tomarme en serio esos baños de ola —dijo el señor Webster. Le cedió el paso en la puerta y retomaron el brazo una vez fuera—. Le han sentado de maravilla y su humor ha mejorado sensiblemente.

—Es imposible que sepa cómo está mi humor, porque no he abierto la boca, y está claro que me ha visto desde su habitación. ¿También está orientada hacia el mar?

—Es un alivio comprobar que ha regresado su personalísimo yo. —No la dejó replicar y continuó—: ¿Le apetece cenar algo ligero? Me han recomendado el Café Español para un refrigerio rápido.

Quiso la casualidad que allí se encontraran con el matrimonio Trueba.

—¡Doña Lucía! ¡Qué coincidencia! —exclamó Antonia, pergeñando rápidamente una excusa factible que no le hizo falta.

—No tanto, si lo piensa bien —dijo don Sixto—. Mañana llega Sagasta y la familia estará presente en la cena que ofrecerá don Germán en la quinta *Altamira.* ¿Y ustedes? Espero que la habitación sea de su satisfacción. Ha sido muy complicado encontrar una.

—Muchísimas gracias por su interés. Y sí, es perfecta —replicó Antonia, intentando disimular su nerviosismo.

—Lo nuestro sí es una coincidencia. Yo me he venido por la misma razón que usted, también estoy invitado a esa cena; sin embargo, la señora de Carvajal se halla de turismo en ausencia de su marido.

—¡Oh! ¿Y se perderá el evento social más importante de Santander? —se preocupó doña Lucía, y miró a su marido.

—Podría conseguirle un par de invitaciones. Imagino que su tía no querrá perderse el acontecimiento del verano —sugirió don Sixto.

Aquella posibilidad cogió por sorpresa a Antonia, pero reaccionó rápido, al menos bajo la percepción del tiempo que tenía un antillano, que no era la misma que la del peninsular. Según ellos, los antillanos se demoraban en las palabras y los movimientos eran lentos.

—Sería todo un honor, siempre y cuando no suponga una molestia para usted. —Era una frase que sonaba falsa, se pronunciara como se pronunciase, de mera cortesía, pero que había que tomarla por su significado contrario: *«Moléstese usted y consiga una invitación, aunque tenga que sacarla de debajo de una piedra»*—. Sin embargo, mi tía no me acompaña. Una indisposición en el último momento la ha retenido en el balneario, y he venido sola, con mi doncella. No quería perderme el Sardinero en toda su pujanza.

—¡Oh! Espero que no sea algo grave —manifestó doña Lucía.

—Nada por lo que preocuparse, pero ya se sabe que, a cierta edad, suceden estos imprevistos —informó Antonia, con la sonrisa congelada en el rostro ante tanta mentira.

—¿Por qué no comparten la mesa con nosotros? Está lleno, como

todas las noches. ¿Conocían el Sardinero? —indagó don Sixto mientras obedecían.

—Yo no —se adelantó Antonia a contestar—. Me he estrenado con un paseo por la orilla. Me temo que he llamado la atención por mi osadía de caminar descalza.

—En absoluto —negó con energía doña Lucía—. Es un remedio que recetan con frecuencia los médicos del balneario de la playa. Se fijarían en usted por su elegancia o en un intento de reconocer a alguien famoso. Acuden a los baños de ola personajes conocidos de las bellas artes, además de aristócratas y políticos.

—He oído —comentó Antonia— que en un café de la ciudad se reúnen don José María Pereda, don Benito Pérez Galdós, don José Estrañi y otros conocidos de las letras.

Antonia llevaba el peso de la conversación, en tanto que el señor Webster se ocupaba de encargar el refrigerio, compuesto de finos emparedados y de un entrante de fresco gazpacho.

—¿Y su sobrina? —se interesó Antonia.

—La hemos traído con nosotros —informó doña Lucía—. Aunque, como está de luto, permanece encerrada en la villa que poseemos en el Sardinero. Tiene un amplio jardín del que puede disfrutar sin que nadie la moleste mientras aguarda a que se aclare su situación legal. Mi cuñado ha ocupado la habitación que dejamos en el balneario; no volveremos por allí. Está como loco porque mi sobrina se ha negado a recibirlo.

—¡Pobre chica! —se compadeció Antonia—. No le será fácil sustraerse a la autoridad paterna.

—Hay medios —aseguró don Sixto—. Estoy en ello, no se preocupe, sobre todo su tía, una gran señora que se involucra en el bienestar de las mujeres.

—La labor de Concepción Arenal es el faro que guía su actuación. La obra de esta mujer ocupa un lugar prominente en la biblioteca de su hacienda.

El matrimonio los informó de los lugares más pintorescos para visitar y, ¡cómo no!, del programa que habían elaborado para agasajar al líder de los fusionistas, el señor Sagasta. Al cabo de un rato, se excusaron.

—¿No van a acompañarnos al Casino? —ofreció el señor Webster.

—Nos esperan unos días muy duros, sujetos a un protocolo muy estricto. Preferimos acostarnos pronto —se disculpó don Sixto—. Pero ustedes disfruten de la velada. Me han comentado que los concertistas son muy buenos, han tocado ya unas cuantas noches. El señor Baldelli está bien considerado en Europa.

—Deberíamos irnos también si queremos coger unos buenos asientos —comentó el señor Webster, y pidió la minuta al camarero.

Salieron juntos, y don Sixto reiteró, antes de separarse, que se ocuparía de la invitación de la señora de Carvajal y se la dejaría en la recepción del Gran Hotel.

Antonia se mantuvo callada y atenta a lo que la rodeaba. El Casino era el edificio más importante, alrededor del cual se desenvolvía la vida social del Sardinero. Entraron en una amplia sala y el señor Webster la condujo hasta dos sillas bien centradas.

—Imagino que seremos la comidilla después de este encuentro —comentó Antonia.

—Los señores Trueba han dejado el balneario de La Fuente del Francés. Sólo estarán allí una vez más con motivo de la comida que ofrece Maura a Sagasta y a todo su séquito. Ha sido afortunada. ¿Sabe que hay personas que matarían por obtener una invitación? Es el acontecimiento del año.

—No será una cena de gala —aclaró Antonia—, sino informal, por lo que me ha contado la señora de Trueba. Tal y como vamos ahora, podemos asistir, me ha asegurado.

—Pues su idea de informal me gusta. Es la elegancia personificada en esta sala.

—Me mira con buenos ojos. Es usted muy amable.

—Admito que la veo con buenos ojos; pero sobra lo de amable, es la realidad.

—¿Me está galanteando? Le advierto que no se me da bien el coqueteo.

—Afortunadamente. No necesita coquetear para que los caballeros se fijen en usted. Los he observado, y se vuelven a su paso.

—¡Por favor! No siga por ahí. Se me antoja de lo más artificial. ¿Se ha fijado el aplomo con el que se desenvuelve la señora de Trueba?

—Imposible no hacerlo. En el balneario parecía un pajarillo temeroso de que se la zampara el gato —comparó el señor Webster—. Está claro que se ha librado de que su secreto viera la luz.

La sala se había ido llenando, y el maestro entró con los músicos que lo acompañaban. La ovación fue sentida y cortó la posibilidad de una respuesta, para alivio de Antonia. No estaba segura de querer seguir por ese derrotero. Tras la primera pieza, el señor Baldelli se dirigió a una persona del público y la invitó a cantar. Resultó ser la señorita Encabo, la soprano estelar de la siguiente temporada de ópera en el Teatro Real de Madrid. Fue recibida con aplausos y se avino a cantar. Antonia se quedó embelesada con el timbre de voz, con la elegancia y la sencillez de su canto, sin esfuerzo, y deleitó al público con una variada selección de su repertorio, a pesar de hallarse de vacaciones con su hermana.

Cuando terminó el concierto, decidieron retirarse, aunque el casino se encontraba en plena ebullición. El aire nocturno la despejó, y fue

muy consciente del calor del brazo del norteamericano, así como de su presencia. Sin embargo, no dijo nada fuera de lugar, ni tampoco tanteó una propuesta. Ante la cancela del elevador, se despidió con un besamanos en el que, ahí sí, se demoró más de lo habitual, como esperando una invitación que no llegó.

Estrella la aguardaba en la habitación, la ayudó a desnudarse y se fue. Antonia se asomó a la ventana, y la oscuridad de la noche y del mar la envolvió. No había luna y las estrellas brillaban con fuerza. A mediados de mes había sido la última luna de verano y la lluvia de las Perseidas. Seguramente, en ese mismo instante, un par de pisos abajo, él estaría contemplando la misma noche, tan solitario como ella. En un ademán galante, muy propio de él, le había transferido a ella la decisión de lo que sucediera. La disyuntiva en la que se hallaba se ceñía a seguir la ruta planificada de forma tan descarada por su tía o a conservar el juicio y mantenerse dentro de la rectitud moral. Se engañaba, era un argumento falso: era una cuestión de honor y de orgullo. Pero ¿cuánto valían ese honor y ese orgullo si competían con la emoción de la transgresión, de una experiencia inolvidable? ¿Y si se sumaba a la lista de experiencias olvidables, como la noche de bodas? La ruleta del tiempo giraba y la obligaba a decidirse ya. Si tardaba algo más, perdería la ocasión. Y aun así…

22

El recibimiento a Sagasta

SANTANDER

SÁBADO, 29 DE AGOSTO DE 1891

La llegada del jefe del Partido Liberal a la ciudad había levantado un gran revuelo. Cuando Charles bajó a desayunar, no se hablaba de otra cosa en el comedor. La señora de Carvajal no había aparecido todavía. Escogió una mesa discreta, alejada de las ventanas, y pidió unos huevos y el café con tostadas. Doña Emelina, por inmiscuirse de forma tan deliberada, había logrado el efecto contrario. Comprendía perfectamente la reticencia de la señora de Carvajal: era una mujer con necesidades, como todos; pero también con orgullo, y no se lo reprochaba. Cuando la conoció le atrajo por esa autosuficiencia, esa seguridad y la franqueza de una mirada limpia y curiosa. Y, sin embargo, algo había cambiado, ¿o había cambiado él?

—Buenos días. ¿Puedo acompañarlo?

Se puso de pie y le ofreció la silla de enfrente sin abrir la boca, pendiente de lo que expresaban su cuerpo, sus ojos, su boca, cualquier indicio del estado de su humor.

—¿Tiene algún plan para hoy? ¿A qué hora llega el superhombre? —preguntó la señora de Carvajal con un dejo de ironía.

Charles, más tranquilo al comprobar que era la de siempre, sonrió.

—Hay dos opciones: presenciarlo desde tierra o saludarlo a bordo de una corconera.

—Teniendo en cuenta que disfrutaremos del privilegio de cenar con él, prefiero presenciarlo desde tierra. Los barcos me agobian y estaremos sujetos a sus horarios.

—Coincido con usted: me inclino por la libertad de movimiento. ¿Ha recibido su invitación o sigue en espera?

—El señor Trueba debe de tener más mano de la que reconoce: me la acaban de entregar en la recepción. —La sacó del bolsillo y se la mostró, ufana.

—Guárdela. No quiero ser responsable de un delito si alguien se entera de que la tiene —bromeó Charles—. Según el periódico, que me ha traído Andrew al despertarme, saldrán de Bilbao sobre las doce del mediodía en el yate del señor Chávarri, el Lauracbat. Se calcula que sobre las tres de la tarde recalen en Castro Urdiales, por lo que no los veremos antes de las seis en el puerto de Santander.

—¡Qué nombre tan extraño para un barco! —exclamó la señora de Carvajal.

Charles observaba subyugado los largos y blancos dedos que sujetaban el churro con delicadeza y lo mojaban, sin sonrojo, en el chocolate y de ahí a la boca, con su corona de dientes de blanco marfil. Decían que la fortaleza y el marfil tan blanco de la dentición se debían al maíz, alimento básico de la cultura caribeña.

—Es vascuence —aclaró—. Creo que significa algo así como cuatro en uno: una referencia a las provincias que lo componen.

—Para no ser su país, está muy bien informado, aunque son tres las provincias vascuences —corrigió la señora de Carvajal—. Navarra conserva sus propios fueros y pregona su independencia. Pero dejemos la política a un lado. Ayer disfruté con el paseo por la orilla.

—Si me lo permite, me encantará acompañarla. Comeremos aquí de nuevo para que nos dé tiempo a descansar y a engalanarnos para la tarde. Alquilaré un coche de punto para toda la jornada y nos acompañará el señor Malloy, de esta manera podrá vigilar al cochero. Con el ajetreo, va a ser difícil conseguir coches, y me temo que, si nadie lo vigila, acepte una oferta mejor de algún desesperado y nos quedemos sin vehículo.

—Me parece un plan magnífico.

Charles se retiró satisfecho con el día que se le presentaba por delante. En la habitación aguardaba Andrew, leyendo la prensa junto a una bandeja de desayuno. Siempre que podía se camelaba al servicio de habitaciones para evitar el compartir la mesa con el resto de los criados.

—Por lo que leo aquí, el improvisado recital de la señorita Encabo ha sido un éxito.

—Sí, fue una agradable sorpresa. Será la sensación en Madrid este invierno. ¿Algo importante que me facilite la conversación esta noche?

—El señor Chávarri está empeñado en construir el ferrocarril entre Bilbao y Santander. Asensio Vega, el jefe del movimiento de Badajoz, ha llegado a Madrid y ha sido recibido por los zorrillistas. ¡Ah! Sí. Se ha tenido que posponer la comida que se iba a celebrar en este mismo hotel para agasajar al señor Nocedal, creo que es el diputado por Azpeitia, ya que algunos quieren nadar entre dos aguas: liberales y tradicionalistas. La política española es muy confusa: los partidos se

dividen y se vuelven a escindir para luego fusionarse. Es de locos.

—Nada nuevo. Conozco en New Haven a un republicano demócrata —se chanceó Charles.

—Se llama oportunismo —puntualizó Andrew.

—Se lo comentaré a mi padre la próxima vez que coma con él —replicó Charles. Andrew soltó una carcajada—. Busque un coche de alquiler para todo el día, que esté limpio, por favor: me acompañará la señora de Carvajal. Por la mañana reconocerá el trayecto desde el muelle a la quinta *Altamira* y de allí, al Sardinero. No deje solo al cochero si no está seguro de él y de que nos acompañará por la tarde en todo momento. No me fío de la habilidad de estos cocheros provincianos. Por lo demás, no creo que surja ningún problema.

—Entonces, ¿acudirá esta tarde a recibirlo al muelle?

—Acudiremos —matizó Charles—. La señora de Carvajal y yo. Lo presenciaremos de forma anónima desde el muelle.

Charles bajó a la recepción sin chaqueta, sólo con el chaleco y un sombrero de paja. Por primera vez, ella se había adelantado y lo esperaba en el vestíbulo, armada con una sombrilla y una pamela. Como él, se había vestido de forma cómoda y sencilla. Se descalzaron en la escalinata de acceso a la playa y él se remangó las perneras de los pantalones. Caminaron hasta la orilla y, como la marea estaba muy baja, el trayecto fue largo, pero no había prisa. La señora de Carvajal se recogió las faldas sin ningún pudor y se adentró en el agua, Charles la siguió. La estampa que sugerían era la de un matrimonio de vacaciones. Tras el primer contacto con el mar, Charles le ofreció el brazo y se encaminaron, sin importarles que las salpicaduras de las olas los mojaran, en dirección a la segunda playa, mucho más amplia y salvaje. Allí contemplaron la mole de cemento que cobijaba en su interior el inicio del cable telegráfico submarino que se había tendido en 1875 hasta Inglaterra: una muestra de cómo se imponían los avances tecnológicos para facilitar la comunicación y acortar las distancias. La mañana discurrió como el vaivén de las olas: en un apacible suspiro.

La sorpresa que le había preparado Andrew para esa tarde lo colmó de satisfacción. El hombre era eficiente, pero ese día se había superado. Gracias al buen entendimiento con el cochero y a la generosidad del acuerdo, éste le había confiado a Malloy que podía conseguir una ventana en una de las casas del muelle. De esta forma, sus señores no se verían abrumados por el gentío en la calle y dispondrían de una buena vista de la bahía y del desembarco por un módico pago a los dueños del piso.

La señora de Carvajal, una vez más, lo impresionó: lejos de semejar una indiana chabacana y sin estilo, personificaba el patrón de la moda. Lucía un vestido de tarde, confeccionado en seda cruda, con

pasamanería y lorzas en la zona del cuerpo y las mangas y, por primera vez, encontró su cintura un poco más apretada que de costumbre. El sombrero, espectacular, de ala ancha y ligeramente inclinado, acortaba la largura de la cara. Los pendientes consistían en cuatro solitarios cada uno que, engastados con el mínimo metal requerido, colgaban en línea en el aire. El movimiento de la cabeza arrancaba reflejos de cada faceta de las gemas. Una ristra de perlas salvajes de buen grosor colgaba del cuello hasta la cintura. En cuanto salieron, la luz del sol arrancó de cada perla destellos iridiscentes, grises, dorados, verdosos y rosáceos, denunciando el exquisito oriente y la pureza de la superficie. El aderezo lo completaba el anillo nupcial y una fina cadena de oro en una muñeca. Tampoco hacía falta más, pensó Charles; el collar de por sí despertaría la admiración de las damas asistentes. No, no era una belleza, pero se le acercaba mucho.

Subieron al coche y Andrew se sentó junto al cochero tras cerrar la puerta. Llegar a la altura de la casa del muelle fue una odisea, pero lo consiguieron. Tal y como habían planeado, Andrew se quedó con el cochero y ellos subieron al piso. Los señores de la casa los recibieron con amabilidad y los condujeron a una de las ventanas francesas que daban a la bahía. Las otras estaban ocupadas por una familia de vinateros y por un grupo de señores de la Cámara de Comercio, a quienes saludaron sin mediar presentaciones. No se trataba de un acto social.

—¡Oh! Gozan de una vista espectacular —apreció la señora de Carvajal cuando la señora de la casa abrió la ventana.

—Es una buena casa. ¿Cómo es que alquilan las ventanas? —preguntó Charles.

—Es costumbre cuando se organiza un evento de esta magnitud. También lo hicimos cuando desembarcó el rey o cuando regresó su majestad Isabel II del exilio —explicó el señor.

—Pueden apoyarse sobre el hierro forjado del balcón, no mancha —informó la señora.

—Son afortunados de poder presenciar los hechos reseñables de la ciudad desde primera línea—comentó Charles.

—Y por eso mismo nos encanta compartir esos momentos con quien quiera disfrutarlos —concluyó el señor, y se retiró junto a su esposa.

—Y tan encantados que están —murmuró Charles, echando un cálculo de lo que habrían recaudado por cada ventana.

—¡Chist! —regañó la señora de Carvajal, con una sonrisa—. Le van a oír. Hemos tenido suerte. ¿Ha visto cómo está el muelle de gente?

—Sí. También veo cómo están las ventanas del resto de los edificios. ¡Vaya negocio!

—¡Déjelo estar y disfrute! —Se la veía verdaderamente contenta,

muy cambiada—. ¿No es eso lo que me dicen constantemente?

—¡Qué vergüenza! El maestro, amonestado por la alumna —bromeó Charles.

Se centraron en el espectáculo que se ofrecía abajo: las lanchas de los pescadores salpicaban la bahía, a la espera del yate de Chávarri, los dos vapores trasatlánticos, que estaban atracados, aguardaban empavesados y con la tripulación en cubierta. Sobre las siete de la tarde se oyeron bocinas y la gente en la calle se removió. Al cabo de un rato, entraron en la bahía dos corconeras: en una de ellas tocaba una orquesta y desde otra se oían las voces de las mujeres, casi tapadas por el furor de las panderetas que tocaban.

—Oír se oye —dijo la señora de Carvajal entre risas—, pero no hay mucha armonía.

—Lo importante es el entusiasmo que ponen —agregó Charles, apoyado sobre una mano en la veranda y con la otra en la cintura de la mujer, como si ya fuera de su posesión.

El yate de Chávarri apareció rodeado por otras dos corconeras y varios remolcadores. Sagasta, de pie en la proa, saludaba con la gorra blanca. La orquesta de la primera corconera arrancó con el *himno de Riego* en honor a los liberales. Como si ésa hubiese sido la señal, el vapor francés Saint Germain disparó dos cañonazos y la tripulación saludó; desde el vapor Ciudad de Cádiz, de la Compañía Trasatlántica de López, se alzaron banderas y vivas. Por si fuera poca la algarabía y para mayor regocijo del público, la banda del regimiento de Bailén arrancó con una marcha desde el muelle.

—Disculpen, ¿me permiten asomarme con ustedes? Somos muchos para una sola ventana —solicitó uno de los hombres de la Cámara de Comercio.

—Por favor, háganos el honor —invitó Charles—. No somos peninsulares y nos vendría bien alguien que nos explicara lo que estamos presenciando.

—¡Ah! Será una forma de agradecerles la cortesía. Me llamo Pedro Labat. —Se sucedieron las presentaciones, y el señor Labat se centró en la explicación—: En la corconera de la izquierda —señaló una de las barcazas que flanqueaban el yate Lauracbat—, se ha embarcado el comité de los fusionistas: personas de talla nacional como Gamazo, Maura, Sánchez Guerra, Silvela; o locales como Pérez Galdós, Cabrero, Gutiérrez Colomer; ¡ah! y el presidente de la Diputación, el señor Agüero Sánchez de Tagle, y miembros del comité posibilista de Castelar. En la otra corconera va la prensa, invitada por el marqués de Hazas. Han venido de todas partes, como moscas a la miel. ¿Y de dónde vienen ustedes?

—Soy norteamericano, y la señora de Carvajal, de La Habana —contestó Charles.

—Un placer. Formo parte de la Cámara de Comercio y me dedico a las importaciones y exportaciones, como la mayoría de la personas de Santander. ¿Qué les parece nuestra ciudad? Estamos muy preocupados con la imagen, nos gustaría robarle protagonismo a San Sebastián, pero nos lo ponen muy difícil.

—El Sardinero reúne potencial, aunque faltan más hoteles de la categoría del Gran Hotel —ofreció su opinión la señora de Carvajal—. Pero, claro, lo estoy comparando con una ciudad como La Habana, acostumbrada a recibir visitas de cualquier parte del mundo.

—No se excuse, señora, tiene toda la razón. En los años setenta se fundó una Sociedad de Fomento de Intereses Locales para impulsar la construcción de El Sardinero: el Casino, el Gran Hotel, además de los pequeños hoteles y fondas que ya habrá visto. Se plantaron diez mil tamarices y se trabajó para facilitar el acceso del tranvía por la costa, pero todavía falta mucho.

—Por lo que cuenta, el paraje era virgen —intervino Charles.

—Sí, es una zona azotada por el mar abierto, muy húmeda y fría en comparación con el refugio que ofrece la bahía. Aun así, estamos convencidos de que puede ser una buena inversión si conseguimos atraer a la alta burguesía y a la aristocracia.

—Los puertos son los centros sobre los que gira la riqueza de las ciudades —constató Charles.

—¡Oh, cierto! La mitad de nuestros gerifaltes son navieros con grandes fortunas y, además, contamos con el vínculo que nos une al señor Gamazo, quien domina los asuntos de Ultramar: ha ocupado el ministerio y, después, el consulado.

—Imposible pasarlo por alto —dijo la señora de Carvajal—. Durante su ministerio abolió la esclavitud en Puerto Rico, nos aplicó las leyes metropolitanas y adaptó el Código de Comercio a las necesidades de las dos islas.

—Todo un acierto —declaró orgulloso el comerciante.

—Pero también cometió errores, como el empréstito cubano, los aranceles… ¿Cómo se atreven a cargarnos la mala gestión de la Península a las islas? Nos parece un abuso.

Charles carraspeó cuando notó que el señor Labat se tensaba y decidió que era hora de marcharse. Inició la retirada con una conversación banal, antes de despedirse, y bajaron al portal.

—¿No le dice nada la palabra «diplomacia»?

—Me pone nerviosa que se sientan tan satisfechos de llevar una política que nos sangra a los cubanos —explicó la señora de Carvajal, todavía crispada.

—Tranquilícese, va a entrar en el avispero.

—No hay peligro. Conozco la forma de proceder: los hombres departirán por su lado; y las mujeres charlaremos de ropa y viajes por

otro.

Los esperaba Andrew, que abrió la puerta para ayudarlos a subir.

—Justo a tiempo. Están empezando a llegar coches para recoger a las personalidades. Los señores de la prensa tienen el suyo para seguirlos.

—Pues vamos allá, si no queremos perdernos el espectáculo —apremió Charles.

Como habían sospechado, guardaron cola de carruajes para descargar a los ocupantes frente a la puerta de la quinta *Altamira,* la residencia que había construido la nueva señora de Gamazo, doña Regina Abarca, natural de Santander, como el resto de la familia.

23

La cena de don Germán Gamazo

EN LA QUINTA *Altamira*

Antonia aceptó el brazo de su compañero al bajar del coche. La elegancia y la apostura de Charles empañaban las de su marido. A pesar de lo incorrecto de su actuación, se sentía orgullosa de ir a su lado. No le importaban las hebras plateadas de sus sienes ni las arrugas en torno a sus ojos. Nemesio no la atendía, no la escuchaba ni hablaba con ella; sin embargo, con el señor Webster había compartido más confidencias que en doce años con su marido. Cruzó la portalada de la casa, erguida y feliz. Le sorprendió encontrar la casa tan cerca de la entrada, una casa bastante vulgar, a su modo de ver: formada por un cubo el cuerpo central de tres alturas, adosado a otro cubo de menor volumen de dos alturas. El norteamericano la condujo hacia el lateral izquierdo, siguiendo el camino que tomaban los demás asistentes al homenaje y que rodeaba la casa. Se detuvieron frente a un extenso jardín desde el que se contemplaba la ciudad a los pies y se divisaba la bahía presidida por el imponente monte de Peña Cabarga.

—Por esta vista sí que merece la pena la finca —susurró a su compañero.

—¿Y por la casa no? —se extrañó el señor Webster.

Antonia se dio la vuelta y se enfrentó a la fachada principal de imitación italiana, aunque la construcción en general ofrecía el estilo característico de las casas de la montaña santanderina: un cuerpo central flanqueado por dos torres octogonales y desiguales: una de dos pisos con terraza arriba; y la otra, de cuatro con ventanas y balcones de hierro forjado. La planta baja del cuerpo central destacaba por la galería cerrada; el segundo piso, algo más retranqueado, se caracterizaba por ser una galería abierta con arcos carpaneles; el tercero, más retirado de la línea de fachada, ofrecía una amplia terraza que se prolongaba sobre la torre más baja.

—¡Vaya sorpresa! —exclamó Antonia—. Me había decepcionado la entrada.

—La intimidad siempre es más interesante —constató el señor

Webster.

De pronto, se vieron rodeados de los representantes de la prensa, que acababan de llegar y, libreta en mano, se dedicaban a tomar apuntes sobre los detalles y las personas que asistían, como si estuvieran afectados de una fiebre compulsiva.

Se ofreció un té en el mismo jardín mientras seguían llegando senadores, diputados provinciales, los fusionistas que lo habían acompañado en el yate de Chávarri y otros personajes de la sociedad y del entorno de Gamazo. El regimiento de Bailén también se había desplazado y amenizaba el té con pasodobles. Antonia saludó con la cabeza a los señores Trueba, ocupados en atender a los recién llegados desde Bilbao. La actitud de la señora de Trueba había cambiado. Ya no parecía una mujer asustada; por el contrario, se movía con desenvoltura entre los grandes personajes de la política, sonreía y hablaba con la destreza adquirida por la preocupación de ayudar a su marido. A las once de la noche, con la presencia del gobernador civil y del gobernador militar, se sirvió una cena a un grupo más reducido en el interior de la casa, de la que tuvieron el honor de formar parte.

La mesa la presidía la señora de Gamazo con Sagasta a su derecha y el marqués de Hazas a su izquierda. La mayor parte de los asistentes cenó de pie ante la imposibilidad de espacio, y sólo entraron los redactores de *La Publicidad, La Voz Montañesa* y *El Atlántico* para testimoniar la entrega a Sagasta de un precioso número de *La Publicidad,* impreso en tela de seda y con el retrato y la biografía del jefe liberal. Los sucesivos brindis aportaron la emoción que merecía el momento.

Antonia casi no habló de tan ocupada como estaba, absorbiendo lo que sucedía a su alrededor. Era consciente de que se encontraba en el vértice de la política española, ésa que le llegaba a través de la prensa a su perdida hacienda en Cuba; ésa que le era ajena de tan lejos como se hallaba; ésa que hablaba de personas desconocidas a las que no ponía cara; ésa que decidía su futuro sin conocerla. El señor Gamazo había sido ministro de Ultramar y férreo defensor de una política arancelaria que asfixiaba a los productos cubanos. Y allí lo tenía, en carne y hueso, sonriendo a los que lo rodeaban.

—Parecen dos gatos a punto de enzarzarse —murmuró el señor Webster.

—¿Usted cree que no llegarán a un acuerdo? —preguntó con un susurro, entre bocado y bocado.

—Acabo de oír que Sagasta le ha dejado claro al marqués de Hazas que no asistirá a ningún banquete. Es una forma de eludir el pronunciar un discurso en el que no hay que dar ninguna noticia. La prensa sigue con más interés lo que ocurre aquí que lo que sucede en el Consejo de Ministros en San Sebastián.

—La esposa del gobernador me ha dicho que el señor Sagasta se aloja aquí, invitado por Gamazo —se alarmó Antonia, ante las consecuencias de una falta de entendimiento.

—El que no coincidan en política económica no significa que se odien. Es un tira y afloja por el poder. Gamazo disfruta con la exhibición de seguidores y de recursos y busca sacarle el mayor partido. Dicen que quiere compartir la jefatura del Partido Liberal.

—Está acostumbrado a estas guerras políticas —constató Antonia, y dejó el plato, cansada de sostenerlo y de comer tan poco. Recuperó la copa de *champagne* y se aferró a ella para ocuparse en algo.

—Son el pan de cada día en cualquier parte del mundo —confirmó el señor Webster.

—¿Se aburre?

—No hay mucho que pueda hacer aquí. Me he acercado al señor Víctor Chávarri y sólo habla del ferrocarril que unirá Bilbao con Santander; me han presentado a Sánchez Guerra, que ha manifestado su interés por cerrar un convenio con Estados Unidos, pero son palabras huecas de políticos sin fuerza. Y está claro que no habrá acuerdo entre esos dos, al menos por el momento.

—¿Le importaría si nos fuéramos? No quisiera amargarle la noche.

—Encantado de complacerla. No me atrevía a proponérselo, siendo usted española.

—No sé lo que soy, porque no siento que esto vaya conmigo. Soy consciente de que en Cuba se morirán de envidia cuando diga que he estado cenando en la casa veraniega del señor Gamazo y que he saludado al señor Sagasta, pero lo cierto es que son normales, como los demás.

—¿Esperaba armaduras y personas blandiendo ideales? —sondeó burlón el señor Webster, a la vez que la empujaba hacia la puerta.

—Ya sé que soy una ingenua, no me haga sentir peor —regañó Antonia sin enfadarse. En el fondo, había un cierto poso de verdad.

En el exterior, todavía quedaban personas charlando entre los restos del té y bajo la iluminación de farolas de gas. La noche había caído y el fresco, por la altura, se notaba. El señor Webster la ayudó a ponerse el chal de seda china. Al asomarse al portón, se preguntó cómo encontrarían su carruaje cuando el señor Webster emitió un silbido. No tardó ni un minuto en destacarse uno de los coches, y aguardaron a que girase para recogerlos. El señor Malloy se bajó, los ayudó a subir y a instalarse en el interior.

—No sabía lo cansada que estaba hasta que me he sentado. Ha sido un día largo y muy completo; sin embargo, no tengo sueño. ¡Qué pena que esté tan oscuro! No podemos disfrutar del paisaje —se lamentó Antonia, mirando por la ventanilla y nerviosa al ser consciente de la intimidad del momento.

Sintió que el señor Webster le cogía la mano y se la apretaba, reclamando su atención. Se volvió hacia él y, a la tenue luz del farolillo del coche, se hundió en su mirada azul. Él aguardaba y ella era incapaz de abrir la boca, de expresar su deseo, igual porque ignoraba lo que quería. No era cierto, quería que decidiera él, y debió de adivinarle el pensamiento, porque se aproximó lentamente hasta los labios, sintió el calor de su aliento y la besó dulcemente, jugó a mordisquearlos. Su boca, no sabía si a causa del traqueteo del coche, resbaló por la mandíbula y bajó por el cuello, despertando una ansiedad y un cosquilleo por todo el cuerpo. El caballero se entretuvo remolón, arriba y abajo, para desesperación de Antonia, incapaz de responder a la caricia, paralizada por la indecisión. Estaba casada, se recordó, pero el señor Webster le gustaba más de lo que se atrevía a admitir y, si le permitía acceder a ella, ¿qué sucedería después? Gimió cuando él se retiró y le besó la muñeca como despedida. Había sido corto e intenso.

—¿Me invitará a su habitación? —Su voz rompió la intimidad—. No se sienta obligada: comprenderé su decisión. Sin embargo, permítame que abogue por mi causa. Para mí usted es importante, no una conquista más. ¡Qué mal suena esto! Estoy echando por tierra mi causa —espetó, molesto—. La inspiración me ha abandonado —suspiró—. Me fijé en usted desde el primer día. No tengo ni idea de por qué. Intuí algo diferente, la sentí como mi otra mitad; según la iba conociendo se ajustaba a unos parámetros imaginarios, porque si me hubieran preguntado cómo era la mujer de mi vida, usted no habría sido la descrita. Así de estúpidos somos los hombres.

—Y las mujeres —atinó a decir ella, casi sin aliento—. No siga, no intente explicar lo inexplicable. Me contento con lo que me ha dicho. Y sí, lo invito a mi habitación, aunque no permita que, en el tiempo que me lleve llegar a ella, me arrepienta. Así soy de indecisa.

—Aguardaré un rato en el vestíbulo para dar lugar a que salga su doncella.

—No llame a la puerta. Se oye todo. Entre sin más.

Se había atrevido. No había vuelta atrás, o quedaría como una cobarde ante ella misma. ¿Por qué para Nemesio resultaba fácil y para ella, no? Pero no era esa la causa, era demasiado inteligente para una excusa tan burda: la aterrorizaban las consecuencias emocionales.

Desde que descendió del coche hasta que pisó el suelo de la habitación flotó en la irrealidad. La voz de Estrella, exigiendo que le contase la velada, supuso una pequeña tregua a su afectado ánimo y le sirvió para entretener su mente. ¿Estaba segura de lo que iba a hacer? ¿Y quién lo estaba? ¿Se daría cuenta Estrella de sus nervios? La mujer parloteaba, y ella contestaba casi con monosílabos, pero no ofrecía visos de percatarse de su estado de ánimo.

—¿Va a escribir? La encuentro nerviosa.

—Sí, ya sabe…, cuando estoy inspirada, me inquieto —se excusó.

Estrella dejó el maletín de cedro sobre la mesa y se dispuso a recoger el vestido. Antonia, para disimular, lo abrió y sacó los apuntes de la novela.

—Que pase buena noche —le deseó Estrella, y se fue.

Antonia dejó los papeles y repasó la habitación. ¿Qué debía hacer? Se acercó al armario para echar una ojeada al aspecto que ofrecía: no era ninguna jovencita. ¿Estaría a la altura de un hombre tan experimentado? Conocía la respuesta y la asustaba, pero no iba echarse atrás. Se giró y estaba allí, de pie, contemplándola. Había sido tan silencioso que no lo había oído. El hombre dejó el sombrero sobre una silla, se quitó la chaqueta y la colgó en el respaldo; con ayuda del otro pie se descalzó: primero uno, y luego, el otro. Antonia no podía apartar los ojos, como si hubiera sido hechizada. Él se acercó, le cogió la cara entre las manos y la besó en los labios, como lo había hecho en el coche, sin prisa, y esos labios, ya húmedos, resbalaron por el cuello, sólo que en esa ocasión llegó más abajo, y subió y bajó de nuevo, al mismo ritmo que las palpitaciones del corazón. Al contrario que Nemesio, Charles la trataba como si fuera de porcelana, con delicadeza. El cosquilleo, el calor, el deseo la iban invadiendo hasta arrancarle un gemido. Se abrazó a él e intentó corresponder con bastante torpeza, según su criterio, pero al norteamericano no pareció importarle. Se separó y se quitó el chaleco y la camisa. Ella correspondió, con gran vergüenza, y dejó caer el camisón. Con paciencia, él siguió despertando su piel dormida. La cogió en brazos y la dejó sobre la cama abierta por Estrella. El caballero, su amante —se corrigió— terminó de desnudarse, sin pudor, como algo habitual, y se acostó junto a ella y continuó, sin pronunciar palabras de falsos halagos, encendiendo un cuerpo que había permanecido apagado durante años, con el conocimiento del pirómano, prendió diferentes focos, y al cabo de un rato las llamas brotaron, se olvidó del pudor y el cuerpo bailó la danza del fuego que la consumía y lo buscó voraz para que ardiera con ella. Sintió como una brisa de aire cuando los cuerpos se separaron lo suficiente para que él introdujera la mano y manipulara para revestir su miembro. Sólo entonces Antonia recordó la cajita que le había entregado Estrella en la que se guardaba la precaución y se percató de lo novata que era. Se unieron y el incendio se propagó entre sofocos, deseos y ansias; las bocas aspiraban oxígeno para mantenerlo vivo el mayor tiempo posible mientras seguían quemando el deseo contenido, hasta que llegó la liberación. Charles —ya había dejado de ser el señor Webster— la abrazó, sudoroso.

—Ahora entiendo por qué los poetas relacionan el amor con el fuego, pasiones en las que arden las venas. No recuerdo quién fue, si

Góngora o su eterno enemigo, Quevedo.

Lo oyó reírse, con voz ronca y satisfecha, pero no dijo nada, no les siguió el juego a los nervios de ella. Antonia pensó que todo había terminado cuando sintió que la mano de él recorría las curvas de su cuerpo como si fueran de seda. El fuego no se había apagado, quedaban los rescoldos y, despacio, con las caricias como si fueran el aire que los alimentaban, prendieron, pero no hubo llamas: eran brasas que permitían un calor más duradero, una unión mirándose a los ojos, perdidos el uno en el otro mientras removían esas brasas en otro baile distinto, con otro ritmo mucho más íntimo e inolvidable. ¿Cómo iba a sobrevivir después de aquel incendio que había arrasado con su tranquilidad? La hoguera había sido alimentada con su vida, con sus creencias, con su futuro y con su pasado. No le quedaba nada y se sintió perdida, a pesar de que la rodeaban unos brazos fuertes y cálidos, y la acompañaba una respiración sosegada y ahíta de placer, propia de un hogar que no le pertenecía, pues era de su amante. Cerró los ojos para no ver, para no pensar, y se sumergió en un sueño donde el fuego de la pasión era el protagonista que había calcinado una parte de su memoria e, igual que en un bosque, había dejado una cicatriz cenicienta. Pero no le importó, no quería olvidar por doloroso que fuera.

24

Un día de lluvia

Domingo, 30 de agosto de 1891

Estrella abandonó las dependencias en las que dormían las doncellas de las mujeres alojadas en el hotel. Bajó preocupada una planta por las escaleras de servicio y se adentró en el pasillo hasta detenerse a la puerta de su señora. Se agachó y comprobó que la luz era tenue, de acuerdo con el día lluvioso y triste, por lo que no le resolvió la duda, por eso decidió no llamar. ¿Y si interrumpía? ¡Qué violento sería! Como nunca había sucedido algo así, ignoraba cómo proceder y se retorcía las manos, indecisa, en el corredor. Se abrió una puerta más allá, salió un caballero que no le dedicó una mirada y se encaminó hacia el ascensor, con el paraguas como bastón. Un ruido en el interior de la habitación la obligó a prestar atención: era la voz de su señora hablando en alto. Aguardó lo que le pareció una eternidad hasta que escuchó el tono grave del señor Webster. Entonces abandonó el pasillo presurosa y bajó por las escaleras como alma que llevaba el diablo a desayunar. En algo debía entretenerse.

—Mucho ha tardado, dormilona.

El irlandés estaba apoyado en el quicio de la puerta de acceso a la pequeña sala que había junto a las cocinas, donde realizaban las comidas los criados, siempre con prisas y con escasa conversación entre ellos; algunos ni hablaban el idioma.

—La invito a un desayuno más tranquilo en el Café Español, como dos señores. ¿Qué le parece?

—No puedo, debo estar disponible —se excusó, sonrojada, pues cayó en la cuenta de que él también sabría lo que estaba sucediendo.

—No se preocupe por ellos. Su señora sabe vestirse sola, ¿no? —Estrella asintió, alarmada por la tranquilidad del señor Malloy—. Hoy prescindirá de sus servicios, tiene el día libre, como yo. Es una pena que haya amanecido lluvioso.

—No lo entiende —se resistió Estrella—. La señora puede necesitarme en más de un sentido.

—Mis órdenes son que, si no había regresado al amanecer a su

habitación, nos tomáramos el día libre. Eso quiere decir que todo va como la seda para su señora y que no la necesitará.

—¿Sus órdenes? ¿Ya lo habían planeado?

—En absoluto. Fue anoche, cuando nos despedimos. Vine con ellos en el coche, ¿recuerda? El señor Webster tenía esperanzas, pero hasta el final nunca se sabe cómo va a salir el asunto, así que me dijo que durmiera en su habitación y que, si él no había regresado, la buscase y nos tomáramos el día libre.

—¡Vaya! Están muy versados en estas lides —apreció Estrella, dolida por ser tan ingenua—. ¿Es un juego que repiten con frecuencia?

—Es un juego, si desea considerarlo así, en el que participan dos jugadores que consienten. Sin embargo, en esta ocasión, mi intuición me dice que el señor Webster está a punto de quemarse, si no ha ardido ya.

—Pues yo ni juego ni consiento —aclaró Estrella.

—Creo que ya lo hablamos en el balneario. Sé respetar los deseos de una mujer —replicó un tanto ofendido—. ¿Acepta el desayuno o piensa pasarse el día encerrada allí arriba?

—Disculpe mi reticencia. Yo no estoy tan habituada a estas situaciones y, sí, acepto el desayuno y lo que traiga el día. Seguro que ya ha trazado varios planes.

—Empieza a conocerme. La aguardo en el vestíbulo.

Estrella subió las escaleras de servicio con la ligereza de quien se ha quitado un peso de encima. El irlandés le caía bien, se entendían sin falsas apariencias y pasarían un día agradable. Sí, una lástima que lloviera. Sin embargo, no podía quitarse de la cabeza una siniestra sombra sobre su señora. No creía en el vudú, como muchas de las mujeres de la hacienda de *Manzanillo* o la propia Vicenta, a pesar de que ella lo negaba. Según Estrella, nadie estaba libre de la superstición, tan poderosa que se enrocaba en el alma. Y así lo sentía ella, como un peso oscuro, no en vano era gallega. Se calzó los chanclos, se cambió la cofia por un sombrero, se echó sobre los hombros una ligera capa de algodón encerado y cogió el paraguas.

Doña Lina y doña Vicenta estaban convencidas de que era lo correcto, de que en un momento determinado se rompería el caparazón en el que se había refugiado doña Antonia. Visto así, parecía un argumento sólido, pero no lo era. Ella, en su interior, presentía el desastre y no se consideraba una persona agorera. Doña Vicenta. Hacía un siglo que no la llamaba así, desde que habían iniciado este periplo. ¡Vaya dos! Todo el día tramando y entretejiendo nuevas ideas. Porque doña Vicenta mandaba tanto como doña Lina, aunque la presentara como su mano derecha. Tenía una habitación con baño y salón para ella sola, con doncella propia. No obstante, para realizar el viaje por Europa, había renunciado a sus derechos y fingía

ser la doncella de doña Lina, y ejercía como tal, ya que doña Lina no se valía por ella misma, pero no le importaba. Doña Vicenta había salido del fango, como todas, gracias a doña Lina. Las diferencias con las demás habían sido la inteligencia y la facilidad de adaptación de la mulata. Había llegado muy joven a *Manzanillo,* una fugada, con apenas doce años y meses de abusos sexuales a la espalda por parte de su padre, quien no la reconocía por el color de su piel y por ser hija de esclava. Doña Lina, soltera y estéril, la había acogido bajo su ala en cuanto había captado la inteligencia y la capacidad de absorción de la mulata: sería su sucesora, o al menos era lo que se rumoreaba en la hacienda. Hacía un par de días las había oído hablar de San Agustín, y doña Lina presionaba a doña Vicenta para que aceptara poner en marcha aquello. Habían nombrado a Blanca, la linotipista y artista de los diseños de las vitolas de tabaco. Era blanca y vivía en Matanzas por razones del negocio. A Estrella nunca le había quedado clara la historia de esa muchacha. Había vidas que no se contaban y estaba feo hurgar en ellas. El problema era que el número de mujeres que dependían de *Manzanillo* aumentaba y había que expandirse. Pensaban que doña Vicenta se desenvolvería mejor en San Agustín, una ciudad más liberal, que en Cuba, donde no aceptaban a una mujer de color como interlocutora en los negocios; ya les costaba aceptar a doña Lina. Sólo por el empecinamiento de la mujer y por el respaldo del apellido familiar había conseguido introducirse. El viaje era una faceta más en la formación de doña Vicenta: conocer Europa y a sus gentes, que podrían ser futuros compradores. Ver y aprender. Sin embargo, en Europa tampoco se admitía a la gente de color abiertamente, por lo que se hacía pasar por doncella, más sencillo para todos y sin necesidad de dar explicaciones. Doña Vicenta seguía trabajando desde la estancia de doña Lina. Lo sabía porque los cables a Cuba salían y llegaban constantemente para dirigir los negocios desde la distancia.

Fue agradable sentarse con la gente de postín, degustar su comida y ser servida, para variar. El señor Malloy vestía como un caballero, y ella se sintió orgullosa de su sencillo vestido de seda. La señora Antonia le permitía y, a veces, le pagaba fruslerías como aquella. Decía que a su edad era importante sentirse guapa. Por eso Estrella se preocupaba por ella, porque se parecía a su tía, por las muchas consideraciones que tenía con las personas que trabajaban a su alrededor, aunque el marido, en ese campo, dejaba mucho que desear: pagado de sí mismo y soberbio.

Cogieron el tranvía de la costa que los condujo al corazón de la ciudad. Se perdieron por las calles comerciales y, al pasar por delante de una joyería, se detuvieron.

—¿Le gusta soñar? —preguntó el señor Malloy. Estrella no detectó burla en el tono y contestó.

—Me gusta el brillo de las piedras. A veces me pongo las de mi señora, me acerco a la ventana con un espejo y disfruto con los reflejos. —Lo miró seria antes de añadir—: No he robado nunca.

—Ni yo lo he pensado. Lo considero una travesura. ¿Este vestido también era de ella? Le sienta a usted mejor.

—¡¿Cómo se atreve?! —exclamó Estrella. Alzó la barbilla y levantó una ceja para acentuar el enfado —. Me regaló la tela doña Antonia, y yo lo he confeccionado.

Siguieron deambulado por la calle San Francisco y, al cabo de unos minutos, el irlandés retomó la conversación.

—¿Lo ha cosido usted? —El tono denotaba admiración—. Es una caja de sorpresas, Estrella. —El halago le sirvió de disculpa a la gallega.

—Hago muchos vestidos para las mujeres de *Manzanillo* y enseño a otras —explicó, más calmada y orgullosa de su habilidad—. Los arreglos importantes de la ropa delicada de las doñitas me los encargan a mí.

—Podría montar un taller y ganarse la vida por cuenta propia.

—No es el primero en tener esa idea. Estoy ahorrando, para cuando sea mayor y me sienta segura para emprender una vida en solitario.

—Ahorrará, se hará mayor, pero no vivirá sola. Se lo digo yo que soy un poco druida.

—¿Eso es como un brujo? —se alarmó Estrella.

—Pero positivo. La brujería lleva una connotación negativa —aclaró, tan seguro de lo que hablaba que Estrella no se atrevió a preguntar lo que no conseguía entender.

Comieron en un almacén de vinos recientemente reformado y con muy buen servicio: restaurante Regatillo, en la plaza de las Atarazanas. Tuvieron la suerte de que el chaparrón cayera durante la comida y, cuando salieron en busca del café, ya había escampado.

Por la tarde le tocó en suerte hablar sobre su vida al escurridizo señor Malloy, para gran complacencia de Estrella. Le contó que provenía de una familia numerosa, que se había criado en las calles neoyorquinas y que poseía un expediente delictivo: delitos leves, por supuesto. Pero se había topado con un pies planos irlandés que lo empujó a formar parte de la Policía, y había preparado el examen. Andaban escasos de personal, ya que muchos formaban familia y buscaban ciudades más tranquilas, en las que ejercer la profesión sin estar tan expuestos a que los matasen de un tiro. Así que borraron su historial y entró en el cuerpo de la Policía Metropolitana. No se le dio mal, y resolvió un par de casos comprometidos con buena mano. En uno de ellos estaba involucrado un pez gordo del Gobierno, y había sido quien le había propuesto trabajar en los consulados, como ayudante para diplomáticos y funcionarios plenipotenciarios. Su vida,

desde entonces, se desarrollaba entre hoteles y viajes.

—¿Y no le resulta incómodo? Sin una casa fija adonde regresar, donde descansar —se preocupó Estrella.

—De momento, no. Hago lo mismo que usted: ahorro. A causa de ese nomadismo, el Gobierno no encuentra a mucha gente dispuesta y paga bien. Me compensa. En menos años, conseguiré lo que tardaría una vida como policía. Mi idea es abrir un negocio con el que pueda mantener con holgura a una familia.

—¿Qué tipo de negocio?

—Inmobiliario, pero toda la cadena: la compra de terrenos, la construcción y la venta; también la compra de inmuebles, la restauración y venta. Siendo policía, me di cuenta de quiénes eran los ricos en esa ciudad: los que poseían inmuebles o alquileres o se dedicaban a la compraventa. La gente necesita una casa para vivir y eso mueve dinero, créame.

—Y le creo. Hace falta mucho dinero para iniciarlo —advirtió Estrella.

—Cierto. Tendré que buscarme una esposa que monte un taller de costura para mantener todos los hijos que quiero.

—¡Oh! ¡Qué malo es! Me está tomando el pelo —rio Estrella—. Se hace tarde —añadió cuando se percató de que el sol descendía.

—Habrá que buscar dónde cenar —propuso el señor Malloy.

—¿No volvemos al hotel? —se extrañó.

—¿Se atrevería a entrar en esa habitación? —El gesto de Estrella fue elocuente—. Después de la cena, habrá baile en la plaza de la Libertad. Tocará la banda de música del regimiento Bailén: pasodobles, polkas…

—No sé bailar.

—Nunca es tarde para aprender.

25

La excursión de Maura

Lunes, 31 de agosto de 1891

Charles había caído por el precipicio, pero no le importaba. Se sentía como un adolescente cuando se enfrentaba al primer amor. No obstante, era muy consciente de la caducidad de ese amor: exactamente el día 2 de septiembre, en el que regresaría a la cruda realidad. Desde el primer momento no ignoraba dónde se estaba metiendo, y pensó —y seguía pensando— que sería capaz de lidiar con el final. Lo que lo asombraba era que, a sus cuarenta y un años, hubiera conocido ese esquivo amor del que hablaban los poetas, y que la vida se burlase de un conquistador como él al ponerlo fuera de su alcance.

—¿Ya es de día? —Antonia se revolvió a su lado, y él se abrazó a ella para darle los buenos días.

—He de irme —le recordó Charles sin moverse, con la cara hundida en su cuello, absorbiendo el calor de su piel y de esa vena palpitante que la cruzaba—. Antes de las diez he de estar en el muelle.

—¡Qué amable el señor Trueba! ¿Habrá sospechado algo? —se preocupó Antonia, aunque a esas alturas estaba un poco fuera de lugar.

—Si no fuera así, cambiaría de abogado —razonó Charles—, pero no te preocupes, existe un código tácito entre caballeros de no hablar sobre temas de camas. Imagino que será porque nadie está libre de sospecha.

—¿Tan común es?

—Mientras sigan anteponiéndose los matrimonios concertados a los del corazón, es inevitable.

Charles cerró los ojos y reunió la suficiente fuerza de voluntad para separarse de ella y levantarse. Antonia se estiró debajo de las sábanas mientras Charles se vestía. La habitación era de categoría inferior; sin embargo, había preferido ser él quien deambulara por los pasillos y diera de qué hablar en lugar de Antonia. Había que ser discreto y velar por el buen nombre de la dama en la medida de lo posible. Se

acercó a la mesa para recoger el reloj y los gemelos y se topó con el maletín de cedro. Se sonrió. Recordó el día en el que había conocido a la señora de Carvajal y en el que se había propuesto desvelar los secretos que albergaba alguien que miraba el mundo con el sosiego que ella lo hacía; lo que no había imaginado era la magnitud de uno de los secretos: que tras un nombre masculino, que acaparaba la atención de miles de lectores, Adam Fullerton, se escondía una mujer que vivía en una hacienda perdida en medio de los campos de caña cubanos.

Lo había descubierto el día anterior. Mientras ella dormía, él se había levantado y había visto los papeles perfectamente ordenados sobre la mesa y el maletín abierto con una buena colección de plumas. Por defecto de su oficio, había ojeado los papeles para averiguar de qué se trataba. El título, *La Fuente del Francés,* le llamó la atención, y la curiosidad lo ganó. Lo leyó y reconoció los hechos. Pensó que era un triste intento de novelar algo real hasta que se fijó en los nombres de los protagonistas. Como habían hablado sobre ellos e incluso habían bromeado, no le había dado importancia. No obstante, se permitió hurgar en el maletín y dio con una carta del editor, dirigida a la hacienda *Manzanillo* para la señorita Valdivia y dentro, otro sobre para Adam Fullerton. Lo guardó todo y lo dejó como estaba. Se sentó y se quedó pensativo, contemplando a la bella durmiente. ¿Ese desvío de la correspondencia se debía a la ignorancia del marido sobre la actividad de su esposa? ¿Y por qué lo mantenía en secreto? No le había parecido que se llevaran mal, sencillamente, no se llevaban. Y había compartido suficientes días con ellos para sobrepasar las apariencias y comprobar que reinaba el respeto, de ahí la vida tranquila de ella: sin pasión y sin odio. Aunque recordó cómo Nemesio se había molestado cuando se enteró de la intervención de su esposa en los asuntos sociales, por llamarlos de alguna manera, de la tía. ¿Se opondría a la actividad escritora de su esposa?

En todo lo referente a Antonia, lo mejor era ser sincero, y se sinceró. Charles confesó su inexcusable pecado, y ella, por fortuna, no se lo tomó a mal. Había comenzado a escribir por aburrimiento, y no había tardado en darse cuenta de que disfrutaba; no se le daba mal. Cuando descubrió lo que podía suponer para ella la escritura, había decidido ocultarlo y la mejor forma había sido escribir en inglés, idioma que ignoraban en la hacienda, y luego la madeja de la mentira había ido creciendo. Hablaron largo y tendido sobre las expectativas de Antonia, el deseo de independencia, de vivir en Nueva York, por doloroso que ello fuera. Sabía que habría de dejar no sólo al marido, sino también a la familia, a sus hermanos: una mujer que abandonaba al marido era repudiada en el ámbito social, por lo que era imperativo buscar un sustento sólido, y la escritura se lo había proporcionado.

Había a su nombre una cuenta abultada en un banco de Estados Unidos, fuera del alcance de cualquier persona que ejerciera el derecho de tutor. A Charles no se le escapaba quién había sido la instigadora: la tía Lina, la que ayudaba a mujeres con problemas. Había de reconocer el mérito de doña Emelina que, con la valentía de un torero, se había puesto el mundo por montera y realizaba el paseíllo por el ruedo, con la cabeza erguida y bajo la ovación de todas aquellas mujeres a las que había empujado a salir adelante. ¿Y el toro? El toro no había sido abatido, porque las leyes seguían recordando quién ejercía los derechos y quién carecía de ellos. Todavía no se había ganado las orejas y el rabo.

De cualquier manera, la señora de Carvajal había conseguido un rendido admirador en la persona de Charles: por su inteligencia, por su discreción y… por haberlo enamorado.

El descubrimiento de la identidad de Adam Fullerton había abierto una ventana inesperada a sus esperanzas; sin embargo, no se había atrevido a plantearlas. La intuición lo frenaba, la razón le decía que no se precipitase y la edad o la experiencia le habían enseñado que, con el nuevo día, cambiaba la perspectiva de cómo se enfocaban los hechos que se consideraban irreversibles el anterior.

—¿Nos vemos en el desayuno? —preguntó Charles, antes de abrir la puerta.

—No. Desayunaré aquí. He de poner orden en la habitación.

—Enviaré aviso a tu doncella —se ofreció Charles—. Hasta la noche.

Abrió la puerta con sigilo y asomó la cabeza: el pasillo estaba en silencio. Era pronto para que el servicio deambulara por los corredores. Cerró la puerta tras de sí y se dirigió a la escalera principal. En su habitación, Andrew dormía a pierna suelta, pero se despertó en cuanto oyó el portazo que Charles dio adrede. No era la primera vez que el irlandés se quedaba en paños menores y se metía entre las sábanas, sobre todo cuando tenía la seguridad de que Charles no las aprovecharía. Se acercó a la ventana y descorrió las cortinas. Tras el día de lluvia, el cielo recuperaba su color azul.

—Espero que no fuera un día muy aburrido para usted. Hoy quedará libre de entretener a la gallega. Sólo yo he sido invitado a la excursión.

—¿La moral del señor Trueba no lo puede soportar? —acusó Andrew. Se incorporó y salió de la cama.

—La excursión que ha organizado el señor Maura, cuñado de Gamazo, es para los señores. Mañana participarán las señoras en la *garden party* que se celebrará en la finca del marqués de Hazas. —Charles abandonó la ventana y comenzó a desvestirse—. A ver si consigue que me planchen el traje. Hoy iré informal y cómodo —

anunció mientras se dirigía al aseo.

—Así que la comida en honor de Sagasta se ha convertido en una *garden party*. ¡Pobre señor marqués! —se compadeció Andrew, en tanto se vestía—. Y hoy, ¿la señora de Carvajal y su doncella tienen algún plan?

—Intuyo que no se lo pasó tan mal con el encargo —evaluó Charles desde el otro cuarto.

—De una forma más inocente y menos comprometida, no se equivoque —se apresuró Andrew a sacarlo de su error. Abrió el armario para escoger la ropa adecuada—. ¿Y a usted cómo le fue? ¿Consiguió mantener a flote su corazón? —Ante el silencio, Andrew asomó por una de las puertas del armario y se encontró con la mirada perdida de Charles, que se apoyaba en la jamba de la puerta del aseo —. ¡Oh, vaya! Tiene la expresión del ahogado. ¿Lo merece la dama?

—Si no me he vuelto loco a mi edad —replicó Charles, un tanto abatido—, lo merece y mucho; sin embargo, no gozo de una posición preferente en esta partida. Y no me sermonee con que ya se lo advertí —se adelantó Charles.

—No iba a hacerlo. El amor es así de traicionero, por eso gana mi respeto.

Charles no entró en detalles, no merecía la pena. Además, estaba todavía demasiado conmocionado para hablar de ello. Andrew tuvo la delicadeza de centrarse en el atuendo para la excursión.

El señor Maura había alquilado una corconera con la que recorrieron la bahía. Se detuvieron en algunas poblaciones costeras en las que los agasajaron con bailes y refrigerios. Charles se aburría y no hacía más que recordar la cálida noche pasada y la que lo esperaba.

Regresaron a Pedreña, tras el idílico paseo, y subieron a los carruajes que los condujeron directamente al balneario de La Fuente del Francés.

Charles temía ese momento, pues se figuró que doña Emelina no lo dejaría escapar, y no tenía claro cómo iba a salir del lance. El matrimonio Cagigal los aguardaba con expectación y se entretuvo en el saludo de hombres tan importantes y afines a sus ideales políticos. Los residentes del balneario se mantuvieron a cierta distancia, pero sin perder detalle. Don Genaro no desperdició la oportunidad de hacer propaganda de las instalaciones, y doña Matilde, su esposa, invitó a los representantes de la prensa a que se movieran por los espectaculares jardines. Los representantes de *El Liberal, El Globo, La Publicidad, El Atlántico, El Correo de Cantabria, El Porvenir Vascongado* y de otros tantos boletines periódicos no desoyeron la invitación y, como hormigas, se desparramaron por los alrededores.

Mientras estiraban las piernas antes de sentarse a comer, Charles divisó a doña Emelina con su doncella y se acercó a saludar.

—Buenos días, doña Emelina. —Charles, con la guardia alta, intentaba adivinar las intenciones de la mujer, tanto en los gestos como en los ojos—. ¿Alguna novedad sobre el asesinato?

La señorita Valdivia lo escrutaba de la misma manera. Semejaban dos ciervos en plena berrea antes de entrelazar los cuernos para medirse en una lucha de fuerza.

—Siguen sin encontrar al anarquista —respondió la mujer—. ¿A qué viene el interés?

—Me gustaría que su sobrina terminara la novela. Soy un entusiasta seguidor de Adam Fullerton.

—Me alegro de que hayan llegado a ese grado de confianza. Es una mujer muy indecisa, pero no le falta ingenio —comentó doña Emelina, orgullosa—. ¡Mire! Ya van a tomar asiento. No se despiste y escoja buenos interlocutores en la mesa. ¡Vaya, vaya! —apremió la señora.

Charles no se hizo de rogar y se fue; ya había informado de la manera más delicada sobre el avance con su sobrina, ya que intuía que era la noticia que aguardaba: que sus planes de alcahueta habían llegado a buen término.

La mesa estaba dispuesta al aire libre, bajo un cielo entoldado, en el corro de bolos inmediato al balneario. La comida, servida por la acreditada Francisca Gómez, dueña del Gran Hotel, situado encima del Club de Regatas y del Café Suizo en el muelle 11, incluyó copa, puro y *champagne*.

Fue en ese momento de esparcimiento cuando se acercó el hermano de Trueba al señor Gamazo, valiéndose del parentesco y de que don Sixto andaba entretenido con la prensa. Don Germán se mostró amable y escuchó al hombre, incluso le sonrió, pero negó con la cabeza a lo que le estaba diciendo. Charles sólo podía interpretar el lenguaje corporal, porque ambos se hallaban un poco alejados de las mesas; tampoco le interesaba demasiado. Si atendía a las palabras de doña Emelina y de don Sixto, el asunto de la herencia y de la tutoría estaba resuelto y no a favor del padre de la viuda. El hermano de Trueba se impacientó e insistió, y don Germán se mostró igual de porfiado en su negativa. Maura, atento a las indicaciones de su cuñado, acudió en su auxilio en cuanto le hizo una seña y alejó al señor Trueba sin llamar la atención, pero con firmeza. Algo replicó el hermano de Trueba, pero el señor Maura amenazó, sin perder la afabilidad del rostro, algo muy duro que obligó al hermano de don Sixto a abandonar sus pretensiones y el lugar. *¡Pobre Jonás! ¡Demasiado grande la ballena!,* pensó Charles, embargado por la ironía de la situación.

Llegaron a Santander a las nueve de la noche, tras once horas de periplo. En la plaza del Príncipe se subió al tranvía, que lo dejó delante del Gran Hotel Sardinero. La perspectiva de pasar la velada

con Antonia lo animó a subir a la habitación para asearse y se encontró con Andrew, que se preparaba para salir.

—¡Ah! Por fin aparece. Me disponía a cenar con las damas. ¿Cambio de planes?

—Es demasiado tarde para eso. ¿Me puedo agregar?

—Vamos al Hotel Castilla, porque nos han hablado muy bien del cocinero, don Lino Alberniz. ¿Le ayudo a cambiarse?

—¿Tengo tiempo? En la vida se me ha hecho tan larga una excursión. Tanta pandereta, tanto elogio, tanto ir y venir… ¡Puf! —resopló.

Tiró la ropa al suelo y entró en el aseo a refrescarse y a peinarse un poco. El eficiente Andrew ya le había dispuesto una camisa limpia y un terno oscuro, apropiado para la noche, pero no para un baile. Cuando bajaron, las damas los estaban aguardando. El mayor regalo fue la chispa de alegría que detectó en los ojos de Antonia. Ella también estaba impaciente por reanudar la intimidad.

26

«Garden Party» en la finca del marqués de Hazas

Martes, 1 de septiembre de 1891

Un día más que amanecía con Charles amarrado a su cuerpo, como si temiera que lo fuera a abandonar en medio de la noche. Se hallaban desnudos, pero Antonia había perdido la vergüenza y se entregaba sin reservas, ávida de aprender y de saborear el placer. Intentaba seguirlo y mostrarse activa, aunque le faltaba destreza todavía. Notó que Charles se había despertado por el cambio del ritmo de la respiración. Éste se removió y comenzó a mordisquearle el cuello, el lóbulo de la oreja, la buscó una vez más y ella lo recibió con el nuevo día, consciente de la caducidad de su amor.

Pasearon por la playa, libres de prejuicios, comieron en el Hotel Inglaterra y regresaron a su hotel para vestirse y disfrutar de la velada en la finca del marqués de Hazas. Eligió un vestido más discreto, color tabaco con los volantes y la pasamanería en tonos crema. Se puso el aderezo de topacios, regalo de su padre antes de la boda: pendientes, colgante y pulsera; y se sentó para que Estrella la peinara. Recordaba el día en que se lo había entregado, y las palabras que lo habían acompañado, porque las había sentido como una disculpa por su parte: se casaba por obediencia, no por amor. Siempre que iba a visitar a sus padres se lo ponía para recordarle a su progenitor la fechoría, pues, poco después de la boda, la tía Lina había dado la alarma sobre las preferencias de Nemesio. No obstante, la propia Antonia ignoraba el alcance de la consecuencia hasta que Charles le había enseñado cómo era el amor, lo que significaba la unión de dos cuerpos por devoción y no por obligación y lo que se había perdido. ¿Cómo viviría en adelante? ¿Qué iba a ser de ella? No había vuelta atrás ni lo deseaba.

—Sencillo y elegante —dijo Estrella—. ¿Qué le parece?

Antonia empleó el espejo de mano para mirarse por detrás y asintió.

—Una artista —aprobó—. El sol no será tan fuerte, con unos polvos de arroz para evitar el brillo de la piel será suficiente —indicó—, y

luego me coloca el sombrero.

No confesó que así sería más fácil limpiarse la cara esa noche, la última noche. De sólo pensarlo, se le arrugaba el alma y se le revolvía el estómago. Nadie la había engañado: había entrado en la aventura con los ojos abiertos; la turbación en su ánimo había sido descubrir el placer y enamorarse de su amante. No lo confesaría, por supuesto; mantendría ese aire cosmopolita y maduro de quien aceptaba las circunstancias de la vida como venían: *«carpe diem»* lo llamaban los poetas. Se sentía ridícula a su edad por comportarse como una ingenua adolescente. A sus años, debería estar rodeada de niños y haber adquirido un conocimiento de la vida y de los temas de cama mucho más realista.

Charles la aguardaba en el vestíbulo y el señor Malloy entretenía al cochero afuera. En los ojos azules del norteamericano reconoció la admiración, aunque no pronunció una palabra. Antonia había comprobado que los halagos los dejaba para otras mujeres a las que se sentía obligado en los convites, por la diplomacia o por educación. A ella no le importaba. Había aprendido, en tan sólo dos noches, a leer en su mirada, en su sonrisa: un aprendizaje acelerado, no quedaba tiempo.

De nuevo, recorrieron el paseo de los pinares hacia el alto de Miranda, donde arrancaba la calle del Alta. Admiraron las grandes fincas de las familias más ricas de la ciudad y dejaron atrás la quinta *Altamira*. Los señores marqueses, junto a su hija, recibían a los invitados en la misma verja de acceso. Se bajaron del coche y, tras el saludo y la presentación, se adentraron en el parque. La casa gritaba su antigüedad desde la esbelta torre, las ventanas ojivales y los merlones que remataban el tejado. El carácter defensivo en otra época era innegable y romántico. Rodearon la casa, y un paseo, flanqueado por frondosos plátanos que lo ensombrecían, los condujo hasta un amplio cenador, cubierto y rodeado por enredaderas, donde se había servido el *lunch* a los representantes de la prensa. Antonia caminaba del brazo de Charles y no perdía detalle.

—¡Señor Webster! —lo llamaron desde la puerta del cenador.

—¡Ah! Es el señor Estrañi —la informó Charles en voz baja—, el redactor de *La Voz Montañesa.* Lo conocí ayer, durante la excursión. El hombre que lo acompaña es el célebre escritor don Benito Pérez Galdós. Son muy amigos.

Se acercaron e hicieron las salutaciones y presentaciones pertinentes.

—Mi querido amigo, se ha perdido un almuerzo digno de un rey. Se lo estaba contando a don Benito. Nunca nos habían agasajado con tantas delicias a la prensa, servido por el Café Cántabro, y ha terminado el banquete con *champagne*.

—Vamos, don José —sonrió don Benito—, que nadie ignora que era el banquete proyectado en homenaje a Sagasta.

—No por ello ha perdido calidad —defendió Estrañi—, y ha sido un detalle por parte de los marqueses, quienes nos han atendido solícitamente, seguir adelante con el almuerzo, ya que no pudimos degustar la cena del señor Gamazo.

—¿Han sido muchos? —se interesó Charles.

—Soldevilla, Telesforo Martínez, Cueto, Quesada, Madrazo…

Y siguió citando a los redactores de *El Aviso, El Liberal, El Imparcial, El Globo, El Boletín, La Publicidad…*

—Pero lo más curioso es que hablamos abiertamente de política, y eso que no todos son liberales, incluso ha habido quien los ha criticado. La hora del café ha cundido. Por cierto, ¿y el señor Sagasta? —se acordó, de pronto, el señor Estrañi.

—Todavía no ha venido —contestó la señora de Trueba, que se acercaba en ese momento y lo había oído—. Buenas tardes, caballeros. Si me permiten, vengo a privarles de la presencia de la señora de Carvajal.

Antonia agradeció el rescate de la señora de Trueba, pues era consciente de que no era su sitio. Antonia le alabó el vestido sin hacer mención al saludable cambio que había notado una vez liberada del peso de la extorsión del señor Castrejón.

—No sé si podré despedirme de su tía el día dieciséis. Sixto tiene asuntos pendientes en Valladolid. Se lo cuento a usted para que se lo transmita a ella, que ha sido tan amable por interesarse por el futuro de mi sobrina. Mi cuñado ha conseguido entrevistarse con Gamazo, pero no ha conseguido nada; por el contrario, don Germán lo ha puesto en su sitio y lo ha amenazado con la cárcel por deudas si no depone su actitud y deja de extorsionar a la familia. Por otro lado, mi marido ha conseguido adelantar la apertura del testamento y… ¡No se lo va a creer! Deja la tutoría de su mujer al despacho de mi marido hasta que ella cumpla los treinta años y no se acuerda para nada de su suegro.

Antonia se congratuló de que el asunto hubiera acabado a favor de los intereses de la joven viuda; por otro lado, reflexionó, no dejaba de ser extraño que confiara su patrimonio al señor Trueba si de verdad extorsionaba a su esposa. A no ser que estuviera seguro de su éxito y que contara con la ayuda de los Trueba para medrar en la política. Una ambición a la altura de la soberbia y que le había costado la vida.

La señora de Trueba la acompañó adonde se reunían las mujeres, en torno a otro cenador más discreto, que encerraba una mesa redonda rodeada de sillas y periódicos. Era el lugar que la familia empleaba para el esparcimiento y la lectura. La señora de Gamazo la recordaba del día de la cena en su casa y se acercó a saludarla,

seguida de un tropel de señoras y señoritas. Vestía de encaje negro, muy discreta.

—Señora de Carvajal, un placer volver a encontrarla. ¿Le agrada nuestra ciudad?

—Los paseos por las playas del Sardinero son una delicia; incluso creo que he cogido un poco de color a causa de la brisa. Y la culpa la tiene la temperatura tan benigna de la que disfrutan aquí.

—¡Ay! Está en lo cierto —intervino la señora de Hoppe, a la que el vestido de seda gris le sentaba como un guante—. Una vez fui a Cuba y el sudor me acompañó desde la primera hora de la mañana hasta la noche. La temperatura siempre es la misma, llueva o haga sol.

—De ahí que los lugareños vistan de blanco —dijo una señorita, que respondía al nombre de María Cabrero y destacaba por su traje claro de media cola—. Y no se olviden de acortar sus faldas si deciden viajar a las Antillas.

—Eso es imperativo por los suelos de tierra y por el peligro de que trepen por las faldas hormigas y arañas —aclaró Antonia.

—Las faldas se van a acortar —anunció una de las señoritas Abarca, que vestían de blanco y color heliotropo—. He leído que en Viena están siendo muy criticadas las colas de los vestidos por antihigiénicas y que las van a prohibir.

—Mañana mismo mando a mi modista que modifique algunos de mis vestidos —decidió la impulsiva señora de Quintana.

—Señora de Carvajal, ¿ha visitado la finca? —Ante la negativa de Antonia, la señora de Botín se ofreció a enseñársela.

Los jardines eran más extensos de lo que parecían. Se adentraron por los paseos y alamedas que sombreaban plátanos, acacias y magnolias. Aquí y allá, animaban con su colorido flores y plantas exóticas en canastillas variadas y atractivas a la vista.

—En la corte se estilan mucho este tipo de *garden parties* —contaba la señora de Botín—, como las llaman los madrileños, y son las preferidas de la reina regente y de la aristocracia, pero en provincias son complicadas, carecemos de parques tan extensos para celebrarlas.

—Por el camino he visto algunas fincas preciosas —alegó Antonia en favor.

—Creo que la más extensa es ésta, la del marqués de Hazas. De todas formas, en Santander existe un serio problema con el clima a la hora de hacer planes a largo plazo.

—Y a corto —corrigió Antonia, y se rieron.

Habían rodeado un estanque de aguas cristalinas que reflejaban el entorno como si fueran un espejo.

—El señor Webster es muy atractivo.

Antonia se alertó; ya estaban ahí los rumores.

—Sí que lo es, ¿quién puede negarlo? Nos alojamos en el balneario

de La Fuente del Francés, donde nos hemos conocido. Viajo con mi marido y mi tía, estamos de *tournée* por Europa y el día dieciséis regresaremos a Cuba. Quería conocer el Sardinero, no se oye hablar de otra cosa en el balneario, y coincidí con los señores Trueba, quienes tuvieron la amabilidad de invitarme a los festejos en honor del señor Sagasta. Ellos me comentaron que el señor Webster, como diplomático, también había sido invitado y nos pusimos de acuerdo para desplazarnos.

—¡Ah! La música —exclamó la señora de Botín, para quien había perdido interés la historia de Antonia al no hallar nada escandaloso—. El señor Sagasta ha llegado. Un poco tarde, a mi parecer. Usted es muy joven, pero le voy a contar un cotilleo que, sin duda, como cubana, apreciará. La familia Aguirre es vecina de la mía, por lo que conozco la historia de primera mano. Esta familia se trasladó en 1848 a La Habana, pues don Ramón era marino y armador de buques. Todavía recuerdan la travesía en la fragata Santander, ya que duró tres interminables meses. Mi amiga, por la ocupación de su padre, nació en Astillero, y por aquel entonces era adolescente. Pues, como le iba diciendo, a mi amiga la invitaron a ser madrina en el bautizo del niño de unos amigos de allí: el niño era José Martí. —Antonia abrió los ojos, llenos de asombro, para complacencia de su interlocutora—. No acaba aquí la historia. Terminada la Guerra Chiquita, el once de octubre de 1879 desembarcó del vapor-correo Alfonso XII, en calidad de desterrado, don José Martí. Aquí mismo, en Santander. Mi amiga apeló a las amistades para lograr que no se llevaran al joven a Madrid. Ladislao Setién, diputado a Cortes por Laredo en aquel año, consiguió que se alojara en casa de su madrina: doña Marcelina Aguirre. Así fue como llegué conocerlo, aunque todavía no tengo claro si fue un placer o una desgracia, ya que las aspiraciones de ese joven pueden suponer la ruina y la muerte para muchos de nuestros hombres si se decide a seguir adelante con sus pretensiones. En confianza, le diré que no me pareció gran cosa físicamente: menudo, demasiado fino para ser revolucionario.

—Pero con una mente despierta. No se fíe de las apariencias —recomendó Antonia.

—He oído que se encuentra en Nueva York recabando fondos para la pretendida independencia de Cuba.

—En efecto. No esconden su actividad ni sus ideas. Ahora escribe y publica sin sonrojo —admitió Antonia.

Se aproximaron a la zona que habían dispuesto para el pequeño ágape. La marquesa y su hermana política, doña Anita Gallo, seguidas por un batallón de criados, servían sándwiches, helados, chocolates, bombones y licores. El señor marqués departía con los caballeros en torno a una mesa, cuyo centro era un gran magnolio. Al fondo, había

una gruta que destilaba agua fresca y que era ofrecida a los concurrentes. Antonia disfrutó del brillante desfile de mujeres elegantes que lidiaban por destacar en prendidos y tocados. Hacía mucho que no asistía a una fiesta, y el principal atractivo de ésta era que no le importaba lo que pensaran de ella y que no le preguntaban por su familia o sus hijos. Era una mujer felizmente anónima.

Los más jóvenes se retiraron al salón de baile para divertirse con rigodones y polcas. El señor Sagasta quiso sumarse, pero la señora marquesa lo disuadió con maestría y elegancia. Al atardecer, subieron por un estrecho sendero en espiral a la cima de un pequeño montículo, desde el cual se divisaba la feraz campiña y el mar en lontananza. Contemplaron la espectacular puesta de sol: primero se incendió el cielo, pasó al rojo y fue amarilleando gradualmente hasta desaparecer el círculo incandescente. Antes de que el parque se sumiera en la más profunda oscuridad, regresaron y se despidieron de los anfitriones, quienes se disculparon de la falta de tiempo para instalar luz eléctrica y bolas de colores por el jardín. De este modo, habrían podido prolongar la deliciosa velada.

El señor Sagasta y sus anfitriones, los señores Gamazo, se alejaron caminando hacia la quinta *Altamira,* junto a otros pocos invitados que residían por la zona. Los demás esperaron turno para subir a los carruajes. Antonia y Charles guardaron las formas como meros conocidos: la ayudó a subir y saludaron una vez más antes de que arrancara el coche. Se aseguraron de estar a una distancia prudente para fundirse en un ardiente beso.

—Ha sido una tortura el verte ir y venir sin dirigirte la palabra, sin poder tocarte —musitó Charles. Se apoyó sobre el respaldo y suspiró —. Tiempo baldío: el tema giraba sobre el compañero Iglesias, durante el *meeting* socialista celebrado en San Sebastián. Al parecer, pronunció frases duras contra los políticos. ¡Qué esperaban! —exclamó, exasperado por la estupidez—. Nicolás Salmerón ha sufrido un fuerte ataque de dispepsia en Hendaya, pero ha conseguido superarlo a pesar de los temores de los facultativos. ¡Ya me dirás de qué me sirve a mí toda esa palabrería!

—¡Y los marqueses se disculpaban por no haber iluminado el parque! —rio Antonia.

—Habríamos perdido nuestra última noche —rezongó Charles.

—¡Nuestra última noche! —suspiró Antonia.

Por un momento estuvo tentada en proponerle que se escribieran, pero era algo impensable y pueril. Lo suyo estaba abocado al fracaso, se mirase como se mirase. Él llevaba muchos años soltero e independiente, y ella buscaba la libertad, como su amada Cuba. Lo mejor era terminar de raíz con aquella locura y guardarla como un tesoro en el recuerdo. Aunque ya nada iba a ser lo mismo.

Llegaron al hotel y el señor Malloy andaba al quite. Subieron en el ascensor y cada uno se bajó en su planta. Antonia encontró su habitación vacía, pero con la lámpara de cortesía encendida. Se apresuró a quitarse el vestido y se quedó en ropa interior. Entró en el aseo a limpiarse la cara y a aliviarse. Cuando salió, ya estaba Charles desnudándose.

—No te he sentido.

—No me obligues a recordarte lo obvio —dijo, con cierto tono de tristeza.

—No tienes por qué avergonzarte, eres un amante único —Antonia detectó un gesto burlón en él—. Es la evaluación de una inexperta pero sincera: para mí será inolvidable.

Antonia advirtió que Charles iba a decir algo, pero calló en el último momento, se acercó y comenzó a acariciarla. La piel ya conocía su tacto, los labios reconocieron el calor de los suyos. Las horquillas fueron cayendo a la vez que los bucles de la larga melena. Las manos hambrientas recorrieron su cuerpo musculoso y, una noche más, se ahogaron en el placer prohibido, consciente de sus manos, de sus besos, de su entrega, porque eso sería todo, absolutamente todo, con lo que contaría para tejer los recuerdos, para revivir el amor en la soledad fría y callada de casa, cuando no hubiera testigos de la tristeza ni de la desazón que la embargara, cuando escondida, allá en la hacienda, con los ojos perdidos al rememorar las caricias, se le quebrara el alma de dolor y de rabia por la ausencia. Sabía que las lágrimas mojarían las noches, que la oscuridad sería su enemiga y su aliada, pero nunca iba a haber arrepentimiento en medio del particular infierno que había de recorrer en solitario.

Amaneció nublado, como si el día comprendiera y respetara el estado de ánimo. Charles no despertó mucho más alegre, aunque intentaba disimularlo. Antonia lo iba conociendo y se alegró de una forma perversa y egoísta, porque significaba que no le era indiferente, aunque fuera una más en la lista de su vida; o al menos, mostraba la delicadeza y la sensibilidad de no envilecer lo que ella había elevado a lo más sagrado.

El tiempo se había agotado, y Charles la dejó sola para que Estrella pudiera hacer el equipaje. Desayunaron en silencio, entre miradas fugaces, temerosos de decir una tontería que rompiera el encanto de algo tan importante. El silencio ya era de por sí más elocuente que las palabras.

27

Las preocupaciones de Nemesio

Miércoles, 2 de septiembre de 1891

Doña Emelina se hallaba sentada en el balcón de su habitación. Habían comido y, mientras Vicenta se entregaba a la desagradable labor de contestar la correspondencia del día, ella había preferido dormir la siesta al aire libre, al arrullo de las aguas del Aguanaz y bajo un sol que se debatía entre nubes.

Estaba bastante satisfecha de cómo se habían desarrollado los planes, a pesar de los recelos de Vicenta. Como muchos cubanos, su amiga y compañera sucumbía a los augurios y mezclaba el vudú con el cristianismo. Doña Emelina era creyente, pero no fanática. A lo largo de la vida, le había quedado muy claro que los sacerdotes eran hombres y no enviados de Dios, y que los iluminados eran locos o, en el peor caso, sinvergüenzas que se aprovechaban de las gentes ignorantes. Habían sido muchos los encontronazos con la Iglesia por la labor que desarrollaba a favor de las mujeres, pero había obligado a la Iglesia a meterse en sus zapatos y a que la dejara en paz. Convivían, mirándose con recelo, pero cada uno por su lado. Lo que nunca había explicado, por más que la familia había preguntado, era cómo lo había conseguido. Formaba parte de las condiciones que había negociado con el obispo para que le dejara seguir adelante con lo que el santo varón había denominado *«Una afrenta a las buenas costumbres de una mujer»*. ¡Vaya cinismo!

En medio de esa duermevela, oyó el chacoloteo de los caballos y el ruido de los arneses de un coche acercándose. Desde que había terminado el mes de agosto, se había iniciado una escalonada fuga de alojados, que regresaban a sus lugares de origen. Abrió los ojos y se incorporó para cotillear quién se marchaba en esa ocasión; sin embargo, distinguió a Rosendo junto al conductor: llegaban; no se iba nadie. Chascó la lengua, contrariada. Habría preferido que Antonia regresara antes, pero debía de estar apurando los últimos minutos de su aventura. Dejaría que transcurriera un rato para que Nemesio se instalara y luego lo buscaría para entretenerlo. Conocía a Nemesio y

era un hombre bastante predecible, a excepción de alguna sorpresa, como su inclinación sexual o la destilación de ron. No había pasado un cuarto de hora cuando Nemesio la desconcertó al optar por salirse de las pautas del comportamiento previsible.

—¿Duerme?

Doña Emelina no se sobresaltó; lo había oído abrir el balcón y salir al exterior. No fingió despertarse; no era su estilo.

—No. ¿Qué tal el viaje? ¿Cerraste la compra?

—No. No me he atrevido después de cómo se ha desarrollado la entrevista con mi hermano. ¡Maldita sea!

A partir de la maldición, doña Emelina se alarmó.

—¿Qué te parece si me invitas a tu habitación? No creo que el servicio del hotel nos atribuya un romance a estas alturas, y sería más discreto que estar expuesto a oídos extraños, aquí en el balcón.

—¿Y en la habitación de Antonia?

—Si estuviera, lo habría propuesto. —Y antes de que le preguntara por su paradero, ella se adelantó—: Te encuentro muy inquieto. ¿Tan malas son las noticias?

Aguardó a que Nemesio tomara la iniciativa. Al hombre lo invadía la furia, no había que ser un adivino, pues no se molestaba en cubrirlo con el barniz de la educación, pero también se mostraba indeciso.

—Sí, será mejor que hablemos en privado —se decidió—. Usted es una mujer avispada; igual se le ocurre algo.

Intrigada, doña Emelina no se hizo de rogar. Entró y avisó a Vicenta, quien la acercó a la habitación del señor Carvajal. Rosendo abrió la puerta y abandonó la estancia junto con Vicenta. Doña Emelina, a esas alturas, intuía algún descalabro, aunque no imaginaba la magnitud.

—Te escucho, Nemesio, aunque no se me alcanza que la compra de un palacete haya supuesto una debacle para tus nervios.

—¿La adquisición del palacete? —Despertó de la indignación en la que se hallaba sumido—. No, ¡por Dios!, no fuera malo. ¿Recuerda que comenté que me reuniría con mi hermano, el vizconde de Tendilla?

—¡Ah! Problemas familiares —respiró doña Emelina—. Siempre he considerado como lema propio la expresión «Parientes y trastos viejos, pocos y lejos».

—En mi caso, el pariente y el trasto viejo soy yo —soltó, para consternación de doña Emelina, por lo poco atinada que había andado con la frase—. Y bien lejos que me enviaron —prosiguió con la amargura en la voz.

—No te ha ido tan mal —se atrevió a contradecirlo doña Lina.

—No. Con el tiempo hasta lo he considerado una ventaja —admitió Nemesio, con un resoplido de impotencia, y se dejó caer en una silla

—. Es más, me alegré de que se hubieran olvidado de mí.

—Y ahora, ¿qué ha cambiado? —indagó con paciencia doña Emelina. Estaba acostumbrada a los circunloquios de las personas que necesitaban ayuda hasta que le confiaban su tribulación.

—Todo. Absolutamente todo. Mi hermano tiene varios hijos y quiere recuperar la plantación para uno de ellos. Me deja en la calle. Tuvo la desfachatez de alegrarse de que fuera a adquirir un palacete, así no le crearía un conflicto con su conciencia. Pero el muy mezquino me dijo que era consciente de todo lo que había sustraído a las entregas a la familia, por lo que lo consideraba un pago a mis servicios. ¡El muy bellaco! —explotó, rojo de ira.

—¿Y tú qué le respondiste?

—Me defendí, por supuesto. No iba a dejarlo así. Mi hermano nunca ha pisado Cuba y no tiene ni idea de cómo es aquello. Cree que el asunto de la guerra y de la independencia se ha solventado y, como los políticos andan a la greña con el proteccionismo y ordeñan la isla como si fuera una vaca, se piensa que aquello es el Dorado.

—Canovista, claro —dijo doña Emelina, pensativa.

—No lo dude. Así que no compré el palacete. Una cosa es cubrirse las espaldas por si hay que salir corriendo y otra muy distinta, que lo echen a uno sin contemplaciones, sin posibilidad de seguir aumentando el patrimonio. Sin un ingreso constante, es imposible subsistir. El palacete era un capricho; una inversión, pero un capricho —matizó, como si se convenciera a sí mismo.

—Nemesio, te aconsejo que no te pierdas en la indignación y pienses con la mente fría: tú posees los contactos, cuentas con el apoyo para la refinación y la venta del azúcar de tu suegro y eres dueño de la destilería de ron. Y, si no adquieres el palacete, ¿de cuánto dinero dispones? —El hombre se irguió, y doña Emelina se apresuró a declarar—: No, no quiero que me lo digas, sino que lo consideres. ¿Qué margen de tiempo te han concedido antes de que aparezca por allí tu sobrino?

—¡Ésa es otra! ¡Tres meses! —exclamó el hombre con desesperación—. En tres meses he de desalojar *La Ceiba,* la hacienda que creí que sería mi casa hasta el final de mis días.

—Cuando te enviaron allí, ¿firmaste algún contrato? —se interesó doña Emelina.

—No. He de confesar que tampoco me interesó el tema. Estaba enfadado porque me mandaban al infierno. Amenacé con volver antes de lo que se pensaban, pero luego… —Hizo un gesto de impotencia.

—Ya. Vislumbraste las ventajas y cambiaste de opinión. Eso te demuestra que la furia no conduce a buenas soluciones. Si hubieras firmado algún tipo de contrato, no podrían evacuarte de cualquier manera. Por eso mismo, debes tomar una determinación con la cabeza

fría.

—No sé qué hacer. Me he desentendido de la producción de azúcar y desconozco ese mundo.

—No, el trabajo no es tu fuerte —convino doña Emelina—. Pero el ron es rentable. Me he fijado que no eres un manirroto. Te gusta la buena vida, como a todos, pero no gastas por encima de tus posibilidades que, para alguien que se ha educado en la abundancia como tú, es una virtud. ¿Y si inviertes en aumentar la producción y buscas nuevos mercados en Norteamérica? No has comerciado con ellos por una absurda lealtad, pero ya no tienes que guardar lealtad a nadie.

Nemesio suspiró hondo y guardó silencio durante un rato. Miraba hacia la ventana, pero no veía, sino que se hallaba absorto. Doña Emelina, por su parte, pensaba en su sobrina y en cómo sacar partido en su provecho a la nueva situación.

—Si aumento la producción, necesitaré más tierra. ¿Y dónde viviremos? ¿En una choza? No, no le estoy pidiendo asilo ni lo quiero.

—La tierra que te cedió mi hermano limita con las mías y con las de su familia. Lamento decirte que no estoy en condiciones de venderte ni un palmo. Cada vez cobijo a más mujeres —explicó. *Ésas con las que tanto te desagrada que mi sobrina se relacione,* pensó—. ¿Y si consideras la posibilidad de un intercambio con tu sobrino?

—¿Intercambio? ¿Y qué le puede interesar a ese mequetrefe? —dijo, con marcado desprecio.

—Experiencia. Y a lo mejor, la posibilidad de continuar el pacto con tu suegro. Dependerá del tamaño de la porción de tierra. Es una idea. De todas formas, cuentas con tres meses para invertir el desastre y convertirlo en algo provechoso.

—Sí, tiene razón. Pero es más fácil de decir que de hacer. —Nemesio se levantó de forma brusca y casi tiró la silla. Necesitaba dar salida a la furia que lo invadía—. ¡Malnacido! Se complace en hacerme la vida imposible.

Doña Emelina consideró que su labor había terminado. No pensaba quedarse para que le llorara en el hombro o para escuchar los insultos. Bien podía desahogarse con Rosendo: que hiciera algo útil ese vago.

—Creo que lo mejor es dejarte solo. ¿Nos veremos a la hora de la cena?

—Sí, cuenten conmigo. —Nemesio se pasó la mano por el cabello antes de abrir la puerta y empujar la silla hasta la habitación, donde Vicenta se hizo cargo.

Doña Emelina lo observó regresar, con el desánimo cargado a la espalda, a su habitación. Hizo una seña a Vicenta y ésta empujó la silla hacia el interior antes de cerrar la puerta.

—Creo que el señor vizconde ha colaborado en la causa de nuestra

Antonia. Nemesio está al borde de la ruina y de la desesperación —comentó en voz baja, para que no la oyera a través de la pared.

—Siguen casados, y se asirá a la familia como un náufrago para mantenerse a flote —objetó Vicenta—. ¿Qué le ha dicho su hermano?

Doña Emelina la puso en antecedentes hasta que las voces de la habitación de Antonia no les permitieron continuar.

—¿Y esos gritos? —preguntó Vicenta, extrañada—. Es don Nemesio. ¿Habrá perdido la cabeza?

—Dese prisa. Ayúdeme —ordenó doña Emelina—. Antonia ha regresado.

Vicenta la puso de pie, se aproximaron juntas hasta la pared colindante con la de la sobrina y, sin ningún pudor, aplicaron el oído.

—¿Estás intentando convencerme de que te has marchado con ese norteamericano y de que no ha pasado nada? ¿Pero tan estúpido me crees? —Nemesio hablaba en alto y con un tono beligerante.

—Yo no me he marchado con él —negó Antonia, manteniendo la calma—. La tía, en el último momento, se encontró indispuesta. Lo dices de una forma que suena sucio.

—¿Y cómo crees que lo dirán los demás?

—¿Y desde cuándo te importa lo que piensen los demás? —rebatió Antonia, algo más impaciente.

—Desde siempre. Lo que haga un hombre carece de importancia; por el contrario, la mujer sostiene el buen nombre de la familia.

—¿Tú te escuchas? —La voz de Antonia había subido y auguraba una confrontación—. No eres quién para restregarme por la cara el nombre de la familia. Ya te ocupas tú de enfangarlo, por eso te enviaron lejos tus hermanos, ¿no?

Se oyó un chasquido y un cuerpo que caía al suelo, pero ni un gemido. Vicenta, con la furia reflejada en los oscuros ojos, hizo ademán de acudir a la otra habitación, pero doña Emelina la sujetó del brazo con los dedos artríticos y apagó la ira de la mulata con la frialdad de su mirada.

—¡Aguarda! —Susurró la orden, y volvieron a pegar la oreja a la pared.

—Este viaje ha sido un completo error. —Escuchaban la voz irritada de Nemesio al tiempo que oían el arrastrarse de un cuerpo—. Todas esas malditas ciudades, incitando a un gasto descontrolado. —El suelo crujía bajo el peso del hombre y denunciaba el ir y venir nervioso—. Después la aparición de ese *dandy,* alardeando de conocimientos y estilo cosmopolitas, con los que os ha deslumbrado como labriegas que sois, por mucho dinero que tengáis. Sois indianas, salidas de lo más bajo de la sociedad. Y así os comportáis, tanto tú como tu tía. —Seguían rechinando los pasos, cada vez más rápidos—. Pero se acabó. No me vas a avergonzar más. Hasta que embarquemos,

te prohíbo salir de esta habitación. Ordenaré que te sirvan aquí las comidas. Y cuando regresemos a Cuba, retomarás las tranquilas costumbres, sin salir de la hacienda ni para visitar a tu tía. Esa mujer te llena la cabeza de ideas absurdas; es la comidilla de cualquier reunión social.

Oyeron cómo Nemesio abandonaba la habitación con un portazo y se dirigía de vuelta a la suya. Aguardaron unos minutos prudenciales y salieron con sigilo hacia la habitación de Antonia. Entraron sin llamar. Se hallaba sola y se encontraba en el aseo, mojando una toalla para aplicársela al pómulo afectado. Frunció el ceño en cuanto las vio.

—¿Lo habéis escuchado? —Era rápida en sus deducciones, y doña Emelina se alegró.

—Sí. Y debo felicitarte por haber mantenido la calma.

—Es lo más difícil que hecho en mi vida —reconoció Antonia—. ¿Cómo se puede ser tan cínico? ¡Convertirse en abanderado de la moralidad!

—También te felicito por no haber confesado —insistió doña Emelina.

—No había nada que confesar —replicó demasiado rápido.

—¡Claro que lo había! —exclamó doña Emelina, más divertida que ofendida por la mentira—. Te recuerdo que estuve con él hace dos días. Hacía tiempo que no veía a un hombre tan feliz y tan incapaz de ocultarlo.

—Tía, por favor, ahora no. —Antonia se sentó en la *chaise longue,* desmoralizada y cansada, mientras sujetaba la toalla contra la cara.

—Ahora sí. He de contarte la razón por la que Nemesio está fuera de sí.

Sin embargo, una llamada a la puerta las interrumpió, y Estrella entró con una sombrerera.

—El tonto del mozo casi la extravía. Se le había olvidado junto al parterre cuando han bajado el equipaje del coche. Buenas tardes —saludó a la tía y a Vicenta—. ¿Qué le ha sucedido? —preguntó, en cuanto se dio cuenta del estado de su señora.

—Siéntese, Estrella —ordenó Vicenta—. Más tarde recibirá las explicaciones pertinentes y deshará el baúl. Tendrá tiempo de sobra.

Doña Emelina relató la conversación lo más fielmente que recordaba, con alguna que otra colaboración de Vicenta. Antonia escuchó con paciencia y, cuando terminó su tía, la expresión de su cara no cambió.

—Todo eso me importa un comino. Las preocupaciones de Nemesio no me interesan ni me afectan, y usted lo sabe; y menos ahora, después de esta agresión y, ¡santo Dios!, ¡me ha castigado como si fuera una niña pequeña!

—Es importante que no te vea así el señor Webster —decidió doña

Emelina—. Nunca se sabe la tontería de que es capaz un hombre enamorado.

—¡Hombre enamorado! Tía, usted como celestina es un desastre. Hoy obedeceré, pero no pienso seguir adelante con tanta mentira.

—¡Mi pequeña Antonia! —exclamó doña Emelina, enternecida y con la mirada acuosa—. ¡Por fin has crecido y te has convertido en una mujer!

—¡Oh, tía! Un poco de discreción —amonestó Antonia, sonrojada y consciente de la presencia de Vicenta y de Estrella.

—Estrella, usted llevará un mensaje para el señor Webster —propuso doña Emelina—. Seguro que sabrá la forma más discreta, es decir, que no pase por recepción y que no la encuentren a usted llamando a su puerta.

28

Antonia se rebela

Antonia dio rienda suelta a su ira en cuanto se encontró sola. No acababa de llegar y ya se había desatado el infierno sobre ella. Nemesio se hallaba en el balcón cuando presenció su llegada, acompañada por el señor Webster. Siempre había considerado a su marido un flemático. A decir verdad, en contadas ocasiones recordaba un encrespamiento de él, pues hasta para indignarse era apático. Mucho debía de haberlo afectado la intromisión de la familia para haberla tratado como lo había hecho. Aunque no, no tenía que buscar una disculpa para su comportamiento. Se lo había oído muchas veces a su tía. El hecho de que no salgan los asuntos como uno quiere no equivale a un permiso para arremeter contra las personas que te rodean.

Estrella había salido para cumplir con el recado de la tía. Se levantó y se dirigió al aseo para refrescar la toalla y mirarse en el espejo. La mano de Nemesio estaba nítidamente marcada en la parte más blanda de la mejilla. No habría hematoma, y eso la reconfortó. Le molestaba un poco la cadera, porque había caído de ese lado, pero no había más daños. Como no se esperaba esa reacción, la misma bofetada la había desequilibrado y, sopesándolo *a posteriori,* había sido mejor porque, al no oponer resistencia, la marca en la cara había sido de menor consideración. La había castigado sin salir, recordó. La rebeldía que no había aflorado en el momento fue surgiendo como lava candente y desbordante. En el mensaje que habían enviado al señor Webster, le recomendaban que se quedara en su habitación y que evitara al señor Carvajal. La tía Lina temía que el tonto de Nemesio se dejase arrastrar más allá de la prudencia si se viera obligado a compartir mesa con el norteamericano. ¿Y qué iba a hacer si ella desobedeciera? No se atrevería a montar un escándalo en el comedor, o eso esperaba.

Probó con polvos de arroz. Enmascaraban perfectamente la marca de los dedos. Estrella regresó acalorada y la buscó.

—Estoy aquí —dijo, y salió del aseo.

—¡Ah! No se nota. ¿Va a bajar a cenar? —preguntó, inquieta.

—Soy un poco mayorcita para que me castiguen. Sí, ya sé lo que ha

dicho la tía. ¿Cómo ha ido el encargo?

—Ese irlandés es un poco chismoso para mi gusto, pero era el medio menos sospechoso.

—Mientras pone un poco de orden, aguardaré en la terraza.

Confiaba que la tranquilidad del lugar le aflojara los nervios y el enfado. No se arrepentía ni un solo minuto de la aventura. No pensaba realizar tan pronto sus planes, sobre todo por su familia, que se llevaría un disgusto, pero ella no había elegido el momento. Sentada, con los ojos cerrados y con los sonidos del roce de las hojas de los árboles y de algún insecto zumbón, reflexionó sobre la mejor manera de realizar su proyecto. Ellos tenían pasajes para el vapor Santanderino, el día 16 de septiembre, ¿pero le interesaba coger ese barco? El día 20 salía el vapor de la Trasatlántica con enlace a Nueva York, que era donde en realidad le gustaría vivir: anónima y perdida en una gran ciudad, como una ciudadana más. Si Nemesio se empeñaba en encerrarla, ni su padre ni la tía podrían ayudarla en territorio español, porque pertenecía a su marido por ley. El vapor de la Trasatlántica hacía escala en La Habana, y eso representaba un peligro. Siempre se había compadecido de los negros y de la esclavitud que los amarraba, y en ese momento ella se sentía exactamente igual. Antonia se levantó y entró más animada para consultar el calendario que había colocado sobre la mesa: le quedaban unos días para pergeñar un plan de huida.

—Señora, ya es la hora —avisó Estrella—. Lamento mucho el incidente.

—Yo, no —replicó Antonia, con una sonrisa—. A veces es necesario un pequeño empujón para cumplir tus sueños. Estrella, ¿se vendría conmigo a un país extranjero?

—¿Y adónde iba a ir si no?

—La tía la colocaría en una buena casa o podría quedarse aquí, en la Península, o podría montar un taller de costura donde quisiera —sugirió Antonia, mientras dejaba que la vistiera.

—No he querido decir eso —se afligió Estrella—. Iré adonde usted vaya. ¿Por qué me pone en duda?

—No la cuestiono. Voy a tomar una decisión importante que cambiará drásticamente mi vida y la de usted si me acompaña. —Se sentó ante el tocador para que la peinara. Encendió el quinqué, pues la luz decaía.

—Imagino que el país será Estados Unidos —planteó Estrella.

—Sí. En Nueva York está mi editor, y es una ciudad que me atrae.

—¿Y el señor Webster?

—Él no tiene nada que ver con mi decisión. Esta idea viene de antiguo, pero no me había decidido a ponerla en práctica por mis padres. Sin embargo, ahora, no me veo con fuerzas para seguir en la

hacienda, junto a mi marido. Bueno, una hacienda que no sé qué pasará con ella. Tampoco me importa; ha dejado de ser asunto mío.

Antonia no esperó a su tía para que no la detuviera. Nemesio se había pasado de la raya, y ella no iba a amilanarse. En el vestíbulo coincidió con la tía Emelina y con Vicenta, quienes le dirigieron una mirada de reprobación.

—No voy a quedarme en la habitación por una ridícula pataleta de Nemesio.

—Te recuerdo que es tu marido y, por el momento, no conviene desafiarlo. No es inteligente. Veremos qué pasa —suspiró la tía con resignación— y capearemos el temporal como podamos.

Entraron en el comedor y tomaron asiento en la mesa destinada. Esa noche se echaría en falta la amena presencia del señor Webster. Llegó el temido momento del encuentro cuando Nemesio entró y la vio sentada a la mesa. Antonia notó cómo se le aceleraba la respiración y se le cerraban los ojos y, por primera vez, se sintió nerviosa. Nunca había temido a su marido. La tía Lina salvó la situación.

—Nemesio, siéntate —indicó la tía, y, sin dar lugar a réplica, siguió hablando—: ¿Te has calmado ya? ¿Has pensado cómo vas a hacer frente a tu familia? Tienes los triunfos en tu mano.

—Sí, sí —contestó mientras se sentaba, aunque sin perder el gesto adusto—. Pero ahora quiero comunicarles algo a ustedes.

La camarera se acercó e hicieron su pedido. En cuanto se retiró, Nemesio habló.

—Compruebo que el señor Webster, una vez conseguido su objetivo, ha abandonado nuestra compañía.

—Es una grosería eso que sugieres —comentó Antonia con frialdad.

—Doña Emelina —se dirigió a la tía sin hacer aprecio de las palabras de Antonia—, a partir de ahora, prescinda de la compañía de mi esposa. No la considero un ejemplo para ella. Antonia permanecerá en su habitación aunque tenga que romperle una pierna para que me obedezca. Y, cuando lleguemos a Cuba, no volverá a visitarla.

Hubo otro alto en la conversación para que les sirvieran. Antonia se debatía entre la perplejidad y la irascibilidad con respecto a la postura tan injusta que había adoptado su marido.

—¿A qué se debe esa crueldad? —indagó doña Lina, con cara de inocencia. Antonia conocía la perfección en el arte del disimulo de su tía—. Por otra parte, dejaréis de ser vecinos muy pronto.

—No me tome por tonto. Estoy seguro de que usted lo ha visto venir, y, en cuanto al asunto de *La Ceiba,* ya he pensado en cómo solucionarlo. En eso le doy la razón, más vale una cabeza fría que ardiendo de furia.

—Pues me parece que no piensas con la mente despejada en lo que

a mí se refiere —protestó Antonia.

—Reconozco que hace un rato no, pero ahora sí. Y no voy a entrar en discusiones. Te has portado correctamente mientras no has salido de la hacienda, así que allí te vas a quedar. No volverás a salir para avergonzarme —decidió Nemesio.

Antonia levantó una ceja e iba a responder cuando sintió una patada por debajo de la mesa. Miró a su tía, que fingía estar ocupada con su plato. El mensaje era claro: que no lo irritara más. Calló, y así siguieron comiendo, en silencio, cada uno con sus pensamientos. Antonia se preguntó qué opinaría Charles sobre la situación, aunque no debía preocuparle, pues el día 16 se marcharían y no volverían a verse. La comida se le atascó un poco al recordar que esos maravillosos días habían llegado a su fin. Dudaba de que encontrara a otro hombre que le despertara los sentidos como lo había conseguido el norteamericano. Confiaba en su nueva vida en Nueva York si conseguía zafarse de la tutela de su marido. La tristeza que la había invadido durante el regreso había quedado sepultada por una mera necesidad de supervivencia. No iba a permitir que la sometieran como si fuera una niña caprichosa; lucharía hasta el final.

Antes de levantarse de la mesa, Nemesio retomó el hilo de lo hablado.

—No amenazo en balde. No quiero que vuelvas a salir de la habitación, bajo ninguna excusa, hasta el día de la partida. Y ahora, vamos —apremió, poniéndose de pie.

Antonia se percató de la mirada de hielo de su marido. Ignoraba que poseyera esa fuerza y esa crueldad, porque no le había dado razones. Aquella tarde había aprendido más sobre el carácter de Nemesio que en los doce años que llevaban de casados.

—Antes llévame al salón —indicó la tía Lina—. ¿O también estoy castigada? —inquirió, clavando los ojos en Nemesio.

—Usted haga lo que quiera, pero a partir de mañana no cuente con su sobrina —replicó con sequedad—. No tardes —ordenó a su esposa antes de retirarse.

Antonia aguardó a que abandonara el comedor para hablar con la tía.

—No me expliques lo que ya sé —se adelantó doña Lina.

—No iba a hacerlo; sólo le informo de que no regresaré a Cuba y de que cuento con su ayuda.

—¿Qué locura vas a hacer? —preguntó en voz baja doña Lina, alarmada.

—Adelantar mi independencia. Me voy a Nueva York.

—¿Con el señor Webster? —Los ojos de la tía se animaron ante la perspectiva de una conjura.

—No. No sea absurda. No voy a enredar al caballero en mis

problemas; he de solventarlos sola. En cuanto idee el plan, se lo comunicaré a través de Estrella. Ella está dispuesta a acompañarme.

—Me alegro de que tengas el empuje suficiente para reaccionar y el orgullo de intentar hacerlo por ti misma. Sin embargo, te vas a llevar una sorpresa cuando descubras que tienes compañía. Y no lo digo por mí, que siempre contarás conmigo.

—En ese aspecto, le ruego que se mantenga al margen si quiere conservar mi estima —advirtió muy seria Antonia—. Tuve suficiente con el bochorno que me hizo pasar aquel día. Él seguirá con su vida. ¿La llevo al salón?

Antonia se levantó y se situó a la espalda para empujar la silla. Una vez en el vestíbulo, Vicenta, que andaba pendiente, se acercó.

—He cambiado de parecer —dijo doña Lina—. Voy a retirarme; sin embargo, ya que vas a estar muchos días encerrada, aprovecha para pasear un poco. La noche es divina. ¡Ah! Ve en dirección a Villaverde y no hacia la capilla: podría asomarse Nemesio y verte.

Antonia lo pensó y decidió que la tía tenía razón. No había prisa para encerrarse. Las dejó y salió. El fragor del agua la envolvió, un poco más allá la rodearon los aromas de las flores, y la estridulación de los grillos competía con el croar de las ranas. La noche aumentaba la percepción de los sentidos. Recompuso el chal que la protegía de la humedad mientras se hundía en la noche, tan sólo iluminada por la triste luz de las farolas de petróleo, más económico y más fácil de instalar en una zona rural que las de gas. El edificio del hotel se perfilaba como una mole oscura, tan sólo iluminada en la planta baja. Perdida en sus pensamientos, no advirtió el crujir de unos pasos que avanzaban presurosos sobre la tierra.

—¡Antonia! —La mujer se dio la vuelta en cuanto reconoció la voz—. ¿Qué ha sucedido? No ha habido manera de que tu doncella soltara prenda. —Charles no ocultaba su preocupación—. Estaba en el balcón, cuando te he visto.

—Es mejor que guardemos las formas —recomendó Antonia—. No sabemos quién puede estar escuchando. Mi marido ha recibido malas noticias y está desquiciado. Hemos creído que era mejor que usted se mantuviera al margen. No es algo que le incumba.

—No me engañe. El señor Carvajal sospecha la aventura. Andrew lo vio asomado al balcón cuando descargaba el equipaje.

—No se equivoca, pero con eso ya contaba —replicó Antonia.

—Quiero que sepa que haré cualquier cosa que esté en mi mano para ayudarla —ofreció, generoso.

—No es asunto suyo. Le ruego que se mantenga alejado. —Era la segunda vez que lo pedía esa noche—. Es usted muy amable; ¿es así de considerado con todas las mujeres?

—Sólo con usted. No me cansaré de repetírselo. —Su exabrupto no

hizo mella en el señor Webster.

—Le agradezco el cumplido. Le sugiero que no aparezca por el comedor en unos días. Nos despedimos aquí, porque no volveremos a coincidir. He caído en la cuenta de que he abandonado la novela, y mi editor estará impaciente por un nuevo envío.

—Déjese de tonterías, sabe…

Las luces de las habitaciones superiores del hotel se fueron encendiendo sucesivamente y llamaron su atención. Un mozo salió apresurado del vestíbulo y corrió hacia la entrada del complejo termal. Como si hubieran despertado a un gigante, se sentían las voces y el ir y venir inquieto de la gente.

—¿Qué sucede? —se extrañó el señor Webster—. Regresemos.

No hizo falta que le repitiera la orden; Antonia estaba igual de intrigada que él. En el vestíbulo se agolpaban los trasnochadores y se preguntaban lo mismo.

—Ha sido el ruido de una bandeja —decía uno.

—Eso en el corredor; luego alguien ha gritado —añadió otro.

—¿Dónde ha sido? —indagó el señor Webster.

—Arriba, en el pasillo —informó un tercero.

Antonia vio al señor Malloy, que bajaba con prisa por la escalera y, en cuanto localizó al señor Webster, le hizo un gesto con la cabeza. Éste se abrió camino para subir; Antonia le fue a la zaga, pero la interceptó el recepcionista.

—¡Señora, no suba!

—¿Por qué? ¿Qué ha pasado?

—Es mejor que espere. Han llamado al doctor y a las autoridades.

Los trasnochadores abrieron un amplio círculo en torno a ella y la observaban, atentos a lo que decía el recepcionista.

—¿Mi tía? ¿Le ha pasado algo? —se alarmó, y se volvió hacia la escalera para subir corriendo, pero chocó con el señor Webster, que se hallaba unos escalones por encima de ella.

—Lo mejor será que espere junto a su tía, señora de Carvajal —ordenó, y se dirigió al recepcionista—: Yo me hago cargo.

—Gracias, señor —contestó, con evidente alivio.

Antonia fue consciente de que lo que fuera que hubiera sucedido estaba relacionado con ella, pero nadie soltaba prenda. En lo alto de la escalera, volvió a intentarlo.

—¿Qué ocurre? —preguntó angustiada a los dos hombres.

—Es lo que voy a investigar. Espere en la habitación con doña Emelina. Andrew, cuide de que no entre nadie.

Sin embargo, en el pasillo encontraron a Vicenta y a Rosendo. Éste último temblaba como un flan, y el llanto amenazaba con derramarse. La tía Emelina se hallaba de pie, agarrada a la jamba de la puerta de su cuarto. El señor Webster, dueño de la situación, comenzó a dar

órdenes.

—Mientras llegan las autoridades, lo mejor será que esperen en sus habitaciones. Usted, Rosendo, aguarde un momento.

Antonia no hacía más que mirar de un lado a otro, buscando una respuesta a aquel insólito revuelo. La tía retrocedió para dejarlos entrar. El señor Webster empujó a Antonia y cedió el brazo a la tía para llevarla hasta la *chaise longue*. Se agachó levemente, para que la señora no cayera sobre el asiento sin tener algo a lo que agarrarse. Antonia advirtió que el señor Webster fruncía el ceño, pero no dijo nada. ¿Se habría lastimado al inclinarse?

29

Dictamen: suicidio

Como siempre le sucedía cuando se encontraba bajo presión, la mente trabajaba con rapidez. Cerró la puerta de la habitación de doña Emelina y se encaró con los criados.

—Me ha dicho el señor Malloy que ustedes lo han descubierto, pero ¿nadie ha escuchado el disparo?

—Yo había salido a buscar un vaso de leche para doña Emelina —explicó Vicenta—, y Rosendo subía con una copa en la bandeja para el señor. Me he tropezado y he caído sobre Rosendo. Se ha producido un estrépito al caer la bandeja. Hemos recogido el estropicio y hemos bajado juntos, él, al bar para adquirir otro ron; y yo, al comedor. Hemos vuelto a coincidir al subir. No acababa de entrar en la habitación de doña Emelina cuando he oído el grito de Rosendo. He acudido a ver qué sucedía.

Charles miró a Rosendo, quien sacudió la cabeza afirmativamente, incapaz de pronunciar una palabra.

—Aguarden ahí. —Señaló un banco tapizado que adornaba el pasillo—. La Guardia Civil querrá interrogarlos.

Se encaminó al cuarto del señor Carvajal, que permanecía con la puerta abierta, y entró seguido de Andrew. El hombre se hallaba en la cama, incorporado entre los almohadones. Se acercó y examinó el escenario: conservaba la pistola en la mano. Se fijó en que era el mismo modelo con el que se había cometido el asesinato de Valentín Castrejón. Sin embargo, el disparo que lucía en la sien, en esa ocasión, era un tiro a bocajarro, propio de un suicida. Había pegado el cañón a la sien y el fogonazo había dejado la característica forma estrellada en la carne y en la piel un desgarro irregular del color de la pólvora. Del orificio había brotado un hilo de sangre que le llegaba hasta el cuello, lo que había tardado en coagular.

—¡Venga aquí! —llamó Andrew.

Charles, consciente de que enseguida tendrían compañía, se movió con premura.

—Estaba debajo de esta carpeta —explicó Andrew.

Charles leyó rápido, y a la vez memorizaba lo que leía. Estaba habituado a ello. Mientras tanto, Andrew hojeaba los papeles de la

carpeta. Charles levantó la vista y echó una mirada a la habitación: la terraza abierta a la noche, la luz encendida, el escritorio con los papeles a la vista, el hombre en la cama y el criado de recado a buscar un aguardiente, una bebida fuerte. ¿De verdad deseaba un trago o se había deshecho de un testigo? Sin embargo, algo se rebelaba en su mente, se le escurría, pero no atinaba con lo que era.

—Se nos acabó el tiempo —dijo Andrew. El revuelo que se organizó en el vestíbulo por la presencia de la Guardia Civil les llegó, y se apresuraron a dejar los papeles como los habían hallado. Sabían de la importancia que tenía cualquier detalle en una investigación.

Salieron al pasillo a recibir las caras familiares de los guardias civiles, del dueño del balneario, el señor Cagigal, y del director del hotel, el señor Laso. Tras los saludos, los guardias repitieron el reconocimiento del escenario que habían realizado ellos previamente: interrogaron a los criados, que recitaron la declaración sin cambiar una coma, y registraron la habitación. Dieron con el testamento y examinaron los papeles de la carpeta. Entretanto, ellos observaron y aguardaron junto al señor Cagigal y el señor Laso.

—¡No me lo puedo creer! —decía el pobre don Genaro, sin dejar de secarse la frente con un pañuelo arrugado de tanto estrujarlo—. ¡Otro muerto! ¿Por qué escogen mi balneario para morir? Va a ser mi ruina. ¿Quién va a querer venir a un sitio en donde ocurren tantas desgracias?

A Charles también le parecía extraña tanta muerte. No era amigo de achacarla a las coincidencias; y allí se daban muchas. Se sumó el galeno y, tras un minucioso examen, certificó el suicidio. La Guardia Civil daba carpetazo al caso. A pesar de todo, pidieron hablar con la familia al enterarse de que el señor no dormía con su esposa y de que la tía ocupaba la habitación de al lado. Dejaron al médico, quien se quedó para dar instrucciones al señor Cagigal y trasladar el cadáver, y se dirigieron a la habitación de doña Emelina.

Abrió Vicenta. Estrella se encontraba sentada junto a la pared, mientras que la tía y la sobrina se hallaban en la *chaise longue,* donde las había dejado.

Por fin, se enteró de las causas del enfado y de la irascibilidad del señor Carvajal, cuando doña Emelina desgranó, con todo lujo de detalles, las razones del estado abatido e irascible del caballero. La confirmación a sus palabras se encontraba en los papeles de la carpeta y en la declaración del criado, que lo había acompañado a Alceda y había sido testigo de cómo había quedado de abatido su señor tras el encuentro con el hermano. El asunto del testamento lo desconocían ambas, pero a doña Emelina no la extrañaba que se lo dejara todo a la sobrina, tal y como andaban las relaciones con la familia, y que nombrara tutor del legado al suegro.

—¿Ha oído el disparo? —interrogó el sargento a la tía.

—Lo que he oído ha sido el estrépito de la escalera, nada más.

Las alarmas de Charles se dispararon. ¡Otra casualidad! Nadie había oído el disparo. Y entonces recordó lo que se le escapaba. Aguardó a que los guardias terminaran con su labor y se quedó cuando ellos se fueron. Antonia aprovechó ese momento para levantarse y dirigirse hacia la ventana, como si necesitara respirar.

Charles se acercó a doña Emelina hasta lo que la corrección le permitía y, como si de un secreto se tratara, se inclinó para preguntarle.

—¿Está muy afectada la señora de Carvajal?

—Impresionada. El afecto no entraba en este matrimonio, como muy bien sabe usted —replicó doña Emelina.

—¿Y el asunto del testamento? ¡Qué propicio! —Observó cómo la señora ladeaba la cabeza y lo miraba pensativa.

—Eso mismo me pregunto yo —intervino la señora de Carvajal, volviéndose al interior de la estancia—. Consideraba que lo había traicionado y estaba enfadado conmigo.

—Primero —enumeró doña Emelina—, no sabemos cuándo lo redactó. Podría haberlo hecho en Alceda. A lo mejor, Rosendo nos puede aclarar ese punto. Y segundo, ¿a quién se lo iba a dejar? Si lo escribió antes de quitarse la vida, igual pesó más el odio a sus hermanos.

—El cuándo queda descartado —decidió Charles—. Sabiendo lo que iba a hacer, podría haberlo cambiado.

—Cierto —corroboró doña Emelina—, luego, fue su voluntad dejártelo a ti.

Charles advirtió la palidez de Antonia y cómo se agolpaban en los rasgos de la cara las fuertes emociones vividas a lo largo del día: la despedida entre ellos, la bronca con el marido y, por último, el suicidio.

—Sugiero que la señora de Carvajal se acueste —propuso—. Mañana tendrá que tomar muchas decisiones. ¿Van a avisar al diabólico hermano?

—Sí. Vicenta, usted redactará el cable —organizó doña Emelina—, y averigüe si Rosendo sabe en qué hotel de San Sebastián se aloja el vizconde. Estrella, acompañe a mi sobrina y quédese a dormir con ella. —Ante el gesto de rechazo de Antonia, doña Emelina matizó—: Por precaución. Estás extenuada y, a veces, se duerme mal por ese motivo.

Oyeron cómo sacaban el cadáver de Nemesio, cerraban la puerta y lo conducían hacia las escaleras.

—Nosotros las dejamos, querrán estar solas —anunció Charles—; sin embargo, para lo que fuera menester, quedamos a su servicio.

Se desearon las buenas noches, y cada cual se retiró a su habitación. Andrew lo siguió y, hasta que no estuvieron al resguardo de oídos ajenos entre las cuatro paredes y se sintieron cómodos, no comenzaron a hablar.

—Demasiadas coincidencias y, sin embargo, nada es igual —evaluó Andrew, que se había quitado la chaqueta, se había descalzado y se había dejado caer en su asiento favorito: la *chaise longue,* que le permitía estirar las largas piernas de irlandés.

—No sé cómo ni por qué —confesó Charles con tono cansino. También se había quedado en mangas de camisa e intentaba encender un cigarro puro para reflexionar mejor—; sin embargo, estoy completamente convencido de que doña Emelina es la asesina.

—¿La asesina? ¿Qué motivo podría tener? ¿Y cómo lo ha hecho? Ella es frágil y el señor Carvajal era fuerte. ¿Cómo ha llegado a esa conclusión?

—Ése es el problema, que no se trata de una deducción bien construida, sino de un hecho irrefutable e indemostrable a la vez: su olor y las motitas negras de sus encajes. —Andrew le dirigió una mirada de incomprensión y aclaró—: En New Haven he crecido rodeado de fábricas de armamento; lo llaman «el arsenal de América». Lo sé todo acerca de la fabricación y de los efectos de un arma y, como muy bien sabe, mi padre produce componentes para esas armas. En un disparo a bocajarro, además de las señales que hemos observado en el cuerpo del fallecido, hay otras evidencias en el cuerpo de la mano ejecutora, si es que la hay, como es el caso: el olor de los gases desprendidos por la combustión de la pólvora, que salen en dirección contraria al disparo, y partículas sin quemar del fulminante y de la carga propulsora. Ambos los he advertido en el rostro y en la ropa de doña Emelina. El olor de los gases era mucho más definido en el primer encuentro; en el segundo, era más tenue, pero las motitas disiparon cualquier duda.

—Doña Emelina cobija mujeres maltratadas o necesitadas —razonó Andrew—. ¿Piensa que la discusión que mantuvo el matrimonio la empujó a cometer el crimen?

—Es un móvil un tanto endeble —elucubró Charles—. ¿Qué sabemos en realidad de la señorita Valdivia? Independientemente de la labor que realiza en la hacienda, apenas habla de su juventud, de sus amistades. El cónsul sólo ha informado de la familia en la actualidad. Es una mujer muy inteligente.

—Enviaré un cable para que hurguen en el pasado —decidió Andrew—. Está muy involucrado con la señora de Carvajal. ¿Qué va a hacer al respecto?

—No lo sé. Acaba de cambiar el panorama, y no he tenido tiempo de planteármelo. Otra coincidencia: ahora es, oportunamente, viuda.

¿Estaban de acuerdo tía y sobrina? La sobrina queda fuera de recelo, puesto que se hallaba en el jardín y la ha visto entrar medio hotel. Su coartada es irrefutable, lo cual no la exculpa de formar parte del complot. ¿Y quién va a sospechar de una mujer en silla de ruedas?

—Una mujer que puede andar sin la silla —recordó Andrew—. Lo estamos analizando como un crimen; sin embargo, la Guardia Civil ha cerrado el caso como un suicidio. ¿Va a transmitirles sus dudas?

—No. Sea o no un crimen es algo que no me atañe. Mi única preocupación es conocer a la familia si voy a seguir adelante con mi romance. No quiero verme envuelto en un escándalo, ya no tengo edad y mi posición se resentiría. Y hay otro asunto que me ronda la cabeza: el asesinato del señor Valentín Castrejón.

—¿No le convencen las teorías del anarquista o de la señora de Trueba? —preguntó Andrew.

—¿Se puede ser tan necio como para atentar contra un indiano con la presencia de Sagasta al cabo de una semana? —retrucó Charles—. ¡Y con una bomba en la habitación!

—Tendría otra razón el hombre que se nos escapa —dijo Andrew —. Es obvio que, tras el crimen, no podría llevar a cabo el atentado con la bomba.

—O era tan estúpido como para pensar que no sería descubierto. Lo que se nos escapa de ese asesinato es el móvil del bañero —insistió Charles.

—Recuerdo que el móvil político del anarquista palidecía frente al móvil personal del señor Gea o al de la señora de Trueba.

—Ya sé que es tarde, pero anda el hotel alborotado con el suceso y puede que en Cuba estén ya despiertos. ¿Por qué no baja y pone ese cable desde recepción? Seguro que es capaz de evitar que el servicio chismoso se entere del contenido.

Andrew no aguardó a que se lo dijera dos veces. Se calzó, se puso la chaqueta y salió.

30

La inquietud de Antonia

Antonia no se acostó. Permitió que Estrella la ayudara a cambiarse, se echó por encima la negligé y salió al balcón. La noche, el arrullo del agua y las estrellas transmitían vida y paz. Todavía no salía de su asombro. Nemesio durante la cena parecía un hombre que lo tenía todo bajo control, que sabía cómo hacer frente a su familia. Y el asunto del testamento había sido el remate. Ésa sería una de las primeras cosas que haría por la mañana: releer el testamento y comprobar la firma, antes de que llegase alguien de la familia Carvajal. Pensó que necesitaría un abogado que le allanase los trámites y el señor Trueba le vino a la mente. Lo llamaría al hotel en el que se hospedaba en Santander. Y el entierro. ¡Se había suicidado! ¿Y si el vizconde no se hacía cargo del cuerpo? ¿Dónde se enterraba a un suicida? Requería la ayuda inestimable del señor Trueba, ya que desconocía el terreno que pisaba. Si hubiera sucedido en Cuba, habría sido diferente, contaba con el respaldo de la familia. Se echó hacia delante y hundió la cabeza entre las manos. Un halo de irrealidad y de incredulidad la rodeaba como si fuera un mal sueño o una niebla impenetrable.

—Señora —llamó Estrella desde la puerta, envuelta en un chal—, me voy a acostar. Tengo miedo de que se quede dormida aquí fuera y se resfríe. La humedad es muy traicionera.

—Voy —respondió, obediente.

Lo que le había afectado el suicidio de Nemesio la había impresionado, incluso había relegado en su mente el bofetón y el castigo desmesurado de un hombre al que ella le importaba un comino. Y todo por el nombre de la familia. ¿Quién se preocupaba por la conducta de una esposa si pensaba suicidarse? En algún sitio había leído que el comportamiento de los suicidas no era previsible, porque actuaban con naturalidad, y siempre suponía una sorpresa para los que lo rodeaban; excepto si se trataba de una persona depresiva con claras tendencias suicidas, aunque eso era otro caso muy diferente, propio de un enfermo. Nemesio no estaba enfermo. ¿Tanto le había afectado la postura de la familia? A ella le había parecido que durante esos doce años no había mostrado mucho cariño por lo que había

dejado atrás, en Guadalajara. Claro, que podía ser una forma de coraza para hacer frente a la exclusión familiar y que, en realidad, estuviera dolido por la incomprensión de la que habían hecho gala. Entonces cayó en la cuenta de que no conocía a Nemesio y de que él tampoco la conocía a ella, pues ignoraba a lo que se dedicaba y sus ansias de conseguir la libertad. Por esa misma razón, Antonia no podía poner la mano en el fuego por los pensamientos de Nemesio.

Tras un suspiro de impotencia y una última mirada a la noche, se levantó y entró en la habitación. En un camastro, que el hotel había tenido la amabilidad de proporcionarles, estaba echada Estrella, quien a duras penas mantenía los ojos abiertos, preocupada por su bienestar.

—Duerma. Le aseguro que no voy a sufrir un ataque de locura ni de dolor por el fallecimiento de Nemesio —prometió, y dejó entornada la ventana para que el aire de la habitación no se viciara.

Se acostó y bajó la intensidad de la luz, pero no apagó el quinqué. Se quedó mirando el dosel de la cama, perdida en extrañas digresiones, remotos recuerdos, evaluaciones de lo vivido y de incertidumbres sobre el porvenir. En algún momento la atrapó el sueño, y no fue consciente de ello hasta la mañana siguiente.

El murmullo de la conversación que mantenían Estrella y Vicenta la despertó.

—¿De qué hablan? —preguntó, ronca.

Fue Vicenta quien contestó.

—El dueño del balneario ha encargado a una funeraria la preparación del cadáver, con el permiso de su tía. Estamos aguardando la contestación del vizconde de Tendilla para saber a qué atenernos en cuanto al sepelio. Su tía ha estado hablando con el sacerdote del pueblo sobre qué dispone la Iglesia en estos casos en particular, por si la familia no tomara cartas en el asunto. Entonces la responsabilidad recaerá sobre la esposa.

—¿Qué hora es? —indagó, desorientada ante tanta información.

—Media mañana. No se preocupe —tranquilizó Vicenta, cuando se incorporó, sobresaltada—. A nadie le ha parecido extraño. Y a su tía le encanta organizar.

—¡Oh! ¡Qué desastre! ¿Alguien sabe por qué? ¿Qué cuenta Rosendo sobre la entrevista con el vizconde? Nemesio carecía del perfil del suicida.

—Esas preguntas nos las hacemos todos —replicó Vicenta—. La Guardia Civil vendrá a mediodía para hablar con usted. Las dejo para que se arregle. Seguramente me necesite doña Lina. He dado orden en recepción de que suban cualquier cable que se reciba. ¡Ah! Desayune algo.

Vicenta abandonó la habitación y Estrella se acercó a la cama con un traje negro.

—¡Oh, Dios mío! Con lo que me gusta el negro —ironizó Antonia, al comprender que debía vestirse de luto.

Les llevó una hora larga componer un vestido de la tía, gracias a la habilidad de Estrella con la aguja. Alérgica al negro, no era un color que abundase en el ropero de Antonia, así que inspeccionaron el de la tía Lina y hallaron uno de seda bastante aceptable. Arreglaron un sombrero con los detalles y un velo de encaje negros.

—¡Oh! —gimió cuando se vio en el espejo—. Con mi nariz tan larga, parezco un cuervo de mal agüero.

Llamaron a la puerta, y abrió Estrella. La doncella cerró y se dio la vuelta con un sobre en la mano: el cable de la familia Carvajal. Antonia, con un mal pálpito, lo abrió y leyó:

«San Sebastián, 3 de septiembre de 1891.

Disponga lo que considere oportuno. La familia no puede asumir el escándalo. Mantenemos lo estipulado con su marido y la urgimos a que abandone La Ceiba *en el plazo de tres meses. Mi más sentido pésame.*

Vizconde de Tendilla».

Y ya estaba. Eso era lo que significaba Nemesio para su familia. Antonia, anonadada, levantó la vista del papel. A pesar del desagradable carácter que había mostrado con ella en las últimas horas, se compadeció de él. Nadie se merecía que lo tratasen como a un paria. Y con ella, ese engreído vizconde mantenía las distancias: no deseaba conocerla y tampoco ofrecía una ayuda para alojarse en otro sitio, como era lo usual en cualquier familia. La arrojaban a los perros, a la calle. Por supuesto, no era su caso, porque, afortunadamente, contaba con padres, hermanos y una tía, quienes la abrazarían y confortarían. Y tampoco se quedaba sin un real.

—Está más blanca que la pared. ¿Tan malas son las noticias? —rompió el silencio Estrella, que la observaba, intrigada.

—Lea usted misma. —Le tendió el cable—. Y lléveselo a mi tía. Querrá estar informada de todo.

—¡Puf! ¡Qué frío e impersonal! —dijo Estrella, e imitó un escalofrío.

La doncella salió de la habitación para llevarlo a la de al lado. Antonia se frotó los brazos y se asomó al balcón en busca del calor del sol. Estrella tenía razón: con el cable había entrado el frío en la habitación y también se había extendido al exterior, pues había amanecido nublado y amenazaba lluvia.

No tardaron mucho en asomar por la habitación Estrella, su tía y Vicenta. La indignación se reflejaba en la cara de la mulata, no así en la de doña Lina, quien era la más serena.

—No me extraña. Por lo que me había contado Nemesio, algo así sospechaba. Es lo suficientemente arrogante como para no haber evaluado las consecuencias de este desaire. Escribiré a tu padre contándole lo que sucede y la ofensa que te ha infligido la familia de Nemesio. El hijo de este vizconde va a durar poco en Cuba.

—No me he ofendido; ha despertado mi compasión al comprender en lo solo que se ha debido de encontrar Nemesio.

—¡Ni se te ocurra compadecerlo! —exclamó la tía Lina—. Estaba cortado por el mismo patrón. Carecía de empatía con el servicio y con el propio Rosendo, por lo que me ha estado contando. Ahora que se ha quedado sin amo, suelta la lengua. Y contigo, las palabras sobran. Dime una sola cosa que haya hecho en tu favor y que no anduviera su bienestar de por medio.

—No convivíamos. Esta noche he llegado a la conclusión de que mi marido era un desconocido.

—Ahí lo tienes. Le importabas un rábano, siempre y cuando te mantuvieras dentro de lo que la sociedad considera una buena esposa. En cuanto te has salido un poco de la ruta trazada, ya ves lo que ha sucedido. ¿A eso lo llamas compasión y comprensión? Sólo cuidaba de sus necesidades, no de las tuyas.

—En eso le doy la razón —se avino Antonia—. Tía, yo no estoy hecha para tanto desamor.

La tía Lina se levantó de la silla, se acercó a ella y la abrazó.

—Nadie ha nacido para sufrir; sin embargo, los hombres pasamos más tiempo en herir al prójimo que en ayudarlo. He hablado con el padre Gumersindo y nos ha ofrecido un espacio extramuros del cementerio.

—¿De qué cementerio me está hablando? —se interesó Antonia, abandonando los brazos de la tía.

—Entrambasaguas. No haremos un gran dispendio en el entierro por razones obvias. La discreción será absoluta. He enviado un cable al señor Trueba y me ha contestado que esta tarde vendrá sin falta. He reservado una habitación a su nombre. Me haré cargo del gasto. Quiero que todo esté bien atado y me ha parecido que don Sixto es una garantía por su posición. No hay que olvidar que, si surgen problemas con la herencia, un título pesa mucho por estas tierras.

—¿Puedo ver el testamento? Sinceramente, me ha desconcertado.

—No hay nada extraño. Ya lo he examinado. Te devuelve la dote, mejorada con la destilería de ron. No hay más, porque no tenía más. El acuerdo comercial para refinado y venta del azúcar con tu padre será rescindido y sin posibilidad de continuidad por parte del vizconde. Procuraré que Bernardo no se duerma e impida que coloquen en otro trapiche la cosecha. No es una práctica que aliente, pero asfixiaremos los ingresos de esa familia hasta que no les quede

más remedio que vender e irse con viento fresco.

—Ignoraba esa vena de odio y venganza —constató Antonia, con el ceño fruncido.

—Estás muy tranquila, pero ¿qué habría pasado si sólo contaras con los bienes de tu marido? Dime, ¿quién habría sido tu tutor? ¿Ese vizconde te habría dado lo que te pertenecía o se habría quedado con ello y te habría puesto a pedir en la calle? O mejor, te mete en su cama hasta que quedes embarazada y luego te echa. Porque no puede poner en boca de todos a la familia legal y reconocida por una pelandusca, ya que alegaría que codiciabas que te mantuviera de una forma u otra. Serías tú la zorra; y él, la cándida víctima a la que hechizaste con tu cuerpo.

Antonia no pudo evitar el sentir el horror y el drama de la hipotética situación. No era ninguna adolescente y conocía la realidad de la vida. Las palabras de su tía se clavaron como dardos certeros. Doña Lina vivía aliviando esas vidas abandonadas, relatos trágicos que desvelaban la maldad humana, más allá de lo imaginable. No había exageración en sus palabras, aunque lo pareciera. Esos abusos que había enumerado tenían nombre y rostro, unas veces de adulta y otras de niña, obligada a ejercer como adulta.

—Estoy cansada. —Se reconoció vencida, sin argumentos.

—La Guardia Civil espera en el pasillo —anunció Vicenta—. Diré que le suban la comida. No habrá problema.

Salieron todas, y se quedó a solas con el sargento y su compañero. Las preguntas fueron las reglamentarias, en un caso como el suyo, y se comportaron muy amablemente. Firmó la declaración y algún papel administrativo más, y se marcharon.

Estrella regresó con el testamento y con otro vestido de luto para arreglar. Miró a su alrededor en busca de una base para su trabajo.

—Emplee el camastro de mesa y cosa donde pueda —sugirió Antonia—. No espero visitas aquí.

Estrella siguió la sugerencia y extendió el vestido sobre el camastro. Corrió el biombo para ocultarlo y llevó la caja de hilos cerca de la ventana al balcón, donde más luz había. Lloviznaba y no se podía estar fuera. Mientras Estrella se dedicaba a lo suyo, Antonia tomó posesión del escritorio y encendió el quinqué. Examinó la calidad del papel, la letra y la firma en busca de alguna alteración. No encontró nada que la hiciera recelar. Nombraba tutor a su padre para que administrara la destilería y dispusiera de la forma más conveniente del dinero que había ahorrado. Nemesio confiaba en su suegro, quien no le había dado motivos para no hacerlo. Llamaron a la puerta y, para llevarle la contraria, las visitas se sucedieron a lo largo de la mañana. Estrella se encargó de abrir.

—Buenas tardes.

Los norteamericanos aguardaron a que Antonia los recibiera. Estrella, segura de que no iba a ser rechazada la visita, los dejó pasar sin consultar y no cerró la puerta.

—Por favor, siéntense.

Antonia comprendió que se trataba de una visita oficial, a la vista de cualquier huésped, por la presencia del señor Malloy. Las apariencias ante todo.

—Mi más sentido pésame.

—¿Ha hablado con mi tía?

—No. ¿Debía hacerlo? —Mostró desconcierto el señor Webster.

—¿No han comido juntos? —se extrañó Antonia.

—¡Ah! No. Su tía ha comido con el párroco.

—Lo había olvidado. Lo inesperado de este suicidio me ha alterado.

—Algo así nunca se prevé. Sin embargo, intuyo que la perturba algo distinto a la sorpresa de la muerte.

—No le falla su instinto. No comprendo el suicidio ni el testamento —confesó Antonia, desolada—. Aunque he de reconocer que no lo conocía tanto como para mostrarme tan suspicaz.

—¿Qué le perturba del testamento?

—Que me favorezca después de la discusión. No obstante, lo he analizado concienzudamente y no he encontrado nada inusual, excepto que no está fechado.

—No terminó de contarme el altercado de aquella tarde —recordó el señor Webster.

—No, no lo hice, como tampoco le conté toda la verdad, porque temía el espíritu quijotesco, que guardan en algún rincón los hombres, interviniera.

Antonia pasó a narrarle el día de la llegada, sin omitir el bofetón y el castigo ridículo. Durante el relato, se levantó y paseó nerviosa por la habitación, incapaz de estarse quieta. Aun así, se percató de las miradas de soslayo del señor Malloy a Estrella, que, sentada junto a la puerta que daba al balcón, no levantaba la cabeza de la costura que llevaba entre manos.

—Atemos cabos —propuso el señor Webster—: El señor Carvajal regresa hecho un basilisco, a raíz de la grave discusión que ha mantenido con su hermano, y desesperado porque lo deja en la calle. El testamento es reciente —por lo que ha dicho usted tras el examen— e imagino que lo escribió en Alceda, porque está firmado por dos personas a quienes no conoce. ¿Ha preguntado a su criado?

—Ignora con quién trató allí. Se vio con mucha gente, pero su posición no le permitió llegar a más. Tengo la esperanza de que lo aclare el señor Trueba. Por cierto, lo espero en cualquier momento.

—Siguiendo con su inquietud. —El señor Webster no se dejó despistar—. Llega al balneario y le decepciona el comportamiento de

usted, se enfada, la castiga y baja a cenar. Usted, pese a la reprimenda, lo desobedece y se presenta a cenar. Lo hicieron en silencio. ¿Qué le pasaría por la cabeza durante la cena?

—El desalojo. Intentaba resolver el asunto de *La Ceiba*. Le iba la vida en ello.

—Por eso mismo, el testamento no era su prioridad.

—Pero lo encontraron sobre el escritorio —rebatió Antonia—, aunque también estaban las cuentas de *La Ceiba* y el contrato de compraventa de la casona, que no efectuó.

—Ahí lo tiene. Dejó todos los papeles sobre el escritorio y, si había redactado el testamento allí, ¿por qué iba a faltar? No la convence mi argumento.

—Sí. Como lo ha presentado, me tranquiliza. El asunto es que no comprendo por qué se quitó la vida y busco una razón con más peso.

—Perdone que intervenga —dijo el señor Malloy—. Un suicida no va dejando pistas como si de un asesinato se tratase. Nunca hallará la razón. Le sugiero que lo acepte y lo olvide.

Llamaron sobre la jamba de la puerta y, antes de que Estrella dejase la labor, se apresuró el señor Malloy a recibir al señor Trueba, y detrás entró la tía Lina. Tras los saludos y el pésame, se retiraron los norteamericanos junto con Estrella, y se quedaron tía y sobrina con el abogado.

Don Sixto escuchó la situación del señor Carvajal con la familia, leyó el testamento y la carta del vizconde con la que despachaba a Antonia y se desentendía de cualquier obligación. No se mencionó la trifulca que mantuvo el matrimonio, porque no venía a cuento y era algo que pertenecía al ámbito privado, así como la tendencia homosexual del finado. Don Sixto juzgó que estaba todo en orden y que defendería sus derechos si fueran puestos en tela de juicio por la familia Carvajal. Lamentaba la respuesta tan abrupta y tan fría del vizconde, que decía mucho sobre su persona, aunque no era la primera vez que se enfrentaba a semejante situación de desamparo de las mujeres cuando no eran queridas por la familia del marido, por desgracia. La tía restó importancia al asunto y le confió al señor Trueba que su sobrina poseía fortuna propia y una familia que velaría por su bienestar. El único escollo que querían prevenir era la devolución de la dote —el campo de la destilería— y que no le arrebataran la herencia monetaria, sepultándola con juicios viciados por el título que ostentaba el cuñado.

—En ese sentido, quédense tranquilas. Me encargaré, encantado, de que se ejecute como lo ha dejado estipulado el señor Carvajal. No importa la carencia de fecha, basta con los testigos.

El señor Trueba aceptó la invitación de doña Emelina de quedarse a dormir en el hotel y cenó con ella. Al día siguiente, Antonia partió en

un coche con su tía y las doncellas hacia Entrambasaguas. En otro coche, completaban el escaso cortejo los norteamericanos con el señor Trueba. Aunque no llovía, el día se mantuvo gris. El párroco los esperaba con los hombres de la funeraria, que transportaban el féretro en una humilde carreta, para no llamar la atención. Antonia no había sido consciente del trato tan vejatorio que recibían los que se quitaban la vida. Algo se removió en sus entrañas. El párroco les mostró el muro bajo el cual se enterraban a los no identificados y a los suicidas. No había ni una cruz ni nada que señalase quién se encontraba allí. Se le arrugó el alma.

—Padre, ¿a los asesinos se los entierra en campo santo? —preguntó Antonia.

—Si han confesado, por supuesto —respondió amablemente—. El Señor perdona los pecados.

Iba a replicar cuando sintió cómo se le clavaban los dedos de la tía Lina en el brazo. Bajó los ojos y apretó los labios mientras contemplaban cómo terminaba el sepulturero su labor. Vicenta se agachó y esparció unas semillas entre la tierra removida. Antonia miró a la mulata y, con una sonrisa, le agradeció el gesto. El párroco inició la retirada sin un responso ni unas palabras de alivio. ¡Quién lo iba a decir! Se le saltaron unas lágrimas por un marido al que no había conocido.

31

Las deducciones del señor Webster

Con el ánimo alicaído, tras el triste sepelio, si es que se lo podía denominar así, regresaron a La Fuente del Francés. Durante el trayecto, Charles mantuvo una interesante conversación con el señor Trueba sobre la fragilidad legal de la mujer, quien quedaba bajo el amparo familiar.

—En principio, es lógico, siempre y cuando la familia sea temerosa de Dios, comprensiva y justa. Los problemas y el calvario de una mujer comienzan cuando se producen abusos por parte de los propios familiares. El desamparo legal es escalofriante —reconoció el abogado—. Los odios y las venganzas arrastran a los más débiles, los niños, e incluso se llega al estupro, a la violación y al asesinato. La mayor parte de los crímenes que he atendido han sido entre miembros de la misma familia. ¡Terrible! Se lo aseguro.

—Creí que eran más frecuentes en las clases bajas.

—Digamos que son más rudos y pasionales, pero no se fie. Las clases altas también asesinan. Son más refinados e inteligentes y muchas veces se escudan en los títulos, en la observación religiosa y en sus responsabilidades para eludir la ley o las sospechas. Las apariencias son más importantes de lo que uno cree; la fama tras la cual se esconden. ¡Cuánto lamento la difícil posición en la que se encuentra la viuda de Carvajal! —suspiró el señor Trueba.

—No se preocupe. Es joven y, una vez superado el duelo, ¿quién sabe? De lo que tengo constancia es de que no se quedará sin techo ni sin medios para vivir. Quédese tranquilo en ese aspecto.

—Usted los conoce mejor que yo. Tía y sobrina son unas mujeres peculiares y se han ganado mi respeto. Y no hablemos de mi esposa, que ha quedado en mantener correspondencia con doña Emelina, con quien ha congeniado por la causa que defiende. Es un hecho que nos desplazaremos a Cuba por los asuntos de mi sobrina, y la señorita Valdivia se ha ofrecido a facilitarnos lo que sea necesario. ¿Tendremos el placer de coincidir?

Charles sonrió abiertamente ante la indiscreta pregunta del abogado.

—En Cuba, lo dudo, pero en San Agustín, en Florida, no me

atrevería a negarlo. La señorita Valdivia ha requerido de mis conocimientos y contactos para realizar negocios en la zona —eludió con habilidad—. ¡Ya hemos llegado!

Andrew abrió la puerta y se bajó. Charles lo siguió, pero antes de cerrarla para que el coche siguiera el trayecto hasta Santander, el abogado la retuvo.

—Aquí nos despedimos, querido amigo —dijo, con cierta emoción —. Le deseo suerte con sus proyectos y, personalmente, me alegraría que salieran adelante. —Dicho esto, cerró la puerta y el coche arrancó.

—Su instinto para conocer a las personas no le ha fallado —confirmó Andrew a su lado—. El abogado no es tonto.

Comenzó a llover y corrieron a refugiarse en el vestíbulo del hotel. No había ni rastro de las mujeres, que se habrían recogido en sus habitaciones. Decidieron imitarlas y subieron las escaleras. Una vez en la habitación, se quitaron las ropas húmedas y se pusieron cómodos. Andrew tomó posesión de la *chaise longue* y Charles se sentó en la butaca, con las piernas estiradas y las manos cruzadas delante de la cara, en actitud reflexiva.

—La señora de Carvajal parecía verdaderamente afectada. —Charles necesitaba dar forma a sus pensamientos.

—La viuda de Carvajal estaba afectada —corrigió Andrew—. Si está en lo cierto en cuanto a la tía, le aseguro que la sobrina lo ignora. No la he perdido de vista y he estudiado sus expresiones. La vieja es harina de otro costal.

—¿Sólo porque abofeteó a su sobrina? —Cruzó y descruzó las piernas, nervioso—. He alternado con ellos y no he notado ninguna fricción entre Nemesio y doña Emelina. Y si la había, doña Emelina es una actriz de los pies a la cabeza, o yo estoy perdiendo facultades.

—Pues ya que lo dice: usted está perdiendo facultades. —Ante la cara de asombro de Charles, Andrew matizó—: Es broma. Mi intención ha sido recalcar que está demasiado involucrado para ser objetivo. Veamos, usted está seguro de que doña Emelina es la autora del crimen por ese asunto de los gases y de las motitas de pólvora. Por cierto, le felicito por lo bien que condujo la conversación con la sobrina, sabiendo lo que sabía. El arma es el mismo modelo con el que se dio muerte al señor Castrejón y, casualmente, doña Emelina estaba en la cabina de al lado. ¿Se da cuenta de la mente maquiavélica que le atribuye a esa señora?

—Señorita —corrigió esta vez Charles, por molestar al irlandés—. Y la tiene, no le quepa duda. Lo que se me escapa es la razón.

—Y a mí lo que se me escapa es cómo ha podido orquestarlo en un día. Demasiado fino y bien hilado en un escenario en el que nunca ha estado. Y no me hable de casualidades.

—No. No hay casualidad por ninguna parte, de ahí mi desasosiego.

Necesito encajar las piezas. La señora de Trueba sí que ha estado. Veranean en Santander todos los años.

—Eso implica que la señora de Trueba y doña Emelina se conocían, a pesar de la diferencia de edad.

—La señora de Trueba tiene un secreto de su época en Cuba y lo conocía Valentín Castrejón. Doña Emelina socorre a mujeres en apuros. ¿Recuerda la historia que me contó de Estrella? ¿Y si la señora de Trueba se vio en algún tipo de aprieto similar?

—¿Y la historia del señor Gea? —recordó Andrew, quien, de un salto, se levantó y se acercó al escritorio. Abrió el cajón en el que guardaba los cables recibidos del secretario del cónsul y los repasó—. Sí, aquí está: el incendio en el que murió la novia. La razón la achacaron a la expansión de un burdel. A Estrella la vendieron a un burdel.

—Y el señor Castrejón poseía un burdel —concluyó Charles, que se había levantado y lo había seguido. Andrew se giró y se miraron, quietos, mientras las piezas encajaban en sus mentes.

—¿No son demasiados los implicados? Dejará de haber burdeles en La Habana —razonó Andrew, poco convencido—. ¿Por qué iba a ser el mismo? Y algunos de los sospechosos no viven en Cuba desde hace años. ¿Cómo iban a saber que se alojaría aquí el señor Castrejón?

—La señora de Trueba —señaló Charles—. De alguna manera se enteró de la boda de la sobrina. Aunque no hubiera contacto entre los hermanos Trueba, no implica que no se informaran de las fechorías del hermano descarriado. Sería un error muy grave cuando tu ascenso político depende del buen nombre familiar. Y esa boda era un error grave.

—Entonces, ¿en qué quedamos? ¿La señora de Trueba o la señorita Valdivia? —cuestionó Andrew, perplejo.

—¿Por qué no ambas? Una vigila el pasillo y la otra comete el crimen. Y encajaría el misterio del albornoz: alejaría a Vicenta del escenario y la recepcionista estaría ocupada.

—¡Cierto! —A Andrew le brillaron los ojos por la emoción de haber resuelto el enigma—. ¡Y parecen dos mujeres inofensivas!

—Y en algún momento de su vida lo fueron, pero algo sucedió en Cuba para que albergaran tanto odio. Pero ¿después de tantos años?

—Recuerde que la señora de Trueba se ha visto amenazada de nuevo —apuntó Andrew.

—Sí. Imagino que eso despertó la necesidad de defenderse. Aún queda sin despejar la incógnita de la razón de la participación de doña Emelina. ¿Y cómo encaja en todo esto la muerte del señor Carvajal?

—Hasta que no recibamos noticias de Cuba, seguiremos a oscuras —vaticinó el irlandés.

—No confío en que lleguen. La familia o la propia doña Emelina se

habrán encargado de no dejar rastro.

—Hay que prepararse para la cena —anunció Andrew cuando echó un vistazo al reloj de bolsillo—. Para ser unos aficionados, no lo hemos hecho tan mal. Hemos encajado la mayor parte de las piezas del rompecabezas.

Charles bajó a cenar y se encontró con el comedor medio vacío. Muchos huéspedes habían iniciado el retorno a sus casas y otros estaban a punto de hacerlo. Los días se acortaban a marchas forzadas y las noches resultaban demasiado húmedas y frías para la salud. El río amanecía cubierto por una espesa niebla hasta que la disipaba el sol. Lo que en verano se consideraba benigno y agradable, en invierno se tornaba en desapacible e insoportable.

Una de las mesas se hallaba ocupada por doña Emelina. No se había percatado de su llegada porque estaba ensimismada leyendo la carta. Dudó una fracción de segundo sobre cómo debía conducirse a la luz de lo que había averiguado. Pero su experiencia diplomática se impuso y se acercó a la mesa.

—¿Puedo acompañarla?

—Por favor —contestó doña Emelina, levantando la vista de la hoja y esbozando una sonrisa—. Es muy triste comer sola. El balneario acusa la proximidad del otoño.

—Ustedes partirán el día dieciséis, creo recordar. Ya no les queda mucho.

—Diez días. Dispongo de diez días para convencer a la cabezota de mi sobrina para que tome el barco el día veinte.

—¿El día veinte? —se alarmó Charles, pues era su barco—. Doña Emelina, ¿por qué se inmiscuye de nuevo en la vida de su sobrina?

—¡Oh! No piense que es por usted. No tiene nada que ver en esta aventura. Y no la fuerzo a hacer nada que ella no quiera; es más, la apoyo en su primera decisión. Sin embargo, ahora ha cambiado de parecer otra vez. Comprendo que… —Calló cuando se fijó en la cara de incomprensión de Charles—. Empezaré por el principio.

—Si me hiciera el favor… —rogó Charles.

—El sueño de Antonia ha sido lograr su libertad. Ella… —dudó, y Charles la ayudó a salir del apuro.

—Recuerde que conozco su secreto: escribe y dispone de una abultada cuenta en un banco de Nueva York.

—¡Cierto! Es un alivio. Ahora comprenderá mejor lo que voy a decirle. Cuando discutió con Nemesio aquel nefasto día, tomó la decisión de coger el barco del día veinte, que continuaría rumbo a Nueva York. Su idea era dar esquinazo a Nemesio en el vapor del día dieciséis y quedarse en tierra. Como dormían separados, para cuando Nemesio se diera cuenta, nos hallaríamos en medio del mar. Ella siempre ha soñado con vivir en Nueva York. No me pregunte por qué

le atrae tanto esa maloliente ciudad. Vicenta ha adquirido el pasaje, ya que tiene mayor libertad de movimiento que mi sobrina, pero Antonia ha cambiado de opinión y quiere regresar a Cuba, arreglar los asuntos, hablar con sus padres y, luego, ir a Nueva York. —Doña Emelina movió la cabeza con cansancio—. Mi experiencia me dice que aplazar los sueños es dejar de realizarlos. No sé lo que pensará mi hermano sobre todo esto, pero seguro que le impondrá condiciones, si no obstáculos, para demorar la partida. Intento convencerla de que vaya directamente, de que me entregue un poder notarial para que su padre disponga lo necesario sobre sus bienes y de que busque la felicidad en esa horrible ciudad. Como verá, no contamos con su intervención y no interfiero en nada que ella no haya pergeñado con anterioridad. Se trata de una cuestión de prioridades y de inseguridades por parte de ella.

No se alejaba de la explicación que le había dado Antonia cuando compartían la cama; excepto la sorpresa de que se había decidido a llevarla a cabo de una forma tan drástica e inmediata. Imaginaba que Antonia había pensado que Nueva York, esa ciudad que horripilaba a doña Emelina, le ofrecería el anonimato para eludir cualquier búsqueda que iniciara el marido. Pero el marido había muerto, en un momento muy conveniente, detalle que no conseguía olvidar, y ya era libre, en el amplio sentido de la palabra, gracias a la mano ejecutora de su tía. De la mediación de la doña Emelina en la muerte, no le cabía duda, pero admitirlo en voz alta significaba señalar a una asesina con una frialdad desconcertante. Comprendía el asesinato bajo presión, por una amenaza real o una venganza, es decir, el asesinato pasional. El asesinato de Nemesio no encajaba en «pasional», y le costaba pasarlo por alto por lo cerca que le atañía a la persona que más le importaba.

—Le agradezco que me mantenga al margen. Si he de ser sincero, resultó muy desagradable la forma tan ruda de empujar a su sobrina…

—Me equivoqué en la forma —interrumpió doña Emelina—, pero no había tiempo. Mi sobrina nunca se habría decidido. Usted la conoce lo suficiente para ver la verdad de lo que digo. A pesar de la edad y de la noche de bodas tan desastrosa, es muy inocente, y tiene la cabeza llena de pájaros sobre ese tema. No había tiempo para un cortejo largo. La ocasión se ofreció de pronto. No he sido la única en fijarse en la atracción que había surgido entre ambos —la voz y la mirada de doña Emelina se endurecieron de pronto—; de no haber sido así, nunca habría aprobado semejante comportamiento. Persigo a los proxenetas, no ejerzo como ellos. Usted es el experto en seducción y sabe que no miento.

—Aun así, fue muy humillante sentirse manipulado —insistió Charles.

—Reconozco que me equivoqué. Una no es perfecta. No sé de qué forma disculparme.

—¿Se lo ha dicho a ella? Es una mujer muy sensible y dudo que consiga borrar esa sensación de nuestro encuentro.

—Lo haré —prometió, y entornó los ojos para preguntar—: ¿«Encuentro»? ¿Ahora se llama así?

—Me dan igual sus canas. —Charles se echó hacia delante para acortar la distancia sobre la mesa. Bajó la voz y la miró a los ojos—. No se atreva a mancillar algo que está fuera de su alcance.

Doña Emelina cambió el semblante por uno más suave y sonriente antes de hablar.

—Tiene mi palabra, pero no por su advertencia, sino por mi sobrina, que es la persona que más me importa, a la que quiero como si fuera una hija. Es un alivio comprobar que para usted también es importante.

Charles se excusó, se levantó y salió del comedor de forma abrupta. En el vestíbulo se tropezó con Vicenta, que se dirigía a buscar a su dueña. Salió y lo recibió la noche cerrada. Había estado a punto de estrangular a ese demonio de mujer: un ángel de la muerte. Se estremeció, y no de frío.

Recorrió el trillado camino hacia la Hostería del Trancar y, a la altura del jardín de rosales delante de la capilla, se volvió en busca del calor de la ventana iluminada de Antonia. Y no lo encontró. La ventana estaba tan oscura como las que la rodeaban en la misma planta. Una era lógico, la de su marido. Sus pensamientos derivaron de nuevo hacia doña Emelina: era un peligro, imposible de esquivar si seguía adelante con Antonia. Aunque, si debía creer a doña Emelina, no entraba él en esos planes. Aquello dolió cuando lo dijo, algo absurdo si todavía no había decidido qué iba hacer él. Sin embargo, a esas alturas, no debía contentarse con las palabras de un heraldo manipulador. Por el contrario, debía beber de la fuente fiable: Antonia.

32

Una visita inesperada

Antonia salió de la reclusión en la que se había mantenido durante dos días, en los que había tratado de poner en orden sus sentimientos y su vida. La tía Lina la visitaba antes de las comidas para convencerla de que otorgara a su padre un poder notarial, sólo como prevención ante un cambio de decisión. Si, al final, regresaba con ella a Cuba, el poder se rompía y asunto arreglado. Desde el día del entierro, no había vuelto a recibir la visita del señor Webster y, aunque lo encontraba natural, le molestaba. Se reprendía por su inmadurez. Nadie la había engañado y en eso consistía una aventura, pero ella no estaba hecha para aventuras. Debía tenerlo presente la próxima ocasión. ¿Iba a haber una próxima vez? Cumplía años, y los hombres las preferían más jovencitas para llevar al altar. Su tiempo había expirado.

Si aspiraba a ser una mujer de mundo e independiente, tenía que aprender a dominar sus sentimientos. Como decía la tía Lina: *«Espalda erguida, barbilla alta, no mires atrás, siempre adelante. De nada sirve arrepentirse, aprende y sigue el camino».* El tercer día bajó a comer. Fue a buscar a su tía y ésta le comentó la ausencia del señor Webster, quien había ido a pasar unos días a Alceda.

—¿A Alceda? —se extrañó Antonia.

Su tía no respondió, en su lugar lanzó una propuesta.

—¿Qué te parece si nos acercamos a Santander?

—Me doy por vencida. No me engaña; quiere que otorgue el dichoso poder.

—No cuesta nada y, si en el último momento te inclinas por tu plan neoyorquino, ya está todo arreglado.

—¿Qué pensará mi padre? No me considerará una mujer madura si de buenas a primeras falto a mis responsabilidades.

—¿Responsabilidades para con quién? Responsabilidad son las personas que tienes a tu cargo. ¡Ah!, que sólo tienes a Estrella —ironizó—. Tus padres son mayorcitos y nadie los dirige, sino que deciden. ¿Te sientes incapaz de afrontar una vida en solitario? ¿Te tiembla el pulso al perseguir aquello que has soñado? Ya has cumplido con tu padre, que sea él quien cumpla ahora contigo. Si desembarcas en Cuba, te aseguro que irás demorando la partida, y siempre surgirá

algo que te lo impida.

—Está bien —suspiró Antonia, derrotada—. ¿Cuándo salimos?

—Esta tarde —dijo la tía Lina, que no estaba dispuesta a dejarla respirar, no fuera a arrepentirse.

Cuando terminaron de comer, Estrella y Vicenta las aguardaban con el escaso equipaje subido al coche. Antonia se doblegó a lo inevitable. Por el camino tuvo tiempo de analizar las palabras de su tía. ¿Por qué no seguía su plan inicial? ¿Qué había cambiado? Ya no tenía que esconderse de un marido. Esas responsabilidades de las que hablaba no eran tales, ya que la habían echado de *La Ceiba,* y su padre y sus hermanos se bastaban para dirigir la destilería en su nombre. La muerte de Nemesio la había desconcertado tanto que había perdido la perspectiva de su futuro, pero era hora de seguir adelante y de colmar sus ilusiones.

Doña Lina había reservado habitaciones en el Hotel Central, en el centro de Santander, pues el Sardinero, al igual que el balneario, había perdido la mayor parte de la clientela, y los hoteles andaban preparando el cierre de cara al invierno. Se encontraron con los señores Trueba, con quienes saborearon la famosa cocina de doña Francisca Gómez. Doña Lucía, en su cambio de mujer apocada a mujer expansiva y segura, se enredó en una desenfadada conversación con la tía Lina, como si fueran amigas de toda la vida. Se enfrascaron en las posibilidades que ofrecía Cuba, con vistas a un futuro desplazamiento del matrimonio a la Isla. Doña Lucía sonreía más a menudo, mientras que don Sixto se mostraba más comedido en su entusiasmo, más afín a su carácter reservado. Evidentemente, no se mencionaron las intenciones de Antonia ni la razón del poder. Don Sixto era un hombre acostumbrado a la discreción de sus clientes y no curioseó en los motivos, así que, por parte de Antonia, no supuso un gran esfuerzo eludir el tema.

Al día siguiente, don Sixto las acompañó al notario. Después, doña Lina sugirió que se acercaran al muelle para dar las instrucciones pertinentes sobre el equipaje que habían dejado almacenado, para que lo trasladasen al muelle 19, de donde partían las cargas para el vapor de La Habana de la compañía La Bandera Española. Se tropezaron con el problema del equipaje de Nemesio. Antonia no estaba dispuesta a hurgar en él y decidió que lo trasladaran a algún convento y que lo distribuyeran entre la gente necesitada. Sin embargo, la mente práctica de la tía se impuso.

—¿Y si hay documentos o dinero o joyas? Ya sé que no los necesitas, pero Rosendo sí. Piensa que se va a quedar en la calle. Regálale la ropa de verano que hay en el balneario, también le hará falta.

Así que abrieron los baúles de Nemesio y sacaron aquello que les

pareció pertinente o de valor y los volvieron a cerrar. La compañía les cedió un baúl más pequeño para trasladar lo que se llevaban y quedaron en devolverlo el día de la partida. Contrataron a un carretero, de los que deambulaban por el muelle, para que entregara los baúles desechados en el convento de San Francisco.

Se les echó encima la hora de la comida y, por la tarde, abonaron el hotel y los gastos que habían generado y regresaron al balneario. Ya era de noche y, con el tiempo justo, se acicalaron y bajaron a cenar. El señor Webster las esperaba en el vestíbulo, y a Antonia le cambió la cara.

—¿Qué tal la excursión por Alceda? —indagó la tía Lina en cuanto se sentaron a la mesa.

—Bien. Igual de melancólico que aquí. Se termina la temporada —comentó, evaluando a las personas que ocupaban el comedor.

—No se haga el tonto. ¿Ha averiguado algo? —interpeló doña Lina.

—¿Ha ido a investigar? —Antonia lo interpeló perpleja.

—El primer día que la visité estaba usted muy inquieta —se justificó el señor Webster—. Sin embargo, no descubrí nada que no hubiera contado el ayuda de cámara del señor Carvajal. Hablé con el vendedor del palacete, quien me reveló que el encuentro entre los dos hermanos fue antológico. Según el propietario, por suerte, tuvo lugar en la finca que vendía y no en un sitio público. A su juicio, fue sumamente desagradable y el trato y las acusaciones que soportó el señor Carvajal rebasaban lo tolerable para un caballero. El vizconde no dejó buen recuerdo. Le conté el desenlace y le compungió el triste final, aunque no le extrañó. Por otro lado, localicé a los testigos del testamento. Le he enviado los nombres al señor Trueba.

—Le agradezco la molestia que se ha tomado por mí —dijo Antonia—. Me quedo más tranquila en cuanto a los motivos de su suicidio. Me complace descubrir que Nemesio tenía su orgullo y su sensibilidad, al fin y al cabo.

—Todos tenemos un talón de Aquiles —redundó la tía Lina.

La conversación en la cena giró en torno a cómo habían dispuesto de las pertenencias del finado, a la inminente partida, cada vez más cercana, y a los próximos planes, bastante inciertos para todos. El señor Webster planteó su posible renuncia al cargo que ocupaba en la administración norteamericana, aunque no había seguridad de cuándo sería factible. Antonia se guardó su opinión, preguntándose si ella habría tenido que ver en esa decisión, aunque procuraba no hacerse ilusiones.

—¿Y usted? ¿Hará tangible su sueño de vivir en Nueva York? —El señor Webster le preguntó, mirándola a los ojos, por lo que la dejó sin escapatoria.

—Sigo indecisa, aunque la tía no deja de ofrecerme argumentos.

—Los argumentos que me expuso en una ocasión, si eran suyos —subrayó con intención, mirando a la tía—, me parecen suficientemente fuertes. Si se inclina por hacerlos realidad, le dejaré la dirección de una inmobiliaria de confianza que se especializa en el alquiler de apartamentos bien situados y a un precio razonable. Y con «bien situados» me refiero a galerías de arte, teatros, exposiciones. Esas fruslerías que le encantarán a usted.

Según iba enumerando las ventajas, Antonia sintió que su pecho se hinchaba, que se liberaba de un gran peso. Desvió el rostro hacia un lado y sonrió como una tonta. Regresó su atención a la mesa y se mostró cauta, aunque en su interior ya había tomado la decisión.

—Por favor, no se olvide de hacerlo. Me preocupa el asunto de la vivienda. Había pensado en una casa, pero, en una ciudad tan peligrosa y sin amistades, no me atrae vivir sola. No se me había ocurrido un apartamento.

—Son la moda —corroboró el señor Webster—. No se arrepentirá si se decide.

Ante la falta de entretenimiento en el salón principal, salieron a pasear con la tía Lina de comparsa. Se sentía ridícula con toda esa comedia, después de haber compartido horas de intimidad con el caballero y de conocer cada centímetro de su piel. Una vez en la habitación, Estrella la ayudó a desvestirse y, cuando se retiró y la dejó sola, recordó que había abandonado su novela. Sin embargo, el ruido de la llegada de un coche, que resonó en medio del silencio nocturno, tan solo atenuado por las aguas del río, la empujó a curiosear y se asomó al balcón. Alguien llegaba a una hora intempestiva. Algún viajero sorprendido por la noche que buscaba refugio. Entró de nuevo y cerró la ventana.

Antonia consultó con la almohada su decisión, una vez más, antes de hacerla pública. La perspectiva de un cambio tan drástico le creaba un estado de ansiedad que la hacía consciente de la vida que corría por sus venas. Cuanto más lo pensaba, más atractiva le parecía la idea. La tía tenía razón, era una indecisa; o más bien, pensaba demasiado. Le costaba hacerse a una idea y daba vueltas y más vueltas para convencerse a sí misma y, al final, acababa con la decisión primigenia. Cogió de la mesilla junto a la cama la antología de relatos que estaba leyendo para tranquilizarse y llamar al sueño.

A la mañana siguiente, llegó la sorpresa de mano de Estrella. El caballero que había llegado por la noche se trataba del vizconde de Tendilla y había dejado recado en la recepción para que se reuniera con él en el vestíbulo, después del ángelus. Ante tal anuncio, se desató el caos. La tía irrumpió en la habitación para organizar la entrevista.

—Vístete con lo mejor que tengas. Ponte las perlas irisadas que te regalaron tus padres. Estrella, el peinado sobrio, pero elegante. Debe

parecer la viuda más rica del mundo.

—Tía, ¿no cree que exagera? Es un engreído que no merece aprecio.

—En absoluto. Te ha ofendido. Piensa que eres una pobre mujer y una ignorante. A saber qué busca. Contraté un detective por medio del señor Trueba, y las noticias no son muy halagüeñas en cuanto a la solvencia de la familia.

—¿Ahora también enreda al señor Trueba en sus tramas?

—Es su oficio. Y mejor que vaya entrenando para cuando entre en el avispero de los terratenientes cubanos.

Antonia no comulgaba con tanto teatro, más acorde con el carácter de la tía, pero se plegó a sus deseos una vez más. Supervisó los atuendos de ambas hasta el último detalle. Las doncellas también se vistieron para la ocasión.

—La gente descuida la apariencia de sus criados; sin embargo, son un reflejo del poder económico de sus señores.

—¿Cómo aguanta las imposiciones de la tía? Usted está por encima de disfrazarse de criada —murmuró Antonia a Vicenta, en el momento en que la tía se asomó a la terraza.

—Porque es sabia, aunque le doy la razón de que, a veces, me agota la paciencia. Pero las discusiones las guardamos en privado.

—¡Ah! Es un alivio descubrir que no son uña y carne. —Vicenta sonrió ante la ocurrencia de Antonia.

Los últimos minutos de espera se sucedieron con una lentitud desesperante. La campana de la capilla dio la hora del ángelus, y se dispusieron a acudir a la cita. Para esta ocasión, la tía Lina prescindió de la silla: no deseaba presentar una imagen frágil. Bajaron las escaleras y, en el último tramo, Antonia sintió cómo la inspeccionaban. El vizconde la observaba, de pie, desde un discreto rincón del amplio vestíbulo. Las butacas se hallaban rodeadas de plantas que los aislaban de la recepción y de las entradas y salidas de los huéspedes.

Antonia no perdió el tiempo y, con la tía apoyada en su brazo, se aproximó al vizconde a la vez que lo sometía al mismo escrutinio. Era un hombre calvo, bajo y delgado, con unas largas patillas y un bigote pasados de moda. Físicamente, no resultaba atractivo y, si lo comparaba con Nemesio, salía perdiendo el vizconde. Le sorprendió la ausencia de rasgos familiares entre los dos hermanos.

—Buenos días, señoras. Soy el vizconde de Tendilla.

Antonia no estaba muy ducha en el trato con la aristocracia, pero el que se presentara con el título ilustró el alcance del engreimiento del hombre.

—Le presento a mi sobrina, la viuda de Carvajal, y yo soy su tía, hermana por parte de padre, doña Emelina Valdivia.

—Un placer —contestó con una ligera inclinación, pero sin realizar el besamanos. Se mostraba cauto y ¿asombrado?

Tomaron asiento, serios y envarados, y ellas quedaron a la espera de que el vizconde se explicara.

—Le reitero mi más sentido pésame. También le presento mis más sinceras disculpas por el telegrama que le envié. Estaba furioso con mi hermano y lo pagué con usted. No sé si estará informada de las irregularidades que cometió su esposo en la administración de la hacienda azucarera.

—Me extraña que se dirija a mí, cuando es de sobra conocido que las mujeres carecemos de interés por esos asuntos. No obstante, aprovecho esta entrevista para comunicarle que el testamento ha sido abierto y se halla en poder de mi abogado, el señor Trueba, que trabaja en el despacho del señor Gamazo. Todavía se encuentra en Santander, por si desea visitarlo y conocer el contenido.

—Una firma muy sólida —alabó el vizconde, visiblemente satisfecho—. Por supuesto que lo visitaré. Imagino que deberé atender a los deseos de mi hermano y le aseguro que, aunque tenga que abandonar *La Ceiba,* cubriré los gastos de la residencia que usted escoja. Ignoro si mi hermano cerró el trato de la casona que iba a comprar en Alceda. Igual sería idónea para una viuda.

—No comprendo cómo usted ha llegado a esa conclusión, pues ignora mis preferencias, y, en respuesta a su pregunta, le informaré de que no la compró —replicó Antonia, atónita, aunque le dedicó una fría sonrisa, más falsa que la de Judith antes de cortarle la cabeza a Holofernes—; sin embargo, no será necesario que se ocupe de mi persona. Nemesio me ha nombrado heredera universal y, como tutor, a mi padre, aunque también mi abogado me ha comentado que, por mi edad, puedo rechazar la tutoría.

—¿A usted? ¿A su padre? —repitió el vizconde, confuso—. ¿Y a la familia?

—Nemesio siempre fue muy previsor y pensó que sería una molestia para usted hacerse cargo de mis asuntos —explicó Antonia, con el mayor cinismo que acertó a simular y obvió la pregunta sobre el legado para la familia.

—Le expondré llanamente lo que creo. —La paciencia no era el fuerte del vizconde, quien decidió abordar el asunto sin tapujos. Antonia respiró tranquila, pues ya había encontrado un rasgo común entre los dos hermanos—. Ustedes enredaron a mi hermano en un extraño matrimonio para codearse con la aristocracia peninsular. No niego que tengan recursos y estén bien considerados en la Isla, pero no soy tan necio como para creerme que una mujer como usted se sintiera atraída por el tipo de hombre que era Nemesio. Tampoco estoy de acuerdo con ese testamento, cuando, en la entrevista en

Alceda, me aseguró que no había testado porque carecía de patrimonio; o al menos, eso intentó hacerme creer para eludir la acusación de robo. Como usted comprenderá, exigiré la verificación de ese testamento, con el retraso que supondrá para hacerlo factible. Ya sabe cómo se pierden los papeles en la administración.

—En algo le doy la razón: Nemesio no me atraía —confesó Antonia serena—, pero se olvida de que las mujeres no elegimos con quién nos casamos, sino que es un asunto entre hombres y de conveniencia económica, la mayor parte de las veces, o social. Y, en cuanto a la discusión en Alceda, por designarlo de forma suave, le debo agradecer su participación en ella, porque empujó a mi marido a redactar un testamento completamente a mi favor y ante unos testigos que bautizaron la discusión de «apocalíptica»; entre ellos, el vendedor del palacete, quien se mostró escandalizado de las cosas que se dijeron sin ningún pudor. Como le he dicho, el testamento se encuentra a buen recaudo de manipulaciones en el despacho de Gamazo. Haga lo que considere necesario, no me afecta; sin embargo, le recomiendo que se lo piense dos veces, porque podrían salpicar el buen nombre de la familia asuntos que deberían permanecer enterrados con el protagonista de ellos.

—Así que me amenaza con hacerlo público. Tampoco le interesa a usted. —La mirada del vizconde se aceró.

—No más de lo que ha intentado usted. Y estamos de acuerdo en que no es conveniente airear los esqueletos de la familia, así que se guardará de realizar ninguna jugarreta. Aunque yo no viva en la Península, mis intereses quedarán bajo el amparo del despacho de Gamazo. Que tenga un buen día —deseó Antonia. Empleó la educación como recurso para ocultar la furia que la invadía.

Con la mayor tranquilidad que fue capaz de simular, se levantó, ayudó a la tía a ponerse de pie y le ofreció el brazo. El vizconde las secundó. Antonia iniciaba la partida, cuando la tía la retuvo y se volvió al vizconde.

—Me ha quedado una duda. No ha explicado la razón de su presencia. El pésame ya lo recibió mi sobrina por telegrama. ¿No será que mi hermano le ha escrito para anunciarle la finalización de los acuerdos comerciales al cambiar la titularidad de éstos?

—Como muy bien ha expuesto su sobrina, eso deberá solucionarse entre hombres —replicó, molesto al saberse descubierto—. Se encargará de restablecerlos mi hijo.

—¡Ah! Sí, su hijo. ¿Lo envía a Cuba porque adolece del mismo defecto que Nemesio? —incidió doña Emelina, con un brillo perverso en los ojos.

—¡Señora! ¡Cómo se atreve! —El vizconde se ofendió en esa ocasión, y su piel se tiñó de rojo—. Mi hijo es un hombre sano en sus

inclinaciones.

—Me alegra saberlo. Espero que sea la mitad de inteligente que su tío para conseguir mantener el envío de los beneficios de la hacienda sin la ayuda de un suegro.

Antonia tiró de doña Lina y no se molestó en comprobar cómo el vizconde había encajado la velada amenaza de obstaculizar la labor del hijo. Se encaminaron hacia el comedor, pues la hora del almuerzo estaba próxima. El señor Webster aguardaba saboreando una copa de vino y unas olivas machacadas. Se puso de pie en cuanto las vio entrar.

—Al pasar por el vestíbulo, he comprobado que estaban ocupadas. Su doncella, Vicenta, me aseguró que vendrían a comer.

—Las horas que Vicenta pasa sentada en el vestíbulo son impagables —observó Antonia.

—Sabes que es terca como una mula. Le he dicho en todos los tonos que salga al estanque, que pasee, pero no hay manera —se defendió la tía—. ¿Qué hay hoy para comer? Ese cuñado tuyo me ha despertado el hambre.

—¿Cuñado? —se interesó el señor Webster—. Al final, alguien de la familia ha tenido la decencia de aparecer.

—No se haga ilusiones: era el vizconde en persona —aclaró Antonia—. Y vino por propio interés, pero no ha conseguido lo que buscaba.

33

Noticias de Cuba

Charles subió los escalones de dos en dos. Había pasado una tarde agradable con las mujeres Valdivia, y entre tía y sobrina lo habían informado del contenido de la entrevista, salpicándola con comentarios ingeniosos que le habían arrancado más de una sonrisa. La naturalidad y la tranquilidad que mostraba doña Emelina en su comportamiento conseguían que sus deducciones se tambalearan. ¿Y si había otra explicación lógica? No, no la había, y eso lo dejaba más perplejo.

Se sorprendió cuando encontró a Andrew en la habitación. Era muy pronto.

—¿Se aburre sin su gallega?

—Ha llegado el telegrama metido en un sobre, para que nadie lo abriera. El secretario del cónsul se disculpa por la tardanza. En el periódico *La Aurora* de Matanzas encontró una esquela en la que se anunciaba el compromiso entre la señorita Valdivia y el señor Valentín Castrejón. Siguió buscando, pero no encontró la boda. No hay nada más.

—¿Le parece poco? —dijo Charles, indignado, y comenzó a recorrer la habitación de una lado a otro, incapaz de estarse quieto—. Esa señorita nos ha tomado el pelo. En ningún momento ha reconocido un trato tan íntimo.

—Igual no llegó a tenerlo. Es fácil que fuera un acuerdo entre el padre y el señor Castrejón y que luego no se llevó a cabo —razonó Andrew.

—El compromiso se hizo público. No es algo que se olvide, y menos cuando permanece soltera. Si en New Haven sucediera algo parecido, el escándalo sería mayúsculo. ¿Se imagina en una sociedad como la cubana? Más que un escándalo, sería una afrenta.

—La cuestión es: ¿quién fue el afrentado? —planteó Andrew—. ¿Considera que Valentín Castrejón dejó plantada a la novia y ésta espera un montón de años para vengarse?

—No sé qué pensar. Esa mujer me tiene totalmente desorientado. Antonia desconoce la historia, porque recuerdo una ocasión en que le preguntó a doña Emelina por la razón de su estado y ésta se mostró

misteriosa en cuanto a su pasado, la eludió diciendo que se había quedado soltera por decisión propia.

—Ahí lo tiene: odio visceral al hombre. ¿Quién nos dice que no ha asesinado a más de uno?

—Por favor, Andrew —suplicó Charles, con aprensión—, no eche más leña al fuego.

Se acercó a la puerta del balcón para inhalar el aroma de la hierba recién cortada por los jardineros y se quedó allí, con la mirada perdida en los rosales y en el río. Si quería construir una vida junto a Antonia, debía poner las cartas boca arriba con doña Emelina, sobre todo, para estar seguro de que no se trataba de una asesina en serie, de una perturbada, como había apuntado Andrew. Había oído que los locos mostraban una inteligencia muy desarrollada y hacían gala de una duplicidad de personalidades. Sin embargo, no había detectado ninguna incoherencia en el comportamiento de doña Emelina. Y si había una lógica, que se lo explicase para su tranquilidad. Pasaban los días y se aproximaba la fecha de embarque de los Valdivia. Y ellos no habían avanzado mucho más en sus pesquisas.

—¿Se va a cambiar? Es la hora de la cena.

—Sí, por supuesto. Estaba pensando en acorralar a doña Emelina y que nos cuente la verdad. En su habitación nos pueden interrumpir. Será en la nuestra. ¿Cómo podríamos atraerla sin que recele?

—No quiere que lo sepa la sobrina —dedujo Andrew—. Déjemelo a mí.

—Deberá estar presente. No me fío. Mientras yo hablo con ella, usted la observa. Podría acudir armada, ¿y quién sabe cómo reaccionará cuando se vea descubierta?

Bajó a cenar y compuso el rostro más afable que pudo. Para ayudarse, planificó una conversación entretenida que lo alejara de sus pensamientos y no se descubriese. Debía mostrarse relajado y distraído. El encontrar a Antonia sola en el vestíbulo le alegró la noche.

—Buenas noches, señor Webster.

—Buenas noches. Parece cansada. ¿Trabajando? —Señaló la cartera que llevaba en una mano.

—Ha sido un día largo; entre la visita del vizconde y la charla que he mantenido con Rosendo, el ayuda de cámara de mi marido, no he descansado.

—¿Lo llevarán con ustedes de regreso a Cuba?

—Por supuesto. ¿Qué iba a hacer el pobre en la Península? Su sitio es aquél. Aunque tendrá que buscarse otro trabajo. Mis padres disponen del personal necesario y la tía sólo contrata a mujeres.

—¿Qué hacen esas mujeres si desean compartir su vida con un hombre?

—Abandonan la hacienda, pero con una preparación para buscar un trabajo y siempre pueden volver si el hombre las trata mal. Aunque eso no sucede a menudo, han aprendido a elegir. Le aguardaba porque quería ofrecerle un regalo. He estado dudando entre la sensibilidad y la utilidad, y ha ganado el pragmatismo. Espero que, aunque sea un obsequio de segunda mano, lo aprecie. Se trata de la cartera de cigarros puros de Nemesio. Fue un obsequio de mi padre, por eso me atrevo a ofrecérselo. Me parece una locura deshacerme de él, pero yo no fumo.

—Mi querida Antonia, déjese de circunloquios y enséñeme esa maravillosa cartera. Intuyo que es ésta.

—Retirémonos a aquella mesa.

Se instalaron en el mismo sitio en el que había tenido lugar la conversación con el vizconde de Tendilla. Posó el maletín de piel sobre el velador y lo abrió. Dentro guardaba el paraíso de un fumador.

—He visto que fuma cigarros puros; norteamericanos, por supuesto. Pero he pensado que le gustaría probar los habanos.

—Y ha pensado bien. Fumo norteamericanos por patriotismo y, a escondidas y si la ocasión me favorece, habanos. Este maletín es todo un lujo y será la envidia de cualquier fumador con el que alterne.

Charles examinó el interior forrado en cedro perfectamente pulido. A su vez contenía una caja de cedro maciza en la que destacaba el sello de Cabañas, una de las casas cigarreras más afamadas. Varios paquetes cilíndricos de cigarros puros envueltos en papel con las marquillas impresas de Montecristo, un cortador de oro, cerillas largas…

—No fumo, pero algo sé de tabaco, de oírlo a mi padre y a mis hermanos —rompió el silencio Antonia—. Aunque la caja sea de Cabañas, dentro hay una selección variada de cigarros de diferentes marcas: Montecristo, Partagás, La Integridad, La Honradez…

—¿De verdad? Desconocía esas marcas —rio Charles, contento como un niño con un juguete para estrenar.

—Son populares allí. Me alegro de que le guste y espero que lo disfrute. Los cigarros son de calibre medio, para apreciar las notas de sabor de la tripa y también la confección de la ligada, es decir, los diferentes tabacos que la componen.

—Cada vez que encienda un puro, me recordará a usted si estoy lejos.

—Es muy amable —dijo, sonrojada.

—Si salen bien mis planes, tendrá que echarme de su lado.

Charles cerró el maletín y se acercó a recepción para que se lo guardaran mientras se dirigían al comedor. Doña Emelina no tardó en aparecer. Cenaron en armonía y conversaron sobre un tema neutral como el avance inglés desde el sur de África. La última noticia que

había invadido la prensa europea se refería al primer ministro de Ciudad El Cabo, sir Cecil Rhodes, y su Rhodesia, rica en minas de oro y diamantes. Tras la cena, dieron el habitual paseo nocturno, que no resultaba ya tan agradable a causa de la humedad del río y de la bajada de temperatura; aun así, no fueron los únicos y se cruzaron con otros huéspedes que apuraban los últimos días del verano. Andrew los alcanzó por el sendero para informar a la viuda de Carvajal de que su doncella no se encontraba bien. Antonia se preocupó, y doña Emelina la instó para que la atendiera. Charles se ofreció a acompañar a doña Emelina.

Ignoraba de qué medio se había servido el irlandés, pero lo felicitó mentalmente por su eficacia. Charles ayudó a doña Emelina en la escalera y Vicenta los aguardó arriba con la silla. Sin embargo, en cuanto la señora se sentó, Charles empujó la silla hacia su habitación, mientras que Andrew se aseguró de que la doncella los seguía.

—¿Qué hace? ¿Adónde me lleva? —preguntó doña Emelina, aunque no había temor en la voz.

—A mi habitación. Hemos de mantener una conversación privada, y no deseo que nos interrumpa su sobrina.

Andrew se adelantó, abrió la puerta y, mientras entraban, encendió las lámparas. Charles dejó la silla frente a la butaca en la que se iba a sentar él. Vicenta no había abierto la boca ni había ofrecido resistencia. De pie, junto a su señora, observaba inquieta a los hombres. Andrew cerró la puerta y se apoyó en ella; desde allí dominaba la habitación y a sus moradores.

—¿Desea que la doncella la espere abajo o que se quede? Le advierto que voy a tocar temas muy delicados.

—Me quedo —dijo Vicenta, sin aguardar la respuesta de doña Emelina.

—No sea estúpida —reprendió doña Emelina—. Soy yo la responsable. Será mejor que espere fuera.

—Me quedo —repitió la mulata y, para afirmarse, acercó una silla y se sentó junto a su señora con toda la desfachatez, a juicio de Charles, quien asistía, pasmado, al desafío de voluntades entre las dos mujeres.

—Sea —claudicó doña Emelina—. Es una cabezota —explicó, como algo natural.

—Es su decisión. Sinceramente, no entiendo nada.

—Doña Vicenta no es mi doncella, sino mi mano derecha y quien dirigirá la hacienda cuando yo falte. Quedará a nombre de Antonia, porque el color de la piel limita para ciertas actividades, pero sólo será nominal. Quien tomará las decisiones será doña Vicenta; de hecho, ya las toma. Tiene la preparación necesaria. En este viaje perfecciona idiomas, aprende cómo viven los europeos y, en fin, conoce mundo.

Sin embargo, fuimos conscientes al emprender el viaje de que en muchos alojamientos no sería admitida como huésped, así que pensamos en que se hiciera pasar por mi doncella. Es Estrella la que realiza las labores más pesadas, por decirlo de alguna manera: costura, lavandería, recados en general.

—Y deduzco que también ha tomado parte en…

—Me preguntaba cuánto tardaría en atar cabos —interrumpió doña Emelina—. Le daré las explicaciones que me pida, pero, a los ojos de las autoridades, yo seré la única responsable. Negaré la implicación de otra persona.

—Para las autoridades son casos cerrados, y yo no pienso reabrirlos: esta guerra no es mía. Mi única preocupación es el grado de implicación de Antonia y de que no me esté enfrentando a una asesina en serie.

—¿Asesinatos? —La estupefacción parecía real, y Charles arrugó el entrecejo—. ¿Cómo ha llegado a esa conclusión? Pensé que íbamos a hablar de Valentín Castrejón.

—Pues ya somos dos los desconcertados —reconoció Charles asombrado—, porque yo estaba desorientado con el crimen de Castrejón, mientras que, desde el primer minuto, supe que usted había asesinado al señor Carvajal, aunque se me escapa el motivo.

—¡Oh! ¿Cuál fue mi error? —preguntó doña Emelina, desolada.

—El disparo y su ropa. —Pasó a explicarle los restos que dejaba un arma tras ser disparada en la persona que había apretado el gatillo—. Nací en New Haven y mi padre sirve piezas de latón a las fábricas de armas. En mi juventud acostumbraba a ganar un dinero extra en verano trabajando en ellas. Una pistola no tiene secretos para mí.

—Se inclina ante usted, señor Webster, su más ferviente admiradora. Creo que lo mejor será comenzar por el principio, aunque debo exigirles, encarecidamente, que nada de lo que aquí se va a hablar saldrá de estas paredes. Por respeto a la gente implicada, me veo obligada a rogarles que cumplan con la exigencia.

—Por mi parte, le prometo lo que quiera, aunque le anticipo que sabemos mucho sobre la señora de Trueba, el señor Gea y sobre usted. Hoy nos ha llegado un cable en el que se confirma su compromiso con el señor Castrejón.

—¡Vaya! Se han tomado muchas molestias para ser algo que no les incumbe. —A Charles no se le escapó el sarcasmo.

—Curiosidad. Desde que participé en los preliminares de la investigación, fue un reto, tanto para mí como para mi asistente. Sin embargo, el asesinato del señor Carvajal y mi seguridad sobre a quién pertenecía la mano ejecutora fueron los que abrieron la caja de Pandora.

—Ya. Y por la atormentadora duda sobre la implicación de Antonia

en ello —concluyó doña Emelina—. Descanse: Antonia ignora todo sobre ambos crímenes, así como su doncella, de ahí su turbación ante el suicidio de Nemesio. No pensé que le iba a afectar tanto.

—Ya que estamos de acuerdo los cuatro, puede dar inicio a su relato. Estoy impaciente por escuchar los detalles que se nos han escapado.

—Yo no lo estaría tanto. —El rostro de doña Emelina se cargó de años y su mirada, triste, se perdió en los recuerdos. Doña Vicenta posó su oscura mano sobre el pálido brazo de la mujer: un gesto de apoyo y solidaridad—. Son detalles que muestran la podredumbre del alma humana, las miserias de personas sencillas y la crueldad de la sociedad en la que vivimos.

»Aunque nos consideran nuevos ricos, mi familia lleva viviendo en Cuba tres generaciones. Con esfuerzo, mucho trabajo y algo de suerte, ¿por qué no admitirlo?, mi abuelo consiguió situarse entre los terratenientes del azúcar, así que nací en el seno de una familia que gozaba de holgura económica y posición social. Me enviaron a San Agustín junto con mis hermanos, a educarme. Le comenté en una ocasión que la familia no hacía distinción entre hombres y mujeres. Como proveníamos de abajo, no era extraño que las mujeres arrimáramos el hombro, y con una educación podíamos aspirar a mejores pretendientes. Y ahí comenzó mi drama. Cuando cumplí los diecisiete años, me encontré comprometida con Valentín Castrejón. Fue una decisión que mi padre tomó a mi espalda y contra la que yo me rebelé. Mi padre argumentó que era un hombre trabajador y al frente de una plantación tabaquera próspera, pero yo había escuchado otra canción muy diferente.

»A pesar de mi juventud, ya participaba, junto a mi madre, en las asociaciones benéficas para ayudar a compatriotas que llegaban de la Península sin nada. Recuerdo un día en el que se presentó un hombre con dos hijas a su cargo, pues la madre había fallecido durante el viaje. Les buscaron acomodo y trabajo en una plantación vecina a la de Valentín Castrejón. A los pocos meses, por la asociación corrió el rumor de que una de las niñas había sido violada y el padre asesinado y de que ambas se encontraban en un prostíbulo de La Habana. Quiso la casualidad que el sacerdote que organizaba la beneficencia hablara más de lo permitido sobre el asunto con un parroquiano y que yo lo oyera. Fue la primera vez que escuché el nombre de Valentín Castrejón. Mi negativa al compromiso puso a la familia en una difícil tesitura; aun así, tras las averiguaciones que realizó mi padre a instancias de mi denuncia, se llegó a un acuerdo económico compensatorio, que trastornó los planes de crecimiento de mi padre, y quedé libre. Aunque ambas partes se mostraron de acuerdo, la rectificación de un compromiso no está bien considerada en Cuba, y la

mujer es mirada con recelo por los hombres, pero siempre quedaba San Agustín. Había más mundo, pensé en aquel entonces. Yo era muy ingenua.

»Pasaron las semanas, y seguí con mi vida adelante, inconsciente de la sed de venganza que había despertado en el hombre rechazado. Me costó muchos años superar el recuerdo y no me gusta resucitarlo. Baste decir que me golpeó y me violó sin piedad, disfrutó el momento y me lo hizo saber. Fue mi hermano Bernardo quien me encontró, el padre de Antonia. A pesar de su juventud, tenía la cabeza sobre los hombros y se hizo cargo de la situación. Me llevó a una curandera y luego me instaló en una de las casas vacías de la hacienda mientras sanaban mis heridas. Me suplicó que no lo contara, pues podría costarle la vida a nuestro padre. Las ofensas de sangre se lavan con sangre. Valentín era un hombre agresivo, criado a golpes en la calle y muy mal perdedor; por el contrario, nuestro padre había gozado de la fortuna de una educación blanda y cortés. Yo no era tonta, sabía de qué hablaba Bernardo, porque había escuchado mil historias sobre lo que traía aparejado el dichoso honor masculino, y me callé.

»Durante esos días de encierro, no pensé en la venganza. Mi prioridad era detener las pesadillas, la vergüenza y el miedo. Se curaron las heridas del cuerpo, pero no las del alma, que me persiguieron durante años. Me planteé qué iba a ser de mi vida a partir de entonces. No podía casarme, porque había perdido la virginidad. En Cuba es un tema muy serio ofrecer a una mujer núbil y que luego resulte que no lo sea: se considera una estafa y una vergüenza para la familia si se hace público. Sorprendí una conversación entre mi hermano Bernardo y mi padre sobre un pequeño ingenio que había quedado libre del arrendamiento, pues la familia se había trasladado a México con lo que había conseguido ganar. Y así comenzó mi cruzada a favor de las mujeres desfavorecidas por la ley y la sociedad. Mi padre se opuso a cedérmelo, pero mi hermano, conocedor de la realidad que me empujaba, me apoyó sin vacilar. Y me quedé con la hacienda *Manzanillo*. Recuerdo el día, tan temido, que me crucé con Castrejón en La Habana. Mi madre andaba pendiente de la conversación que mantenía con una amiga y no reparó en lo que sucedía. Me miró con una sonrisa de satisfacción y soberbia. Le habrían llegado murmuraciones de que me había quedado para vestir santos. Es difícil admitir tu impotencia y la rabia que surge de muy dentro ante la impunidad del agresor. El orgullo me ayudó a no bajar la cabeza y a devolverle la mirada con desprecio.

»A partir de aquel día, puse especial cuidado en no volver a encontrarlo y compré un arma, por si acaso se atrevía a buscarme. Con el tiempo gané confianza y aprendí cómo conseguir que me escucharan las personas influyentes en mi cruzada por las mujeres

desamparadas. Me cansé de mirar a mi espalda y contraté a varios hombres para que vigilaran a Castrejón. Reuní un montón de evidencias de sus abusos, pero también aprendí de él cómo lograba que las autoridades comieran de su mano e hicieran oídos sordos a las denuncias. Sin quererlo, me encontré recogiendo las vidas rotas que dejaba detrás de sí el malnacido. Hubo un tiempo que temí que la ira se antepusiera a la sensatez y lo matara en plena calle si me lo cruzaba. —Doña Emelina respiraba rápido, al ritmo de la furia contenida de su relato, y las manos se agarraban con fuerza a los brazos de la silla—. Me mantuve cuerda y fría, pero el resquemor quedó dentro, aguardando el momento propicio, sólo que, con el tiempo, ya no pesaba mi afrenta, sino la de otras muchas más víctimas que hubo después de mí. Creí que no iba a llegar nunca la venganza, cuando la señora Trueba me escribió contándome el enlace de su sobrina. Fuera de Cuba, nadie indagaría a fondo la muerte de un extranjero; y menos si no había una familia que impulsara la investigación.

—Habíamos imaginado que coincidieron allí y que algo pasó, pues el señor Castrejón lo utilizó para extorsionarla —indagó Charles.

34

Siguen las revelaciones

El secreto de la señora de Trueba no le pertenecía a doña Emelina, y se revolvió, indecisa, en la silla. Miró al señor Webster y reconoció la determinación del hombre a enterarse de todo. Desde el día en que había asesinado a Valentín y el señor Webster se había involucrado en los preliminares de la investigación, había tenido un mal pálpito: no había contado con el interés y la afición a desentrañar enigmas de esos dos norteamericanos. ¿Confiaba en ellos? Hasta cierto punto, sí; sin embargo, no olvidaba los intereses políticos que podían mediar en un futuro. El tema de doña Lucía era harina de otro costal.

—Es un secreto que no me pertenece —declaró doña Emelina—. Le puedo contar lo que sabe don Sixto sobre ello, pero nada más. La familia Gómara poseía una pequeña plantación de tabaco dedicada a producir hojas de capa y una hija preciosa, además de tres chicos. Ganaba lo justo para sobrevivir. Se trataba de gente sencilla, trabajadora y confiada, que se habían instalado, como todos, en busca de fortuna y de una vida mejor y menos sometida a los dictados de los terratenientes peninsulares. Muchos llegan con esas ideas y se dan de bruces con el mismo sistema de explotación. No obstante, si Valentín Castrejón no se hubiera cruzado en su camino, lo habrían logrado. Valentín ansiaba aumentar su plantación y soñaba a lo grande. No me extenderé en las maniobras que realizó para entorpecer el cultivo y la venta de la producción, hasta que un día se acercó para proponerle al señor Gómara que le vendiera la plantación. El hombre se negó, pues era el pan de la familia. La mala fortuna quiso que se tropezase con la hija, Lucía. Se encaprichó de la chica e, inmediatamente, le propuso al padre un acuerdo nupcial con el que les aseguraba un trato comercial ventajoso. El padre se negó a entregar a su hija a semejante individuo. Por la Isla corrían ya, por aquel entonces, rumores turbadores en los que el señor Castrejón no salía bien parado: la trata de mujeres, el burdel, las extorsiones. Aunque eran y son usuales los abusos de ese tipo, los hombres que los perpetraban lo ocultaban tras un trato civilizado y culto, adornado por un entorno familiar que acallaba cualquier rumor. Sin embargo, Castrejón carecía de familia y de discreción, por lo que su nombre se hallaba en el lodo. Doña Lucía

sufrió la misma afrenta que yo. Los padres, atemorizados ante la impunidad de la que gozaba Castrejón, decidieron vender la hacienda a un rival de Valentín. Se desplazaron a La Habana, firmaron la venta, cobraron y ese mismo día embarcaron de regreso a la Península. Doña Lucía se recuperó de la agresión, pero tuvo más suerte que yo. Bueno, la suerte se busca, y yo no me esforcé en buscar marido. Sixto Trueba, un joven de buena familia y con un futuro prometedor, se enamoró de ella y la aceptó a pesar de su pasado.

—No me ha contado nada que no supiera ya, excepto la agresión —El señor Webster la escrutó, pensativo—. Si el señor Trueba conocía la historia, no comprendo…

—Ni yo se lo voy a explicar. El secreto no me pertenece y no lo repetiré más, pero puedo ofrecerles algo más para saciar su curiosidad. Y este detalle estoy segura de que se les ha escapado. —Miró al señor Malloy, quien debía de ser el sabueso.

—Doñita, esa parte me corresponde. La contaré yo.

Los dos hombres, extrañados por las palabras de Vicenta, se volvieron hacia ella.

—Valentín Castrejón era mi padre —declaró Vicenta. La consternación de los dos hombres ante su afirmación quedó reflejada en sus expresiones. La mulata no se arredró y siguió adelante—: Mis abuelos fueron libertos que, con gran esfuerzo, amasaron una pequeña fortuna con la venta de maderas preciosas. Ambos murieron fusilados durante el Proceso de la Escalera y mi madre quedó en la miseria y desamparada.

—¿El Proceso de la Escalera? —indagó el señor Webster.

—Tuvo lugar en 1844 —explicó Vicenta—. La sublevación de los esclavos en Haití, ocurrida con anterioridad, enturbió las mentes y dificultó la relación de los negros con los terratenientes en Cuba. De hecho, se generaron problemas en diferentes colonias americanas. En Cuba, la gente de color representamos la mitad de la población total, si no más, y los blancos andaban nerviosos por el poder adquisitivo que estaban consiguiendo los libertos y el temor a perder la colonia por el descontento de éstos al ser ignorados en los asuntos importantes de la Isla. El rumor de una conspiración en Matanzas sirvió al capitán general O'Donnell de excusa para iniciar un escarmiento en la comunidad mulata y negra, especialmente entre los liberados. Los detenidos eran atados a una escalera y azotados hasta que confesaban y delataban a otros. Muchas de esas confesiones, arrancadas por el látigo, fueron falsas, pero eso no importaba siempre que el resultado les viniera bien a los terratenientes. El poeta conocido como Plácido fue acusado de ser el cabecilla y lo fusilaron junto a otros muchos, como mis abuelos, que destacaban en el comercio de las maderas preciosas. Varios cientos murieron durante el bestial proceso, cerca de

mil fueron deportados y otros cientos acabaron en prisión; entre ellos había médicos, zapateros, abogados…, profesiones liberales que amenazaban la supremacía blanca.

—¡Qué barbaridad! —exclamó el señor Webster—. Sin embargo, no es algo nuevo. Por desgracia, en Estados Unidos, no estamos libres de situaciones parecidas.

—Crearon un problema que no existía —comentó doña Emelina—: el miedo al negro. A partir de ese proceso, ese miedo fue real y palpable. ¡Cuánto estúpido crea el Señor!

Vicenta, a la que ya no le afectaba aquel proceso, siguió con el relato.

—Mi madre buscó trabajo en las haciendas, como servicio en la casa, y tuvo la mala suerte de entrar a trabajar para ese malnacido. Le faltó tiempo para meterla en la cama de forma asidua si se encontraba en la plantación. Soy fruto de esa relación. Seguimos viviendo en la hacienda, en medio de un mar de tabaco, y yo crecí hasta que me convertí en mujer y mi padre decidió sustituir a mi madre, ya ajada por el trabajo, por la hija, más joven y apetitosa. Mi horror duró un mes. Mi madre lloraba por las esquinas y limpiaba con la mirada perdida, incapaz de librar a su hija de semejante destino. Ella había soportado los abusos, pero no era lo mismo que los soportara su hija; y a esa situación había que añadir el pecado que conllevaba la consanguinidad. La encontraron colgada de un árbol y, ese mismo día, sin esperar al entierro de mi madre, escapé en busca de la mujer blanca que recogía a personas como yo. Desde entonces, vivo con ella. Conocía al dedillo las costumbres del señor Castrejón —me niego a llamarlo padre— y, junto a doña Lina, empecé a adelantarme a sus negocios y trapicheos con la trata de mujeres. De esa manera, rescatamos a Estrella y a otras como ella. No siempre hemos llegado a tiempo, pero hacemos lo que podemos. Hasta que tuvimos noticias de la señora de Trueba: don Valentín iba a contraer matrimonio con una sobrina. Conocía el balneario y los datos necesarios para cortarle las alas.

—Continúo yo, Vicenta —intervino doña Emelina—. Doña Lucía se encontraba en un serio aprieto que ponía en la cuerda floja su matrimonio, la carrera política de don Sixto y el bienestar de los tres hijos habidos en el matrimonio; así que me decidí a terminar de una vez por todas con ese demonio de hombre. Hablé con Vicenta, arreglé mi testamento y los asuntos de la hacienda para que pudieran seguir adelante en el caso de que fracasara el plan, y organicé el viaje junto a mi sobrina y su marido.

—¿Y el señor Gea? —interrumpió el señor Malloy.

—¡Ah! Al señor Gea no lo conocíamos, aunque sí a su hermano Ramón, por regentar un colmado allá. Sin embargo, por increíble que

les parezca, es inocente. La presencia de los señores Gea en el balneario ha sido una casualidad.

—Pero eran los propietarios del taller de torcido de tabaco que ardió a causa de la disputa por el terreno para ampliar el prostíbulo del señor Castrejón —apuntó el señor Malloy—, y se habla de la muerte de su prometida en el incendio.

—Repito que ha sido una pura casualidad. En cuanto a lo de la prometida de don Primitivo, el relato se lo han ofrecido desvirtuado. Es cierto que el señor Castrejón quemó el taller, pero no es tan tonto como para asesinar a plena luz del día y ante testigos. ¿Cómo habría podido asesinar a una mujer en medio de un taller lleno de gente y salir impune? Ni siquiera él se habría atrevido a tanto. La prometida de don Primitivo fue asesinada por unos marineros borrachos, que fueron detenidos antes de que consiguieran subir al barco. Un suceso terrible, pero en el que no medió el señor Castrejón. Y el señor Gea lo sabe.

—Entonces, el asesinato de Valentín fue orquestado por ustedes tres —resumió el señor Webster—. Mientras usted lo ejecutaba, doña Vicenta distraía a la encargada con el asunto del albornoz y doña Lucía vigilaba el pasillo, ante la posibilidad de que cualquiera de los bañistas asomara de su cabina. Así que había demasiados sospechosos —comprendió el señor Webster—. Ese punto ha sido lo que convirtió ese asesinato en un reto, aunque no tuviéramos interés personal en él.

—Hay una obra española —continuó doña Emelina— del ilustre escritor del siglo XVII Lope de Vega que se titula *Fuenteovejuna* cuya trama se resume en una pregunta y una respuesta: «¿Quién mató al comendador? Fuenteovejuna, todos a una». Sin embargo, en la obra que se ha representado en La Fuente del Francés soy yo la única culpable.

—Ya le he explicado la razón por la que, para nosotros, supuso un desafío intelectual. Somos meros observadores. Y no creo que la Guardia Civil esté sobre la pista de semejante enredo. En ese sentido, sus vidas y su pasado se encuentran a buen recaudo. No soy ningún moralista para erigirme en juez: crímenes menos justificados se cometen todos los días, en los que quedan impunes las mayores atrocidades.

—Lo he juzgado bien en ese sentido, señor Webster. Y a su asistente —añadió, al percibir el movimiento del señor Malloy.

—¿Cómo llevaron a cabo el crimen? ¿Cómo sacaron el arma de los baños? —inquirió el señor Malloy.

—Yo sabía que Nemesio viajaba con un arma, y Vicenta entró a buscarla. Para arreglarme después del baño, llevo una bolsa de tela negra con un cepillo y unas horquillas. Nadie se fijó en ella. Yo disparé —esbozó una siniestra sonrisa—, y con gran placer, lo confieso

sin pudor. No contaba con el rencor acumulado durante tantos años por seguir los desmanes de ese energúmeno. Cuando apreté el gatillo, le sonreí. No olvidaré su cara de incredulidad, a pesar de que nos vio reunidos en el salón. Era tal su prepotencia que no lo sospechó siquiera. No me arrepiento; al contrario de lo que cuentan, que después de la venganza uno se queda vacío, yo hallé la paz, el alivio; allí había terminado el calvario de muchas mujeres y el mío. Y el arma salió por la puerta, metida en el cojín de mi asiento. Si la encontraban, yo sería la única culpable.

—¿Y cuál fue el crimen del señor Carvajal? —preguntó el señor Webster.

Doña Emelina suspiró antes de continuar su confesión. Se miró las manos, inclinó la cabeza y miró a Vicenta.

—Creo que tenía razón. No quise escucharla, y me equivoqué. —Vicenta volvió a poner su oscura mano sobre el pálido brazo de doña Emelina, la miró con los labios apretados y movió la cabeza en señal de asentimiento—. El pecado de Nemesio fue engañarnos. Mintió en cuanto a la propiedad de la hacienda *La Ceiba,* nos mintió cuando fingió interés por Antonia y se casó con ella y mintió con su moderado y comprensivo comportamiento con Antonia durante doce años. Una discusión la puede tener cualquiera, y que se le fuera la mano tampoco habría sido para tanto. No lo justifico, pero no es para matar a nadie. Sin embargo, el enfado desproporcionado que mostró, el injusto castigo y cómo la amenazó me abrieron los ojos ante la nueva duplicidad por su parte. Él se erigió en juez de las buenas costumbres y de lo que se le exige a una esposa. Él, que no había cumplido como esposo, que escondía el pecado más abominable y perseguido por la Iglesia, se permitió reñir a mi sobrina. Y no lo hizo bajo un arrebato de furor, no. Lo que dijo lo dijo convencido. Lo creía. Incluso gritó el desprecio que le merecíamos por no ser de origen noble. Ahora que he conocido al hermano entiendo que la soberbia es hereditaria. En aquellas palabras, desnudas de la superchería, entreví el futuro de Antonia y la ira me cegó. Sí, soy culpable; y todavía no sé si me remorderá la conciencia, pero ya estaba condenada por un asesinato. Pueden disponer de mi confesión como les plazca, pero si deciden callarse, se callarán para siempre. Antonia no debe saberlo nunca, se sentiría responsable y no lo es, en absoluto.

—Una persona avisada como usted, que se encuentra en medio de mujeres necesitadas de afecto, ¿cómo no detectó el carácter falso del señor Carvajal? —inquirió el señor Webster, aliviado, a juicio de doña Emelina por la inocencia de Antonia.

—Necesitadas de afecto —repitió doña Emelina con una sonrisa—. ¿Ha oído, doña Vicenta?

—Es una forma amable de decirlo, pero no deja de ser cierto. Hasta

que no la conocí a usted, ignoraba lo que era el cariño y el sentirse a salvo —admitió la mulata, sin que ello afectase a su orgullo. Era una realidad que había asumido con los años.

—Usted ha estado unos días compartiendo la mesa en familia. ¿No lo intuyó? Ese carácter acomodaticio y blando es el que mantuvo siempre, hasta la tarde en la que el hermano hizo aflorar su verdadera naturaleza. Y su desprecio por mi familia había llegado hasta tal extremo que se permitió ofenderme. Se creía superior a nosotros y soltó un rencor insospechado por su boca. ¡Eso, sí! Se sirvió de mi hermano para lucrarse, se sirvió de Antonia para conseguir una destilería propia y se atrevió, en medio de su furia, a pedir mi consejo para salir del atolladero en el que lo metía su propia familia al echarlo de la hacienda. Por otra parte, tras aquel estallido, su máscara había caído y la vida de Antonia ya no volvería a ser tan placentera. Conozco el paño: la familia lo veja y él arremete contra todos los que lo rodean para paliar su frustración y sentir que todavía es alguien importante.

—También me he enfrentado a personas que adolecen de esa debilidad —se mostró comprensivo el señor Webster—. La reacción de Nemesio se puede analizar desde otra perspectiva: el miedo. Miedo a que por el comportamiento de una esposa desatendida se descubriese su inclinación.

—Ustedes son hombres de mundo y habrán tropezado con mucha miseria humana. Las razones de Nemesio no me importan, porque la víctima era mi sobrina. El problema para las personas que no miramos a otra parte y echamos una mano, es que, sin percatarnos, se nos impregna algo de esa miseria, olvidamos los preceptos del Señor y de la ley y nos tomamos la justicia por nuestra mano. Ése, señores, es mi delito.

—Una pregunta más —intervino el señor Malloy—. ¿Cómo pudo dispararle a bocajarro sin que él se defendiera?

—Ya le comenté que me pidió consejo. Cogí unas hojas escritas con algunos apuntes de Vicenta y empuñé el arma, que todavía no había devuelto a su sitio, con la otra mano, que escondí entre los pliegues de mi batín. Accedí a la habitación con esa excusa. El que estuviera en la cama me lo facilitó. Me acerqué con el documento escrito y se lo entregué, como si se tratase de algo importante. Él ni preguntó, frunció el ceño y se dispuso a leer. Una vez distraído, el resto fue fácil. No creo que llegase a darse a cuenta. De ahí la placidez de su rostro.

35

No terminan las sorpresas

Charles suspiró frente a la puerta del balcón. Permanecía abierta pese a lo avanzado de la noche, y el continuo fluir del Aguanaz se imponía a los demás ruidos nocturnos. Las dos señoras habían abandonado la habitación con la confianza de la impunidad, pero habían dejado una rara atmósfera entre los dos hombres.

—¿Le supone algún problema ético? Usted es católico —recordó Charles.

—En absoluto. Para serle franco, tampoco puedo presumir de ser un bendito. Allá ellas con su conciencia. La señorita Valdivia ha reconocido lo desproporcionado de la ejecución del señor Carvajal. Porque a esas muertes, más que asesinatos, las considero ejecuciones, aunque no haya habido un juez que firmara la legalidad. Me alegro por usted, porque se ha quedado tranquilo: la viuda es inocente y la tía está en sus cabales; no hay una vena de locura en la familia. ¿Qué va a hacer? No queda mucho tiempo.

—No lo sé. Depende de la decisión que tome ella. ¡Ojalá se incline por Nueva York! Eso me permitiría seguir con el romance.

—Ha caído en sus propias redes, aunque, en esta ocasión, la mujer lo merece. No se aburrirá con ella. Y esto me lleva a preguntarme por el secreto de la señora de Trueba. Reconozco que me ha dejado con la miel en los labios. He pensado en el consabido embarazo, pero no me coinciden los tiempos, y no sé cómo habría podido enterarse el señor Castrejón si abandonaron la Isla.

Charles se alejó del balcón, se frotó la nuca y bostezó cansado.

—No, yo tampoco lo creo. Aunque pasase una semana para que la muchacha se repusiera y realizaran la venta de la hacienda y la compra de los pasajes…, habrían partido sin saberlo, y en la Isla no habría conocimiento de lo que hubiera sucedido en la Península. Es otra cosa, pero tampoco llego a imaginar cuál. De todas formas, en algo tiene razón doña Emelina, ese secreto no nos pertenece ni nos incumbe. La curiosidad tiene un límite; dejemos que la señora de Trueba respire tranquila con su enigma.

Andrew se quedó a dormir en la *chaise longue* bajo una manta las pocas horas que quedaban hasta que amaneciera, y Charles se acostó

en la cama. Se levantaron tarde y, desde el balcón, divisaron una barca con dos pasajeras: la espigada figura de doña Antonia, vestida de negro, y la de Estrella.

Le urgía hablar con doña Vicenta. Una vez desvelada la identidad de la mulata, ya no era «Vicenta» a secas. Debía concretar con ella los planes sobre San Agustín, ya que las ideas que le había expuesto doña Emelina le habían parecido un tanto utópicas. Florida había sido española, pero ya no lo era. Dio el día libre a Andrew, quien se marchó para tomar un baño y cambiarse de ropa, y él encaró la mañana con calma, repasando las historias que había escuchado por la noche y que lo conducían a la misma conclusión: para la mayor parte de la población —bien fueran mujeres, niños o viejos; o bien, personas de otras razas—, resultaba complicado sobrevivir. La esclavitud era una constante a lo largo de los siglos y, a pesar de la toma de conciencia, perduraba en la actualidad. ¿Se libraría la sociedad de semejante lacra? No lo creía. La naturaleza imponía la ley del fuerte sobre el débil, y el hombre la imitaba sin cuestionar o analizar el alcance moral, pese a las religiones que se extendían como el aceite por todo el mundo. Cuando se cansó de filosofar, se levantó, cogió la chaqueta y bajó al vestíbulo. Como si tuviera el poder de leer la mente, doña Vicenta lo abordó. No le cupo duda de que lo había estado esperando.

—¿Le supone algún inconveniente pasear conmigo por la rosaleda? Doña Lina está en la casa de baños. —Doña Vicenta lo miró a los ojos, con el reto pintado en el ademán.

—En absoluto. Es más, pienso que es un poco bruja, porque mi intención era mantener una charla con usted acerca de esos planes que me esbozó doña Emelina sobre San Agustín. Usted primero, por favor. —Le cedió el paso en la puerta del hotel.

Caminaron en silencio hasta la capilla, se adentraron entre los rosales que rodeaban la fuente y se sentaron. A esa hora de la mañana, los huéspedes y visitantes del balneario estaban ocupados en la casa de baños, y los paseos por los jardines los consideraban más apropiados para la tarde. Doña Vicenta comenzó a desgranar unos planes más concisos y cabales; mientras tanto, él la escuchaba y la observaba al mismo tiempo, aprendiendo a conocerla. Cuando terminó, Charles suspiró.

—¿Es usted consciente de que, a pesar de la guerra de Secesión, los negros no son bien vistos en Estados Unidos?

—Por esa razón necesitamos un buen interlocutor o intermediario, pero debe ser de confianza. Por el hecho de ser mujeres no nos dejaremos engañar.

—San Agustín es una ciudad pequeña, provinciana. ¿Encontrarán clientela suficiente para desarrollar esos talleres y tiendas que

proponen?

—Está muy cerca de Jacksonville, que es nuestro objetivo; sin embargo, para nosotras será más difícil sobrevivir en una gran ciudad, porque entorpeceremos a muchos gerifaltes. En una comunidad pequeña, donde los vecinos carecen de pretensiones de crecimiento, será fácil organizar talleres de producción y dirigir la venta a otros comercios de las grandes ciudades. Esa venta la realizarían entidades fabriles neutras, es decir, sociedades limitadas, y nadie se preocupará por saber quién está detrás de ellas. El que señoritas atiendan los pedidos es usual y las facturas irán con el nombre de la empresa.

—Bien pensado. Doña Emelina comentó que su sobrina figuraría al frente, por lo tanto, será quien deba firmar los acuerdos y compraventas que se llevarán a cabo. ¿Lo sabe ella? Su idea es vivir en Nueva York.

—Sí. Pero ella no es necesaria hasta que falte doña Emelina. Ha pasado mucho tiempo encerrada y debe vivir antes de contraer obligaciones. Conozco a doña Antonia, y no aguantará sola mucho tiempo. La aventura le atrae, pero necesita el cariño y la seguridad de los suyos como el aire para respirar. Ha crecido rodeada de la familia.

—Sí, imagino que como todos. Una vez que hemos visto mundo, regresamos a nuestras raíces. ¿Y si no lo hiciera?

—Los problemas se resuelven cuando se presentan, nunca antes. Es imposible predecir el futuro. ¿Nos ayudará?

—Le di mi palabra a doña Emelina y la mantengo. Me parece muy loable lo que pretenden llevar a cabo: un centro de veraneo y la expansión de negocios en suelo norteamericano, ya iniciados por una serie de mujeres en Cuba. Pretencioso, pero si empiezan con los negocios y la discreta compra de terrenos, sin lanzarse al asunto del veraneo, que encuentro muy arriesgado, puede ser factible. Les buscaré un despacho de abogados que no ponga objeción a tratar con mujeres, sean o no de color. Una vez cerrado el tema por el que la buscaba, ¿cuál era su razón para hablar conmigo?

—¿Nos proporcionará las armas que le pedimos?

Charles se incorporó, sobresaltado, y la miró con los ojos asombrados.

—¡Ustedes! Creí que la persona que me había citado se había arrepentido del negocio, incluso pensé que pudiera tratarse del señor Castrejón. ¿Son independentistas?

—No. En Cuba, las mujeres no podemos adquirir armas; y menos, con los tiempos que corren. Durante la guerra de los Diez Años y, después, durante la Chiquita tuvimos la suerte de que no llegaron las tropas insurgentes a la hacienda, pero sufrimos algún que otro susto por parte de los desertores. La doñita está convencida de que la guerra volverá y será más cruenta. No pretendemos hacer dinero con el

contrabando, sino que las necesitamos para aprender a disparar y defendernos si las cosas se tuercen.

—¡Vaya sorpresa! —Le costaba asimilar la venta de armas que daba por perdida. Y en ese momento se complicaba, porque los clientes eran mujeres. Sin embargo, ¿qué le importaba a él quién era el comprador? Si no tenía escrúpulos en venderlas sin importarle el destino, ¿por qué había de preocuparle entonces? Decidió abordar la parte práctica —. Le recuerdo que esas armas sólo pueden entrar de una forma en la Isla.

—Hemos contratado un barco para el mes de noviembre, con el plan de las escalas que realizará y dónde se cargarán las armas. No es la primera vez que la señorita Valdivia realiza una transacción de esta envergadura, por lo que no llamará la atención de los aduaneros. Le entregaré una lista de los modelos y de la cantidad de munición que deseamos. Como no son muchas, deberán introducirlas, envueltas en telas enceradas, en toneles de sólidos: maíz, trigo y otros cereales que hemos adquirido. Ni siquiera el capitán del barco lo sabrá.

—Todo bien planeado y bien atado. —No expresó en voz alta la comparación «como el asesinato del señor Castrejón», pero no pudo evitar otra reflexión parecida que sí pronunció—: No me gustaría tenerlas como enemigas.

—Aunque no fuéramos amigos, usted nunca sería nuestro enemigo, señor Webster. Es una cuestión de carácter —aseguró doña Vicenta, y esbozó una sonrisa que dejó al descubierto una perfecta dentadura blanca.

—Nuestro encuentro en París no fue una coincidencia. —Más que una pregunta fue una confirmación.

—Sí que lo fue —retrucó doña Vicenta—. Resultó gracioso cuando nos dimos cuenta y a la vez nos facilitó el acercamiento en el balneario, pero, antes de que me lo pregunte o se lo cuestione usted, le aseguro que la relación entre doña Antonia y usted ha sido una agradable conmoción. Doña Antonia ignora muchas cosas acerca de la hacienda *Manzanillo,* pero, a pesar de las apariencias, en ningún momento doña Lina ha utilizado a su sobrina para sus fines. La quiere, bueno, la queremos. Esa chiquilla se ha convertido en una mujer formidable en muchos aspectos. En cuanto a la forma en la que doña Lina empujó a su sobrina a aceptar aquella excursión al Sardinero, yo no estuve de acuerdo, aunque entiendo el motivo de mi amiga. Doña Antonia ha crecido abrigada por la familia y le cuesta tomar decisiones, y el tiempo apretaba; aun así… —Meneó la cabeza, dubitativa—. Le pido disculpas en su nombre.

—Sin embargo, cuentan con ella como tapadera en un futuro —objetó Charles. Pasó por alto el bochornoso comienzo de su relación con Antonia.

—En un principio, sí. Yo no estoy convencida, pero el problema al que nos enfrentamos, hoy por hoy, no nos deja alternativa: ¿quién puede ponerse al frente y que no sea rechazado por el color de su piel? Aparte de mí, no hay nadie con la preparación adecuada; quizá Blanca Martínez, la linotipista, pero es demasiado soñadora y le falta experiencia; por otra parte, doña Antonia cuenta con el suficiente peso, por la familia, en la sociedad cubana para cerrar los tratos.

—Mujeres, y la mayor parte de color —concretó Charles—. Comprendo su dilema. Si usted se queda en Cuba, ¿quién llevará a cabo la estrategia en San Agustín?

—Blanca Martínez. Tiene iniciativa, como ha demostrado cuando abrió la linotipia que regenta en Matanzas y se entiende bien con los tabaqueros que le confían el diseño de los emblemas de sus empresas, así como las vitolas y la propaganda. Tiene formación contable, es blanca y espabilada. El problema, como ya apunté, es la experiencia, pero yo estaré pendiente de lo que suceda allí. No estará completamente sola. Ya ha elegido a su sucesora para dirigir la linotipia de Matanzas cuando ella se vaya entre las aprendices del taller.

—No dejan un cabo suelto.

—Es muy importante para nosotras: una cuestión de supervivencia.

—Por supuesto —murmuró Charles, molesto por su falta de tacto. El asombro y la admiración que despertaba en él la organización de esas mujeres no le dejaban expresarse correctamente.

—Se me hace tarde. —Doña Vicenta se levantó—. La doñita debe de estar a punto de terminar su baño.

Charles también se levantó, aunque retrasado, sorprendido por el cambio tan rápido de su interlocutora, y se inclinó con un *«Hasta luego»* en los labios, pero la mujer ya se apresuraba hacia la pasarela. Suspiró y avanzó cabizbajo y pensativo entre los rosales, alzó la cabeza y divisó la barca de la reciente viuda, que se aproximaba al estanque para dejarlas en tierra. Se acercó a recibirlas. La embarcación plana se deslizó suavemente sobre la superficie del agua a impulso del palo del barquero a la vez que los ánades se apartaban de su paso. Se arrimó al improvisado muelle y Charles las ayudó a desembarcar. El barquero, una vez liberado de su carga, maniobró para abarloar junto a la barca de un compañero a la espera de un nuevo cliente.

—¡Puf! —expelió Antonia, estirándose la falda—. Es lo más fresco que se me ha ocurrido para superar la angustia de tanto negro. El propio color me produce calor. ¿Cómo pueden soportarlo las demás mujeres?

—Porque usted la ha tomado contra el negro —replicó Estrella—, y no estamos con los calores de la Isla como para que usted se sienta

agobiada. Esta noche he dormido con una manta.

—Ya soy bastante desgarbada a causa de mi delgadez como para acentuarla —se quejó la viuda de Carvajal. Charles se vio obligado a decir algo.

—No voy a contradecirla, a pesar de que no comparto su opinión sobre su figura, pero le aconsejo que lo mire desde el lado positivo: pronto estará embarcada y, en Nueva York, donde no la conoce nadie, no tendrá la necesidad de continuar con el luto por conveniencias sociales.

—¡Oh! Es cierto. No había caído en la cuenta —exclamó, con alivio y más animada—. Estrella, revise mis vestidos de siempre. Creo que hay alguno que necesita lavarse. Volveré a lucirlos en cuanto esté a bordo.

—Entonces, ¿se han disipado las dudas sobre una vida en Nueva York? —se interesó Charles, en tanto que Estrella se encaminaba al hotel. Ellos tomaron el sendero que se adentraba en los extensos jardines que flanqueaban el río.

—Sí, en cuanto me sugirió los apartamentos y la inmobiliaria.

Charles le habría ofrecido el suyo, pero comprendía que para ella era una aventura y que suponía un reto el conseguirlo por sí misma y sin que le allanasen el camino. Por una parte, lo agradecía, pues le dejaba tiempo para contemplar el futuro con mayor perspectiva y sin prisas; y por otra, lo asustaba, pues se arriesgaba a perderla. Ella no se consideraba guapa, pero olvidaba lo atractiva que resultaba, y mucho más si algún listo averiguaba el dinero que la respaldaba. El mundo estaba lleno de aprovechados. La imagen de doña Emelina se le presentó tal y como ella lo había descrito: esbozando una sonrisa antes de disparar el arma; y se sonrió: no quisiera estar en el pellejo de la persona que se aprovechara de Antonia.

—Me alegro de haberle servido de ayuda y, también, de que compartamos barco, así el viaje será más placentero. —Lo dijo sin ninguna intención pero, por el rubor que cubrió las mejillas de la viuda, cayó en la cuenta del doble significado de la frase—. Yo… me refiero al viaje en sí, claro —intentó corregirlo con escasa fortuna.

—Por supuesto. Nadie ha entendido otra cosa, señor Webster —dijo la viuda, más roja que una amapola, por lo que sus palabras quedaban desmentidas—. Comprendo que aquello fue algo fugaz.

—¿De verdad lo considera así? Es una lástima. Debo admitir que dejó en mí su huella.

—¿Desea que sigamos nuestro *affaire* o lo dice empujado por un acto de caballerosidad? —La mujer se mostraba muy confundida, para turbación de Charles. Se detuvo y la miró de frente.

—¿Por un acto de caballerosidad? Prefiero ignorar lo que pretende expresar con ello, porque no queda usted en buen lugar. El que su

marido no la haya valorado no implica que su autoestima se resienta. Es una mujer de lo más interesante, y me sentiría muy halagado de que me permitiera disfrutar de su compañía durante el viaje e, incluso, de que siguiéramos viéndonos en Nueva York. No puedo decir más que usted colma mis aspiraciones en este momento. Con el tiempo, averiguaremos si hay posibilidad de algo más serio; siempre y cuando, no le estorbe mi presencia en sus planes.

—Lamento haberle ofrecido una imagen tan penosa de mi personalidad. Reconozco que mi inseguridad en este ámbito es grande. Le agradezco ese margen de libertad, que voy a aceptar con gran ilusión. Todo ha sido muy precipitado, y los viajes son un marco idílico que se evapora con el roce diario y la rutina, o en cuanto se toca puerto y se regresa a la realidad. Me parece muy razonable confiar al futuro nuestra relación.

Antonia le ofreció una sonrisa con la que consiguió diluir los nervios que lo atenazaban. Por una vez en la vida, había temblado ante la decisión de una mujer y se sintió extraño. Si se trataba de amor o de una pasión pasajera, el tiempo lo diría. Por de pronto, habían llegado a un cierto compromiso.

—¿Cómo va su novela? —decidió aligerar el ambiente, que se había tornado grave, como correspondía cuando firmabas un acuerdo.

—Mi vida ha dado un giro y me siento incapaz de sentarme a escribir. He estado muy inquieta, con la cabeza aturdida y, ahora, con nuevos planes. Es imposible avanzar en medio de semejante caos. Necesito la paz de la hacienda y horas interminables por delante.

—Nueva York no es aconsejable para un escritor, si es eso lo que busca, pero el mar puede compararse con su hacienda —opinó Charles.

—¿El mar? Pues sí que debo de estar confusa —se planteó—, porque he entendido que me ofrecía un viaje más placentero y, por el recuerdo que tengo de nuestra estancia en el Sardinero, no me dejó mucho tiempo para pensar en algo que no estuviera relacionado con su persona. —De nuevo se acaloró.

—¿Seguimos sin tutearnos? —se molestó Charles, aunque esbozó una sonrisa vanidosa por lo que implicaba la confesión de Antonia.

—¡Por supuesto! —exclamó, horrorizada—. Al menos, mientras sigamos en el balneario. ¿Se imagina que dirían los chismorreos? Que mi marido se ha suicidado al enterarse de mi infidelidad.

—No había caído en la cuenta. Sí, será lo más sensato. En cuanto a esa novela que vislumbré en el hotel, se me ha ocurrido alguna cosilla con la que podría seguir adelante. Se trata de seguir el hilo de lo que usted ya inició: contar la realidad sesgada.

—¡Um! Sí, ésa era la idea, pero me pareció poco atractivo el final: ¿un anarquista? No tengo claro que los estadounidenses comprendan

el concepto, es muy europeo. Necesito algo más impactante, una historia truculenta.

—Déjeme recordar. En su novela, los personajes eran los mismos que aquí, pero con otros nombres. ¿Quién sería el asesino más inesperado?

—¡Mi tía en su silla de ruedas! —exclamó Antonia—. ¡Qué buena idea! —Y comenzó a reírse—. Va a ser una sorpresa para ella encontrarse en el papel de antagonista de Ada y Reginald.

Charles la acompañó en la risa, pero por otra razón más perversa. Era una pequeña e inofensiva revancha que se tomaba. Esperaba que doña Emelina gozara de un sano sentido del humor.

36

La despedida de doña Emelina

Miércoles, 16 de septiembre de 1891

Doña Emelina aguardaba con Estrella y los dos norteamericanos en el amplio portal del Muelle 19, donde se encontraba el consignatario santanderino de los vapores La Bandera Española, Elías Yllera e Hijos. Arriba, en el despacho, doña Vicenta y su sobrina ultimaban los detalles del embarque.

—Sabes que puedes volver si no te adaptas. El cambio es muy grande —le dijo a Estrella. Doña Emelina había presenciado los estragos del desarraigo en los emigrantes, y la muchacha, desde que había perdido a su familia, no era inmune, aunque había estado asistida por la comunidad de *Manzanillo*.

—Gracias, doña Emelina, quiero intentarlo —replicó Estrella, con más valentía de la que sentía—. Lo que más me asusta es no conseguir aprender el idioma. Me parece muy difícil.

—Antonia se ocupará de ello, no te preocupes. Al principio, puedes llegar a desesperarte, pero la lengua termina desatándose en el momento más inesperado. Lo comprenderás antes de hablarlo.

La bajada por las escaleras de doña Vicenta y su sobrina interrumpió la conversación. Las dos mujeres venían felicitándose por la suerte.

—Hemos recuperado el precio del camarote de Nemesio —anunció Antonia—. Lo han vendido. Sin embargo, el mío lo he tenido que pagar. He tardado mucho en decidirme y no ha habido tiempo, así que lo ocupará doña Vicenta. Estará más cómoda que en los camarotes para los criados. En la oficina no han puesto objeción siempre y cuando sea discreta. No les gustaría que se quejara algún pasajero por su presencia.

—Procuraré que no lea la buenaventura ni practique el vudú en la cubierta noble del barco —aseguró doña Emelina con humor.

—Faltan dos horas para que salga el vapor —advirtió el señor Webster.

—Rosendo aguarda en el muelle con el equipaje —dijo doña

Vicenta—. Vayan a tomar algo si lo desean. Yo me ocuparé, con la ayuda de Rosendo, de que los mozos de cuerda lo suban y lo dejen en los camarotes.

El Café Suizo se encontraba cerca y hacia allá se encaminaron. El señor Malloy se adelantó y consiguió una mesa. Otros conocidos y familiares de los que se embarcaban habían tenido la misma idea. Pidieron una sangría para todos, pues, según avanzaba la mañana, apretaba el calor. Doña Emelina notó los nervios de su sobrina y, por debajo de la mesa, buscó su mano y se la apretó.

—Siempre adelante —dijo, cuando sus ojos se encontraron—. Los principios son complicados, pero los resultados suelen merecer la pena. Los triunfos requieren sacrificio.

—Lo sé. Aun así… ¿Se da cuenta de que será la primera vez que nos separemos? —interpeló Antonia.

—No es cierto. Estudiaste en San Agustín y has viajado con tu padre.

—En San Agustín estaba mi hermano Arturo. Es la primera vez sin alguien de la familia a mi lado —insistió Antonia.

—Se te han concedido unas alas, muévelas; tienes estudios, sabes idiomas y te respaldan la editorial y una cuenta bancaria. Eres afortunada, ya ves en qué estado llegan a Cuba los que se aventuran con la ilusión por maleta.

—Reconozco lo que me dice, pero no puedo evitar el nudo en la garganta.

—Típico de las despedidas —analizó doña Emelina—, por eso no me gustan. Creo que deberíamos irnos ya; carece de objeto prolongar más la situación. ¡Ah! ¡Cartas! Quiero muchas cartas contándome todo lo que se te ocurra —ordenó a su sobrina mientras se levantaban—. Varias por semana.

—Tía, no me quedará tiempo para escribir —se quejó Antonia.

—¿Has avanzado algo más? No me lo has enseñado.

—No, pero tengo unas ideas que la van a sorprender.

Sin embargo su sobrina no dijo más, la dejó con la intriga. Sentada en la silla, empujada por el señor Malloy, no le quedó más remedio que aguantarse la curiosidad. En el muelle se habían congregado los vecinos de la villa que acudían a presenciar la salida del vapor; familiares que se despedían de los pasajeros; mozos de cuerda, cargados con baúles, cajas y bolsas; carreteros y barqueros, que acercaban a los pasajeros hasta el muelle y hasta el buque. Se abrían paso hasta una de las barcas cuando Rosendo apareció a su lado.

—La señorita Vicenta me encargó que la ayudara —explicó.

Doña Emelina no se fiaba de aquel rastrero, quien se plegaba según de donde soplara el viento y no tenía inconveniente en abusar de su posición de poder. Ahora había perdido al amo que lo cobijaba y

venía a lamer su mano. Bastante bien parado salía de la aventura. Le permitió que se ocupara de la silla, abrazó a Antonia por última vez, y ambas se separaron con lágrimas en los ojos. Se volvió a los caballeros, estrechó la mano del señor Webster y aceptó el brazo del señor Malloy, quien la ayudó a sentarse en la barca. Rosendo subió detrás de ella, cargando la silla.

Comprendía a Antonia. A ella también le costaba despedirse. Cuando se movieron los remos y se apartaron del muelle para adentrarse en la bahía, le lanzó una sonrisa para insuflarle seguridad, regresó el rostro al frente y no volvió a mirar atrás. Ya se había despedido, lo demás era prolongar la agonía. Quería a esa mujer como si fuera su hija. Luego pensó en los padres de Antonia, a quienes debería explicar lo que había ocurrido con la niña. No les diría toda la verdad, Bernardo la habría matado, pero lo suficiente para que se quedaran tranquilos. ¿Ella se quedaría tranquila? No, si fuera su madre, haría las maletas y se cercioraría de que estaba bien instalada. Y, con toda seguridad, eso era lo que iba a suceder, conociendo a su hermano. Recordó lo abatido que se había quedado cuando se descubrió la superchería de Nemesio. Todavía se sentía culpable. ¡Pobre Bernardo! Primero su hermana y después su hija.

La brisa la azotó en cuanto abandonaron el resguardo del muelle. Los marineros siguieron una boga acompasada que mantenía el bote en un equilibrio óptimo. Una hija. Recordó la tragedia de doña Lucía, ese secreto inconfesable. No, no se arrepentía de haber asesinado al canalla de Castrejón, porque no merecía el calificativo de «señor».

Se enteró por casualidad, como sucede con la mayor parte de los asuntos de este mundo, aunque la gente diga que no cree en las casualidades. En la hacienda nadie ignoraba el interés que despertaban las noticias sobre Castrejón, y una mujer les fue con la historia de la familia Gómara, relatada por uno de los jornaleros de Pinar del Río, al que conocía y se había encontrado en La Habana. Doña Vicenta, después de años, una vez superado el trauma, había recuperado la amistad de las personas con las que había compartido la niñez y recordaba la vega. Había sido ella la que se había aventurado a acercarse a la hacienda de los Gómara, y la familia, apesadumbrada y asustada, la había recibido. Doña Vicenta se había ofrecido para trasladar a la muchacha a la hacienda de *Manzanillo,* lejos del escenario violento, para que la asistieran las curanderas, que sabían más que los médicos sobre los asuntos de mujeres. Doña Emelina, una vez informada y con la muchacha allí, había tomado cartas en el asunto, y no sólo había propuesto a la familia la venta de las tierras, sino que también había llevado la gestión con el comprador que más daño podía causar a la expansión de la plantación de Castrejón. La familia, consciente del peligro que implicaba enemistarse con

Castrejón, había decidido regresar a la Península con el dinero de la venta.

Por otro lado, las curanderas habían puesto a doña Emelina sobre aviso, aunque era pronto para saberlo con seguridad, de que estaban casi convencidas de que la muchacha estaba gestando una vida. Doña Emelina había aprendido a no dudar de la ciencia milenaria que se transmitía entre esas mujeres. Había advertido a la familia de las posibles consecuencias y había ofrecido, si no querían hacerse cargo de la criatura, su ayuda. Se la enviarían al amparo de alguna familia emigrante, y ella se encargaría de pagarles el favor en cuanto se la entregasen. Era una niña preciosa, rubia, recordó doña Emelina. Doña Lucía le rogaba, a pesar de las horribles circunstancias bajo las que había sido concebida, que la cuidase, que iba un pedazo de su alma prendida en ese trozo de carne. Y eso había hecho. La niña había crecido en el seno de una familia, en *Manzanillo*. Era muy aplicada y la había enviado a San Agustín a estudiar y a formarse como una señorita. Había resultado ser una artista. Sus pasiones: el dibujo, la pintura, las manualidades. Cuando terminó los estudios, a la chiquilla se le ocurrió la idea de abrir una linotipia en Matanzas. Doña Emelina no había escatimado en gastos y no se había equivocado: era uno de los prósperos negocios en los que había invertido. La inversión mejoró con la adquisición de una prensa especializada para realizar litografías, un proceso más fácil por permitir al artista dibujar directamente sobre la piedra. Además, la litografía producía diversos efectos, como el de relieve en detalles de la impresión o el de incorporar el pan de oro, que dotaba a las obras de un toque de lujo, brillo y distinción, muy apreciados por los fabricantes de tabacos. Todo un logro por parte de Blanca, y así se lo había comunicado a doña Lucía, quien se había sentido orgullosa, a pesar de que no la conociera en persona. Blanca había seleccionado en *Manzanillo* a algunas muchachas que destacaban en dibujo y se las había llevado como aprendices. Si todo salía bien, en breve, estaría al frente de otro negocio de linotipia en San Agustín y abriría el camino para más talleres. Sin embargo, temía el encuentro entre madre e hija, ya que don Sixto se iba a trasladar a Cuba para conocer el alcance de los negocios de Castrejón y administrarlos en nombre de su sobrina. Y esto la había llevado a tomar en consideración un problema mayor: ¿cómo se había enterado Castrejón de la existencia de esa niña? Tenía una vaga idea sobre quién era la traidora, y, en cuanto llegara a Cuba, lo investigaría. Ya se había condenado por quitar dos vidas, así que no importaba un cadáver más sobre su conciencia.

El golpe del bote junto a la escala metálica del vapor la devolvió a la realidad. La ayudaron a ponerse de pie y subió, con un brío inusitado, por aquellos empinados peldaños de hierro. No se notaba el

movimiento del barco como el del bote, por lo que no se sintió inestable. Detrás subía Rosendo, resollando con la silla a cuestas, consecuencia de una vida sedentaria que le iba a pasar factura.

Sobre la cubierta, junto al oficial encargado de la escala, doña Vicenta aguardaba su llegada. Le ofreció el brazo y esperaron a que Rosendo terminara de subir. El joven abrió la silla y se iba a retirar cuando doña Vicenta levantó una ceja y le dirigió una mirada fulminante. Rosendo comprendió la muda orden y, en cuanto doña Emelina se sentó, empujó la silla, mientras doña Vicenta caminaba desembarazada al lado de su amiga: sus días de gloria en la cama del amo habían terminado.

Consiguieron hacerse un hueco en la atestada barandilla que miraba al muelle. Se veían pañuelos de todos los colores, que agitaban para que los familiares los identificaran en medio de la marea humana.

—Si el señor Webster es inteligente, ya se la habrá llevado —dijo doña Emelina.

—Doñita, el señor Webster está enamorado, aunque es un hombre terco y todavía no lo ha admitido. ¡Allí están!

Destacaban por la estatura: Antonia, con un sombrero de ala ancha y plumas negras que detestaba, y flanqueada por los dos norteamericanos. Delante de ella, la menuda y baja figura de Estrella, la gallega a la que había salvado por los pelos. Se le humedecieron los ojos.

—¡Ay, doñita! —exclamó doña Vicenta, en voz baja, sólo para los oídos de su amiga—. Se hace la dura, pero termina rompiendo aguas como todos.

Cuatro días después, el 20 de septiembre, Antonia se hallaba en medio de un *déjà vu.* Repetían la escena del embarque, sólo que, en esa ocasión, eran ellos los que partían y nadie los despedía. El vapor pertenecía a la Compañía Trasatlántica de Antonio López y Cía., mucho más grande y cómodo. Llegaba de Liverpool y había hecho escala en El Havre. Mientras Estrella seguía al marinero que transportaba los baúles al camarote, ella se enganchó del brazo de Charles y se acercaron a la barandilla para contemplar la ciudad desde el mar. No era la primera vez, pero reconocía que la vista desde la altura de la corconera no era igual. El muelle se hallaba atestado de gente desconocida y sintió la soledad hasta que Charles le dirigió la palabra.

—¿Conoces la línea? El camarote es amplio y cuenta con un baño y un excusado de uso privado. Además del comedor, salones de fumadores, de música, de juego…

—No he viajado tanto como tú —lo interrumpió Antonia—, así que no presumas.

—No presumo; estoy nervioso.

—¿Nervioso? Lo dices por animarme.

—En absoluto. Nervioso porque no se me ocurre ninguna forma de eludir el chismorreo. ¿No te has planteado lo pequeño que es un barco y lo aburridos que están los pasajeros? ¿Qué dirán cuando me encuentren en un pasillo que no es el mío?

Antonia echó una mirada a izquierda y a derecha y no encontró una cara conocida a lo largo de la barandilla. Recordó que se iba a instalar en una gran ciudad y que sería una mujer anónima. Se encogió de hombros y sonrió a Charles.

—¿Temes por tu reputación? —La bocina del vapor avisó de que zarpaban—. Empiezo una nueva vida y no me importan las conveniencias sociales de personas que no me interesan.

—¿Y por qué llevas luto? —Charles la miró con sorna.

—Esta noche cenaré vestida con los colores del arco iris, pero ahora quiero ver la bahía.

Estrella se preocupó de que el equipaje llegara completo al camarote. Aunque ella dormía en una litera en tercera clase, sus pertenencias se quedaban a salvo junto a las de su señora y emplearía el baño para asearse con intimidad. Doña Antonia se preocupaba por su bienestar. En cuanto salieron los mozos, cerró la puerta y se apresuró a llegar a cubierta: ella también quería ver la bahía de Santander desde el barco. Sin embargo, la barandilla estaba abarrotada y le fue imposible encontrar un hueco. Se subió a una hamaca de cubierta, pero, como era bajita, resultó insuficiente. Se resignó a perderse el espectáculo y decidió contemplar la bahía desde estribor, que se hallaba libre de pasajeros. Pasó bajo un bote salvavidas y notó que unas manos la cogían por los sobacos y la alzaban hasta la barca. En cuanto pisó el banco y se sintió segura, se volvió con presteza para defenderse del agresor.

—¿Me va a pegar? —Reconoció al irlandés y detuvo el gesto—. ¡Bonita forma de agradecerme que le ofrezca un asiento en primera línea!

—¡Podría haberme dicho algo en lugar de elevarme por el aire como si fuera una merluza! —se defendió, pero enseguida se le olvidó el enfado. El bote estaba algo elevado sobre la cubierta y la vista de la ciudad era impresionante, y, además, la disfrutaría sentada en un banco—. ¡Oh! ¡Gracias! Creí que me lo iba a perder.

—La vi pasar, pero caminaba tan deprisa, a la vez que daba saltitos para intentar divisar algo sobre los pasajeros, que no me dio tiempo a

llamarla. La observé subirse a la hamaca y le hice una seña, pero no se percató. Así que, cuando se dirigió hacia aquí, me preparé para pescarla. Por cierto, es la primera vez que pesco una merluza tan hermosa.

—He engordado un poco. Está todo tan rico cuando comes fuera de casa que soy incapaz de resistirme. —Estrella simuló interpretar la palabra «hermosa» de otra forma y, con discreción, como si se acomodara, se apartó un poco para que pasara el aire entre ambos—. ¡Nos vamos! —No disimuló su excitación. Iniciaba una nueva vida en un país extranjero.

—He zarpado de tantos puertos que resulta gratificante contemplar la excitación de los demás —dijo el señor Malloy.

—Es una tontería eso que ha dicho. Cada puerto es diferente: La Habana, Nueva York, Liverpool…

—Menos La Habana, he estado en todos y en otros muchos más. Quizá, el que más me impresionó fue Estambul.

Mientras hablaban, contemplaban cómo dejaban atrás las casas del muelle y los arenales que había a continuación, al pie del largo y serpenteante camino que unía la ciudad con el Sardinero. La península de La Magdalena, un peñasco pelado sobre el que destacaba el semáforo que controlaba la navegación y una pequeña fortificación, suponía el límite de la bahía. Una vez rebasada, se distinguían a lo lejos las famosas playas y el casino rodeado de hoteles y villas del Sardinero, ya en mar abierto.

—No pude evitar el oír cómo le comentaba a doña Emelina su problema con el inglés. ¿Me permitiría que se lo enseñara durante el trayecto? Nunca he sido profesor, pero lo elemental para defenderse al principio sí seré capaz de enseñárselo.

—Le agradezco el ofrecimiento; no sé si será adecuado. Se lo preguntaré a doña Antonia.

—¿Qué puede haber de inadecuado en el aprendizaje de un idioma? En el vapor hay salones comunes donde podemos reunirnos.

—Si es un sitio público, no hay nada de inadecuado —reconoció Estrella, sonrojada por ser tan mal pensada—. ¿Y qué interés tiene usted para ofrecerse a realizar una labor tan tediosa?

—Bueno… —titubeó el irlandés—, había pensado que podríamos seguir practicando por carta. No sé cuánto tiempo me quedaré en Nueva York, pero estoy seguro de que me estará esperando una nueva misión y deberé hacer de nuevo las maletas.

—¿Me está pidiendo que le escriba? —Estrella simuló cara de escándalo, aunque por dentro se lo estaba pasando muy bien con el apuro del señor Malloy—. En mi vida había oído una excusa tan endeble. ¿No habíamos quedado en que éramos amigos y que soy demasiado joven para usted?

—¡Eh, eh! No corra tanto —la detuvo el señor Malloy, frunciendo el ceño—. Yo sólo le he propuesto escribirnos. Viajo mucho por trabajo y no hay nadie que me escriba. Sería un cambio esperar una carta.

—No sé, lo tengo que pensar. Usted me escribe y ya veré si le contesto. ¿Le parece?

—Eso es muy ambiguo, pero está bien. Me conformo con esa leve promesa.

Estrella lo observó con los ojos entrecerrados. Conocía lo suficiente al irlandés como para que esa claudicación despertara sus recelos; sin embargo, no halló ninguna pista sobre lo que tramaba el hombre, mucho más versado que ella en esas lides. Recordó que él se encontraría de viaje, lejos, por lo que no debía temer una maniobra seductora, así que decidió dejarlo pasar y centró su atención en el paisaje que se alejaba a medida que se adentraban en el mar.

Epílogo

San Agustín, Florida

Miércoles, 27 de febrero de 1895

Charles se fijó en una noticia del periódico y, en cuanto oyó a Antonia, que se acercaba hablando con el aya de Carlos, plegó el diario rápidamente y se interesó por el desayuno que tenía delante. Le había costado más de un año que ella accediera a casarse con él y, por un tiempo, había temido no conseguirlo. En cuanto desembarcaron en Nueva York, él había sido requerido por su trabajo y la había dejado sola en la aventura de encontrar apartamento e instalarse. Se habían carteado durante ocho meses hasta que había conseguido que lo relevasen de su puesto y le concedieran el retiro. Se había instalado en su apartamento frente a Central Park y se había acercado a visitarla. Iba a llamar a la puerta cuando ésta se abrió de pronto y apareció ella, engalanada: había quedado con unos amigos en la inauguración de una exposición y lo había llevado a rastras a la vorágine social de su día a día. Sólo habían transcurrido ocho meses, los suficientes para que Antonia se hubiera instalado y se hubiera adaptado al ritmo frenético de la ciudad. Había descubierto que se movía con desenvoltura entre la burguesía adinerada y que se había ganado su confianza. A unos los había conocido en asociaciones que patrocinaban el teatro y la ópera; a otros, a fuerza de coincidir en las galerías de arte y en los museos. Era amiga de los libreros de la zona y participaba en algunos clubes de lectura. En lugar de ser él quien hiciera de cicerone en una ciudad desconocida, había sido ella quien le había mostrado el Nueva York artístico y volcado en la cultura, con sus dulces maneras, lentas y cálidas. Había abandonado la timidez, que no la discreción, pues seguía manteniendo el anonimato de su célebre actividad, a pesar del éxito fulgurante que había obtenido su novela *La Fuente del Francés,* y que había despertado la curiosidad de la prensa por conocer al misterioso Adam Fullerton. El editor, fiel al compromiso contraído y temeroso de perder a una autora que tantas ganancias aportaba si se filtraba su identidad, había guardado celosamente el secreto, incluso dentro de la propia editorial. Por otra

parte, el editor había descubierto que ese halo de misterio en torno al autor reportaba una publicidad gratuita.

Recuperar la intimidad con ella había resultado fácil; lo complicado había sido convencerla de que se casara con él. Disfrutaba con su libertad y no sentía la necesidad de atarse a nadie, pero no había tenido en cuenta el carácter puritano de la sociedad neoyorquina, tolerante para las clases bajas, pero intransigente con las clases pudientes. Una mujer que se mostraba con su amante de forma abierta no estaba bien visto. Las supuestas amistades se habían ido alejando cuando comprobaron que no había compromiso de matrimonio y los hombres habían entendido que era una mujer liberada, y, para ellos, «liberada» era sinónimo de que podían optar a pasar por su cama. Al principio, las tentativas habían sido discretas por parte de ellos y rechazadas por Antonia, para alivio de Charles. Al no darse por aludida ni por ofendida, las propuestas se habían vuelto más agresivas y obscenas. Un hombre no perdonaba que lo rechazase una mujer de moral dudosa. Cuando se decidió a poner fin a esa molesta situación, ella se le había adelantado y le había confiado sus cuitas. Como quien dice, había caído la fruta madura. Antonia había comprendido que era estúpido exponerse a la maledicencia y negarse al matrimonio si estaba enamorada de él.

Se casaron en New Haven, y acudieron los padres de Antonia y la tía Emelina, acompañada de su doncella personal, la auténtica, no doña Vicenta. Habían decidido vivir en Nueva York los meses más cálidos: primavera y verano; y los más fríos, en San Agustín. Al final, Charles se había implicado en los asuntos de doña Lina y doña Vicenta, pues había potencial en ellos; incluso Malloy había abierto una inmobiliaria en San Agustín, en la que sólo empleaba a mujeres, y con la que controlaba la compraventa de terrenos, haciendas, locales, granjas y casas. Para sorpresa de Charles, el irlandés bebía los vientos por la gallega, quien dirigía un taller de costura en aquella ciudad. Estrella no se lo estaba poniendo fácil al hombre. ¿Por qué era tan difícil establecer una relación con esas mujeres? Seguramente, porque le habían visto las orejas al lobo. Sin embargo, Antonia aseguraba que Estrella estaba muy enamorada y que iba a darle el sí en breve. El matrimonio de los Webster había llevado aparejada la descendencia, para asombro de la ingenua Antonia, que se consideraba, a sus treinta y dos años, mayor para traer hijos al mundo. Y lo era, pero no tanto, como había demostrado el nacimiento de Carlos. A pesar del pronóstico negativo de las parteras, porque era vieja y estrecha, lo había parido con tanta prisa que no había dado lugar a que la asistiera una comadrona, y, animados por el éxito, ya venía otro de camino.

Antonia entró en la sala con su estado de gravidez por delante. Charles se levantó a recibirla y la ayudó a sentarse.

—¿Cómo te encuentras? —se interesó.

—Pesada. Este embarazo se me está haciendo largo. Lamento informarte de que va a ser el último, no me siento con fuerzas para repetir.

—No hay nada que lamentar. Soy completamente feliz con los dos regalos que me has hecho.

—De regalos, nada. Son también míos —replicó, fingiendo enfado.

—¡Qué susceptible! Has estado leyendo las declaraciones de las sufragistas —acusó, medio en broma.

—¿Desde cuándo te ha importado lo que digan las sufragistas? ¡Umm! Empiezo a conocerte, me estás distrayendo de algo más importante.

—Pareces mi madre. Vuestro instinto femenino es infalible. No deseaba preocuparte hasta que no me pusiera en contacto con tu padre.

—¡¿Qué ha pasado?! —se alarmó Antonia.

—A la familia, nada. —Le alargó el periódico y le señaló una noticia—. Un levantamiento simultáneo en muchos puntos de Cuba. Tuvo lugar el domingo, día veinticuatro.

Charles aguardó a que Antonia leyera y le comentara dónde se ubicaban los puntos calientes del alzamiento.

—¡Menos mal! En la parte occidental ha fracasado, y los cabecillas han sido detenidos o se han entregado ellos mismos. Sin embargo, es preocupante, porque parecen muy bien organizados; mientras que en la zona oriental ha triunfado. No es extraño, pues el descontento se concentra en esa parte de la Isla; Guantánamo, Baire, Holguín, Manzanillo… Lo importante es que la familia esté bien. En el otro levantamiento, la zona occidental de la Isla se mantuvo leal.

—Es lo que se temía tu tía, porque no me cabe duda de que la guerra ha prendido de nuevo. Y esta vez será la definitiva para bien o para mal de España o de los independentistas —vaticinó Charles.

—¿Tú crees? —Antonia no ocultó su inquietud.

—Los independentistas llevan años preparándolo, y España debe terminar con esta cuestión de una vez por todas si quiere conservar el dominio de la Isla. La riqueza de Cuba está en la seguridad y no en la precariedad de la política. Seguro que tu padre o tu tía nos ofrecen una visión más realista que la apreciación de un reportero.

—Lo que siento es que Sagasta no haya obtenido los apoyos necesarios para llevar a cabo las reivindicaciones de los descontentos.

—Las reformas han llegado demasiado tarde. Me atrevo a asegurar que, aunque se hubieran llevado a cabo, el movimiento nacionalista habría seguido adelante. Había mucho resentimiento acumulado.

—No habrían conseguido tanto apoyo. Serían un puñado de descontentos.

Charles no deseaba que Antonia se angustiara en su estado por lo que todavía no había sucedido, así que recondujo la conversación hacia un tema más liviano.

—¿Me acompañas a ver unos terrenos en la península de enfrente? Quiero construir allí nuestra casa para el invierno, con un embarcadero.

—¿No es allí donde la tía está invirtiendo? Al otro lado del río Matanzas —precisó Antonia, con el entrecejo fruncido.

—Sí, pero Malloy me ha reservado una parcela frente al fuerte San Marcos. Doña Emelina no se molestará. ¿Recuerdas los paseos por el riachuelo del balneario La Fuente del Francés? —Sin esperar a que contestara, continuó con voz sugerente—: Me quedé con las ganas de retozar contigo en la canoa, a solas. Espero que me permitas cumplir con mi sueño.

—Satisfaré tus fantasías siempre que no sea en un balneario —impuso como condición Antonia. Entornó los ojos con picardía—. ¿Todavía no has aprendido lo peligrosos que resultan para la salud?

HACIENDA *Manzanillo*

SÁBADO, 30 DE MARZO DE 1895

Doña Emelina se apresuró a firmar los documentos que Vicenta había dejado sobre el escritorio. Sudaba, no sabía si a causa del calor o de los nervios. De buena mañana, había soportado una terrible discusión con doña Vicenta, de la que había salido victoriosa: Vicenta se embarcaba al frente de un grupo de adolescentes y de madres jóvenes con sus hijos rumbo a Florida. No quedaba otra. Intuía que esta guerra no sería como las anteriores, y había que poner a salvo la labor de tantos años. ¿Quién mejor que Vicenta para seguir adelante con ella? Conocía el procedimiento, llevaba la administración, las mujeres confiaban en ella, la respetaban y la obedecían. Le costó convencerla, pero era lo mejor.

—Señora, su hermano —anunció el ama de llaves, tras llamar con los nudillos en la jamba de la puerta.

No había terminado de decirlo cuando Bernardo entró con la camisa empapada en sudor, el sombrero ladeado y la fusta todavía en la mano. Se mantenía en forma, porque, a pesar de los años, no había dejado de inspeccionar los campos ni la labor en el ingenio. El mayor, Arturo, era quien llevaba el trabajo de despacho. Bernardo era delgado, musculoso, con canas en las sienes y una prolongada nariz, la

que caracterizaba a los Valdivia, aunque ella no la había heredado.

—Buenos días, Lina —deseó, al tiempo que buscaba una silla que no estuviera tapizada. Una descarga de fusiles lo puso alerta.

—Tranquilo. Son mis chicas entrenando —explicó Emelina—. Creo que han atrapado a todos los insurgentes de esta parte de la isla.

—Entonces, ¿son ciertos los rumores que han llegado a mis oídos? ¿Estás adiestrando a las mujeres para disparar? —Más que una pregunta era una confirmación. Doña Emelina dedujo que le había llegado la noticia.

—¿Es la razón por la que has venido?

—Ésa y otra —replicó, y le dejó una cuartilla sobre la mesa.

Doña Emelina la leyó por encima y bajó la vista a la fecha y firma. Suspiró y miró a su hermano.

—A esta soflama la llaman manifiesto. ¿Dónde está Monte Cristi?

—En la República Dominicana. Esto se está poniendo serio. ¿Dónde has obtenido las armas? ¿Puedo verlas?

—Por supuesto. Detrás de ti, abre el armario. Se las he comprado a tu querido yerno.

—Siempre has sido más lista que yo —se admiró Bernardo, y se apresuró a inspeccionar uno de los fusiles.

—En absoluto. Precavida. Y la necesidad también ayuda un poco —corrigió doña Emelina.

—Necesito tu ingenio. El mío está a tope de rendimiento —dijo. Devolvió el fusil a su sitio y se sentó de nuevo—. Ha vuelto a subir el precio del azúcar al consolidarse la guerra. Te ofrezco transporte y mercado a cambio. ¿Cuántas toneladas tienes?

Hablaron de negocios durante un rato e intercambiaron previsiones para futuras exportaciones en tanto durase el conflicto. Doña Emelina le explicó cómo había introducido las armas en la Isla y sugirió que se podría repetir con la asistencia de Webster.

—Este manifiesto refleja que van a por todas —comentó doña Emelina—. Esta vez están mejor organizados, aunque carecen de medios económicos, siempre y cuando Estados Unidos se mantenga neutral. ¿Qué vas a hacer con la familia?

—Lo de siempre. Si se ponen feas las cosas, irán a La Habana —contestó Bernardo. Una nueva descarga de los fusiles retumbó por la estancia.

—Te sugiero que envíes a Clara con los dos pequeños, José y Bernardito, a Florida. Antonia los recibirá con los brazos abiertos. Vicenta saldrá para allá dentro de un mes con las mujeres más jóvenes y los niños. Ya tienen los pasajes. Yo me quedaré con las más viejas y, en caso de peligro, nos retiraremos a Matanzas o La Habana. Podrían irse con ellas, así no viajará Clara sola y tendrá ayuda. ¿Qué hará Arturo? Imagino que papá no querrá irse.

—Ni lo sueñes. Es buena idea Florida. Si las cosas se ponen feas, en La Habana faltarán suministros de cualquier tipo. Ya sabes, el Ejército tiene prioridad sobre la población civil. En cuanto a Arturo, rezo para que no cometa una imprudencia y se aliste. Con la familia en Florida, espero convencerlo de lo mucho que lo necesito para llevar a cabo las zafras. ¿Y tú, por qué no te vas?

—Alguien debe proteger la hacienda y, si algo sale mal, ya he vivido lo suficiente.

—No ha sido una vida completa, y siempre me he sentido responsable de ello. Espero que llegues a perdonarme.

—No seas tonto, Bernardo. Fue lo más inteligente que has hecho en tu vida. Papá era la fuente de ingresos de la familia. Puede que, en aquel momento, yo no llegara a comprenderlo, pero, después de haber visto el desamparo en el que quedan las viudas y los huérfanos a la muerte de un hombre, te perdoné. Te tragaste el orgullo e hiciste lo que había que hacer.

—El asesinato de ese hombre coincidió con vuestra estancia en el mismo balneario. Me enteré por un amigo que conoció al abogado de la viuda Castrejón, un tal…

—Sixto Trueba —completó doña Emelina.

—Sí. —Bernardo miró fijamente a su hermana, buscando una respuesta.

—¿De verdad quieres saberlo? —Lo retó Emelina.

—Ignoro de dónde sacas esa fuerza. Debería haber sido yo quien lo matara —confesó Bernardo.

—Está bien así, no te martirices por ello. Yo ya no lo hago. ¿Has leído la novela de tu hija? *La Fuente del Francés.* Ella ignora lo que sucedió en el balneario; sin embargo, lo relata muy bien.

Al final, la familia se había enterado de la lucrativa actividad de Antonia. Había tenido que explicárselo a sus padres para que comprendieran su decisión de vivir en Nueva York cuando todavía estaba soltera.

—¿Qué quieres decir? ¿El asesinato que se ha inventado es real?

—Sí. El personaje de Nicanor se corresponde con el de Valentín Castrejón. Y el resto de los sospechosos los tomó de la realidad. La explicación de cómo se cometió el crimen es casi perfecta. Estoy segura de que una mente maquiavélica dirigió su pluma. —Suspiró y cambió de tema, ya había hablado demasiado—. Me cae bien tu yerno. Espero que sepas apreciarlo. Entonces, ¿cuento con Clara y con los niños? —Bernardo asintió, todavía sorprendido por la confesión de su hermana—. Ordenaré que dejen el ingenio libre, aunque tendrán que hacer turnos de noche para cumplir con los contratos.

Se sucedió otra descarga en la explanada de la hacienda, premonitoria del desastre que se avecinaba para los latifundistas del

tabaco, del azúcar y de los cafetales cubanos. Y para España.

Agradecimientos

La lectura del artículo *«La Fuente del Francés y las aguas de Hoznayo»,* publicado en la revista *Los Cántabros,* fue el origen de esta novela. Lo firmaba Carmen Ruiz Ruiz. Me faltó tiempo para ponerme en contacto con ella, y desde estas líneas quiero agradecerle su desinteresada colaboración en el proyecto y la aportación del material —fotos, recortes de prensa— que había recopilado durante años. Debo resaltar que Carmen Ruiz, además de ser licenciada en Derecho, es poetisa y vive en Hoznayo, localidad cántabra en la que se ubicaba el balneario La Fuente del Francés, del que sólo quedan en pie unos tristes testimonios, pues ni siquiera las fuentes termales se conservan. La cercanía del balneario de Solares, por donde pasa el tren, contribuyó a su declive.

Me gusta recordar que cuento con un fabuloso equipo de apoyo de primeros lectores: Fernando, mi hermano; Isabel, mi hija, y mis amigas y compañeras de esta aventura literaria Flor Cossío, Isabel Pérez y Helena Tur. Y, por supuesto, mi sobrino Pablo, que, aunque la lectura no es su fuerte, mantiene mi maravillosa web: https://elenabargues.com. Y la parte de la familia a la que no he mencionado: mi marido y mi hija pequeña, que sufren con paciencia mis ausencias creativas.

Gracias a la editorial Pàmies, en especial a Carlos Alonso, por confiar de nuevo en mí, y a Conchi Gábana, por su corrección y sus explicaciones sobre estilo: todo un lujo aprender de profesionales.

Y no me olvido de vosotros, lectores: os agradezco vuestra apuesta por esta escritora si es la primera vez que leéis una novela mía y, si sois reincidentes, espero que hayáis disfrutado tanto como la primera vez.

La Fuente del Francés

Sinopsis

Cantabria, 1891.

Charles Webster es un diplomático norteamericano que se hospeda en el balneario La Fuente del Francés, donde se ha citado con un potencial comprador de armas. Allí conocerá a dos mujeres cubanas que marcarán su vida: la señora de Carvajal, perteneciente a una familia de ricos terratenientes y atrapada en un matrimonio infeliz, y la tía de esta, doña Emelina.

Al mismo tiempo, en el balneario corren rumores sobre la inminente llegada del líder liberal de la oposición, Sagasta, en un momento en el que la política arancelaria proteccionista de Cánovas pone en peligro la lealtad de las últimas colonias españolas: Cuba y Puerto Rico.

Pero todo se ve alterado cuando aparece asesinado un rico plantador de tabaco cubano y se encuentra una bomba en la habitación de un empleado, que resulta ser un conocido anarquista. Webster, temiendo que se trate de un complot político, decide iniciar una investigación que lo llevará a conclusiones insospechadas según vaya hurgando en las vidas de los huéspedes. Mientras tanto, la señora de Carvajal se verá obligada a salir de su letargo y a tomar decisiones desesperadas que cambiarán su vida.

Una apasionante historia en la que los intereses personales se mezclan con los políticos y en la que las mujeres defienden su espacio en una sociedad que las excluye.

Biografía de la autora

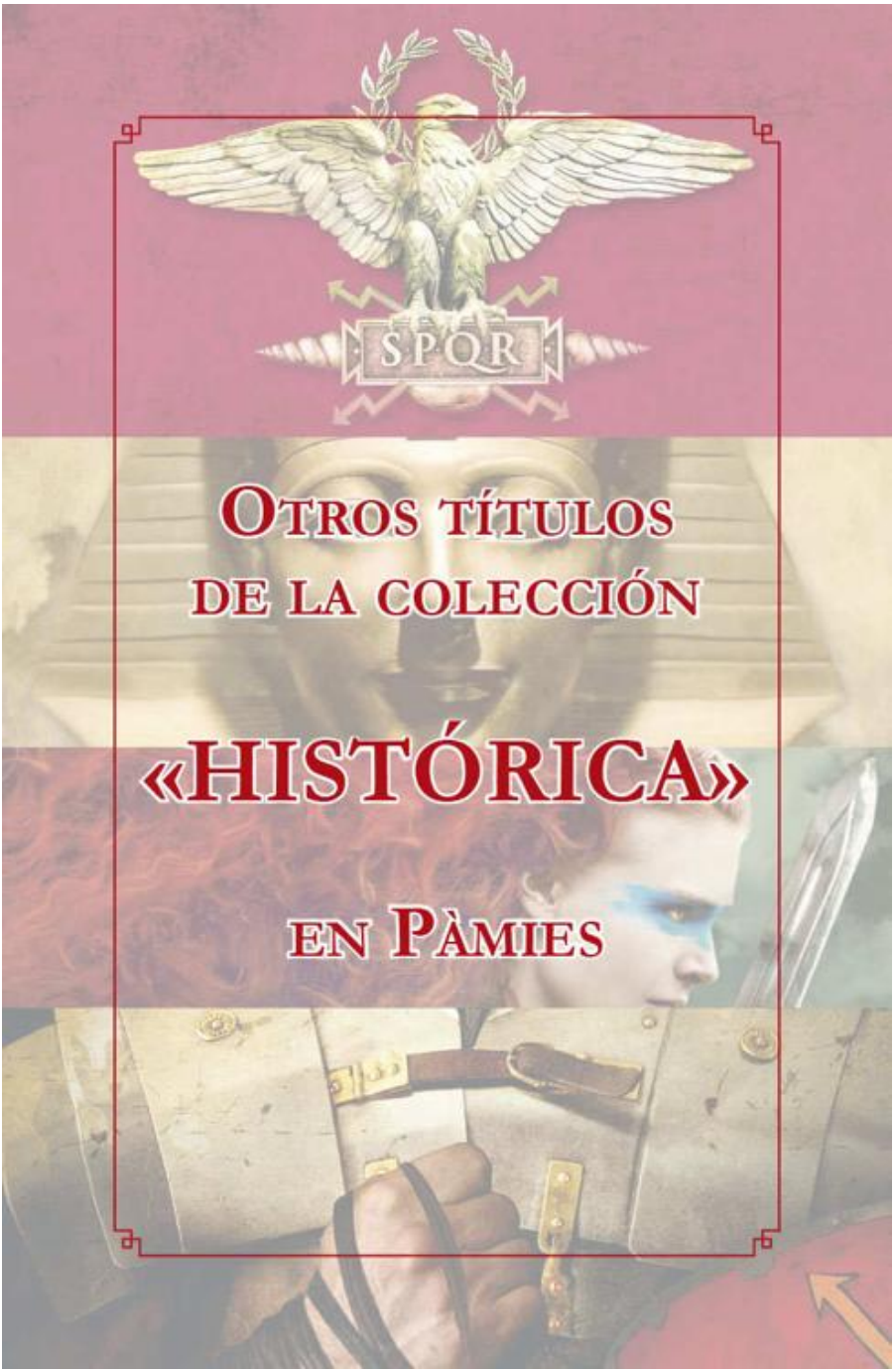
Elena Bargues

(Valencia, 1960). Soy licenciada en Historia Moderna y Contemporánea por la Universidad de Cantabria. Resido en Santander y me dedico a recorrer los arenales del Sardinero, mi factoría de ideas, para luego plasmarlas sobre el papel. Crecí en el seno de una familia que me inculcó la afición a la lectura y me decidí a escribir ya entradita en años. Mi primera novela salió a la luz en el año 2014, y, desde entonces, no he dejado de publicar.

Actualmente comparto mi vida, además de con Javier y mis dos hijas, con la novela histórica y la novela romántica. Me subo a la moto con mi marido y me convierto en una friki del museo Naval Militar de Madrid, del museo de Artillería de Segovia o de cualquier fortaleza que me recuerde a las francesas de Vauban.

La Fuente del Francés es la segunda novela que publico con Pàmies, después de *El encargo del maestro Goya,* ganadora del X Certamen de Novela Histórica Ciudad de Úbeda.

Mi vida literaria está recogida en mi web: www.elenabargues.com.



Otros títulos de la colección «Histórica» en Pàmies

El encargo del maestro Goya

Elena Bargues

(Novela ganadora del Premio de Novela Histórica Ciudad de Úbeda 2021)

1810.

En plena guerra napoleónica, Mercedes Velarde emprende un viaje a Santander junto con sus hermanos, Salvador y Marta, para tomar posesión de una herencia. Marta es sordomuda y discípula aventajada del pintor Francisco de Goya, quien, aprovechando el desplazamiento de los hermanos al norte, les encomienda un increíble y arriesgado encargo.

El coronel de la Gendarmería Imperial Claude Cornulier llega a Santander para investigar una serie de denuncias por abusos en el seno del propio ejército de ocupación y resolver el malestar de los civiles franceses afincados en la ciudad, cuyas protestas, por el perjuicio que les causa el gobernador Barthélémy, han llegado a París. Además, al frente del regimiento de la gendarmería, Courlier debe mantener abiertas las rutas de comunicación en la provincia y organizar las escoltas a las columnas de avituallamiento. En un desplazamiento a San Vicente de la Barquera, coincide en el coche de línea con una misteriosa mujer: Mercedes Velarde.

El teniente de navío Alfonso Bustamante vive retirado en el valle de Liébana a causa de las heridas recibidas en la batalla de Trafalgar. Las lesiones no le permiten tomar las armas, pero sí organizar una red de informadores para acosar a las fuerzas invasoras desde el cuartel general de la División Cántabra, ubicado en Potes. Junto a Porlier y Llano Ponte, dirige las guerrillas que acosan al ejército francés en la región. Su vida solitaria se ve alterada cuando se cruza con los hermanos Velarde y su extraño encargo.

Las vidas de todos estos personajes se entrecruzarán en un tiempo de guerra en la que la avaricia, el odio, el miedo y el hambre dictan las leyes, y en el que cada uno lucha por sobrevivir y mantener sus ideales.

Captura en el código
los primeros capítulos de
El encargo del maestro Goya

El ascenso de Pericles
Olga Romay

Atenas. Principios del siglo v a. C.

Ascender en el escalafón político de su ciudad no fue fácil para Pericles. Vivió una infancia marcada por el destierro de su padre y el desprestigio de su familia materna, acusada de traición. Su juventud transcurrió en el exilio mientras los persas destrozaban su polis, y cuando regresó a Atenas, la ciudad había sido arrasada hasta la última piedra.

Ni siquiera la paz cambió su suerte: su padre murió y Pericles vivió la larga posguerra a la sombra de los grandes políticos que intentaban dominar la Asamblea, mientras seguía latente la vieja amenaza de los persas y surgían nuevas tensiones con Esparta.

Entonces empezó a cambiar su suerte: decidió unirse al partido demócrata, encontró un mentor que le inició en la política y a la vez comenzó a frecuentar a todos aquellos grandes hombres con los que se relacionaría en años posteriores: los trágicos Esquilo y Sófocles, los filósofos Anaxágoras y Sócrates y los artistas Fidias y Damón. Se aficionó a la música, el teatro, la escultura y la filosofía y se convirtió en un mecenas de las artes.

Hubiese sido uno más en las filas de su partido, pero un asesinato le obligó a dar un paso al frente, y una mujer extranjera cambió su vida personal para siempre.

De su mano Atenas se convertiría en una ciudad eterna y única.

Captura en el código
los primeros capítulos de
El ascenso de Pericles

El fuerte de la Florida

Santiago Mazarro

San Agustín de la Florida. 1740.

Samuel Durango, español de origen africano y habitante de Fuerte Mosé —el primer asentamiento de negros libres de Norteamérica—, es capturado por los caciques esclavistas de las colonias británicas.

Indignada por la decisión de su padre de no acudir en ayuda del joven, Teresa de Montiano, la hija del gobernador, contrata en secreto a un excéntrico capitán cuyas acciones están a punto de desencadenar una guerra. Juntos inician un arriesgado viaje que tiene como fin entrar en las inmensas plantaciones azucareras de Carolina, encontrar al joven Samuel y liberar al resto de hombres esclavizados por el contrabandista Caleb Davis. Mientras tanto, en la Florida española, los demás negros de Mosé y los españoles de San Agustín se preparan para defender la ciudad ante la llegada inminente de fuerzas invasoras.

Santiago Mazarro, que ya sorprendió a la crítica con su primera novela, vuelve a destripar las entrañas de la América colonial con una historia de aventuras trepidante, bien documentada y a todas luces necesaria para entender el legado multicultural del continente.

Captura en el código los primeros capítulos de
El fuerte de la Florida